

D. Avelino Guitert

BARCELONETA







ADVERTENCIA

Escrita esta obra en el año 1897, al editarse en el actual de 1921 se han adicionado a la misma algunos antecedentes que se han estimado de interés, referentes al barrio marítimo de la Barceloneta.

Esto explica lo que a primera vista podría resultarle extraño al lector.

BARCELONETA

POR

D. AVELINO GUITERT DE CUBAS



Reg. 3129

BARCELONETA

D. AVELINO GUTIERREZ DE CUBAS



BARCELONETA

Su creación :: Carácter de los fundadores y de
los que les sucedieron :: Su prosperidad pasada
:: Su actual decadencia :: Remedios.

¿Que sucesos históricos determinaron la fundación de la Barceloneta? ¿Quiénes fueron sus primeros pobladores? ¿Por qué medios se elevaron a un grado asombroso de cultura y prosperidad? ¿Cómo han declinado sus artes, su tráfico y su riqueza?

Para contestar a la primera pregunta compendiamos los sucesos más culminantes de la historia de la guerra de Sucesión, porque ellos nos han de conducir al conocimiento de las virtudes cívicas que ennoblecieron a los ascendientes de estos naturales, los proscritos del antiguo barrio de Ribera, presentándolos a la consideración pública con su generoso valor, su heroísmo, sus crisis angustiosas, sus desventuras y su total ruina; su rehabilitación por medio de una laboriosidad infatigable y sus vigorosas energías constituyendo este barrio marítimo, centro industrial y mercantil, próspero y rico hasta nuestros días, que flagelado por las reiteradas sacudidas de una suerte adversa ha ofrecido el espectáculo desconsolador del agotamiento de sus fuerzas vitales, la extinción completa de aquellos elementos que representaban un manantial fecundo de bienestar para todos sus habitantes, y que por lo mismo se hacen enormemente sensibles los efectos de su desaparición.

Carlos II, el último rey de la dinastía austriaca, no tenía sucesión. Luis XIV y el emperador Leopoldo ambicionaban la herencia para sus respectivas familias, y desataron una serie no interrumpida de intrigas diplomáticas en las cortes de Europa, para apoderarse del Reino.

El eco de estas intrigas repercutía en los palacios de Carlos, que unos eran franceses, otros austríacos y muy pocos españoles; y en esto murió el rey, apareciendo un testamento a favor del duque de Anjou, que derogaba otro anterior en el cual tenía nombrado por su heredero al de Baviera.

La situación de España en aquellos momentos históricos no podía ser más precaria; pobre, humillada, dividida en banderías y con el legado de una guerra civil duradera, en cuyas sangrientas escenas habían de figurar las principales potencias.

Harrad, el embajador austríaco, protestó solemnemente por orden de su señor, contra el último testamento. Sostuvo que no cabía en don Carlos II facultad de testar por que muriendo sin hijos la sucesión debía ser restituída al emperador, en virtud de la renuncia de María Teresa, confirmada por la última voluntad de Felipe IV; y que en consecuencia el testamento que se producía era nulo, tanto más, cuando él estaba plenamente convencido de que era contrario a la intención del difunto monarca. Desde entonces el partido austríaco no cesó de propalar que el testamento era apócrifo y una pura invención del Cardenal Portocarrero.

Felipe, sin embargo, fué proclamado rey y en los primeros actos de su reinado demostró bien a las claras la prevención que contra Cataluña le animaba, sin duda por causa de las sucesivas guerras que había sostenido contra Francia. Los catalanes sentían un cariño encomioso por el príncipe de Darmstad en razón de su tacto en gobernarlos, y doliéndole estas prendas a Felipe, lo depuso del Virreinato.

A su venida a Barcelona concurrieron a su recepción el Cuerpo municipal, el Cabildo, la Universidad y la Diputación, y todos sus individuos se quedaron atónitos de ver que no se mandase cubrir a los Concelleres en fuerza de los privilegios que para ello tenían. Desdeñó el rey la ceremonia de la entrega de las llaves de la ciudad, ofendiendo con ello sus prerrogativas y celosos los magistrados de su fuero, se acercaron sin apearse, a saludarle.

Por otra parte la conducta incierta y ambigua del gobierno que procuraba con dilaciones, respuestas, evasivas y otros medios, desechar los acuerdos que el Congreso presentaba para la sanción real, relacionados con el interés y derechos del Principado, originaba temores acerca de sus designios, hasta el punto de que el noble catalán D. Pedro Torrellas y Sentmanat llegó a decir que disentía de todos los actos de la Corte, y aún de las mismas Cortes, porque el rey quebrantaba los fueros. El duque de Medina Sidonia, con ánimo de conjurar la tempestad que avanzaba por el horizonte político, propuso la aprobación de todas las constituciones de Cataluña; pero el consejero Marqués de San Felipe, contrarrestando las buenas intenciones de aquél, trató a los catalanes de soberbios, ingratos y traidores, afirmando que nuestros privilegios alentaban la insolencia.

Quedaba rota la armonía entre el poder y Cataluña; roto el amor que debía unir al monarca con el pueblo.

Cataluña constituía un Estado ilustre y fuerte; celoso y fiel guardador de sus veneradas instituciones. Estaba representado en la ciudad de Barcelona, su cabeza, por el fidelísimo consistorio de la Diputación, y los tres Brazos generales, Real, Militar, y Eclesiástico, que congregados por el rey constituían Cortes, las cuales resolvían y decretaban, en uso de privilegios antiguos, todo lo concerniente a la utilidad y beneficio de Cataluña.

Estas libertades que disfrutaba desde tiempo inmemo-

rial, tenían su origen en un cúmulo de privilegios, exenciones, franquicias y prerrogativas que en los primitivos tiempos de la fundación de la Nación catalana le habían concedido la magnanimidad de sus Condes, y luego sucesivamente los soberanos de Aragón y de España una vez unido aquél reino a la corona de Castilla, cuyos reyes se los mantuvieron siempre, porque a costa de innumerables servicios prestados a sus soberanos en todas épocas, los supo adquirir y merecer con inviolable fidelidad; y bajo este concepto los reyes se consideraban obligados a reconocer y remunerar, cual debían, los extraordinarios sacrificios que con generosa hidalguía se habían impuesto en su favor los catalanes.

Las naciones agraviadas por el testamento de Carlos II, urdían una vasta trama para el logro de la ruina de la dinastía borbónica; y el poco tacto de Felipe precipitó la formación del partido de la Gran Alianza, la proclamación del Archiduque de Austria, y, por lo tanto, el principio de la guerra de Sucesión.

Inglaterra, Austria, Holanda, Prusia, Maguncia, Hannover y Módena y los españoles que no querían que la corona de España pasara a las sienes de quien poseyera la alemana, invitaron al Emperador a firmar un pacto en este sentido, y S. M. cesárea, cediendo al voto de los estados coaligados, y su hijo primogénito, el príncipe José, firmaron en mil setecientos tres un acta de renuncia de la monarquía de España en favor del archiduque Carlos de Austria, hijo y hermano respectivo.

Azarosa fué la situación de Europa. El príncipe de Darmstadt presentóse frente de la bahía de Cádiz con una escuadra de más de cien velas, reunidas por los aliados en las costas de Inglaterra, y se hizo dueño del Puerto de Sta. María y de las fortalezas de Sta. Catalina y Matagorda; pero como no hallara en Andalucía las adhesiones que es-

peraba, y tuvo noticia del arribo de la escuadra española a Vigo, procedente de América, salió en su persecución, acometiéndola de tal suerte que la destruyó por completo, apresándole trece naves y tirándole a pique las demás o entregándolas a las llamas.

Las injurias de los gobernantes que no cesaban de motejar a los catalanes de sediciosos y el abuso del poder que tenía en entredicho sus fueros, inclinaron a Cataluña a defenderlos con extremado brío, tomando, al efecto, partido por el Archiduque a quien juzgaban con mayores derechos a la Corona de España; y por medio de sus Brazos generales declararon la guerra al de Anjou, sin que por ello hubiera razón a tacharles de rebeldes, ya que les asistía el derecho de hacerlo en uso de uno de sus privilegios, firmado por don Pedro III en 4 de Abril de 1344, con el cual este monarca autorizaba a la Ciudad «el declarar la guerra, levantar ejércitos de mar y tierra para oponerse a él en persona o a cualquiera de sus sucesores siempre y cuando atentasen a sus fueros o privilegios.»

Algunas otras provincias se adhirieron al movimiento; la Gran Alianza aportó ejércitos; Luis XIV, que era el verdadero ministro de la Guerra de Felipe, expedicionaba sus legiones hacia España, y la guerra se desarrolló con todos sus horrores, sus alternativas de pérdidas y ventajas, de glorias y derrotas entre ambos pretendientes.

24.000 catalanes unidos al ejército aliado, acamparon delante de los muros de Barcelona, rindieron a la guarnición de Felipe y habiendo desembarcado el Archiduque le proclamaron su rey y señor; y él juró las garantías y libertades de Cataluña, ratificadas por el representante de Inglaterra a nombre de Ana Stuard y de la Gran Alianza.

Fiados en estos juramentos, los barceloneses defendieron la causa de Carlos con intrepidez, sin temor a los ejércitos de Luis y de Felipe; nutrieron las filas del Archi-

duque, llevaron a cabo sacrificios inconcebibles y batallaron incesantemente durante doce años. La muerte del Emperador de Alemania colocó a Carlos en la situación de heredero presunto de la corona de aquel imperio, por lo que el Archiduque consideró necesario dejar a los catalanes, para trasladarse a los estados austríacos, dejando a la reina como prenda de regreso.

Jamás pudo pensar Cataluña, que vió a casi toda Europa empeñada en su causa, el lamentable destino que la amenazaba. Francia aprovechó ésta coyuntura y procuró las conferencias de Utrecht, en las cuales propuso y obtuvo la evacuación de Cataluña. Inglaterra, fué la primera que retiró sus fuerzas; siguieron Holanda y Portugal; bajo el pretexto de la sucesión, se embarcó la Emperatriz, y por fin Staramberg, Virrey por los austríacos, pactando con Felipe en el Hospitalet, se repatrió con sus fuerzas.

Las más terribles calamidades se presagiaron contra el Principado. Barcelona vió el cuadro siniestro de su infelicidad, y su coraje no tuvo límites. Su causa era justa, su juramento inviolable, y ardiendo en el sacro fuego del amor a sus libertades, abandonada de todos, saboreando la mayor amargura que puede ser capaz de resistir el corazón humano, tomó las armas con aquella animosidad propia y característica de los habitantes de ésta región.

Los tres Brazos generales reunidos en el salón del Consistorio deliberaron y decidieron por pluralidad de votos, que Barcelona ante el aparato espantoso de las calamidades que se le preparaban había de sacrificar hasta la última gota de sangre de sus hijos por sus Usatjes y Privilegios, y así muriendo, legar sin mancha a las generaciones venideras un nombre siempre ilustre y esclarecido. De allí salió la declaración de guerra al Duque de Anjou; pero la declaración solemne de guerra sin tregua, alarde glorioso, magnánimo, heroico, de intrepidez espartana, que causó asombro a todas las naciones.

Mientras tanto los reinos de Aragón y Valencia eran

devastados por Pupili y Asfelt, convertidos en lagunas de sangre, reducidos a la obediencia y veían abolidos sus privilegios. Tarragona y Gerona fueron asimismo sometidas, y formidables fuerzas de las dos coronas mandadas por Beervick aparecieron acampadas a la vista de la ciudad condal.

Barcelona dominada de calenturiento coraje hacia allá destacó sus regimientos, a romper el asedio, a desbaratar las operaciones del enemigo, a contrariar sus planes, a retardar su triunfo; y víctimas de desdichas sin medida, caída en la más espantosa miseria, llena de escombros, lloviendo sobre ella fuego y destrucción horrenda, tenaz mandaba a sus hijos diariamente al combate sin contarlos, y a su regreso, victoriosos o vencidos, tampoco contaba los que quedaban en el llano envueltos en sus guerreras mortajas.

Tales proezas, tan heroicas acometidas, tan inaudita jactancia de un desprecio a la muerte sin ejemplo, tuvieron desconcertado durante largos meses al bando sitiador, que si veía diezmar sus filas por el arrojó de los sitiados, repónía sus bajas con exceso, merced a expediciones organizadas por la corte de Versalles.

Era imposible sostener la avalancha de los ejércitos reunidos de España y Francia.

Barcelona entregada a sus propios recursos había de sucumbir.

Llegó el angustioso momento del asalto.

En las líneas de fortificación de los baluartes de San Pedro y Santa Clara, el bombardeo y los hornillos aplicados a las minas subterráneas habían abierto siete enormes brechas, pero en todas ellas los escaladores hallaron el muro compacto de ciudadanos barceloneses. Chocaban los del bando de Felipe con los sitiados; se disparaba a quemarropa por compañías, por batallones; y al flujo y reflujo de avances y retrocesos, descargábanse golpes despiadados, cuerpo a cuerpo, sin compasión ni misericordia. No había cuartel ni se deseaba; se combatía; para matar o morir: y

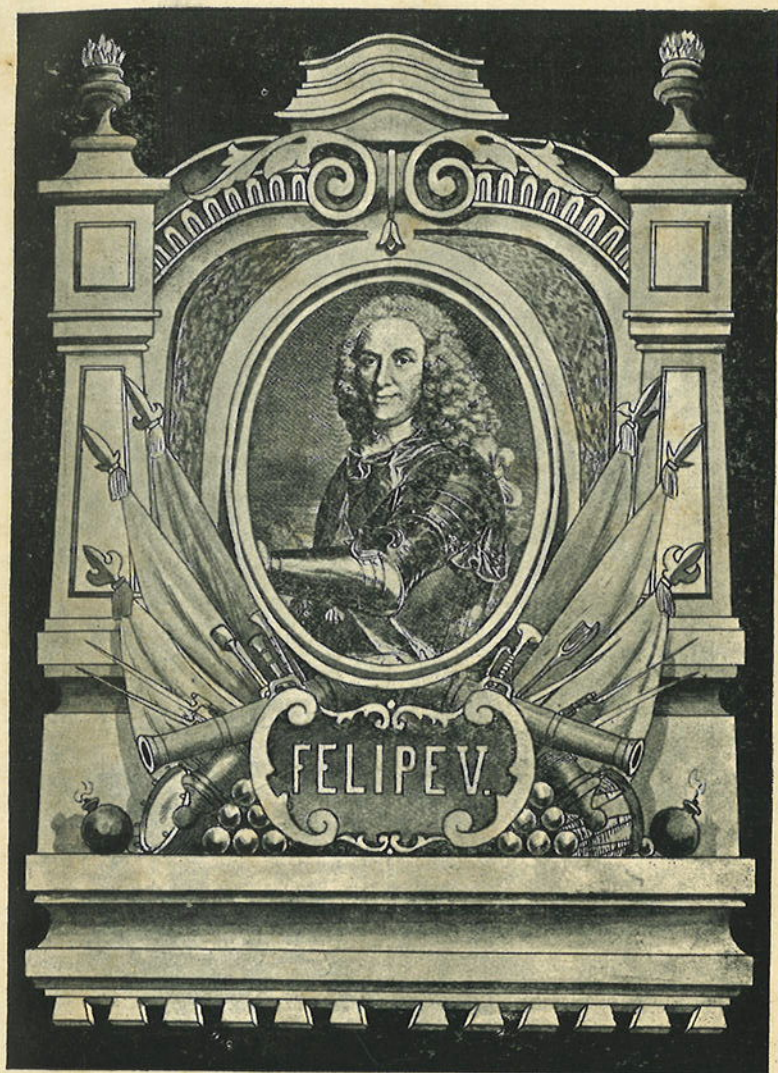
presos de una desesperación inaudita, entre las vibraciones mágicas de la campana mayor llamando a todos desde catorce años arriba a defender la Patria, al grito fatigado, histérico, incesante, unánime de ¡Vivan los fueros! ¡Vía foral! ¡Vía foral!, al estruendo de los cañonazos y al pavoroso eco de los desplomes causados por tanto hierro como llovía sobre la infeliz ciudad, escribían los catalanes con la sangre de sus pechos la epopeya mas augusta, una de las páginas mas gloriosas de la historia.

Solo cuando debilitados los alientos hercúleos de los catalanes por un sitio que se prolongó desde el 26 de julio de 1713 hasta el 11 de septiembre de 1714, sostenido contra una superioridad numérica abrumadora; muertos a centenares los heroicos jefes y oficiales que les llevaran al combate, caídos en aquel aciago día envueltos entre los pliegues de la gloriosa bandera de Sta. Eulalia, Casanovas, el Conceller en Cap, y Villarroel, sus imperturbables caudillos; extenuadas sus fuerzas para sostener las armas; consternados de tanta mantanza y carnicería, pudo Felipe abatir la siempre invicta enseña de las cuatro barras y desplegar triunfante el pendón de Castilla con las lises borbónicas, sobre una ciudad llena de ruinas y montones de cadáveres.

Nada impedía tampoco cumplir el pacto ignominioso convenido en las conferencias de Utrecht, de repartir los estados españoles entre las Naciones de la Gran Alianza como premio a su perfidia. A los ingleses, Gibraltar y Menorca. El Milanesado, Nápoles, Cerdeña y Toscana al Emperador, y al Duque de Saboya la Sicilia.

El castigo del rey a los catalanes no se hizo esperar: odio infinito, saña cruel resplandecian sus implacables decretos.

Por la mano repugnante del verdugo, mandó quemar los títulos y pergaminos de sus preeminencias y privilegios.



Destituyó perpétuamente al sabio Consejo de Ciento y a los Concelleres. Hizo vestir sus gramallas a los criados. Dispuso la destrucción de la campana Honorata, que desde la torre de la Catedral alentó en los combates a los ciudadanos; sólo un cuchillo consintió en cada casa, y éste encadenado a una mesa para los usos domésticos, prohibiendo la posesión de otras armas; condujo a los Castillos de Montjuich, Lérida, Tortosa y Tarragona tres mil ochocientas setenta y seis personas, entre ellas seiscientos setenta y seis clérigos por su fidelidad y energía en combatir por sus veneradas libertades; se confiscaron sus haciendas, para repartirlas entre los generales y jefes, reduciendo a la mendicidad hasta a las familias más opulentas. Se vejaba con mandamientos injustos pronunciando duras penas por la más leve denuncia y hubieron de presenciarse con frecuencia ejecuciones horribles.

El barrio de Ribera, que con mayores alientos resistió el fuego y el hierro del invasor, disputando su paso palmo a palmo, casa por casa, calle por calle, golpe a golpe, y sangre por sangre, fué castigado con la destrucción total de su caserío.

Al divulgarse esa noticia, la consternación y el llanto fueron indescriptibles. Se acudió al rey implorando clemencia; pero el déspota, inflexible a los lastimosos ayes de la desventura, agravó su dolor con la declaración de que se tendría presente los derechos de la guerra, porque éste barrio había suscitado la disposición de armarse y defenderse, y por lo tanto sus casas no estarían sujetas a reintegración.

En su consecuencia, mil trescientos cuarenta y cinco edificios, incluso los conventos de Santa Clara, San Agustín, Ntra. Sra. de la Piedad, Capilla y Hospicio de Montserrat, fueron demolidos y sobre sus ruínas, se levantó la más formidable de las fortalezas, como padrón ignominioso que recordara a Barcelona el dominio de aquella implacable tiranía.

¡Que de suspiros no exalaron los infelices moradores de aquel barrio, el más risueño y el más rico de la ciudad!

Con sus viviendas perdieron aquellas gentes su vida industrial, y sumidas en la indigencia y sin hogar, tuvieron que albergarse entre desoladas ruínas, como alimañas nocturnas o trashumantes bohemios; y para colmo de desdicha, y a cambio de veintiún cuartos de jornal se les forzaba a la prestación de trabajos penosos, como arranque de piedra en las canteras de Montjuich, acarreo de escombros o sillares para la construcción de la Ciudadela, o en el aún más amargo, de derribo de sus propias moradas.

¡Supremo infortunio el de esos vencidos de la Ribera cuya memoria veneramos; que á resultar vencedores hubieran sido universalmente aclamados como héroes!

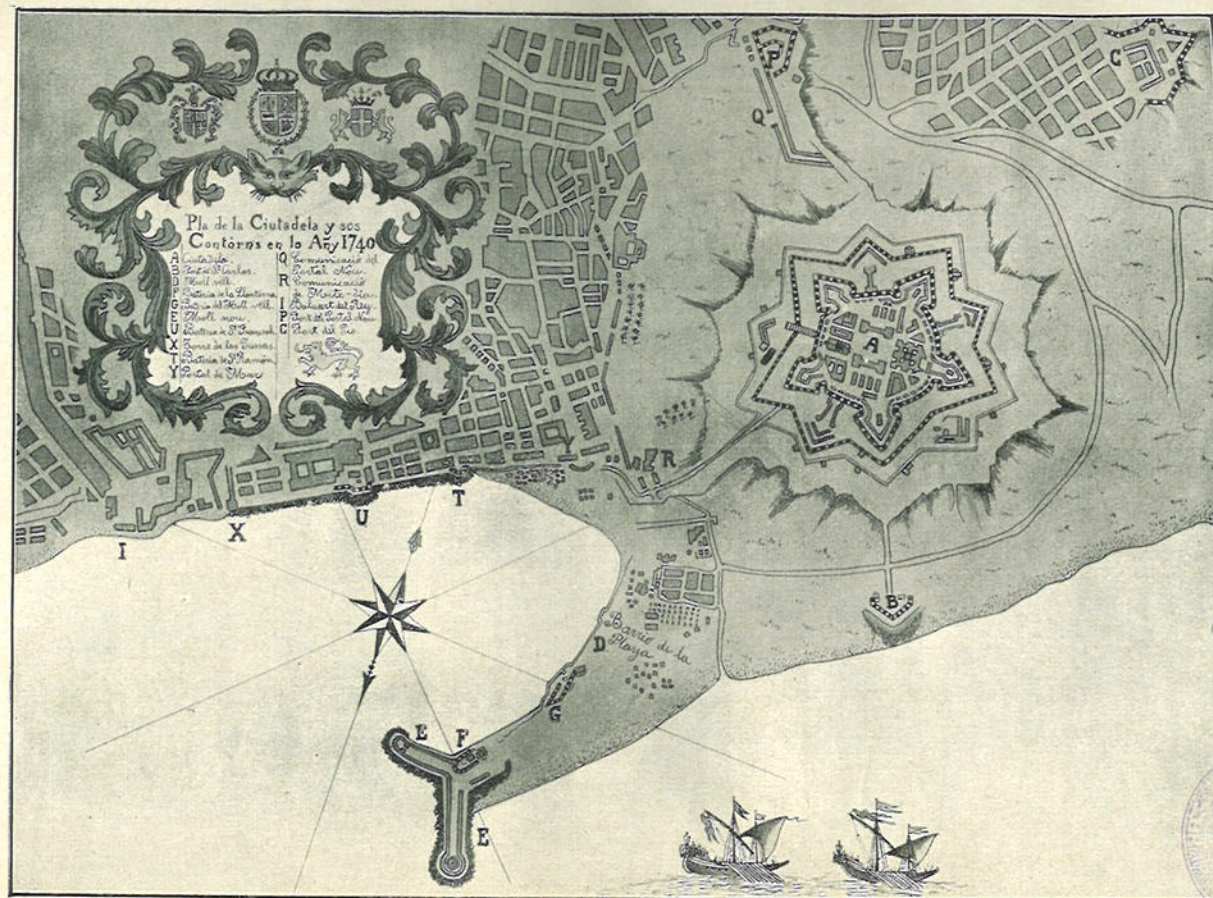
El barrio de Ribera constaba de más de dos mil quinientas casas, cincuenta y tres calles, seis plazas, dos hospitales, tres conventos y dos parroquias y vivían comodamente en él, de ocho a diez mil almas.

Entre las calles había algunas espaciosas y notables por la hermosura de sus edificios, como la llamada de 'ls Horts por existir en ella varias casas con amenos jardines poblados de árboles frutales y deliciosas florestas, y como la llamada del Cónsul, porque en ella tenía un palacio el Cónsul de Holanda, con vastos parques y jardines, muy renombrados por los caprichosos juegos de agua y las preciosas estatuas que los adornaban.

Entre las plazas era famosa la llamada de'n Lluy, por sus grandes dimensiones, la mayor tal vez de Barcelona.

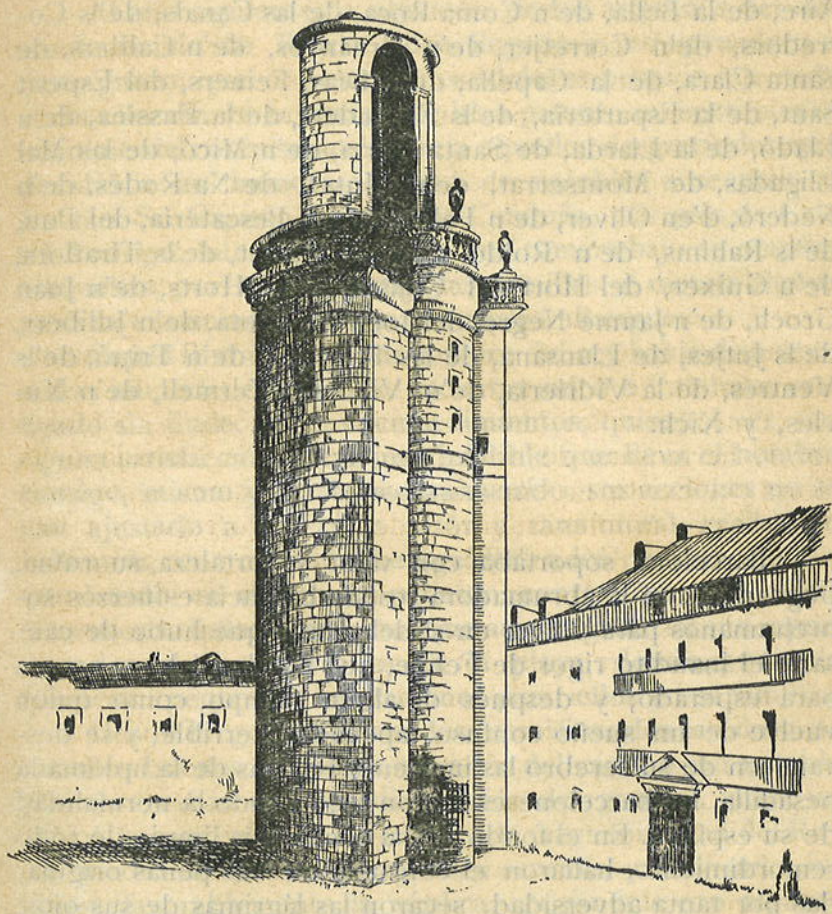
Los hospitales eran el del Espíritu Santo, de pobres ciegos y mutilados, con su capilla abierta al culto, y el de Santa Marta, con una buena iglesia.

En cuanto a los conventos, eran: el grandioso de San Agustín, de religiosos descalzos, parte de cuyos claustros existe todavía en el edificio que hoy sirve para cuartel de



DE UN GRABADO DE LA ÉPOCA.

artillería; el de padres clérigos regulares menores, que estaba junto a la plaza del Born y el monasterio de monjas de Santa Clara, cuyos claustros eran los más grandes y mejores, gozándose desde sus elevados miradores de extensa y bellísima vista sobre el mar y la campiña. La elevada torre de la Ciudadela, era la misma que tenía el monasterio de Santa Clara para campanario.



TORRE DE LA CIUDADELA.—Antiguo Campanario de Santa Clara.

Las dos parroquias eran las de Santa María del Mar, aun existente, y la desaparecida de Santa Eulalia de Mérida o del Campo, cuya iglesia existía por los alrededores de la Puerta Nueva y en el mismo sitio, aproximadamente, donde hoy termina el Paseo de San Juan.

Las plazas eran las de San Agustín, Born, Blanquería, Santa Clara, Pla de'n Lluy y de'n Vilanova; y las calles las de la Arboleda, de San Antonio, de'n Benlloch, de'n Bon Aire, de la Bella, de'n Coma Roca, de las Canals, de'ls Corredors, de'n Corretjer, de'n Cruanyes, de'n Calders, de Santa Clara, de la Capella, de'ls Días Feiners, del Esperit Sant, de la Espartería, de'ls Flassaders, de la Fussina, de'n Lladó, de la Llada, de Santa Marta, de'n Micó, de las Mal Lligadas, de Montserrat, de'n Muset, de Na Rodés, de'n Nederó, d'en Oliver, de'n Pallent, de la Pescatería, del Pou, de'ls Rahíms, de'n Roldó, de'n Sabateret, de'ls Tiradors, de'n Guixer, del Hort del Consul, de'ls Horts, de'n Joan Groch, de'n Jaume Negre, del Joch de Pilota, de'n Julibert, de'ls Jutjes, de Llansana, de las Triperias, de'n Tripó, de'ls Ventres, de la Vidriería, de'n Vilarasa, Vermell, de'n Xucles, y Xich.

Barcelona soportaba con valor y fortaleza su ruína, pugnando con la abrumadora realidad. Hacía esfuerzos sobrehumanos para volver en sí del pasmo que hubo de causarle el inaudito rigor de Felipe, que por lo bárbaro no era para esperado; y después de algún tiempo, como quien vuelve de un sueño confuso, apenador, terrible, y se desvanecen de su cerebro las imágenes tétricas de la aplomada pesadilla, los barceloneses fueron recobrando la normalidad de su espíritu. En el fondo de su conciencia limpia de todo remordimiento, hallaron el consuelo de sus penas originadas por tanta adversidad, secaron las lágrimas de sus ojos, ahogaron los gritos de dolor que sus corazones enviaban a

los labios, y se resignaron a su infausto destino, ya que no les era permitida otra cosa. Sus amores sacrosantos a sus fueros, convergieron hacia sus familias y deudos, y ladeando sus aptitudes de soldado encauzaron nuevamente su vida a sus ordinarias ocupaciones, y fueron los de siempre: como catalanes, modelos de ciudadanos, hombres de costumbres morigeradas, de hábitos domésticos, de economía bien entendida, de orden y honradez acrisolada.

Al año siguiente, la situación de los artesanos del derruido barrio de Ribera había llegado a ser apenadora a tanto grado, que a pesar de los dolores propios que cada vecino lloraba en la ciudad, se hizo patente un sentimiento unánime de conmiseración hacia aquellos desgraciados que decidió a un numeroso grupo de notables a recurrir al Excmo. Sr. Capitán General de Cataluña, marqués de Castel-Rodrigo, interesándole para que tomara bajo su amparo a aquellas, por demás castigadas familias, y dictara alguna medida encaminada a proporcionarles albergue.

Castel-Rodrigo, que en nombre del rey había dispuesto tantas iniquidades como se hicieron sufrir a Cataluña, castigado sin duda, por los remordimientos, quiso tal vez, dar alguna satisfacción a ese juez infalible que lleva el hombre consigo mismo y le atormenta cuando sus acciones no se han ajustado a una recta razón y sana moral, recibió en audiencia, con marcada benignidad, a los comisionados, y estudiando en el acto su petición contestóles que podría favorecerla influyendo para que se otorgaran a sus representados algunos terrenos en la playa, donde pudiesen construir pequeñas habitaciones para ellos y sus familias.

Desde luego aceptaron los comisionados la oferta de aquellos buenos oficios asombrados del cambio tan notable que abservaban en la predisposición del general, quién les indicó la conveniencia de acudir a la magnanimidad del Rey por medio de un recurso en este sentido, y verificado, informó favorablemente la súplica, apoyándola con algunas consideraciones humanitarias, y uniendo a ella un proyecto

de caserío encomendado con la mayor premura al brigadier de ingenieros D. Próspero Werbooms.

Bajo los auspicios de una voluntad bien demostrada por quien, como el Marqués de Castel-Rodrigo, privaba con Felipe, que le tenía gran cariño por ser su ciego instrumento en Cataluña, como igualmente la reina María Luisa de Saboya, por haber casado con ella por poderes del Rey, era fundada la esperanza de que prosperaría el proyecto, y así fué. Un Real Decreto publicado en siete de septiembre del propio año vino a disponer que se adjudicaran hasta trescientos veinte y un solares en la playa detrás del puerto a los propietarios de las casas de menos estima que fueron demolidas para construir la ciudadela, incluyendo igualmente en la adjudicación a los pobres dependientes de oficio en la marina con facultad de construir en ellas sus viviendas arregladas al plano unido a la instancia que motivó la Real disposición.

Semejante medida la recibieron los favorecidos como algo divino bajado de las regiones celestiales para calmar las penas de sus afligidos corazones. Barcelona entera se asoció al gozo despertado por tan plausible suceso y fué dedicada una solemne función de gracias a la Santísima Virgen del Carmen, Patrona de mareantes, en la Iglesia de Santa María del Mar.

Más tarde la referida concesión fué confirmada por diferentes Reales Ordenes que llevan la fecha de 1717, 1718, 1752 y por último Fernando VII le dió mayor solidez en 1829.

Bando publicado por Don Francisco Pío de Saboya Marqués de Castel-Rodrigo, en 3 de octubre de 1718

Don Francisco Pío de Saboya Moura, Marqués de Castel-Rodrigo, Conde de Lumiares, Duque de Nochera, Príncipe de S. Gregorio, Capitán General y Gobernador perpétuo

de las Islas terceras, Sta. María, S. Jorge, Fayal y Pico, Graciosa y Cuerbo, Comendador mayor de la orden de Cristo, Grande de España, Caballero de la insigne orden del Toisón de oro, Barón romano, noble venero del consejo de S. M. en el Supremo de Guerra, Gobernador y Capitán General de este ejército y principado de Cataluña, etc.

Habiendo la real benignidad del Rey nuestro señor (q. D. g.) siempre inclinada y propensa en dispensar sus favores y gracias para el mayor bien de la causa pública y beneficio de sus vasallos, teniendo presente que por haber sido indispensable la demolición de diversas casas, cuyo sitio y terreno era preciso allanarse para formación de la explanada de la Ciudadela nuevamente fabricada en esta ciudad, quedaban sus moradores sin cóngrua habitación y proporcionada al uso y ejercicio de sus oficios, que por una y otra parte eran pertenecientes a las faenas del puerto y marina, lo cual lograban en las casas derruídas que eran inmediatas a las puertas del mar, y pudiéndose facilitar esta conveniencia aún con mayor inmediación a la misma marina, se ha servido resolver: que fuera de las puertas del mar, y en el arenal que media bajo la explanada de la Ciudadela, entre el fuerte del infante de D. Carlos y el muelle viejo, se fabrique una nueva población de casas con título del Barrio de la Playa, para substituir en éste sitio la habitación de las familias, cuyas casas ha sido preciso demoler para la construcción de la Ciudadela y sus exteriores; mandando prefiar y establecer ciertas reglas así para que en la destinación y concesión de este terreno se observe la mayor equidad y justicia distributiva como a fin de que los nuevos edificios en lo material de su fábrica, en su longitud, latitud y elevación sean uniformes y nadie pueda exceder de sus límites. Y debiéndose dar por Nos el debido cumplimiento a la R. O. de S. M. y que su real deliberación con todas las circunstancias que la acompañan sea a todos notoria con la más

expresiva individuación se irá este bando especificando todo lo que debería observarse en lo concerniente a dichas reglas.

Delineadas ya las calles y las distancias del terreno que ha de ocupar la construcción de este nuevo barrio de la playa del Mar, se distribuirá el sitio en dos distintas especies y clases de casas, esto es, las unas más reducidas que las otras, las pequeñas para el uso de las gentes más necesitadas y las otras más acomodadas, para gente de algún caudal, edificándose las primeras con hileras así a la parte del mar y a la parte de la acequia entre calle y calle, teniendo dos puertas cada una de ellas para su mayor desahogo y que ocupará cada una cuarenta palmos de largo y veinticinco de ancho por la parte de afuera y las de la segunda clase se formarán con hileras dobles entre calle y calle y serán de mayor ámbito, teniendo cada una un patio y la extensión por lo largo de 42 palmos y por lo ancho de 32 y para lo interior de cada una de ambas clases de casas y su división o departamento de aposentos, techos y cuartos se dará el diseño según el destino para el cual se fabricare y la altura o elevación de éstas casas desde el suelo hasta la carena o serro del tejado ha de ser casi igual, pues las pequeñas no podrán exceder de 36 palmos de alto y las otras de 38.

La fábrica del exterior de estos edificios ha de ser también uniforme, fundada sobre cimientos de cal y canto, y desde el nivel de estos cimientos ha de empezar a subir un pedazo de pared a tres palmos y medio de alto y de palmo y tercio de grueso que ha de servir de zócalo cuya pared se ha de poner a todo el rededor, una solera de madera de ancho de un ladrillo ordinario y sobre este se han de fijar los montantes de las puertas y montantes y otros en el medio cruzado de otras maderas para ligar la carpintería los cuales montantes han de tener la altura proporcionada y el ancho de un ladrillo en cuadro lo mismo que las demás y desde ellas han de subir otros montantes proporcionados en la altura y encima de ellos otra solera para

formar con ella el tejado. Y hecha y ejecutada esta carpintería al rededor de toda la casa, se llenarán los huecos de ladrillos puestos en argamasa o barro, para formar las paredes, dejando los huecos de las puertas y ventanas, que se cerrarán con tablas al ordinario, rebosando dichas paredes con argamasa fina. Las chimeneas deberán ser todas de ladrillo para que no se pueda comunicar el fuego a la madera; y las casas de segunda clase que tendrán patio, las paredes de estas deberán ser de la misma materia que las otras y su altura solamente de catorce palmos, teniendo obligación cada vecino de empedrar la porción de calle que le corresponderá delante de su casa, previniéndose que las personas que obtuvieron el título y despacho necesario para dicha construcción deberán empezar la obra dentro el termino de 30 días, que correrán desde la fecha del despacho y en mismo las deberán tener completas y perfectas dentro el término en que se les prefijara, por la gran diformidad que de lo contrario se siguiera.

Para consuelo espiritual de los moradores de este barrio se procurará edificar una capilla con residencia de un cura como sufraganea de la Parroquia de Santa María del Mar.

Y porque la cámara pública del comercio de esta ciudad, que principalmente estaba en el tráfico del mar, pide que haya la mayor concurrencia posible de gente de marina que tenga su habitación cercana al mismo mar, la distribución de este barrio se ejecutará con toda equidad, observando los cuatro grados de personas en esta forma. Primeramente a favor de los propietarios de casas demolidas, cuyos edificios son inseparables de la marina, a saber: marineros, pescadores, descargadores y calafates. En segundo lugar serán atendidos aquellos sujetos de otros oficios que aun que son comunes a mar y tierra, tienen mucho comercio con la navegación y comercio de mar, como son sogueros, cuberos, maestros de aixa, esportilleros, tragineros y otros semejantes a esta especie, cuyas propias casas

hayan padecido dicha demolición. Terceramente serán gravadas aquellas personas que en el barrio demolido tenían almacenes o eran artesanos o menestrales, cuyos almacenes o propias casas hayan sido demolidas, y en último lugar se concede el terreno que hubiere a favor de los demás dueños de casas demolidas que de todos estados hubiese observado entre ellos la preferencia según el daño que respectivamente hubieran tenido por razón de la demolición de sus propias casas, y para que esta graduación pueda ser observada con regulación a la mayor equidad, se previene que las personas que de cualquier de los referidos cuatro grados, quieran fabricar en dicho barrio de la playa, deberán dentro del término de 20 días, que se notarán y correrán desde el día de este bando, comparecer a la secretaría de estos nuestros cargos presentando memoria en el cual exponga la calidad de su persona, oficio que ejerce, la especie de casa que se ha demolido con las circunstancias concernientes para el reconocimiento de aquella; y así mismo deberán expresar la idea del uso que el nuevo edificio ha de tener, y cual ha de ser su destino a fin que en atención de todo se le pueda destinar el terreno para la nueva reedificación, y dársele el título o despacho necesario con la expresión del diseño o plano y demás calidades que será preciso o conveniente explicar: con apercibimiento de que las que no presentarán dichos memoriales dentro el término prefijado, no tendrán después valimiento, porque el terreno del nuevo barrio (a fin de que no quede imperfecto sinó completo de las casas que pudiera comprender), se pasará a repartir a favor de cualquier persona que quisiera construir a sus costas casas en dicho barrio, para que la gente pobre o mísera, cuya profesión es anexa al mar, que antes vivían en las casas demolidas, por vías de alquiler encuentren esta misma conveniencia en el nuevo barrio.

Prevenimos también que la real benignidad de S. M. para que más facilite la construcción de este nuevo barrio ha venido en conceder a estos edificios y sus moradores

muy especiales atenciones y franquicias; la primera es, que no obstante que la ocupación de los terrenos públicos para nuevos edificios o ampliaciones de los antiguos en virtud de la suprema regalía patrimonial perteneciente a S. M. y practicada en esta ciudad y prado se debe reconocer a beneficio y utilidad de la Real Hacienda el dominio directo enfiteútico con la prestación de un censo y pago de laudemio en los casos de enagenación o traslación de dominio, se condona a favor de los nuevos fabricantes y de sus sucesores perpetuamente este olistrito, en tal forma que el dicho sitio y sus casas serán siempre en puro libre, y franco alodio. Y la segunda consiste en que dichas casas serán exentas y francas de la paga del real catastro.

Debiéndose empero declarar y entender que al dicho nuevo barrio de la playa, aunque en lo material será un arrabal o burgo (1) exterior fuera las puertas o muralla de esta ciudad, pero en lo formal se considerará como una parte constitutiva de aquella, como si fuese edificado e incluido dentro el mismo casco de la ciudad y sus murallas, de modo que así como gozarán y deberán gozar sus moradores de todas las preheminencias útiles y beneficiosas que han concedido o se concediesen en adelante a los vecinos de esta ciudad como porción y parte de ellos, asimismo como deberán pagar no solamente los derechos de puertas y pertenecientes a las aduanas y rentas generales, sinó también contribuir a todos los demás cargos y obligaciones en la misma forma que debieran pagar y pagarían, concurrirían y contribuirían si tuvieran su habitación dentro los ámbitos de dicha ciudad y sus murallas, y pagaban, concurrían y contribuían cuando así las tenían, sin que en adelante puedan pretender otra exención, distinción particular o franquicia, teniendo obligación la paga de los impuestos de puertas y demás derechos de aduanas y rentas generales, guardar las mismas ordenanzas, leyes y reglas que para evitar fraudes

(1) Aldea, lugar o población muy pequeña, dependiente de otra principal, (*Diccionario castellano*). — N. del A.

y dexaminos actualmente se practican, en adelante se establecieran así las generales como las particulares para los que habitaren en dicho barrio.

Como edificado una vez este nuevo barrio habrían en las moradas de sus casas, suficientes ámbitos para reponer los instrumentos de las faenas marítimas o almacenes para generos, cesará todo el motivo que hasta ahora ha podido dispensar los permisos de edificar barracas fuera las puertas del mar y en su playa, las cuales no solo sirven de grande embarazo para el comercio y tienen ocupada inútilmente la playa, sinó que también causan otros perjuicios dañosos al bien público, que son bien notorios. Por ende ordenamos y mandamos en consecuencia de las reales órdenes de S. M. que luego de construidos los edificios y casas en dicho barrio, proporcionadas para el destino y uso a que para el bien público de la marina o ciudad sirven dichas barracas, se derriben todas de cualquier calidad que sean y se hallen fabricadas en la dicha playa del mar como y también las que sean arrimadas frente de la muralla y puertas del mar. Prohibiendo que en adelante nadie se atreva ni intente fabricar barraca alguna en dicha playa y parages referidos bajo las penas a Nos arbitrarias.

Así mismo ordenamos y mandamos que nadie se atreva en la dicha playa del mar y distrito que mediará desde las puertas al dicho barrio, ni en todo el terreno que ocupa la esplanada de la Ciudadela, echar tierra, basura, ni poner embarazo, ni tampoco hacer hoyos, ni plantar árboles ni otra cosa que pudiese ser perjudicial a la fortificación y al libre paso y comunicación del nuevo barrio con las puertas de la ciudad, so pena de diez libras por la primera vez y en presidio de cárcel por el tiempo arbitrario; y en caso de reincidencia se le aplicarán otras penas arbitrarias más graves hasta la de azotes en los plebeyos y de destierros en los demás, repartiéndose las penas pecuniarias en tercias partes, una para el denunciador, otra para el Santo Hospital General y otra para el oficial de justicia que las ejecutare.

También expresamente prohibimos, y ordenamos y mandamos, que a ningún fabricante de casa en el nuevo barrio le ha de ser lícito ni permitido exeder los límites que le serán tasados para la edificación sin que le pueda sufragar el motivo de hacer corral, huerto, gallinero, ni otro pretexto alguno que sea extensivo del edificio que en el título o despacho que se le diese será determinado y expresado, bajo la pena de 25 libras por la primera vez que contraviene, y de otras más graves arbitrarias, en caso de reincidencia y de la demolición a sus costas de lo excedido, repartiéndolos dichas penas pecuniarias por las mismas tercias arriba expresadas.

Habiendo también S. M. tenido presente que entre los dichos edificios y casas demolidas por causa de la construcción de la Ciudadela y su explanada, había una porción de ellas que eran de muy capaz habitación y pertenecientes a personas de crecida familia cuya habitación por la esfera y estado de sus dueños y moradores no sería posible estrecharse a los cortos ámbitos que habían de tener las casas del nuevo barrio de la playa ha venido por su Real benignidad a resolver que los vacíos y huecos que hay dentro la ciudad en las huertas de San Pablo se formen nuevas calles las cuales están ya delineadas, según el plano que de orden de S. M. se ha formado por el ingeniero general. Por ende prevenimos a todas las personas cuyas casas fueron y fuesen demolidas por razón de la fábrica de la Ciudadela, de cualquier grado, estado o condición que sean, que acudiendo con memorial a la secretaría de estos nuestros cargos, con la individuación de las calidades que tenía dicha casa se le destinaría terreno competente en dichas huertas de San Pablo, bajo las reglas y condiciones que se especificarán en el título o despacho que se le dará para la reedificación de aquella.

Finalmente, siendo como es preciso que para la perfección de la Ciudadela, se allane cuanto antes el terreno que es preciso para perfeccionar la explanada y atendiendo

que por las providencias dadas con este bando para la nueva construcción y reedificación de casas en dicho barrio de la playa y huertas de San Pablo, tienen ya los dueños de las demoliciones capacidad y destinación en que por poder aprovechar los desechos y ruinas de las que se han demolido en cuya recolección y transporte a otros parajes se ha experimentado una notable omisión o descuido, en grave perjuicio de la continuación de las obras exteriores de dicha Ciudadela y total perfección y complemento de ellas. Por tanto ordenamos y mandamos que todos los dueños de las casas demolidas o cualquiera otra persona que en sus desechos o ruinas que existan actualmente o existieren, sea interesado dentro el término de 20 dias, que se contarán desde la publicación de este bando precisos y perentorios; hayan y deban con tal efectuación haber quitado y transportado a otro paraje donde mejor les estuviese los referidos desechos y ruinas; con apercibimiento de que pasado dicho término será lícito y permitido a cualquier otro sujeto el poder sacar y llevarse como a cosa propia suya, adquirido por la sola ocupación, cualquiera parte o porción de los predichos desechos o ruinas, porque pasados dichos veinte dias se reputarán y estimarán *tamquam pro derelicto* despreciadas y abandonadas de sus dueños la cual libre facultad pasados dichos veinte dias durará solamente por el plazo de quince dias inmediatos precisos y perentorios, sin que después ni a los dueños ni a otra persona respectivamente en los plazos referidos sea lícito ni permitido alegar derecho alguno para aprovechar o utilizarse de dichas ruinas y desechos por ser así importante y urgente a la utilidad de la causa pública y bien común de la monarquía que va anexa e inseparable de la perfecta y completa construcción de la Ciudadela.

Y para que venga a noticia de todos mandamos publicar y fijar este bando en los parajes públicos de esta ciudad según es estilo.

Dado en Barcelona a 3 de Octubre de 1718

EL MARQUÉS DE CASTEL-RODRIGO

Poco a poco las huellas de la civil contienda fueron debilitándose, se normalizaba la situación de la ciudad, renacía el movimiento mercantil del puerto y los espoliados del caserío de Santa Clara pudieron entregarse paulatinamente a las habituales ocupaciones de sus especialidades, en la confianza de que los derechos que les habían sido otorgados sobre unos arenales de considerable extensión, lengua de tierra que prolongaba la ciudad con el mar, próximos a los muelles, les proporcionarían un desembarazo para su desenvolvimiento y superiores condiciones a cuanto disfrutaban en el mismo barrio que estaba llamado a reemplazar, con la ventaja de que se hallarían cerca del centro de sus trabajos.

Desde luego se procedió a señalar y repartir un número más o menos crecido de solares, y si bien la práctica de esta importante y piadosa determinación hubo de suspenderse por causa de las inmediatas y sucesivas guerras en que se vió comprometido el Reino, se concedieron ciertas autorizaciones provisionales para ocupar terrenos y prescindiendo también accidentalmente del diseño oficial, levantar barracas que fueron construidas con notable rapidez por un sistema mixto de tablas y mampostería o de simples empalizadas y defendidas de la intemperie con cobertizos del propio orden, todo de muy primitiva arquitectura.

Ya reunidos en semejante sitio, los restos de un vecindario tan amarga como profundamente perturbado, maestros y obreros, en la indigencia todos, convinieron en concurrir con sus brazos y sus inteligencias, prestándose mutua ayuda, al logro del renacimiento de sus ramos de industria, mediante el método más conveniente para la clara y mejor impulsión de los trabajos, que habrían de ser dirigidos por los hombres de mayor discernimiento entre los reunidos en aquella naciente colonia.

La ciencia económica aconseja con sabia opinión, que cada país dedique sus inteligencias y actividades a las producciones e industrias que por su suelo, clima o condiciones especiales de sitio y lugar, puedan tener mas favorable desenvolvimiento, y nunca con mayor oportunidad y acierto ha sido atendido este criterio.

Allí estaba el puerto con su riqueza natural e indígena.

Allí afluían las corrientes por las cuales había de circular la savia de vida de un nuevo pueblo.

Multitud industrial y navegante; la especialidad de esos colonizadores fué su tráfico y el desarrollo de todas las artes, de todos los oficios, de todos los conocimientos provechosos al concurso necesario para la construcción, aparejo y reparación de embarcaciones, y de las industrias a flote, de pesca y navegación.

Los demás factores de su problema resultarían según el grado de virtud que atesoraran, laboriosidad, espíritu de ahorro, reflexión y fraternidad en pró del desenvolvimiento común. En esos agentes tenían ellos una fé inquebrantable.

Desde el primer momento hubieron de luchar con grandes dificultades. La falta de capital, que no poseían, primer elemento para toda empresa, particularmente en una época en que por lo general se satisfacía todo al contado, era su primer obstáculo.

A ellos no les arredró esta contrariedad y la combatieron sujetando a toda prueba su honradez, que fué siempre el escudo de sus adversas alternativas. Tendían a constituirse y se lanzaban decididos con actividad febril a su objetivo. Emprendedores, laboriosos, activos, el jugo de una voluntad resuelta del libre albedrío, circulaba potente por sus venas, y estas cualidades óptimas de su modo de ser, produjeron en breve una asimilación de elementos característicos, de la cual brotó una comunidad íntima unida por idénticos intereses que latía individualmente en la labor, como en las expansiones confidenciales de la amistad. Nunca la envidia sembró cizaña entre ellos; sentían supre-

ma necesidad de vivir unidos y armónicos para restituirse a su antiguo estado, y reflectivos siempre, esquivaban todo aquello que no hubiese de conducirles a promover trabajos, sembrar la confianza en el comercio o en sus clientes y producir el desarrollo de cuanto fuese capaz de crecimiento.

En los talleres, ni distracciones innecesarias ni entretenimientos que les fuerán ajenos, dieron jamás motivo de vigilancia a los maestros respecto de sus dependientes, en cuya escrupulosa conciencia no tenía cabida sentimiento alguno que no fuese recto y honrado, y las observaciones o advertencias que se les hacían, concretábanse a las profesionales de una buena dirección.

Nunca atendieron al reloj para dar de mano cuando la urgencia de la pieza que elaboraban o las circunstancias del trabajo lo exigían. Con la luz artificial levantábanse en invierno y con la misma luz trabajaban dos o tres horas durante la velada; y este calor moral, a medida que iba manifestándose por la esfera de los resultados, desplegaba intensos fenómenos como la invasora difusión del riego que penetra al ardoroso surco preñado de simiente y saturado de abono, y así el desarrollo de su importancia adquirido en corto tiempo, fué de efectos sorprendentes.

En la reparación y construcción de buques, sobrepusieron por su maestría y pericia a sus rivales de otras playas, con cuyas cualidades lograron atraer a su beneficio la mano de obra de este ramo, que por causa de la guerra de sucesión y del largo sitio de Barcelona parecía haberse alejado para siempre de ella.

Sus costumbres morigeradas corrían parejas con su amor al trabajo, por el propio motivo de que si la holganza es la madre de todos los vicios, el hombre laborioso está menos ocasionado a ellos.

El impulso estaba dado, y los operarios de la marina emprendieron resueltamente por la gran calzada de la prosperidad.

Notorio a todas luces era de día en día su progreso.

Su trabajo apenas naciente imprimía tal impulso a la riqueza pública, que desarmando totalmente sus odios vengadores los instrumentos del rey pasaron de la tiranía a la protección, y les dispensaron, directa e indirectamente, un amparo decidido.

Fomentaron entre ellos las ventajas de la agremiación y asociación para que les fuera dable reunir fácilmente capitales; evitaron toda traba del espíritu fiscal; removieron los obstáculos que entorpecer pudieran sus progresos; les fueron abolidos los arbitrios con que se cargaban las primeras materias; se les eximió del pago del derecho de puertas, y decretose de Real Orden exención perpétua de censos y laudemios, franquicias de cargos y derechos señoriales y de la contribución del real catastro para las casas que se construyeran en este barrio.

Merced a tales garantías creció la importancia y elevación que a sus oficios habían sabido dar por medio de su amor al trabajo y el decoro con que los ejercían; y con el auxilio de un buen orden y método trataron yá de asegurar su subsistencia para aquella época de la vida en que el hombre, a causa de sus años y de sus enfermedades, debe creer que su trabajo le proporcionará poco o ningún lucro.

Con sus economías aumentaban su fortuna y con esta el bienestar, la independencia y la probabilidad de bastarse a si mismos. Satisfechos y relativamente felices, se encaminaban de esta suerte a su propósito. Fueron excelentes padres de familia, procuraban la educación de sus hijos con esmero, les hacían aprender los primeros rudimentos de una instrucción proporcionada a su clase, criándoles sumisos, respetuosos y obedientes; les inclinaban con escrupulosidad a las profesiones para las cuales se sentían con más vocación, o demostraban mayores aptitudes inculcándoles por el ejemplo sus hábitos de trabajo, y era notable el número de los que con el propósito de proceder acertadamente en la ejecución de los artefactos que requerían el auxilio del dibujo, les instruían en los conocimientos indis-

pensables de lineal, sin pretensiones, empero, de que llegarán a adquirir laureles en el arte.

En cierta época despertóse en la mocedad, extraordinaria inclinación a navegar, y los jóvenes de este barrio llenaron las clases de la escuela de náutica, de las cuales salieron aprovechados alumnos que dotaron a la marina mercante de expertos pilotos, de renombre y superioridad en los mares.

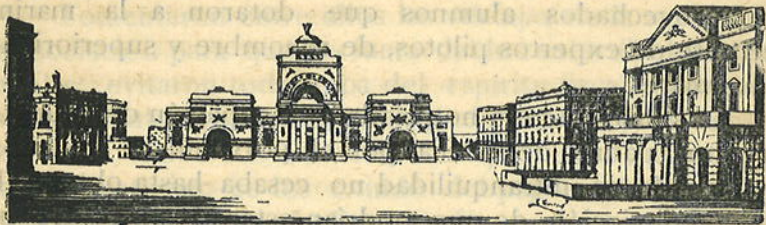
En suma, que era notoria la preocupación de aquellos correctos padres de familia por el porvenir de sus hijos, cuyo estado de intranquilidad no cesaba hasta obtener la íntima convicción de que podrían estar al abrigo de un golpe de fortuna y con tal motivo no perdonaban medios, hasta verles dotados de la aptitud necesaria para ganarse lo preciso a la vida sin haber de sucumbir a obligaciones onerosas.

Conforme sus ahorros les permitieron tratarse con mayor decoro y comodidades habían ido alquilando y ocupando habitaciones dentro de puertas, generalmente en las manzanas intermedias entre la calle del Rech, Plaza del Borne, Traspalacio y Vidriería, y dejaron sus barracas limitadas al uso de talleres y depósitos.

Este semi-abandono permitió que las fueran haciendo poco a poco sus guaridas de noche bandadas de pordioseros cosmopolitas, gente de mal vivir, desertores o expulsados del ejército y muchachos prófugos de la casa paterna, que durante el día merodeaban por los pueblos del llano, y desde su refugio organizaban frecuentes y nocturnos asaltos contra los marinos que se permitían abandonar sus embarcaciones.

Poco o ningún interés demostraron en poner término a semejante situación los capitanes generales que sucesivamente se habían ido sucediendo en el mando político-militar del Principado, hasta que en mil setecientos cuarenta y nueve nombrado para este cargo el Excmo. Sr. Don Jaime Miguel de Guzmán Dávalos Spinola, Marqués de la Mina,

dispuso la salida de rondas y patrullas desde el retén de la puerta del mar para que limpiaran los arenales y su confuso y enredado laberinto de chozas, de aquella multitud tan peligrosa como abyecta.



PUERTA DEL MAR.

Se dedicó al propio tiempo en excogitar los medios para que pudiera construirse una población decente y cómoda, en el sitio ocupado por las chozas de la playa, y en su consecuencia, creyó conveniente encargar al entendido Comandante general de ingenieros D. Juan Martín Cermeño, la realización de su idea como también el cálculo de las medidas y proporciones más conducentes a la comodidad, decencia y belleza del nuevo caserío, y la ejecución y cuidado de las obras al Teniente Coronel D. Francisco Paredes, ingeniero de segunda.

En los planos presentados al noble Marqués por el general Cermeño, se desarrollaban quince calles iguales, de ocho varas de ancho y nueve las de travesía que cortan el barrio, de medida de Burgos; cada edificio habría de constar de diez varas en cuadro y siete de alto, todos de ladrillo y debían servir de desahogo al caserío, dos plazas, la menor cuadrilonga de cuarentinueve varas de longitud y cuarenticuatro de latitud y la mayor de ochenta en cuadro.

Aprobado el proyecto en todas sus partes se reemprendió con atinadas rectificaciones, la distribución de terrenos con sujeción a determinadas reglas de preferencia y grado, según los perjuicios y clases, prudentemente apre-

ciados, invitando a los poseedores de solares a abatir sus casuchas y a elevar demandas de permisos para la edificación de las casas, sujetándolas al plano establecido.

Solo resistieron esta medida, ofreciendo como obstáculo a carencia de recursos suficientes, algunos pobres pescadores que tenían sus barracas en las inmediaciones del fuerte del infante D. Carlos, núcleo conocido con el nombre de Ginebra.

Comenzó inmediatamente el derribo de las informes chozas y con esta ocasión sus poseedores, salvo contadísimas excepciones, realizaron una manifestación sorprendente, apresurándose a recurrir al general en súplica de las competentes autorizaciones para construir, prueba indudable de su desahogo en medios, como fruto de su labor y de sus economías.

El día tres de febrero de mil setecientos cincuenta y tres tomó cuerpo esta obra trascendental y reparadora, colocando, D. Domingo Fernández del Monte, administrador de rentas, la primera piedra en el cimiento de la primera casa que es la señalada con el número once en la calle Nacional (llamada entonces el Real o Muelle) que hace esquina a la calle de San Fernando núm. 1, hoy Maquinista, donde está instalado un cuartelillo de carabineros y en cuya fachada se halla empotrada una lápida con la inscripción siguiente:

**A LA FORMACION DE ESTE
PUEBLO SE
PRINCIPIO EN
3 DE FEBRERO
DE 1753.**

Nivelado el terreno, para lo cual fué preciso emplear un trabajo inmenso, toda vez que hubieron de allanarse montañas de arena, la playa hirvió de trabajadores, abriendo pozos y cimientos con sujeción a los mojones colocados por los alarifes, viéndose entonces con agradable sorpresa que por la disposición del trazado, desde el umbral de todas las casas se podrían ver las azuladas aguas del mar.

Veíanse guarecidos de la intemperie a los canteros labrando sillares para los zócalos y dinteles, y para las jambas y repisas de balcones.

Los carpinteros en otros cobertizos obraban la madera.

Hormigueaban en toda la superficie del trazado un número incalculable de albañiles y peones llevando y trayendo materiales, colocando ladrillos, levantando pared.

Los directores, los sobrestantes, los dueños se confundían con los operarios, corrigiendo al uno, advirtiendo al otro y estimulándolos con alabanzas.

Se trabajaba por todas partes con diligencia y actividad.

Y multitudes de curiosos que se substituían incesantemente, contemplaban maravillados las líneas de caseríos que habían de albergar al nuevo pueblo, comentando la celeridad con que crecían los edificios.

El Ilte. prócer que había levantado las esclusas por donde se precipitaban esas corrientes de vitalidad, se mostraba satisfecho de su obra, y con el ánimo de engrandecer sus proporciones, solidar sus miras de equidad y en su ingénita nobleza hacer justicia a sus predecesores, publicó en veinte y nueve de diciembre de mil setecientos cincuenta y tres el siguiente bando, del que también se desprende que debido sin duda al admirable comportamiento de las víctimas de la Ribera, Felipe V se había desarmado respecto de ellas, del vulgar sentimiento de la venganza.

«D. Jaime Miguel de Guzmán Dávalos, Spinola, Palavecino, Marqués de la Mina, Duque de Lacera y de la Palata, Conde de Pezuela y de las Torres, Príncipe de Massa, Caballero de la insigne orden del Toisón de oro, Capitán General de los Ejércitos Reales y del Principado de Cataluña, y Presidente de su Real Audiencia, etc.

Por cuanto en la construcción del nuevo barrio fuera de la Puerta del Mar, ha tenido nuestro pensamiento, la dicha de conformar con las piadosas intenciones del Rey, pues se halla en el archivo de la Capitanía general un edicto y otros papeles (que ignorábamos) de nuestro antecesor el Marqués de Castel-Rodrigo, su fecha tres de octubre de 1718 en que entre otras cosas dice:

«Que aprobado por S. M. el proyecto del Marqués de Verboom, General de ingenieros; mandaba señalar terreno en la playa, entre el fuerte del infante D. Carlos, y el muelle viejo, a las gentes de mar, para edificar barracas respecto de haberles demolido las casas del barrio de Ribera, para la esplanada de la Ciudadela, y que no bastando estas, se conceda terreno a otros vecinos, que quieran fabricar, espresando el citado proyecto, la figura, las dimensiones y todas las demás circunstancias, de que debían constar las calles y plazuelas, que se formasen; mandando así mismo, se procurara edificar una iglesia que fuese sufragánea de Santa María del Mar.»

Y habiendo conformado tanto las barracas que ahora se fabrican por proyecto que nos propuso el general de ingenieros D. Juan Cermeño, que es muy poco lo que varían de las del citado Marqués de Verboom, con preferencia a cuantos lo han solicitado con el derecho de tener barraca en la marina y ser de la gente de mar. Nos ha parecido hacerlo notorio, por el presente para que si alguno faltase del demolido barrio de Ribera que esté sin barraca en la

marina, que acuda a Nos con su instancia y se le señalará terreno según el que justifique que antes gozaba. Dado en Barcelona a 29 de septiembre de 1753. — El Marqués de la Mina. — Miguel Bañuelos, Secretario.

Durante el corto espacio de treinta meses, y dudariamos de ello si no lo viéramos consignado en documentos oficiales y particulares, había sido tan rápido y sorprendente el desarrollo que tomó la construcción, que pudieron contarse concluidas ocho calles que desde la esquina de la primera casa hasta su extremo miden la distancia de cuatrocientas treintisiete varas; que a más de éstas, quedó enteramente completa la plaza menor enfrente de la Iglesia (de su descripción artística y construcción nos ocuparemos luego), en cuyo fundamento se le llamó *La de San Miguel*, actualmente de la Barceloneta, y comenzada la mayor para desahogo de los fabricantes de cubas y otros artefactos semejantes que recibió el nombre de *La dels boters*, hoy de la Fuente. Sumábanse en estas calles y plazas trescientas casas construidas con materiales de primera calidad, compuestas de bajos y un solo piso, con cubiertas de teja, uniformes en sus fachadas, en su capacidad, en sus puertas y ventanas y en el decorado exterior, favorecido por la igualdad de las líneas del ladrillo superpuesto. En estas viviendas habían ido alojándose sucesivamente sus dueños con sus respectivas familias, constituyendo un vecindario de mil trescientos habitantes.

El Estado competía con la actividad particular en el desarrollo de la construcción, levantando el actual cuartel para alojamiento de fuerzas de caballería y otros edificios destinados a depósitos o almacenes de Hacienda y Guerra, los cuales hasta mediados del pasado siglo fueron conocidos con el nombre de *casas del rey* en las calles de Santa Clara, Sevilla y Sal, y se mandaba edificar una iglesia para

consuelo espiritual de los moradores del naciente barrio.

La fábrica del templo que fué dedicada al generalísimo de las milicias celestiales, Patrón de la esclarecida casa del Ilustre fundador de la Barceloneta, el Excmo. Marqués de la Mina, dió principio el día ocho de mayo de mil setecientos cincuentitres, poniendo la primera piedra en sus cimientos el Sr. Obispo D. Manuel López de Aguirre con asistencia del egregio fundador, del Cuerpo de la nobleza catalana y un numeroso público, y concluidas las ceremonias prescritas se entonó el Te-Deum. Junto a dicha piedra colocóse una caja de plomo conteniendo algunas reliquias, monedas distintas y un tubo de cristal encerrando el acta y otras inscripciones.

Los incansables desvelos del general, ayudado de los sufragios públicos en que se esmeraron la Ilustre obra y la comunidad de Santa María del Mar, el trabajo incesante de D. Francisco Paredes y la habilidad de D. Damián Ribas afamado arquitecto de Barcelona, construyeron el templo según el plano original de D. Juan Cermeño en el breve espacio de veintiocho meses contados desde ocho de mayo de mil setecientos cincuenta y tres hasta el septiembre de mil setecientos cincuenta y cinco.

Los dos cuerpos de que consta la fachada son el primero de orden clórico, jónico el segundo y corintio el de las puertas. Ocho columnas pareadas sostienen en el primer cuerpo la cornisa, cuyo piso está adornado con métopas de bajo relieve que representan las excelencias del Arcangel. En los extremos del segundo cuerpo están colocadas las estatuas de San Pedro González Telmo a la derecha y a la izquierda la de Santa María de Cervelló, Patronos ambos de los navegantes: de un nicho primoroso de orden compuesto, se destaca saliente la imagen de San Miguel dominando al espíritu maligno, y sobre el ápice del triángulo con que remata el frontispicio levántase el signo de la redención, entre dos artísticos jarrones.

El cuerpo interior lo forma un cuadrado perfecto de veintiuna varas y un pié de lado, decorado por siete altares, y en el mayor, erigido a expensas de su Excelencia, se venera una bellísima imagen del Santo Arcangel en ademán airoso: vibra en su diestra el flamígero acero y sujeta con la izquierda, atado a una cadena, al fiero dragón de los abismos.



FACHADA DE LA IGLESIA DE SAN. MIGUEL

La bendición del templo y traslación del Santísimo Sacramento a la nueva Iglesia, tuvo lugar el veintiocho de septiembre de mil setecientos cincuenticinco, víspera de la Dedicación de San Miguel, cantándose un Te-Deum, celebrándose solemnes procesiones y fiestas ceremoniales, con salvas de artillería, músicas y fuegos artificiales, a cargo de diferentes corporaciones y entidades, durante siete días.

Como iniciador del proyecto, se reservó el primero el

Excmo. Sr. Marqués de la Mina, el segundo al Cabildo Catedral; el tercero, al Ayuntamiento, el cuarto lo dedicó a su patrón el Regimiento de Caballería de Lusitania; celebró el quinto el Comercio; eligió el sexto la Comunidad y Obra de Santa María del Mar; y los habitantes de este barrio y las marinerías de los bastimentos nacionales y extranjeros surtos en el puerto, solemnizaron el séptimo.

Este templo de San Miguel del Mar o del Puerto, fué sufragáneo de Santa María hasta el veinticinco de septiembre de mil ochocientos treinticinco, que recibió autonomía y se contó entre las parroquias de Barcelona con cura-párroco independiente.

Nada descuidó el infatigable desvelo del Excmo. Señor Marqués de la Mina para la ordenada constitución de este pueblo; y su generoso aliento, la noble intención que le impulsaba de continuo a realizar por superior instinto las aspiraciones de estos habitantes, satisfaciendo sus anhelos y lisonjeando sus esperanzas, se patentizó una vez más cuando por coronamiento de sus obras, ordenó la construcción por su cuenta de ocho casas, cuyos alquileres habrían de aplicarse a dotar con cincuenta libras catalanas, pagaderas el día de San Miguel de mayo, a las doncellas huérfanas pobres nacidas en la Barceloneta, que contrajesen matrimonio; contribuir con las mismas rentas al esplendor de las fiestas del Corpus y de la Aparición de San Miguel; y satisfacer anualmente diez y ocho libras a un relojero que tuviera al corriente el reloj público, cuyo campanario de hierro, pesos, mazas y demás gastos de instalación había satisfecho igualmente de su peculio particular. (*)

Aquel varón Ilustre que llevado de su piedad hacía unas víctimas horriblemente castigadas por los efectos de

(*) Esta causa pía subsistió hasta el diez y siete de septiembre de mil ochocientos uno, en que por virtud de las Reales cédulas de veinticinco de septiembre de mil setecientos noventa y ocho y veinte y uno de octubre de mil ochocientos, fueron desamortizados los bienes raíces de aplicación a establecimientos piosos y vendidas en publica subasta, ante el Alcalde Mayor primero D. José Gayetano Garcina de Salomó, con intervención del Intendente de este Ejército y Principado, como Comisionado Regio, las ocho casas levantadas con tan loable propósito por el egregio fundador de esta barriada.

la guerra y del egoismo político, quiso reparar, en lo posible, sus grandes daños colocándolas en propias y decentes habitaciones, se hizo digno de la admiración y del respeto que le tributan las edades; mereció de nuestros predecesores el más sincero reconocimiento y de sus descendientes, aún hoy agradecidos, ingenuos votos ante sus mortales despojos depositados en el templo, para que obtenga en la gloria el premio que mereció por sus virtudes.

La cultura de la clase artesana de este barrio, tan digna por su laboriosidad y honradez del aprecio de todos los buenos ciudadanos, perpetúa su memoria dando el nombre de *Ateneo Marqués de la Mina* a un centro que sostiene para su solaz e ilustración,

Tales fueron, el origen y fundación de la Barceloneta; nombre que recibió por su relación y dependencia con la ciudad: dechado expresivo de inmarcesibles virtudes para aquella clase obrera de reputación inapreciable, cuya memoria merece ser glorificada, restos venerandos del puñado de héroes que en los fuertes de Santa Clara y San Pedro, en el *Plá d'en Lluy* y en la barricada de la plaza de Palacio, vertieron a raudales su sangre generosa por la defensa de los sacrosantos fueros del Principado.

Los que sin medir la magnitud de sus aspiraciones, los que con una fé inquebrantable en la alteza de sus miras, los que habiendo poseído no podían avenirse a permanecer en el más bajo nivel de la sociedad, se lanzaron resueltos sin vacilaciones ni dudas, por la senda del trabajo hacia la reconquista de sus perdidos haberes, pudieron recorrer felizmente el tránsito desde los escombros de la Ribera, hasta recobrar la posición del salvador refugio, del suspirado albergue, de la apacible casa de la Barceloneta, con desahogados recursos, bases de un bienestar para lo futuro en justa recompensa a sus afanes y escribir este apotegma con caracteres indelebles:

Labor prima virtus

He aquí la esclarecida estirpe, el preclaro abolengo de los que han nacido de pura sangre en este barrio. Una generación admirable por su civismo; sorprendente por sus heroicos hechos; fortificada por su contraria suerte; ennoblecida por su ardoroso amor al trabajo; y sublimada por una fé ferviente, que se simboliza en la nomenclatura de sus calles, y en las imágenes de su devoción esculpidas sobre los iluminados azulejos que revisten los altos arrimaderos de sus primitivos hogares.

Aposentados con cierto desembarazo en las viviendas de su propiedad los primeros pobladores, dedicaron todo su afán en consolidarse y robustecerse. Impulsó el crecimiento de la vecindad el mismo desarrollo de las construcciones, sumando numerosos grupos de familias de obreros en los ramos de edificación que fijaron aquí sus domicilios y que al amenguar aquí los trabajos fueron ocupados en la construcción del Palacio de la Lonja, y sucesivamente en la de la antigua Aduana.

Nuevas y necesarias industrias abriéronse al servicio público, como confiteros, vidrieros, alfareros, etc., nada faltaba para utilidad y satisfacción de los moradores, levantáronse locales en que fueron instaladas oficinas de rentas, y almacenes, bajo las mismas reglas y medidas que las casas. Un médico, Don José Datzón y Cortier, retirado del ejército, un farmacéutico, Don Pedro Bonet, un cirujano ministrante y una comadrona prestaban sus auxilios en la ciencia de curar.

Fueron abundantes los herboristas, y en gran número los expendedores de comestibles.

Si bien en cuanto a las carnes fué preciso proveerse de ellas en el casco de la ciudad, hasta que ya muy entrado el siglo pasado estableciéronse dos mesas en los bajos de la casa señalada actualmente con los números treinta y ocho y

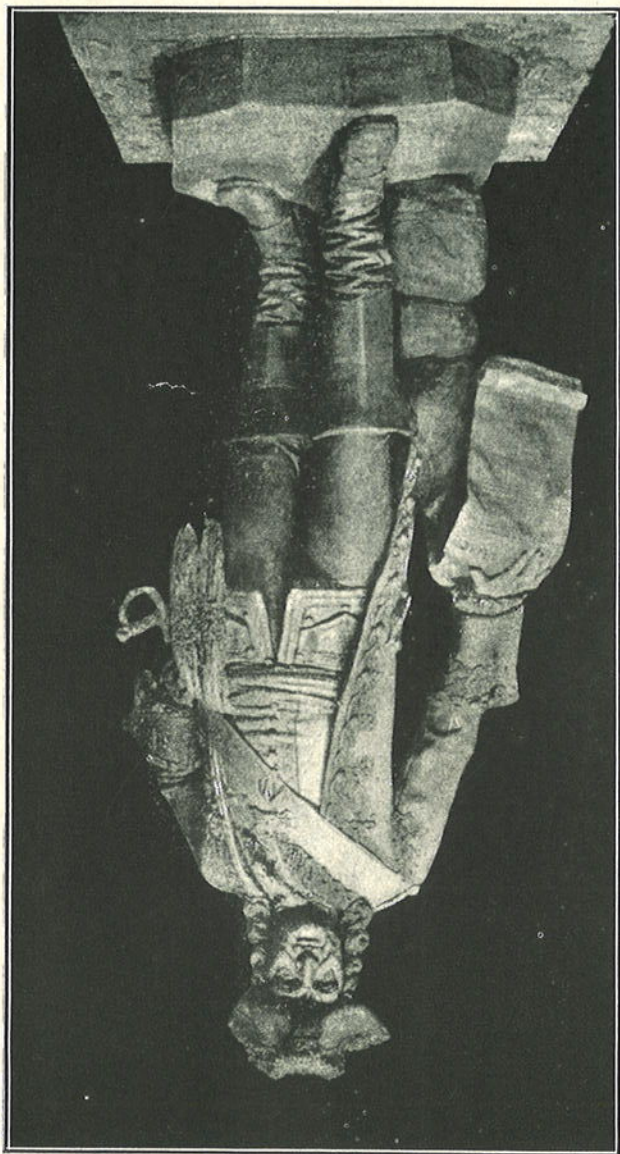
cuarenta de la calle del Baluarte, propiedad entonces del Excmo. Ayuntamiento, en la cual tenía instaladas la Alcaldía Pedánea y el cuartelillo de la guardia Municipal, y llegó al principio a tanto grado el entusiasmo por este moderno barrio que muchas personas acomodadas de Barcelona mandaron construir en él sus casas, que consideraban como un agradable sitio.

El foco de ese calor que se comunicaba a la Barceloneta para vivificarla y robustecerla, partió incesantemente de la actividad protectora que le dedicó el noble Marqués hasta su fallecimiento, ocurrido en esta ciudad el veinticinco de enero de mil setecientos sesenta y siete; y si la Nación entera lloró la pérdida del heroico caudillo que en la conquista de Orán y en las campañas de Italia alcanzara gloriosos laureles para nuestra bandera, al hombre de Estado eminente, al sagaz diplomático admiración de las Cortes de Europa por su habilidad y experiencia, ocasionó en este barrio su sentido fallecimiento una explosión de hondo desconsuelo.

Aquellos habitantes, sensibles a los beneficios recibidos, abrigaban en sus pechos con pasión ardorosa los sentimientos del amor y de la gratitud hacia su protector amado, y correspondieron a los grandes favores que de él tenían recibidos, vertiendo abundantes lágrimas sobre su feretro. Asistieron en masa confundidos con el cortejo oficial a las suntuosas exequias en sufragio de su alma celebradas en la Iglesia de San Miguel del Puerto, llenando el templo, la plaza y calles adyacentes y a su incineración que se verificó detrás del altar mayor, y un año después, el veintiocho de mayo de mil setecientos sesenta y ocho, a la traslación de sus restos mortales, acto llevado a cabo con toda pompa y solemnidad desde su primera sepultura al panteón que le dedicó su sobrino y sucesor, el Duque de Albuquerque, en la misma iglesia. (1)

(1) Al final de este modesto trabajo publicaremos, por contener datos curiosos y de interés para esta obra, la copia de la partida de defunción del Excmo. Sr. Marqués de la Mina, su testamento, un Epitome de su vida y hechos, escrito por él mismo y otros documentos.

EXCMO. SR. DON MIGUEL DE GUZMÁN DAVALOS SPINOLA
MARQUÉS DE LA MINA.



Merced a una constitución tan cuidadosamente preparada en su conjunto, los manantiales de riqueza de que se hallaba dotado este barrio se reproducían abundantemente fecundizando cada día más este suelo, y abriendo nuevos medios de trabajo.

La ventajosa situación del puerto, encerrado entre la muralla del mar y la Barceloneta, favorecía este desarrollo, haciéndonos dueños absolutos de la privativa de su tráfico, toda vez que siendo la Riba la única comunicación con tierra, solo por ella podía verificarse el movimiento comercial de importación y exportación, con la carga y descarga de las naves.

En el puerto se sucedían incesantemente innumerables buques de vela cargados de productos de todos los puntos de la Tierra.

Los muelles recibían de a bordo esas mercancías y mientras esperaban el cumplimiento de las formalidades



PANTEÓN DEL MARQUÉS DE LA MINA

fiscales interrumpían el paso intrincados laberintos formados por tupidos muros de balas de algodón, pirámides enormes de cereales, de tablones, de duelas, de géneros distintos, que eran luego esparcidos hacia los cuatro puntos cardinales.

Esas naves albergaban una nutrida población flotante, de la cual, en el conjunto de relaciones, de comunicación y trato con la Barceloneta, obteníanse considerables beneficios, en primer lugar cuando procedentes del camino de las Indias o extremo Oriente habían de doblar el Cabo de Buena Esperanza con dos o tres años de navegación, y cuyas mensualidades devengadas por tan larguísimos viajes representaban en suma capitales respetables.

De esas tripulaciones desembarcaban diariamente crecidos contingentes; reuníanse con sus familias los avencindados, y los forasteros tomaban pupilaje, pululaban distraídos por estas calles hasta su reembarque, y gastaban su dinero en cubrir necesidades, en repuesto de ropas, en entretenimientos y diversiones.

De aquí el desenvolvimiento ventajoso de ocupaciones útiles. El comercio rivalizaba en emulación con las artes y desarrollóse con gran rapidez.

Cafés, botillerías, establecimientos de artículos de consumo, bodegones, etc., se veían por doquier.

Para el abastecimiento de naves y comunicación de los extranjeros en sus relaciones con la vecindad, explicar o traducir, rótulos o epígrafes de «*Efectos Navales*», «*Ship Chandler*» y «*Provisiones para buques*» se leían con frecuencia en las portadas de las casas de fachada frente a los Andenes y en las de travesía.

La actividad de la industria en esta lucha patriótica y trascendental no quedaba rezagada.

Acometía de frente orillando los obstáculos, revelando su desembarazo el impulso progresivo que la imprimieron los fundadores, y fué tan notable el acrecentamiento de los elementos de progreso en la época que podremos llamar

segundo período, que a los pocos años distaban mucho de corresponder a sus necesidades las casas de la Barceloneta construídas bajo el espíritu de las fortificaciones.

Como las familias aumentaron en número de individuos, halláronse con que las viviendas resultaban sumamente ahogadas; los bajos eran insuficientes locales para talleres y depósitos de comercio. Las calles los únicos desahogos y descubiertos en que daban sus puertas y ventanas. Había menor número de las que necesitaban para su tráfico y comunicación, y menos patios y capacidad en las casas de los que les eran precisos para su vida.

Estas condiciones fueron entonces, y han seguido siendo hasta hoy, causa de considerables perjuicios a sus habitantes, en cuanto por su naturaleza de barrio marítimo había de cifrar su prosperidad en la elaboración de grandes piezas que exigen locales más espaciosos; y las autoridades municipales se han visto obligadas en todos tiempos a tolerarles la ocupación de parte de la vía pública cuando han llevado a cabo construcciones voluminosas que no han podido ser trabajadas dentro de los muros de sus talleres; por esta razón, en aquéllas épocas de progresivo aumento de nuestras naves de alto tonelaje, las calles todas se veían convertidas en arsenales, en obradores de las industrias de mar. Elaborábanse grandes piezas de maderamen, hierro y pipería y se trabajaba en la fabricación de velámenes y en la construcción de embarcaciones menores; y en las aceras, desde uno a otro extremo sin interrupción, veíanse espuestas pesadas cadenas, anclas, aljibes, cabrestantes, entenas, todos los artefactos, en fin, para el armamento y aparejo de las embarcaciones.

En los astilleros hormigueaban los calafates, carpinteros y herreros de ribera; las playas fueron el sitio por los pescadores escogido para confeccionar, reparar y secar sus redes, y en la de San Ramón, vecina a la de la leña, en el ángulo agudo que la muralla formaba con la puerta del mar,

numerosos obreros se ocupaban en la industria de desgazar embarcaciones de deshecho.

La bahía ofrecía igualmente un espectáculo animado. Una larga hilera de barcos tumbados sobre la banda entretenían en la carena a muchedumbres de artesanos: aquí se desforraba, allá se daba fuego, se alquitranaba acullá, éstos colocaban cartones, aquéllos clavaban cobre, y ensordecía por todas partes el martilleo general. De ordinario tenía lugar a media tarde a cargo del maestro, una buena merienda y así el corazón del obrero satisfecho por las consideraciones, sostenía mejor el brazo debilitado por la fatiga.

La actividad, el movimiento, el rumor, la vida que hervía en todo este circuito, el ambiente saturado de brea, olor característico de este centro industrial, evidenciaba con elocuencia una época fecunda y floreciente.

Esta civilización preparada por las virtudes de los primeros pobladores tomó vuelos, desarrollóse con la perseverancia de sus inmediatos descendientes, y subsistió por más de un siglo.

El plano de la Barceloneta tuvo hasta muy entrado el siglo pasado, la figura de un cuadrado perfecto. Limitábala a Oriente la calle de Sta. Ana. La batería de S. Francisco emplazada en defensa del puerto, y un vasto local ocupado por una fábrica de vidrio, interrumpían el paso a la playa, dejando sólo un angosto portillo que permitía recíproca comunicación. Los malecones a la misma mano hacia el Norte, eran unas casas donde tenían albergue las familias de más escasos recursos, y se sucedían unos espaciosos cercados donde se hilaba el cáñamo por medio de ruedas y tornos primitivos. Con éstos encadenaban los baños de la Casa de Caridad, de la Señora Tona o de Solé, legendarios por haber tenido lugar en ellos el desgraciado suicidio de Adelaida, descrito y popularizado en romances y patéticos

cantares, establecimiento que vivió en el descrédito hasta su desaparición, por causa del cercano Rech o cloaca del matadero. En los lindes contiguos alzábanse dos o tres caserones habilitados para escuela en los días laborables y para teatro o salón de baile en los festivos, y cerraba este confín un dilatado cobertizo conocido por *Cal Xich de la lleña*, depósito de maderas procedentes del desguace de embarcaciones, confundido hacia el Nordeste con una población de barracas destartadas que circunvalaban el fuerte de don Carlos. En este paraje bastaba para edificar, un simple permiso verbal del Gobernador de la Ciudadela, quien cuidaba por sí o por delegado de señalar el sitio de emplazamiento, así como su extensión superficial.

Entre el lienzo descrito de Levante y la calle del Baluarte existían como hoy el cuartel de Caballería y la plaza dels Boters (de la Fuente) y además un espacioso huerto conducido y trabajado con pericia, desde cuyo portal o de sus mismos banales, si se deseaba, eran expendidas al vecindario sus frescas hortalizas y demás productos. A continuación fué levantado el cuartel de infantería, vulgarmente de los suizos, por haberlo ocupado éstos desde su fundación hasta la evacuación de los franceses, y sirvió de alojamiento a los fugitivos de algunos pueblos de la alta montaña, particularmente los de Ripoll, cuando esta villa fué incendiada por los carlistas en la guerra de los siete años.

Las macisas murallas de la Ciudadela y del baluarte del mediodía, personificando el derecho de la fuerza, eran una barrera opuesta a la zona septentrional de la Barceloneta, mediante algunos patios y huertos intermedios y por el ocaso partía el Real o Muelle, del «*Rastro*», establecimiento donde con intervención del Diputado y Síndico personero del Común se expendía el vino a la vecindad en determinados días de la semana, hasta más allá de la calle de la Concordia, cerrando el extremo meridional con la playa numerosos zaquizamis o camaranchones, que fueron en otro tiempo dormitorios o cocinas de buques de des-

echo, en los cuales guardaban sus útiles y herramientas los operarios de la maestranza, para sus trabajos de Astillero.

El aumento progresivo que experimentó esta población con las notables y sucesivas inmigraciones de baleares, sobre todo de mahoneses, y otras gentes de la vecina costa de Levante, plantel honroso de entendidos contra maestros, causó escasez de viviendas, determinando el crecimiento proporcional del número de edificios para albergar a los nuevos pobladores; y atendiendo a esta necesidad el Capitán General D. Francisco Javier Castaños, cedió un área considerable dividida en solares, por levante y Mediodía, tomando la Barceloneta a consecuencia de las nuevas edificaciones su figura actual de un triángulo rectángulo cuyo lado mayor hacía frente a los Andenes, la hipotenusa a la mar vieja y el lado menor al paseo del Cementerio.

La apertura de esta importante vía se debe igualmente, en primer término, al mismo general Castaños, que mandó franquearla en toda su longitud en mil ochocientos diez y ocho, si bien por causa de interés privado hubieron de suspenderse las obras hasta mil ochocientos treinta y nueve, en que otro general, el Barón de Meer, pudo orillar los obstáculos surgidos, y auxiliado de una Junta llamada de Utilidad y Ornato procedió con la mayor actividad a su conclusión, con el fin de proporcionar trabajo a los jornaleros que de él carecían por la penuria resultante de la guerra civil enseñoreada entonces del país.

Tres secciones engarzadas sucesivamente constituían este paseo que en su totalidad dibujaba la figura de un ángulo bastante obtuso.

La primera tenía origen a corta distancia de la puerta de mar y constaba, como hoy, de dos paseos laterales y una calle central para el tránsito rodado, con cuatro hileras de árboles, sus atárveas de riego y bancos de mampostería para descanso de los viandantes que se dirigían al cementerio.

Partía el segundo trozo de un portillo practicado en la trinchera de unión del baluarte de D. Carlos con la Ciudadela, el cual, a la altura de los cuatro caminos declinaba en la tercera y última série, cuyo término era la silenciosa morada de los muertos.

Antiguamente no eran permitidas las edificaciones en ambos lados de este paseo comprendido a la sazón dentro del perímetro polémico de los fuertes; pero por el derribo de la Ciudadela quedó sin efecto semejante prohibición y hoy forma una calle poblada de caseríos, almacenes y fábricas, auxiliares eficaces para el desarrollo del comercio y de la industria.

En 1837 fué la Barceloneta objeto de otra innovación que contribuyó bastante a su embellecimiento.

Su comercio y sus artes seguían produciendo ópimos frutos; la afluencia de forasteros era incesante, datando de esta época las primeras y mas numerosas colonias de naturales ú oriundos de Tortosa, Vinaroz, Benidorm y otros pueblos del reino de Valencia, gentes todas dedicadas a las nobles y azarosas ocupaciones del mar.

Con este motivo y a fin de poder albergar al nuevo y allegadizo vecindario, algunos propietarios hubieron de acudir al Barón de Meer para que les permitiera edificar un segundo piso sobre las casas de esta población, y recomendada la solicitud por la Junta de obras públicas de utilidad y ornato, resolvió la autoridad militar a fines del referido año, conceder la facultad de édificar un segundo piso que no pudiera tener mas elevación sobre la altura de 31 palmos de las fachadas de las antiguas casas, que la de 16 palmos catalanes contados desde el nivel del primer piso hasta el terrado, incluso el grueso de este y del techo, y el pretil tres palmos en toda la extensión de la fachada; de manera que la altura total de las casas con el nuevo piso y barandilla, había de medir 50 palmos, con arreglo al diseño presentado por el cuerpo de ingenieros.

También fueron atendidas por el Capitán general

Barón de Meer, basadas en el propio fundamento, nuevas demandas de solares, pero llegó a edificarse tan cerca de la orilla del mar, que los temporales ocurridos en los años mil ochocientos cuarenta y ocho, mil ochocientos cincuenta y mil ochocientos cincuenta y tres, destruyeron sesenta y tantas casas; habiéndose señalado como causa inmediata de esas catástrofes, que originaron la ruina de numerosos propietarios, el abuso en la extracción de arenas de la playa frente de la Barceloneta para lastrar las embarcaciones. Las playas señaladas para prestar este servicio, eran las de casa Antúnez y la que media entre el Bogatell y el Cementerio del Este; pero la incansable codicia de ciertos industriales no cesaba de poner en juego todos los medios que les sugería su pérfido egoísmo, en beneficio de un interés particular, cubierto con el manto de las conveniencias mercantiles, y lograba burlar las disposiciones legales, así como la vigilancia de los agentes encargados de sostener su cumplimiento.

En mil ochocientos cincuenta y ocho el Excmo. señor don Domingo Dulce que ejercía el cargo de Capitán General en Cataluña, con el objeto sin duda de aumentar en lo posible la exígua cabida de las casas que dan frente al actual paseo Nacional, únicas que se prestaban a este beneficio, en uso de la facultad que tenían los Capitanes generales de conceder todos los terrenos comprendidos entre la Ciudadela y la Ribera del Mar, resolvió enagenar los existentes a lo largo de aquella línea hasta la orilla del paseo, los cuales se hallaban ya ocupados de hecho, desde largos años, por los artefactos de los oficios de los vecinos de las citadas casas. Esta resolución fué notificada



GENERAL DULCE

verbalmente a los propietarios de la citada línea, previniéndoles que podían usar, si querían, del derecho de preferencia a la adquisición que a cada uno concedía, por el terreno que hacía frente al respectivo edificio de su propiedad. La mayor parte de ellos, oída la notificación, aceptaron desde luego el ofrecimiento, procediendo a la otorgación del contrato, haciéndolo los restantes a fines del año mil ochocientos cincuenta y nueve, en que por la propia autoridad se les repitió la notificación, añadiendo que si no lo aceptaban pasaría a verificar la concesión de los solares lindantes con sus casas, a cualquiera persona que los solicitare.

A partir de esta época la propiedad representada por una Junta elegida con amplias facultades, inició un movimiento de asidua laboriosidad para conseguir el derecho de dar mayor altura a sus edificaciones, controvertiendo separadamente en repetidas audiencias solicitadas, con el Capitán general, con el Ayuntamiento y el autor del plano de ensanche, a quienes halló en todas ocasiones refractarios a sus propósitos, actitud que motivó su resolución de pasar a la Corte a gestionar personalmente con los Ministros de la Corona.

Esto sucedía en el transcurso del año mil ochocientos sesenta y uno, y mientras tanto, algunas casas aparecían elevadas como por encanto hasta tercer piso; pero las obras adicionadas fueron derribadas por la autoridad militar, causando la Real Orden de diez y seis de Enero de mil ochocientos sesenta y dos, en la que se estableció la prohibición de hacer nuevas edificaciones y mejorar las existentes.

No se abatieron los bríos de la Comisión por semejante contratiempo, al contrario, tomó más grandes alientos, dedicose con mayor ahinco a su cometido y emprendiendo un segundo viaje a Madrid, obtuvo en catorce de marzo de mil ochocientos sesenta y tres, otra Real Orden derogatoria de la anterior, alzando la suspensión de edificar y permitiéndolo en lo sucesivo sin escepción de ninguna clase, con tal de que la altura de los edificios que se levantarán fuera

igual a los anteriores que sustituyesen, o a los que les fuesen contiguos, y bajo el supuesto de haber de quedar afectos a las expropiaciones o variantes a que dieran lugar las alineaciones o reformas sucesivas, que pudieran proponerse para este barrio.

En tales términos de limitación la Real Orden, no venía a resolver el asunto pendiente, y por lo tanto no satisfizo a la propiedad que siguió trabajando largo tiempo con suerte varia y formuló nuevas instancias en las que adujo atinadas razones que fueron desestimadas por el Ayuntamiento, a cuya autoridad incumbía el asunto, por haber recaído aprobación en el plano general de ensanche, y alzándose por último de los acuerdos del Cabildo municipal para ante la superioridad, el Gobernador Civil de la Provincia, Don Romualdo Méndez de S. Julián, con oficio de diez y siete de Febrero de mil ochocientos sesenta y ocho decretó la autorización para que las construcciones pudiesen elevarse hasta tercer piso y desván, conforme estaba solicitado; declarando legalizadas todas las infracciones que por tal concepto se hubieren cometido.

Finalmente, en mil ochocientos setenta y dos una nueva Junta sucesora de la anterior, gestionó con el Excelentísimo Sr. Alcalde D. Francisco de P. Rius y Taulet la concesión de autorizaciones para levantar cuartos pisos en estas casas, y previa la debida tramitación del recurso, el Ayuntamiento en consistorio de treinta y uno de diciembre del propio año, adoptó conforme se pedia, el acuerdo de que los edificios que se levantaran en este barrio, y comprendieran cuando menos la superficie de un solar entero de sesenta y nueve metros ochenta y ocho centímetros, con fachada a dos calles, quedarían en lo sucesivo sujetos a las disposiciones prescritas en las Ordenanzas Municipales, para la construcción en el interior de la Ciudad; que las que estuviesen en circunstancias distintas de las anteriores, se regirían por los preceptos que en sus analogías imponga el Código Municipal, y que las casas existentes que cuenten

sesenta metros de perímetro, reuniendo los cimientos y muros, el espesor, la solidez, resistencias y estabilidad necesarias para sostener un cuarto piso, mediante reconocimiento y dictamen del Arquitecto Municipal, así como una rigurosa inspección facultativo-higiénica, quedaban en condiciones idénticas para ser levantadas, como las de nueva construcción.

Con este acto de justicia, debido en primer término al Sr. Rius y Taulet, y a los esfuerzos de la Junta, quedó terminado definitivamente el debatido asunto de la altura máxima de las casas de la Barceloneta.

Alterando aquí el orden cronológico que nos habíamos propuesto en la exposición de los sucesos, a fin de no truncar el hilo del relato de las construcciones que sucesivamente han ido engrandeciendo el poblado de la Barceloneta, hasta alcanzar el ámbito que actualmente ocupa, reseñaremos en este lugar la notabilísima mejora que se desenvuelve por la parte Norte, llenando de bellos edificios los antiguos huertos de Gurri, Botet y Torrents, etc., terrenos propios de la testamentaría del Sr. Marqués de la Cuadra, y otros, así como el juicio que nos merece el estado de esta gestión urbana entretenida indefinidamente para su completo desarrollo, con notable detrimento de los intereses morales y materiales de la nueva barriada.

En cinco de junio de mil ochocientos ochenta y cinco acordó el Excmo. Ayuntamiento la aprobación en principio, de un nuevo proyecto de alineación y rasantes para la zona comprendida entre las calles de Ginebra, el Paseo de Don Carlos, los terrenos inmediatos a la Plaza de Toros y el Paseo Nacional. Fijóse al público el acuerdo por el término que la ley previene, y fué impugnado en el sentido de que las manzanas proyectadas son pequeñas y excesiva la superficie viable relativamente a la edificable; se pidió por unos la supresión de los chaflanes en los ángulos de las manzanas, en pro de la uniformidad que con esta supresión resultaría entre el orden de las viejas calles y las que se

trataba de urbanizar, y se objetó por otros que estando llamada a reformarse la distribución aprobada para el muelle de la Barceloneta y terrenos existentes entre dicho muelle y las casas de la calle Nacional, podría diferirse el estudio de urbanización de la zona objeto del proyecto, hasta quedar estudiadas y resueltas las cuestiones de las que, según ellos, había de depender el buen enlace entre la Barceloneta y el casco antiguo de Barcelona.

Examinados estos reparos y oído el parecer facultativo, la municipalidad resolvió en cuatro de mayo de mil ochocientos ochenta y seis, declarar definitivamente aprobado el proyecto, eliminando empero, de la aprobación, las dos manzanas que limitan la zona por el lado del Paseo Nacional.

Apeláronse de este acuerdo los interesados en diez y siete de junio de mil ochocientos ochenta y seis, y el Excmo. Sr. Gobernador Civil de la Provincia, previo informe de la Excmá. Comisión provincial, lo declaró confirmado en cartorce de marzo de mil ochocientos ochenta y siete.

Procedióse desde luego a levantar con actividad febril sobre aquellos terrenos, importantes y distinguidos edificios de orden moderno, que revelan, por su heroseo y capacidad, una categoría superior, que satisface las exigencias de la comodidad y del adelanto.

El conjunto de estas construcciones viene a constituir seis espaciosas calles que cuentan cada una diez metros de amplitud y a las cuales, el Excmo. Ayuntamiento, en consistorio de doce de septiembre de mil ochocientos noventa y cinco, les dió denominación honrando el recuerdo de gloriosas personalidades de la historia.

Estas casas están pobladas por crecido número de vecinos que lamentan la incomunicación directa con la ciudad en que se les tiene, por impedirlo un cobertizo destinado a cuadra para ganado mular y depósito de carruajes de la Compañía anónima de tranvías, hoy cine Marina, y otros caserones adyacentes, obstáculo que obliga a dichos habitantes a dar un gran rodeo por la calle de Ginebra.

La permanencia de los cobertizos que interceptan la entrada natural de la calle de Balboa, llave de aquel barrio, es además una ridiculez y un adefesio que afea la belleza y hace desmerecer la importancia de los notables edificios que allí se han levantado.

En medio del apacible movimiento de la vida real de esta sociedad, hace su aparición con apenadora frecuencia, el angel fatídico de las calamidades, sembrando gérmenes de muerte, funestos infortunios y dolorosas catástrofes. Ora son siniestros marítimos que arrancan lágrimas a raudales y despiertan rasgos heróicos, o bien epidemias mortíferas con su séquito de duelos donde el alma inflamada en un amor sublime, labra la obra de la fraternidad humana, levantando monumentos de caridad, de abnegación y grandeza, turbulentas asonadas o colisiones sangrientas.

Las enfermedades epidémicas del pasado siglo que en su marcha invasora visitaron esta ciudad condal, hicieron su entrada por nuestra zona marítima debido, indudablemente al contacto inmediato que tiene con pasajeros y mercancías procedentes de foco infecto, favoreciendo la implantación morbífica condiciones especiales de temperatura, presión y humedad en la atmósfera del puerto más o menos cargado de miasmas por la remoción de los cienos a causa del trabajo de dragas, ahondamientos, limpia y cimentación de sus eternas construcciones, y a las malas circunstancias del subsuelo de la Barceloneta.

Estas contingencias tan acíagas como inesperadas han perturbado la marcha normal de nuestra localidad causando numerosas víctimas, en la fechas y períodos siguientes:

En el año 1821 una enfermedad exótica diagnosticada de fiebre amarilla reinó ciento ocho días. Su presencia fué observada el 6 de agosto y su desaparición el 22 de noviembre.

El cólera morbo asiático hizo estragos setenta y nueve días. Apareció en 25 de agosto y solo en 12 de noviembre pudieron quedar normalizadas las circunstancias sanitarias de la población.

En 1854 toma de nuevo carta de residencia el funesto hijo del Gangues por setenta y tres días, contaderos del 1.º de agosto al 13 de octubre.

En 1865 y desde el 10 de agosto al 26 de octubre se reprodujo la invasión de este mortal azote. Imperó setenta y siete días.

Otro inclemente huésped, en 1870, turba el sosiego de este barrio. El *Tifus icterodes* o fiebre amarilla que causa sus primeras víctimas el 12 de agosto. Sus estragos cesaron en la Barceloneta el 24 de octubre por haber desalojado la población; más en el casco de la ciudad, su maléfica influencia reinó hasta el 21 de noviembre, después de cien días de siniestro dominio.

En 1885 un cólera morbo, de más benigno carácter que sus predecesores, limita su permanencia en esta zona a los treinta y un días del mes de agosto, debido tal vez a la rigurosa aplicación de los modernos adelantos de la higiene.

El cuadro que ha presentado la Barceloneta en esas afflictivas situaciones ha sido siempre el mismo con escasa diferencia.

Pérdida de las fuerzas morales de sus habitantes, presos de un pánico aterrador, emigración de aquellas familias poseedoras de medios, en busca de mayor seguridad; permanencia del proletariado, del que nada dispone para hacer frente al implacable enemigo, y de los que por el retraimiento brusco del trabajo que causa la declaración de puerto sucio, quedan en una situación aproximada a la de los anteriores.

Sobreponiéndose a las abrumadoras angustias de estos momentos, la abnegación de algunos que a riesgo de su vida se consagran a salvar la de sus semejantes se pone de

relieve, como el desprendimiento de otros que acuden al socorro de los necesitados. El Ayuntamiento, que en tiempos normales suele tenernos en olvido, demuestra con un celo digno de encomio en épocas calamitosas, que en cuestiones que llevan envuelta en sí la tranquilidad general, es éste su barrio predilecto, y dispone enérgicas medidas para atajar el mal, para disminuir sus proporciones, para arbitrar recursos conque sostener a los indigentes a fin de que la miseria no sea un poderoso auxiliar de la enfermedad reinante, y por último, el clero parroquial intérprete fiel de su misión divina, que acude sin descanso a llevar a los pobres el óbolo de la caridad y a los infelices moribundos los consuelos de la religión cristiana, arrojando a cada instante los peligros del contagio.

Estas son en general las notas sobresalientes del cuadro. Como epidemias más singularmente notables por sus estragos y circunstancias, citaremos las de 1854 y 1870. Aquélla apareció con una malignidad e intensidad alarmantes hasta el punto de que por falta de coches fúnebres, los cadáveres habían de permanecer dos y tres días insepultos en las casas, aumentando las proporciones de la zozobra y de la desolación.

Consternado el Ayuntamiento visitó la Barceloneta para reafirmar el abatido espíritu de sus habitantes y adoptar, como adoptó sobre el terreno con la urgencia requerida por la situación, todas las disposiciones tanto financieras como administrativas que debían aminorar los funestos resultados que el desarrollo de la epidemia producía. Donativos en metálico y en especie, asistencia facultativa, auxilios personales, abrigo, remedios, reglas de salvadora higiene y corrección de las deficiencias observadas. Constituyó una Junta de beneficencia destinada a inquirir y socorrer necesidades y tanto el digno presidente, Concejal-Capitular D. José Deparés, como sus vocales y benemérita corporación de Alcaldes de barrio, afrontaron los peligros y soportaron las fatigas acudiendo personalmente a las mo-

radas de los enfermos a distribuir recursos de todo linaje que mitigaban los quebrantos, interpretando fielmente en todos sus actos los propósitos del Excmo. Ayuntamiento.

No es posible encomiar cual se merece el celo, la caridad y demás hechos relevantes desplegados en combatir la epidemia por la referida Junta y singularmente por la municipalidad a favor de sus acertados acuerdos, de modo que constituye una página de gloria para los que los realizaron.

Sesenta y siete mil ochocientos sesenta y un reales distribuyó la Junta en socorros pecuniarios y en alimentos, de los que sesenta y tres mil procedían de donativos del Excmo. Ayuntamiento. La gratitud que esta generosa conducta despertó en los habitantes de la Barceloneta, se perpetúa en una lápida empotrada sobre la puerta que desde la iglesia parroquial de S. Miguel del Puerto conduce a la Vicaría, con esta inscripción:

D O M

*Los alcaldes de barrio, Junta de
Beneficencia y vecinos de la Barceloneta
agradecidos*

*dedican
al Excmo. Ayuntamiento de Barcelo-
na por su paternal solicitud en socorrer a
los pobres de estos barrios durante el cólera
de 1854.*

De mayores trastornos fué origen la fiebre amarilla en 1870. Este formidable enemigo eligió sus primeras víctimas entre los tripulantes de los buques surtos en el Puerto, carabineros de la Sección del Muelle, empleados de la Sanidad Marítima, habitantes del bajo andén, y poco a poco llevó a todos los ámbitos de la Barceloneta el radio de su influencia mortífera,

La corporación municipal, cuyo amparo protector se dejó sentir desde los primeros instantes, dictó a porfía cuantas medidas tendían a circunscribir el desarrollo del mal, combatiendo la multiplicidad de focos, cuidando de la asistencia de los atacados, por medio de un servicio facultativo completo, mientras algunas sociedades benéficas, el virtuoso Párroco y otras personas bienechoras contribuían personal y pecuniariamente a la obra de caridad auxiliando a los enfermos y necesitados.

Delegó el Municipio al Concejal de esta barriada, don Joaquín Gurri, para que, asociado a algunos vecinos redoblara la vigilancia en la higiene, la asistencia a los enfermos, dispusiera el desocupo de las viviendas existentes en el bajo andén del Puerto y su saneamiento, instalara un hospital, a cuyo efecto el mismo señor tenía de antemano ofrecidos locales de su propiedad entre la Plaza de Toros y los antiguos gasómetros, y encomendándole otras varias disposiciones de carácter administrativo. Un Ministro de la Corona, D. Nicolás M.^a Rivero, vino a compartir con las autoridades los peligros del contagio y sancionó la destrucción por el fuego, de un muelle de madera existente entonces, especie de cuerpo avanzado adherido a los viejos muelles de la Barceloneta, donde se suponía la existencia de un gran foco infectivo; y viendo el Ayuntamiento que nada era suficiente a detener la destructora invasión de tan inhumano huésped, tomó la heroica medida de desalojar de habitantes este distrito arrancándolos de las garras de la muerte. Creó al efecto un asilo hospitalario en el ex convento de Montalegre, término de Tiana, donde albergar y socorrer a las familias necesitadas, y dió principio a esta operación el día 22 de septiembre a las tres de la tarde, saliendo para Badalona en el tren de Francia gratuitamente los convoyes de emigrantes, desde donde continuaban en carro o a pié, según su situación, hasta el convento de Montalegre o a su vecina dependencia «La Conrería».

El desocupo total y el traslado de los menesterosos a

Montalegre fué obra laboriosa y ocasión de grandes disgustos y perturbaciones, dejándose por fin ultimada el 18 de octubre; y desde este día un cordón sanitario aisló la Barceloneta en la que soló tenía entrada una guardia cívica para custodia de sus abandonadas viviendas.

En estas circunstancias nada más lastimoso que una visita por el interior de este barrio, donde reinaba la quietud de los cementerios. En sus calles desiertas, crecía la hierba; las puertas cerradas infundían pavor; las brigadas de higiene dirigidas por facultativos de la Armada, encontraban en gran número de viviendas, cadáveres de animales en estado de putrefacción; lechos donde ocurrieron defunciones convertidos en verdaderos cenegales, las ropas de las víctimas teñidas en sangre e inmundicia, y en todas partes se sentía un hedor pestilencial. En el piso primero de la calle del Baluarte, número 67, fué hallado el cadáver de una mujer en completo estado de descomposición. La infeliz debió haber fallecido sin auxilio de persona alguna.

Entre los trances más angustiosos que sufrió este vecindario, hay que colocar en primer término la tribulación de que fué víctima nuestro clero parroquial: párroco, vicario, sustitutos, sacerdotes acrisolados por la caridad, que derramaban por todas partes el bálsamo del amor al prójimo, ayudaban a las necesidades de las familias, les aconsejaban en sus amargas aflicciones, administraban los Santos Sacramentos a los moribundos, cerrándoles la tumba en nombre de Dios y de la humanidad contristada, arrollados por el cansancio y el contagio sucumbieron todos uno tras otro en esta ruda campaña. Trasladaremos aquí sus nombres, citados por los contemporáneos, como monumentos de invencible abnegación y de infinita caridad.

FALLECIERON

El 26 de septiembre, don Raimundo Torres Vilaseca, Pbro., Vicario de San Miguel del Puerto.

El 29 de septiembre, don Agustín Lladó y Bartrina, Pbro., Sacristán de San Jaime.

El 2 de octubre, don Francisco de Asís Burquera y Lladó, Pbro., Párroco de San Miguel.

El 10, don José Faura, Pbro., Beneficiado de San Juan de Jerusalén.

El 11, don Jaime Girbau Guardia, Pbro., Vicario de San Miguel.

El 16, don José Miró Llibons, Pbro., Cura Párroco de San Miguel.

El 18, don José Bara Bonet, Pbro. del Oratorio de San Felipe Neri.

Sacrificaron su vida víctimas de su deber prestando servicios en esta zona, los Alcaldes de barrio don Joaquín Trias y don Joaquín Martí, y los dependientes de la municipalidad, Cabo de la guardia municipal, Antonio Artiola; Subcabo, Domingo Baldrich; Guardias, Pío Palanzón, Francisco Bellapart, Mariano Escudé, José Delgado, José Alfaro, Juan Vázquez, Miguel Bach, Roque Taboada e Isidoro Coras; Serenos, Bartolomé Tafanell y José Oriol; Suplentes, Jaime Barbé y Francisco Gasch.

Como dato que justifica la generosidad del Ayuntamiento en estas circunstancias azarosas, anotaremos que las limosnas distribuídas a los pobres de esta barriada, ascendieron a la suma de ocho mil doscientas cincuenta pesetas, y a siete mil novecientas sesenta y seis el importe de instalación y estancias del Hospital provincial *den Gurri*, a más del importantísimo gasto originado por la creación y sostenimiento de la Colonia de Montalegre, que tanto combustible arrebató a la epidemia, y que es obra de las innumerables ejecutorias que a Barcelona enaltecen como grande, generosa y caritativa.

En aquel hospitalario asilo se entregaba a los albergados cama, menaje y utensilios indispensables de mesa e higiene; se les servían alimentos de primera calidad, en cantidad mas que suficiente; nada faltaba para la satisfacción

de todas las necesidades de la vida de aquel pueblo improvisado, que era objeto de las mayores consideraciones por parte del personal administrativo y facultativo que dirigía los distintos servicios.

Este asilo contó 1.500 albergados, subsistió hasta el día 11 de diciembre, y ocurrieron en él doce nacimientos y setenta y cinco defunciones.

Para honrar la memoria de los fallecidos y sepultados formando parte de aquel establecimiento y en unos terrenos próximos a la «Conrería» con destino a cementerio, mediante las ceremonias de ritual, la Municipalidad mandó labrar una lápida monumental de forma circular cuyo peso es de setenta quintales, con esta inscripción: *Colonia de Montalegre. — El Ayuntamiento de Barcelona. — A las víctimas de la fiebre amarilla. — 1870.*

Toca aquí anotar someramente los sufrimientos que debieron su origen a las turbulencias y agitaciones que han comprometido los intereses del orden público, hechos que fueron otros tantos eclipses del bienestar de esta barriada con consecuencias mas o menos trascendentales para su trabajo y su riqueza.

La ocupación de los franceses ocurrida por medio de la deslealtad y de la perfidia, mas incalificables, trajo a estos alojamientos militares una brigada de la división del general Duhesme; y mientras duró la guerra de la independencia hubo de sufrir este barrio tristísimas y vergonzosas escenas; los domicilios eran invadidos, las mujeres violadas, los muebles y efectos objeto de rapacidad, por aquéllos que entraron como amigos para quedar como señores y señores abominables.

Se cometían las sínrazones más execrables y los más pacíficos habitantes se veían obligados a sostener mortales conflictos.

El Pronunciamiento contra la Regencia de Espartero, atrajo asimismo a este vecindario acaecimientos tristísimos. Nunca las pasiones políticas hirvieron con mas fuerza. Una asonada horrorosa había estallado en Barcelona en 13 de noviembre de 1842, seguida de diarios y sangrientos choques.

Dueños los amotinados de la ciudad, el tres de diciembre fué día de cruentas amarguras.

El capitán general Van-Halen, intimó por la madrugada que al mediodía, rompería un bombardeo en toda regla y este anuncio fatal extendido de boca en boca, llevó la consternación y el espanto a su colmo.

Las gentes despavoridas huían hacia la Barceloneta, único portal que permanecía abierto, encaminándose a los embarcaderos, pero en estos, numerosos grupos de hombres armados, exigían dinero para consentir el embarque.



GENERAL VAN-HALEN

El cuadro era desgarrador. Atribulados padres con su pequeña prole en brazos o llevada de las manos, seguidos de sus esposas, y familias, pugnaban por arrojar a los botes que se iban llenando con la mayor confusión, a riesgo de zozobrar; más antes era preciso entenderse con los *patuleas*, para quienes ningún valor tenían las exclamaciones y las lágrimas. Los barqueros no gobernaban en sus lanchas, se les tenía dominados, se les imponía silencio. Los fugitivos no reparaban en dar puñados de dinero a aquellos modernos vándalos, y cuando iban a poner los pies en la embarcación, aliviado el pecho de un grave peso, se les exigía más dinero. Allá otro padre tenía las bocas de los fusiles apuntadas y la esposa e hijos que habían alcanzado

un bote, intervenían con sus llantos y alaridos, amenazadas también de una descarga. Rasgos de semejante crueldad se reproducían a cada paso, siguiéndose a lo largo del muelle y de la playa escenas indescriptibles.

En esta situación angustiosa sonó la hora fatídica.

Surge repentinamente de Montjuich un resplandor siniestro; se produce en el mismo sitio una columna de humo; una estruendosa detonación hiere todos los corazones; hiende el vacío un enorme proyectil y llueve destrucción y muerte sobre la malaventurada ciudad.

Van-Halen cumplía su terrible amenaza.

Ya desde este fatal instante fueron incesantes los disparos.

El trueno de la artillería era aterrador.

Constantemente se veían cruzar el espacio cuatro o cinco bombas que se desplomaban haciendo estrepitosa explosión y causando siempre víctimas y ruinas.

La Barceloneta se mantenía fiel a las autoridades; mas las escenas del puerto dieron lugar a que fuese dirigida hacia aquí la puntería de algunos morteros y se hubiesen de deplorar también desgracias personales y desperfectos materiales.

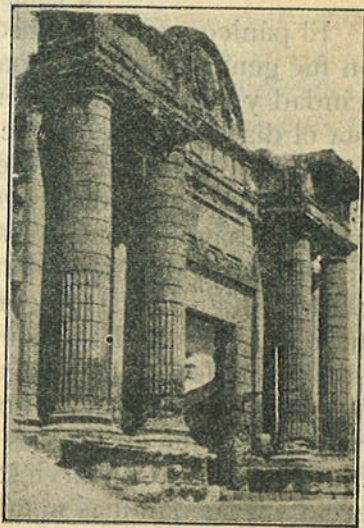
Describir la consternación, el terror, el desorden, los llantos y síncope de tantos inocentes, no es posible. Todos los rostros estaban desencajados como si fuesen a sucumbir de espanto y de pavor. En esto, sale del cuartel por la calle de San Carlos el Comandante supernumerario de lanceros de Albuera, don José García, seguido de sesenta caballos y corre a proteger a los atropellados fugitivos. Arman la bayoneta las *patuleas* tratando de resistir, pero la caballería carga denodadamente y huyen aquellos tirando los fusiles, no sin que alguno pagara con la vida sus fechorías y sintieran otros rasgar sus carnes con el hierro de las lanzas.

Los milicianos de la Barceloneta corrieron a reunirse al Comandante García, restableciéndose de esta manera el orden y prestándose amparo a cuantos, huyendo de la ciudad, deseaban embarcarse.

Dispersada la *patulea*, colocada una batería frente a la puerta del mar y asegurado el tránsito y la comunicación, el jefe de la fuerza dió cuenta al Capitán General y al Castillo del estado pacífico de esta barriada, de cuyas resultas los morteros dejaron de dirigir sus fuegos a la marina.

Las morigeradas gentes de estos barrios, aunque profundamente impresionadas por tan terribles estragos, haciéndose superiores a la emoción que les embargaba, dieron en aquel día de infausto recuerdo, elocuente testimonio de un alto espíritu de caridad, prestando con riesgo inminente de sus vidas, inapreciables servicios a sus convecinos del casco de la capital, trasladándolos en embarcaciones a las próximas playas de Badalona, o albergándolos en sus casas; y esta noble competencia se entabló entre ellos no por razón de granjería, sino gratuitamente en general, pues los fugitivos habían sido en su mayoría despojados de sus recursos por los desalmados *patuleas*.

Los sucesos que se siguieron al pronunciamiento contra Espartero e instalación en Madrid del Ministerio presidido por López, motivaron en Barcelona un alzamiento al grito de «Viva la Junta central y abajo los tiranos». La milicia con el pueblo se fortificó en la puerta del Mar, en Atarazanas y baluarte del Mediodía; las tropas en la Ciudadela, Castillo de Montjuich y Barceloneta; y empezó en esta barriada la lucha en la tarde del 3 de septiembre de 1843. Acababan de llegar al puerto algunas fuerzas de infantería procedentes de Tarragona y una partida de centralistas avan-



PUERTA DEL SOCORRO



TIPOS DE JAMANCIOS
(De una hoja popular)

za, se extiende por el muelle y rompe el fuego oponiéndose a su desembarque. Sale de la Ciudadela por la puerta del Socorro, un batallón en apoyo de los recién llegados, y nuevos grupos de *jamancios* (nombre que se dió a los centralistas) penetran aquí, se apoderan de la iglesia de San Miguel y casas contiguas, y parapetándose en dichos edificios y en las calles, generalizose un fuego mortífero en el que tomaron parte las tropas alojadas en estos cuarteles, y los cañones de los fuertes y muralla del mar, causando numerosas desgracias y sembrando el terror y el espanto en todos los vecinos, hasta que vino la noche a dar fin a estas escenas sangrientas.

El pánico era espantoso, y al día siguiente la emigración fué general; los amotinados se habían concentrado en la ciudad y cerraron las puertas que no volvieron a abrirse hasta el día 20. Barcelona se hallaba sitiada. Los fuertes de Montjuich, Ciudadela y Príncipe Pío, cañonearon la ciudad, arrojando toda clase de proyectiles; y la Barceloneta quedó igualmente comprometida bajo las baterías de la muralla de mar y baluarte del Mediodía, por el hecho de haberse establecido aquí el Cuartel general; pero, algunas piezas de grueso calibre emplazadas en la machina y junto a las primeras casas de la Riba apagaron totalmente los fuegos que desde la ciudad se hacían en esta dirección, motivando esta circunstancia que en los tres meses que duró la dominación de la Junta Central, sirviese este barrio de amparo al comercio y a las familias notables de la ciudad, quienes cuidaron de la introducción de toda clase de comestibles, que las tiendas siguieran abastecidas de géneros y manufacturas y resultara favorable y ventajosa la situación de este barrio.

El establecimiento de nuestra actual plaza-mercado, tiene su origen en aquellas turbulencias. Desde largo tiempo el vecindario observaba y pedía el señalamiento de un centro en la localidad, donde poder obtener sus provisiones alimenticias; y solo cuando familias extrañas vinieron a refugiarse en ella, fuere conocida y satisfecha semejante necesidad.

Otra conmoción popular estalló el 18 de julio de 1856 con motivo de la caída del Ministerio presidido por el Duque de la Victoria. En los barrios del arrabal se levantaron barricadas, desde donde diversos pelotones de milicianos nacionales hostilizaban a las tropas de la guarnición, que tomaron posiciones y repelieron los ataques, quedando la ciudad convertida en un campo de batalla.

El día 20, celebración de Santa Margarita, es de triste recordación para este barrio. Un grupo de gente armada se reunió en la plaza de San Miguel, resuelto a oponerse a las órdenes del Gobierno; formaron parapetos y barricadas en sus cinco bocas calles; se hicieron dueños a viva fuerza de la iglesia, y hostilizaron el cuartel de caballería, que contestó inmediatamente al fuego, quedando generalizado en todos los ángulos de la población, sin orden ni concierto.

El general Zapatero al tener noticia de estos excesos, mandó disparar metralla y bala rasa sobre los puntos convenientes, a fin de desalojar a los sublevados de sus posesiones, destacando al propio tiempo algunas compañías de tropa que fueron batiéndolos en los puntos donde se habían parapetado. La lucha duró tres horas y viendo los insurrectos que eran atacados por todas partes con numerosas fuerzas y sin esperanza de socorro, no pudiendo sostenerse por más tiempo en la iglesia, por el nutrido fuego de artillería que causaba bastante estrago en el templo y casas circunvecinas, la abandonaron, escapándose por la ventanilla lindante al terrado de la casa número 43, llamada de Ballester, con lo cual la tropa que se había apoderado ya de algunas barricadas, tomó la Plaza y la iglesia, y ocupó militarmente toda la marina.

En esta lucha hubo que lamentar nuevas víctimas. Algunos murieron con las armas en la mano o rendidos, otros por curiosidad temeraria; los heridos y contusos fueron muchos, y considerable el número de presos que conducidos a los calabozos de la ciudadela, ofrecieron fundados temores de que serían fusilados.

De otro género de azotes es testigo y víctima la Barceloneta.

Las grandes y repentinas borrascas, inmolan de vez en cuando a algunos de los intrépidos pescadores que, lanzados a los rudos azares de su industria, arrancan del mar, a costa de fatigas y peligros incalculables, el alimento para sus familias.

Sus lanchas abandonan la playa al alborear el día; el firmamento es de un azul purísimo sin que le empañe la más ligera nube; la llanura líquida se muestra sosegada, tersa, bruñida como un espejo sin límites, en que se mira indolente la luz de la luna; las blancas velas hínchanse al impulso de una suave brisa, y las frágiles barcas se alejan, se alejan, en alas de la esperanza, de regresar provistas de abundante pesca.

El día avanza, la luna se oculta, el sol se eleva espléndido, y los tripulantes de esas navecillas entréganse confiados a sus rudas tareas. De repente, cuando apenas han logrado una pobre recompensa a sus afanes, se ennegrece el horizonte, cubren el cielo espesos nubarrones, soplan los vientos huracanados, el mar enfurecido hincha su seno, y las olas que momentos antes besaban humildes la playa, convertidas en montañas monstruosas, parecen amenazar al cielo, y rugen, como podrían rugir un millón de panteras reunidas en el desierto.

Los padres, las esposas, los hijos de los bravos pescadores, vuélvense lívidos, míranse con la zozobra del que ama y conoce los peligros de la tempestad; se levantan azorados y se lanzan a la playa en espantosa confusión.

En el horizonte se distinguen las siluetas de las barcas confundidas con los torbellinos de la tormenta, empeñadas en un combate desesperado con las hirvientes y enroscadas ondas, que amagan por todas partes maniobras envolventes.

Poco a poco se les ven avanzar hacia las costas. Esos valerosos mareantes enardecidos, sostienen la lucha con fiereza; una y otra vez ascienden a las crestas de las furiosas montañas coronadas de espuma, salvando con brío y pericia los abismos. Por fin logran el puerto; pero, ¡ay! ¡no están todas!

Semejante exclamación hace estallar gritos de dolor hasta entonces contenidos por la duda. Las mujeres llaman con desesperación a sus esposos, las madres a sus hijos, los niños ven llorar, y lloran. Ayes de desconsuelo se escapan de los pechos que presencian ese lúgubre espectáculo. Llega la noche, una noche interminable y horrible. A la mañana siguiente no se vislumbran en el horizonte señales de lancha alguna. Ya nadie alienta la más remota esperanza. Es indudable, aquellos infelices que tanto retardan, batallaron a brazo partido con la impotencia; de nada les sirvieron sus gigantescos y desesperados esfuerzos; agotaron sus alientos titánicos en la lucha, y vencidos por la implacable furia del indomable elemento, fueron sepultados en el abismo como despojos de tan desigual combate.

¡Ah! esos, pobres mártires del más rudo de los trabajos, acabaron para siempre sus goces y sinsabores; pero tras ellos, queda el llanto de inocentes niños arrojados a la orfandad; y los lamentos de las cariñosas esposas agobiadas por la desgracia, y de los amantes padres sumidos en profundo desconsuelo, aumentan la magnitud y trascendencia de semejantes desventuras.

¡Qué fúnebre crónica registran los años 1832, 1840, 1848, 1850, 1853, 1865, 1875, 1877, 1881, 1883, 1886 y 1911 con otros que no nos es dable conocer! Recordamos que en el temporal de 31 de enero de 1911 naufragaron en estas aguas las *barcas del bou*, Santa Magdalena, Pelayo,

Machicha, María del Pilar, Cusa, San Miguel, Candelaria, San Juan, Santa Teresa, Delfín y Virgen del Remedio, pereciendo los conocidos vecinos de la Barceloneta, José Vergé, Antonio Salvador Albiol, con sus cuatro hijos Antonio, Vicente, Alberto y José; Salvador Castells, Ramón Giménez Rosés, Antonio Guzmán Roig, Jaime Guzmán Roig, José Blasco, Bautista Blasco, Vicente Castell, Manuel Bayarri, Eusebio París, Marcos Aixà Sans, José Brull Martí, Vicente Pascual Huguet, Enrique Soriano, Tomás Salvio Lozano, Antonio Ramón Sabaté, Gabriel Forest Carbó, José Vizcarro Giné, Juan Vidal Ventura, Luis Serra, Isidro Serra, Eusebio Sabaté Biosca, Cayetano Amorós Tafalla, Manuel Fresquet Ramón, Antonio Ibern Sogas y Esteban Eulogio Bertrán.

Los supervivientes de los naufragios de las citadas embarcaciones fueron: Esteban y Miguel Ferré, Manuel Albiol Guzmán, Hilario Tomás Doménech, Pedro Mariano Grau, Manuel García, Pablo Llambrich, Pascual Homs, Luis París Peña, Agustín Salomó, Bonifacio Bericat, Juan Casanovas, Bautista Sibera, Vicente Ascensi, Juan Bautista Perles, Manuel Pascual, Francisco Sibera y Sebastián e Ignacio Bosch.

¡Que conmovedoras escenas, que cúmulo de torturas morales y físicas descritas con ingenuidad y ruda energía hemos oído de labios de algunos supervivientes de esos naufragios!

Otro suceso de abrumadora magnitud ocurrió el día 17 de agosto de 1875, a las cinco y cuarto de la tarde, próximamente.

Una espantosa explosión, que, ensordeciendo a los habitantes de esta capital, difundió en ondas sonoras su extridente fragor, hasta mas allá de los pueblos comarcanos, dejándolos absortos.

Al mismo tiempo, cuantos se encontraban en los andenes y en los buques fondeados en el puerto, vieron con pasmo, levantarse junto al muelle inmediato a la Barceloneta, llamado *el Rebaix* una inmensa columna de fuego a incalculable altura, sólo comparable a la erupción de un volcán, seguida de una verdadera lluvia de objetos destruidos, cuerpos y restos humanos, que eran lanzados a considerables distancias, cayendo unos sobre los edificios y muelles de la Barceloneta, y otros en el mar y en buques fondeados en las inmediaciones de aquel paraje.

¿Qué había ocurrido?

La guerra civil declinaba. Los carlistas eran dueños de la Seo de Urgel y de sus fuertes, y las tropas del Gobierno les tenían sitiados. Por las dificultades consiguientes a la falta de medios de fácil y directa comunicación, se mandaban al ejército leal las municiones necesarias por la vía de Francia, a cual efecto eran embarcadas en nuestro puerto para Cette, desde donde se transportaban a su destino.

El vapor mercante *Express*, de la casa Pujol y Castellá, atracado junto a la antigua Machina, cargaba esos pertrechos para el ejército sitiador de la Seo de Urgel. De pronto, el estallido que produjo al reventar en el buque una granada, llenó de estupor a cuantos se hallaban a bordo, que horrorizados, entrevieron en aquel accidente la mecha que venía a prender al volcán, que súbito podía abrirse bajo sus pies.

Fatalmente, no fueron vanos temores.

La llama comunicó en algunas del considerable número de cajas de proyectiles colocadas en las bodegas, y un estruendo horriblo, aterrador, dilatado, sólo comparable con el que produciría el choque de las nubes al lanzar de su seno un haz de rayos que viniera a ejercer espantosa violencia sobre objetos terrestres, hizo temblar las casas en oscilatorio movimiento, y vióse con pasmo salir del *Express* como de un cráter un surtidor de fuego, que a impulsos de

la fuerza expulsiva de los pertrechos que constituían el depósito en erupción, lanzaban al aire la arboladura hecha pedazos, la cubierta y obra muerta en fragmentos de todos tamaños, hierros de la máquina y de la montura del buque e innumerables proyectiles en todas direcciones y a considerables distancias; y por fin, entre estos innumerables objetos, gran número de miembros y cuerpos humanos mutilados de los infelices sorprendidos a bordo en tan infausto momento.

Los restos del buque sufrieron instantáneamente sumersión, con gran parte de municiones que quedaron sin explotar en su fondo; y este hecho favorable hasta cierto punto, apagó el volcán, evitando que la horrible catástrofe tomara aún más gigantescas proporciones.

Es indescriptible, es humanamente imposible referir la pavorosa impresión que tan insólito suceso causó, especialmente en las personas que se encontraban próximas a aquel sitio, teatro de un espectáculo desgarrador.

Desvanecido el humo de la pólvora y repuestos del pasmo los más próximos vecinos, precipitáronse con afán a tirar agua sobre los informes restos humanos humeantes, a transportar heridos, cuyos lamentos ahogaban el grito de horror de los espectadores de ese tétrico drama, a consolar y contener la muchedumbre de mujeres y niños que, entre llantos y alaridos de desesperación, volaban frenéticos de sitio en sitio en busca de sus esposos, de sus hijos, de sus padres, examinando cadáveres destruídos, masas palpitantes devoradas por el fuego, ennegrecidas y de dudoso aspecto, desnudas totalmente, sin vestigio de sus ropas.

En el acto presentáronse con ejemplar desinterés a prestar los servicios de su profesión médica los facultativos don Joaquín de Pozo, don Mariano Armengol, don Antonio Porret, don Benito Vilardell, don Rodolfo Soler, don Juan Vilá y don Ramón Suñé; los farmacéuticos don Narciso Triter, don Cayetano Andrés, don Antonio Vidal y don

Maximino Rojals, cooperaban en sus respectivas boticas a tan humanitaria tarea, y el Ayuntamiento que en los instantes de producirse el ensordecedor estampido se hallaba en consistorio, trasladose en cuerpo al muelle con los médicos municipales señores Giralt, Juliá y Soler, un botiquín y toda clase de auxilios, para prodigar personalmente a los heridos y a las desgraciadas familias de las víctimas el consuelo y los recursos que demandaban su desolación e infortunio, dando lugar el cumplimiento de estos deberes humanitarios a la creación de una Junta mixta de individuos del seno de la municipalidad y vecinos de la Barceloneta, para promover y fomentar una suscripción pública con que hacer frente a tantas necesidades.

Desde que pudieron ser conocidas las tristes proporciones del enorme siniestro, clasificáronse las damnificaciones sufridas en treinta y un muertos y setenta y cinco heridos; veinticuatro esposas lloraron su viudez, y contáronse cuarenta y un párvulos sumidos en tristísima orfandad. Mucho contribuyó a enjugar las abundantes lágrimas que brotaban de los ojos de tantos desventurados, la prontitud con que se acudió a cubrir las exigencias momentáneas de la situación de estas familias, interín se daban cuenta de su estado las viudas y se restablecían por completo los heridos. A las primeras se las sostenía con cuotas en metálico semanales, habiendo llegado a distribuir por este concepto 8.255 pesetas, y en otros donativos posteriores 4.200. Los heridos, a más de los medicamentos necesarios para su curación, percibieron pesetas 5.576'50. Para los huérfanos fueron señalados lotes de 1.250 pesetas cada uno, que impuestos en la Caja de Ahorros, podían retirar mediante determinadas condiciones, a fin de que no fuesen malversados y les ofrecieran base para mejorar su suerte al cumplir la mayor edad.

Estos señalamientos se acrecieron mas tarde de un fondo de reserva que se había retenido la Junta, con el objeto de atender a reclamaciones por víctimas ignoradas,

habiendo ascendido el importe de estos lotes a la cifra de 56.202'24 pesetas.

Semejante bien material, repartido con justa equidad y fervoroso celo, pudo llevarse a cabo, merced a las elevadas proporciones de la suscripción verificada, que alcanzó el satisfactorio resultado de 74.224 pesetas.

Barcelona que en todos tiempos se ha mostrado grande y sublime en la virtud de la caridad arraigada en su espíritu con la irresistible fuerza de una creencia religiosa, respondió a las piadosas excitaciones de esa Junta, cuya labor fué imponderable, deponiendo con noble emulación, así el acaudalado como el jornalero, el óbolo que sus haberes les permitían.

Las desdichadas familias de las víctimas expresaron su gratitud por estos beneficios desde los primeros momentos, y repitieron y multiplicaron sus manifestaciones cerca de la Junta de auxilios, que recibió constantes muestras de cariño y simpatía; de ese cariño que nace del propio instinto y en el que el corazón ejerce igual o mayor influjo que el raciocinio; porque en esa Junta veían reflejar el espíritu del Ayuntamiento, el de las autoridades, el de las direcciones de periódicos, corporaciones, sociedades, representaciones teatrales y cuantas entidades corporativas y particulares contribuyeron al feliz resultado de la suscripción.

El día 4 de octubre de 1881, un nuevo siniestro no menos afflictivo vino a contristar profundamente el corazón de estos habitantes.

La casa destinada a vivienda de las familias Hijos de Pfeiffer y de D. José Grau, adherida al edificio que servía de talleres de construcción de máquinas agrícolas e industriales junto al paso a nivel del ferrocarril de Francia en la ex-puerta de don Carlos, se derrumbó por completo a las

seis de la mañana, como si la hubieran arrancado la base de sus cimientos, quedando reducida a un montón de informes ruinas, sobre el terreno donde había estado edificada.

El Gobernador del fuerte de don Carlos, don Policarpio Cantuilleras, condujo inmediatamente un pelotón de cazadores de Alfonso XII, que con otro grupo de soldados de Asia e ingenieros, algunos vecinos y los operarios del taller, dedicáronse animosos a los trabajos de exploración, inteligentemente dirigidos por el maestro de obras señor Gasull y los hermanos Graupera, maestros albañiles, hasta que después de tres horas de afanosa labor fueron relevados por personal de las brigadas municipales y peones del ferrocarril de Francia.

A las siete de la mañana se habían extraído los cadáveres de don Enrique y don Ernesto Pfeiffer, doña Mercedes y doña Dolores Grau. A las diez descubriéronse los de los niños Manolito y Amador Puig y Pfeiffer, los de sus padres doña Matilde y don Mario, éste con vida, aunque en tan gravísimo estado que no tardó en sucumbir. A los pocos instantes deparó la casualidad al señor Gasull la suerte de dar con una niña viva e ilesa, Teresita Puig, de cinco años, envuelta en una camita destrozada y defendida por un tejido de vigas que habían venido a formar en aquel sitio una covadilla. Este hallazgo fué recibido con exclamaciones de gozo por los circunstantes, en medio de la profunda emoción que les tenía embargados.

Cerca de medio día los exploradores percibieron ecos angustiosos debajo sus piés y redoblando la actividad y el cuidado desenterraron pronto una muchacha de diez y ocho años, que resultó ser la de la familia del señor Puig. Tenía extensas quemaduras y esta circunstancia explicó las causas del siniestro. Vuelta en sí, calmada de una fuerte excitación nerviosa y atendida su curación, refirió que habiendo bajado a la cocina, hubo de advertir al señor Grau la indudable existencia de un escape de gas, por el fuerte olor

que molestaba el olfato y que este señor, con ánimo de buscar su procedencia, encendió una cerilla, siéndole a ella ya imposible relatar lo que sucedió después, porque en el mismo instante se sintió impulsada y quedó envuelta entre los escombros. Probablemente al surgir la llama del fósforo inflamó el gas acumulado en las habitaciones inferiores, que dilatándose reventó por exceso de volumen las paredes de los bajos haciendo caer aplomada la mole de los pisos superiores.

Sucesivamente fueron apareciendo los cadáveres de la cocinera, el de Miguel Farrús, peón, el del señor Grau, mayordomo y de su esposa doña Dolores Ferrerons, no cesando los trabajos de exploración hasta las tres de la tarde en que se dió con el último cadáver, el del obrero Marcelino Planchería.

¡Que de hondos suspiros, que de tristes exclamaciones exhalaban los pechos de millares de seres que presenciaban el aterrador espectáculo de esos, poco antes, tranquilos hogares convertidos en sepulcrales ruinas!

A las once de la mañana del día siguiente, doce coches fúnebres conduciendo trece feretros, salían del Hospital de Santa Cruz a donde habían sido antes conducidos los cadáveres, en dirección al cementerio, seguidos de un numeroso cortejo que se abría paso con dificultad por entre una nutrida y consternada multitud, que rendía tributo de duelo a tan apenadora desventura.

Terminaremos ese género de inscripciones haciendo mención de otro acontecimiento doloroso que turbó el orden el veinte y dos de junio de mil ochocientos setenta y tres. Los soldados de caballería acuartelados en este barrio provocaron un conflicto con la milicia republicana por cuestiones de juego y mujeres. Hubo sablazos, sonó algún tiro, siguióse la consiguiente alarma, se disparó contra el cuartel cuyas puertas fueron cerradas, pero los soldados apostados junto a las rejas contestaron a los disparos

que se les hacían, y solo después de una hora de tiroteo que ocasionó tres muertos y nueve heridos pudo restablecerse el orden, merced a buenos oficios de los alcaldes de estos barrios.

Al día siguiente el capitán general mandó trasladar a aquella tropa al cuartel de Atarazanas.

Basta ya. Hora es de que doblemos la hoja de este registro de tristes escenas y nos entreguemos a descripciones apacibles que ahuyenten de nuestra vista esos dramas dolorosos a que hemos asistido. Después de unos bocetos fúnebres por demás, convienen otras pinturas risueñas que nos desimpresionen.

Durante largos años constituyó nuestro barrio el punto de recreo y expansión de los barceloneses. La Puerta del mar daba paso, en los días festivos, a un gentío inmenso que venía en busca de saludables brisas en la estación calurosa o ganoso de tomar el sol en invierno, así como a disfrutar al mismo tiempo del grandioso panorama del puerto atestado de naves, y del espléndido mar, imponente en su agitación y no menos sublime en su reposo. Los padres que llevaban pequeñuelos solían dirigirse hacia el andén bajo donde les guiaba el anhelo de distraerlos con la presencia del *Negre de la Riba*, tosca escultura representando un hijo de Guinea, retirada de la proa de algún viejo bajel y colgada junto al dintel de la reja de uno de aquellos almacenes. Este figurón llegó a alcanzar gran popularidad entre la gente menuda.

Los que sentían afición a la vida circunstanciada de los pescadores, a sus incidencias y accesorios, encaminaban sus pasos a la playa a la hora en que las lanchas, desplegadas sus blancas velas apenas enchidas por el viento o empujadas por la borrasca, iban llegando, llenos sus fondos de abundante pesca.

La orilla del mar poblada de mujeres seguidas de una caterva de chiquillos medio desnudos que acudían a recibir a sus maridos; el sencillo varar de las embarcaciones en la antigua playa, asiento hoy del Depósito Comercial, el reparto y almoneda del producto de la peligrosa labor, de deslumbrante blancura como la plata, al ser colocado en los cestones; los hombres que con el pantalón recogido a media pierna y el pié descalzo llevan las redes en hombros, los otros que las tienden para que se sequen, las mujeres remendándolas, todos estos curiosos detalles y características operaciones concernientes a la pesca, embargaron en otro tiempo la atención de los habitantes de la ciudad.

Otro ambiente inexplicable nacido de la distinción y carácter de los habitantes de la Barceloneta causaba singular deleite a los visitantes que habiendo seguido los muelles hasta mas arriba de la Capitanía, daban la vuelta a los astilleros y curioseando las construcciones navales penetraban por nuestras, entonces, aseadas calles.

Todas las casas ofrecían un aspecto risueño y juvenil; sus alegres habitaciones con sus blancas paredes, sus suelos limpios, los útiles y el menaje de sus hogares resplandecientes, todo aseado, causaba admiración hasta en el orden y sencilla simetría de la colocación de sus ajuares. Mostrábanse las mujeres airoas, calzadas de media blanca y plantufa de satín y vestidas de saya y jubón, recogido hacia atrás su gracioso peinado, y los hombres luciendo camisa blanca, bien planchada, perfectamente afeitados o con barba recortada en lo general, usaban muchos un arete de oro en la oreja izquierda, acusando su aire serena experiencia y honrada sencillez.

En ciertas costumbres patriarcales, en la docilidad con que los jóvenes y las mujeres se presentaban a la autoridad del padre, desde luego advertía un ojo observador que en el seno de las familias reinaban las virtudes y el cariño, y que las mujeres lo sacrificaban todo al orden de la casa y al servicio del marido y de los hijos. En verano se les sor-

prendía antes del oscurecer con la mesa puesta junto al portal, servida modestamente, pero limpia, denunciando al olfato las viandas una habilidad en las salsas culinarias que les han conquistado renombre, en las que competía la sencillez con la delicadeza y el buen gusto. Las frases de respetuoso afecto que se cruzaban entre visitados y visitantes colmaban en éstos la medida de la satisfacción, con lo cual regresaban a sus casas cautivados en su grata y tranquila visita, dejando aquí sus simpatías.

Si era día de labor se complacían los últimos en la cordialidad de relaciones entre maestros y obreros, que empleaban para el trato recíproco la mayor dulzura y las frases mas cultas.

Veíase muy a menudo dentro o fuera del portal de la casa a la *mastressa* haciendo puntilla u otra labor que solía ser una *barretina* de punto de aguja, ordinariamente morada o negra, prenda entonces muy en uso; hablaban afectuosamente a sus trabajadores, visitaban a sus mujeres, les prestaban favores y solían tener siempre un canastillo o una envoltura preparada para cada recién nacido. Estos pequeños cuidados, poco costosos, eran habituales en las familias acomodadas para con los artesanos que vivían a su alrededor, y unían con un lazo cordial a los mas menesterosos con aquellos para quienes la suerte había sido mas benigna.

Entre sus costumbres características sobresalían las del respeto que guardaban a los que creían superiores por su ilustración, experiencia o conocimiento; entre parientes, especialmente con los que descendían de un mismo tronco generador, reinaba el mas franco y fraternal cariño y dispensaban la mayor confianza al médico de la casa y al profesor de primeras letras del niño, a quienes, cuando lo reclamaba la importancia del asunto ponían al corriente de sus interioridades domésticas, sin excluir las concernientes a intereses, y eran en todas ocasiones atendidos y respetados sus consejos que siempre fueron probos y de buen sentido; aunque esos asuntos rara vez eran árdulos, porque

no había doblez ni malicia y ponían especial cuidado en evitar el desorden y la complicación en los negocios. Si se suscitaban discordancias o desavenencias, eran llamados a intervenir y casi siempre zanjaban las dificultades con tacto, a lo que las partes contribuían con honradez y buena fé.

En este suelo no hallaban acogida ni vagos ni ladrones, y tanto es así, que la confianza de nuestros antepasados era tanta, que marchaban a sus quehaceres tranquilos y sin cuidado dejando entornadas las puertas de sus casas, y si acaso las cerraban por temor a que algún perro hiciera presa en la despensa, colocaban la llave a la vista de vecinos y transeuntes en la pequeña aspillera o ventilador con que los retretes comunican con las calles por sus fachadas exteriores.

Una vez al año por lo menos, en el día del Santo titular, cada una de estas calles se remozaban con las típicas banderas de las embarcaciones. Colgábase de una a otra acera entre el primero y segundo cuerpo de los edificios, profusión de faroles de papel, *bombas* y arañas de cadenilla de tiras del mismo artículo, *salomones*, todo de muy escaso valor, pero de vistoso y alegre efecto, a cuya confección cooperaba todo el vecindario. A la altura de los balcones, de uno a otro extremo de la calle, seguía una línea de piezas de tela festoneadas de guirnaldas: se revestían de ramaje las aberturas de las casas y en el punto que podía ofrecer mayor perspectiva, levantábase un modesto dosel, que solía hacerse de piezas de algodón blanco y azulado a manera de manto regio que bordaban las muchachas, de hojas de limonero, bajo del cual, entre jarros de múltiples colores repletos de flores, era colocada la imagen del santo a cuya devoción estaba la calle dedicada. El día transcurría entre algazara y ostentación, haciéndose admirar la confraternidad del vecindario sencillo, regocijado, ingenuo y unido como una sola familia. Por la noche eran iluminados el altar y la calle con esplendidez, y hombres, mujeres y niños

agrupados al rededor de la imagen, rezaban el rosario que daba término a la fiesta.

El servicio de orden público se desconocía aquí y la vigilancia municipal concretábase a dos guardias que ejercían la diurna, mientras que igual número de serenos tenían a su cargo la nocturna; y no se crea que por estar reducido a la menor expresión el número de sus agentes dejaran de dar fé de sus servicios, muy al contrario, se encontraban en todas partes, pues las reyertas originadas comunmente por exceso de bebida o por mujeres entre la población flotante, nunca entre la vecindad, eran una serie de actos repetidos que constituían un hábito, pero el agente por medio de un sentido práctico, con el prestigio que le daba el principio de autoridad a la sazón respetado, o con su valor personal, si era preciso, sometía a los perturbadores del sosiego público evitando los conflictos.

Los teñadores de guitarra que en las veladas y otras horas de descanso, mostraban su habilidad y solazaban a los vecinos, eran numerosos y solían mezclarse en sus ocios los reputados guitarristas *Farigola* y *Curriolas* y otros tipos populares, como el célebre maestro Antonio Giménez, apodado *Coles*, de raza gitana, mentidor astuto, y el señor *Láo de las camas tortas*, diminuto y contrahecho sujeto, pícaro, taimado, surcidor de anécdotas y cuentos de color subido, con los que causaba grandes desazones a las mujeres, aunque sabía apaciguarlas a tiempo por medio de la explicación de la vida o milagros de algún santo.

Las agudeces de estos hombres festivos, las necedades de charlatanes y comentadores, y las ridículas simplezas de otros zoquetes y majaderos de que nunca ha carecido la Barceloneta, fueron el pasatiempo general y causaron el placer y las distracciones inocentes de su vecindario en la primera mitad de la pasada centuria.

La Barceloneta fué siempre asilo hospitalario para los políticos de acción. En ella buscaron, en distintas épocas, amigos y valedores que les pusieran en salvo de la perse-

cución de la policía, dándoles seguro asilo y facilitándoles pasaje en embarcaciones que los condujeran a la emigración, Milans del Bosch, Cámara, Prim, Figueras, Pierrat, Baldrich y otros; y en época de la procelosa Regencia del Duque de la Victoria, cuando agitados todos los elementos para derribarla estalló en esta ciudad, en noviembre de 1842 la situación, origen de aquel horroroso bombardeo, los alcaldes de estos barrios y algunos vecinos arrancaron de manos de un grupo de gente armada que les había hecho prisioneras, al huír de la Ciudadela en un bote, a las hijas del general Van-Halen, a la esposa de Zabala, a la del Gobernador y a otras señoras que lo eran de militares, que las acompañaban, escondiéndolas en casa del concejal señor Ballester, calle de San Miguel, 43. Desde allí Mr. Fernando de Lessephs, que más tarde había de conquistar universal renombre con su atrevido proyecto de abertura del Istmo de Suez, vecino y habitante de dicha casa en aquella época y Cónsul de Francia, las hizo conducir para mayor seguridad a bordo del *Meleagre*, bergantín de guerra francés.

De este vecindario, ordinariamente pacífico, se han sacrificado muchos por su delirante amor a la causa del pueblo, debiéndose hacer mención especial del capitán de milicias don Juan Gamot y Catá, que en las revueltas políticas de 1842, 1843, 1854 y 1856, expuso su vida con arrojo cien veces, salvándola milagrosamente; pero aún adquirió una popularidad mayor, que pocas veces consiguen el rango y el talento, Miguel Gibert (a) el Peixaté, de humildísima cuna, caudillo de los patuleas por su valor extraordinario e imponderable. Estando la plaza en estado de sitio, tomados por los soldados los puntos estratégicos, el Peixaté se presentó en la Rambla seguido de numerosas turbas, enarbolando una bandera con los lemas de *Viva la Junta Central, Abajo los tiranos*, determinando su audacia el alzamiento contra el Ministerio, y la Constitución de la referida Junta Central que organizó la resistencia.

Socialmente, nuestras gentes gustan la comunicación recíproca y viven de ordinario unidos por una idea o por un objeto superficial, cuando no por el simple vínculo de la vecindad, aunque susceptibles a lo sumo se enemistan con la misma ligereza; las asociaciones constituidas sobre motivos varios han sido numerosísimas, y así como la juventud presente muestra predilección en organizár coros que titula humorísticos por el género satírico de la letra que escoge o encomienda para sus cantos, cuyos coros aumentan en número o disminuyen, según está próxima o lejana la Pascua de Resurrección, que les ofrece la grata perspectiva de las tradicionales *caramellas*, los hombres de la generación que fenece, dieron muestras de sentir mejor el gusto y el arte siguiendo las huellas de Clavé sin separarse de sus composiciones o de las de algún otro celebrado maestro. Una de las inclinaciones predilectas de estos mismos hombres consistía en figurar en las collas dichas de *San Mús*, que se titulaban *Los Chatos antics de la bandera vella*, los *Chatos xics*, *El Ancora* y otras que no recordamos, asociaciones que bajo los auspicios de un reglamento legalmente estatuido, tenían por objeto establecer un fondo común por medio de cuotas semanales con el propósito de realizar una gira campestre o excursión anual que duraba los dos días de la Pascua de Pentecostés.

Sencillamente uniformados llevando a guisa de armas los instrumentos y útiles del arte culinario, seguidos del abanderado y de los porta borlas a caballo, cargos que eran sorteados entre los socios a cada excursión, marchaban al son de una airosa música con fraternidad irreproachable hacia el santuario de Nuestra Señora de la Sisa, al de San Mús o a cualquier otro que resolvía la mayoría de la asociación.

En cuanto a las mujeres de este barrio, si bien en general pecan algo de noveleras y amigas de mezclarse en los

negocios ajenos, son de excelente índole, sencillas, de benévolas inclinaciones y poseen sentimientos de viva y profunda piedad. Narraremos dos episodios de que fuimos testigos presenciales como hechos que vienen a dar firmeza y seguridad a nuestras humildes apreciaciones.

Habíase ausentado una mañana de su casa sita en la calle del Baluarte una mujer, dejando entornada la puerta de su habitación y sólo, en la cuna, a un niño de pocos meses. Aseguraba luego esta buena madre que ni un cuarto de hora había estado ausente de su vivienda.

A su regreso halló la cuna vacía. En aquel aposento no estaba el niño ni en los demás de la casa que fueron registrados vanamente. La criatura había desaparecido.

Pálida, descompuesta, con el pecho palpitante se lanzó a la calle explorando con ojos espantados las viviendas inmediatas, sin descubrir quien tuviera el objeto de sus ansias. ¡Mi hijo! — gritaba — ¡mi hijo! ¡Quién me ha quitado mi hijo! ¡me lo han robado...! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

A estas exclamaciones las vecinas salieron atónitas a los umbrales y trataron de aliviar su aflicción, sin hallar razones para conseguirlo.

No se había visto entrar ni salir a persona alguna de la vivienda de la desconsolada madre.

El suceso cundió por el barrio con la velocidad de la centella.

Se dió parte a la autoridad, se hicieron pesquisas, y las comadres tuvieron tela cortada para entregarse a disparatados comentarios.

Tarde y mañana se las veía reunidas en torno de la citada mujer que no cesaba de llorar.

Pasó el día y el siguiente y el de más allá, y al cuarto, cuando se desesperaba de todo recurso, una muchacha forastera vino a poner en conocimiento de la desconsolada mujer, el paradero de su hijo en determinada casa del vecino pueblo de San Andrés de Palomar.

Delirante de alegría salió a comunicar la fausta nueva al vecindario.

La noticia causó una explosión de regocijo en las comadres, y tanto compartieron con aquella la alegría del hallazgo, que llegaron a la ocurrencia irreflexiva de querer acompañarla a San Andrés en su busca, en una hora, las diez de la mañana, la mas intempestiva para sus quehaceres domésticos, cual eran los de preparar y disponer la comida a sus maridos e hijos que tenían en el trabajo.

Extendido el calor de estos exagerados sentimientos y en la misma disposición de ropas y calzado que vestían, emprendieron la caminata en tumulto, llevando casi a empujones a la perturbada madre hacia el vecino pueblo, a recoger a la criatura robada, como decían ellas.

Mientras tanto daremos cuenta en dos palabras de lo que había sido del niño.

Sus padres constituían un matrimonio cuya esposa distaba mucho de estar en buena armonía con su suegra, mujer bastante anciana que vivía en San Andrés de Palomar y acudía periódicamente a ver a su nietecito a quien estimaba entrañablemente. En la visita que le hizo el día de referencia lo halló solo en casa revolcándose en su camita y deshaciéndose en llanto. Como creyó que su madre aparecería de un momento a otro, se sentó al pié de la cuna, se entretuvo meciéndole, trató de consolarle, mas como transcurriera una hora sin que regresara su nuera, perdida la paciencia, más facilmente indignada por la predisposición que contra ésta sentía, resolvió, sin premeditarlo lo mas mínimo, tomar la criatura e ir en busca de quien de momento la alimentara y llevósela luego a San Andrés, donde le buscó una ama, pues no podía consentir, decía, que su madre la tuviera descuidada hasta el abandono y muerte de hambre.

Cuando el ama llegó a enterarse bien del suceso, queriendo rechazar toda responsabilidad en aquella ligereza de la abuela, inquirió el domicilio de la familia del niño y

mandó el recado que conocemos a la madre, que devolviéndole la alegría puso en movimiento a las comadres del barrio.

A las doce dieron de mano los trabajadores de aquella vecindad y acudieron a sus respectivas viviendas para reponer sus fuerzas, pero no hallaron ni la mesa puesta ni lumbre en el hogar.

Enterados de lo que motivaba la ausencia de sus mujeres, no hay para que decir el mal humor que pusieron y la impaciencia con que las aguardaban.

Comentando el hecho y lamentándolo transcurría el tiempo.

Y cuanto mayor se hacía la tardanza más crecía la ira y mas amenazadores eran los votos y las blasfemias de aquellos a quienes más urgía la vuelta a la labor.

Por fin, a las dos de la tarde un insólito rumor denunciaba el regreso de la comitiva que penetrando por la calle de San Fernando, dobló la del Baluarte, anunciando las bulliciosas vecinas el hallazgo del niño con exageradas demostraciones de júbilo, locas, olvidadas por completo de sus deberes domésticos, de sus maridos y de sus hijos. En medio del grupo veíase a la madre complacida y sonriente estrechando la criatura en su regazo, contemplándola con un deleite purísimo.

Ya próximas a la zona donde más se había experimentado el disgusto, quiso ser cada una la primera en dar la feliz noticia a las que no pudieron acompañarlas y empezaron a correr aspirando a una ovación, más entonces topáronse de manos a boca con sus malhumorados maridos que emprendiéndola cada uno con su cara mitad, apostrofóla, llenóla de improperios y hubo un reparto tal y tan colosal de mojicones, que solo terminó merced a la intervención de otros vecinos que dolidos de tantos lamentos acudieron en su socorro.

Durante largo tiempo quedó en la vecindad memoria de esta tragi-comedia que corría de boca en boca salpicada de chistes y jocosas ocurrencias.

La segunda anécdota no es menos curiosa que la anterior.

Allá por el año mil ochocientos sesenta y cuatro, se anidaban en la Barceloneta una numerosa caterva de niños y jóvenes de ambos sexos, italianos, dedicados a limpiar calzado y tocar instrumentos de música, traídos a esta ciudad bajo el mando de unos especuladores que, mediante dinero, tenían adquirido de sus desnaturalizados padres el derecho de disponer de ellos a su antojo. Estos infelices que durante el día se dedicaban a pedir limosna tocando y cantando en la ciudad, eran de noche guarecidos a manadas en pisos de la Barceloneta como seres irracionales. En la calle de San Raimundo, número 45, piso 2.º pudimos contar una madrugada, hacinados, siete hombres, dos mujeres y diez y ocho entre niños y niñas, durmiendo en el suelo sobre paja y harapos. Una habitación capaz para cuatro personas a lo más, albergaba veintisiete, y la higiene y la moral estaban sujetas a una terrible contribución.

Allí no se veían otros muebles que los instrumentos de aquellos desgraciados. Un rincón atestado de arpas y violines; ni un cántaro siquiera, ni una vasija para el aseo personal. ¡Que tristeza se apoderó de nosotros! La fetidez del ambiente y la repugnancia de aquel cuadro sólo tenían comparación en las descripciones que de la miseria hacen Eugenio Süe, y otros novelistas franceses.

La suerte de estos infelices no podía menos de despertar los sentimientos humanitarios de este vecindario, que vituperaba sin cesar el tráfico inmoral a que estaban sujetos, llegando cierto día a estallar de tal modo la indignación en los pechos generosos de un grupo de mujeres del pueblo que, fueron en tropel a quejarse de tales abusos al inspector de policía, y, como éste no las atendiera, dirigiéronse a casa del representante de la nación italiana, exponiéndole las miserables condiciones a que se veían reducidas aquellas criaturas, interesándole en buscar un remedio que arrancara de la perdición y de la miseria a tantos seres abandonados por su familia y su patria.

Chocó al Cónsul aquella llana diplomacia en pro de los intereses de sus nacionales; dió sus plácemes a las querellantes y con la urgencia que merecen ser solucionados ciertos asuntos, cuidó de que el Gobierno de S. M. el rey Víctor Manuel se preocupara de este estado de cosas, en términos, que, en breves días, se decretaba en Florencia, así a las autoridades del Reino, como a sus agentes diplomáticos y consulares en el extranjero, la orden mas terminante a fin de que se opusieran todos los obstáculos legales posibles, contra la continuación de los escándalos lamentados.

Desde luego el representante de aquellos estados en esta capital, hizo un llamamiento a cuantos súbditos de su nación ejercían en esta provincia el oficio de musicantes y caldereros, para que acudieran al Consulado inmediatamente acompañando a los niños y jóvenes que tuviesen a su cargo, tomóles bajo su amparo y, los repatrió, excepto aquellos que tenían regularizada su posición cerca de sus padres o parientes.

Barcelona entera comentó por largo tiempo el arranque de las mujeres de la Barceloneta y encomiando su noble y desinteresada conducta hizo justicia a sus generosos sentimientos.

Centenario de la fundación de la Barceloneta

De sorprendente y peregrino, sin exageración, fué calificado el espectáculo que ofreció la Barceloneta en los días dos y tres de febrero del año mil ochocientos cincuenta y tres. El vecindario unánime había tomado con vehemente empeño celebrar por medio de demostraciones singulares de júbilo, el fausto recuerdo de la fundación de este barrio en el día del vencimiento de su primera centuria y congregado por las autoridades local y eclesiástica el día cinco de enero del expresado año en la iglesia de San Miguel, bajo la presidencia del concejal don Buenaventura Vives, fué designado por aclamación un comité compuesto de todas las clases sociales para el mejor acuerdo en llevar a cabo tan patriótico pensamiento bajo los auspicios del Excmo. Sr. Capitán General D. Manuel Larrocha, dispusiéronse festejos públicos y funciones religiosas presididos por la primera autoridad militar, asistencia del Ayuntamiento en cuerpo, del Gobernador civil D. Manuel Lasala, representantes del Comercio, de la Industria, de la Marina militar y mercante, y una concurrencia numerosísima.

El decorado del Templo, suntuoso y de severa elegancia e iluminado con esplendidez ofrecía sorprendente efecto. Sobre el panteón que guarda los despojos mortales del Excmo. Sr. Marqués de la Mina, extendíase en forma de manto real un rico dosel de damasco carmesí galoneado de franjas y flecos de oro, mate y brillante, que combinaban el escudo de armas de su casa, la fecha de la fundación de la Barceloneta y las de la época de gobierno y fallecimiento del fundador. Al pie del sacrófago y a sus lados, improvisose un vistoso parterre de plantas y flores naturales con

grandes y elegantes macetas de arbustos y árboles, circunvalando este conjunto una hilera de macisos candelabros de bronce en los que ardían descomunales antorchas de cera blanca.

Las calles de la Barceloneta estaban engalanadas con dobles filas de elevados mastiles revestidos de telas teñidas de los colores nacionales con gallardetes y escudos, banderas de todas las naciones y signos de diversas matrículas. Las casas lucían colgaduras y bonitos adornos.

Las embarcaciones surtas en el puerto, empavesaron y acompañaron en su alborozo con otras demostraciones afectuosas y festivas al pueblo, a la sazón puramente marinero y de intrepidez reconocida que levantado a la orilla del mar se hallaba preparado de día y de noche para volar en su socorro a la hora del peligro.

En la Plaza de San Miguel levantáronse arcadas de follaje siguiendo la línea de los edificios, y en el centro se improvisó una elegante glorieta precedida de un soberbio arco triunfal.

El día dos de febrero tuvo lugar la inauguración de los festejos con el reparto de limosnas a los pobres desde el átrio del Templo parroquial, mientras el repique de todas las campanas con su imponente clamoreo convidaba a estos vecinos y a los de los barrios más apartados a las ceremonias y un gentío inmenso llevando impresa en sus semblantes la alegría de que estaba poseído, inundaba estas calles que eran recorridas por músicas militares y civiles infundiendo entusiasmo por la celebración del centenario en que la Barceloneta había brotado de entre las ruinas de míseros barracones, por el celo y piedad de su ilustre fundador.

A las siete de la noche fué iluminada la fachada de la Iglesia por medio de una sorprendente combinación de luces, que seguían todas las líneas de su hermosa fachada, desde los zócalos hasta el remate de la cruz que la corona; se encendieron luminarias en las casas particulares, y a las

ocho en punto dióse principio a la danza que atrajo numerosa concurrencia. La juventud siempre alegre y dispuesta a amenizar las diversiones públicas, no perdonó medio para que la fiesta resultara totalmente agradable y placentera a las bellas muchachas de la Barceloneta en cuyo rostro radiaba el contento y la satisfacción.

Al día siguiente, a las nueve y media de la mañana, la Junta de festejos constituyose en la glorieta levantada en la Plaza de San Miguel para recibir a las autoridades que fueron llegando por el orden siguiente: Ilustrísimo Señor Obispo D. José Domingo Costa Borrás, de medio pontifical y sus familiares: Excmo. Sr. Capitán General D. Ramón Larrocha y segundo Cabo D. Juan Zapatero, de gran uniforme y en coches de gala, acompañados de algunos ayudantes de campo y seguidos de un piqueté de lanceros. El Excelentísimo Ayuntamiento en cuerpo y a pie precedido de sus maceros, la música municipal de riguroso uniforme, presidido por el muy Ilustre señor Alcalde Corregidor D. José Bertrán y Ros; el Excmo. Sr. Gobernador Civil D. Manuel Lasala y el muy Ilustre Sr. Comandante de Marina D. Antonio Fernández de Lauda y López Alvarez de Toledo. Tan luego como las autoridades llegaban cerca de la glorieta eran recibidas por la Junta, acompañadas a la iglesia y colocadas en el presbiterio a los acordes de la música y del órgano que no cesaron de tocar hasta que colocadas todas, se dió principio a los divinos oficios. Fué celebrante el Rdo. Cura-párroco D. Francisco de Asis Brugera. La capilla de música de Santa María del Mar cantó con maestría una misa pastoril, y un hijo de la Barceloneta el reverendo mercedario exclaustro padre José M.^a Rodríguez ocupó después del ofertorio la Sagrada Cátedra cautivando la atención del auditorio con bellísimas concepciones. Terminado el sermón el Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo concedió cuarenta días de indulgencia a todos los fieles asistentes, y al finalizar la misa entonó con el celebrante el *Te-Deum* que prosiguió la orquesta hasta su conclusión.

Desde la Iglesia dirigiéronse las autoridades precedidas de la Junta de festejos a la *Linterna vieja*, con objeto de presenciar unas regatas que se tenían dispuestas. Habíase levantado en aquel sitio un entoldado donde fueron colocados los invitados y habiendo dado inmediatamente la señal el General Larrocha, partieron las barcas palangreras como primer número llegando antes a la meta el intrepido patrón Francisco de Asis Alié de esta barriada, que con ocho hombres venció en iguales condiciones a las demás barcas que con denuedo y bizarría le disputaban el premio.

Salieron a la lid en segundo lugar las *muletas*, y obtuvo el segundo premio Francisco Carles patrón de matrícula de Tortosa.

En el tercer número lucharon botes de guerra y mercantes y fué vencedor Antonio Picarín, hijo también de esta población dando término a las regatas la cuarta suerte entre esquifes, cuyo premio fué repartido entre Francisco Fabrè de la Barceloneta y Francisco Nels de Tarragona que alcanzaron a la vez la banderola, mereciendo los aplausos unánimes de los espectadores por sus esfuerzos en obtener la victoria.

Las autoridades altamente satisfechas regresaron a la ciudad seguidas de un numeroso gentío asombrado igualmente de la esplendidez con que la Barceloneta sabía solemnizar el primer siglo de su fundación.

Por la noche repitieronse las luminarias y fueron encendidas las luces de la fachada de San Miguel, pero hubo de suspenderse el disparo de un castillo de fuegos artificiales a causa de una ligera lluvia que no fué óbice para que un numeroso gentío acudiese a disfrutar de la iluminación y del baile público que terminó a las cuatro de la madrugada con constante animación.

Los fuegos artificiales fueron quemados sobre la Riba cerca de la Machina al anochecer del día cuatro a presencia de millares de espectadores que llenaban la Barceloneta y

todo el largo de la muralla del mar y merecieron la calificación de imponderables, habiendo llamado la atención principalmente un abanico de colosales dimensiones, una gallarda efigie del Santo Arcangel, patrón de la barriada, venciendo al dragón infernal y el busto del Excmo. señor Marqués de la Mina, presentados entre clarísimos destellos que permitieron apreciar hasta sus más insignificantes detalles.

Así finalizaron las fiesta del Centenario.

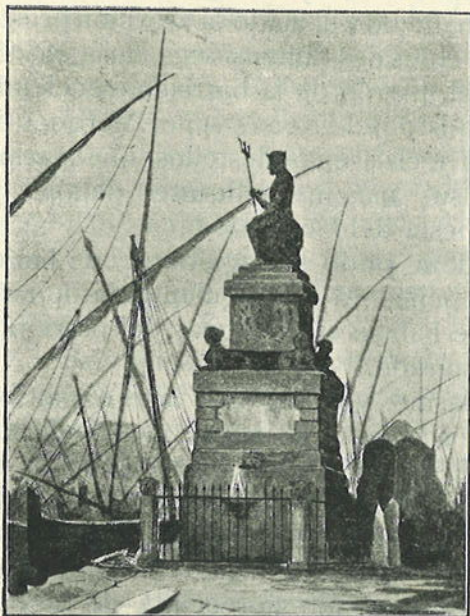
La Junta organizadora pudo vanagloriarse de haber salido airoso en su empeño. Al día siguiente la opinión unánime pregonaba que habían sido dignas del patriótico objeto que las había inspirado.

El más puro entusiasmo y el regocijo mas expansivo reinó durante estos dos días entre el ingenuo y sencillo vecindario de la marina, de modo que hemos recogido de labios de algunos ancianos, el concepto de que sería pálido cuanto se dijera para describir el gozo, la animación con que fué celebrada esta fiesta secular cuyo brillo testimoniaba a las generaciones futuras el estado floreciente de la Barceloneta.

En este capítulo consignaremos determinadas noticias concernientes a establecimientos industriales dignos de atención por la concurrencia en que intervienen en el trabajo nacional, o por las preeminencias y provechos que han aportado a esta barriada, los inventos de notoriedad que tuvieron aquí su cuna, edificios de importancia por el objeto a que se hallan destinados, balnearios y demás sitios públicos notables de la Barceloneta.

Fuente de Neptuno

Colocando por orden de fechas las materias, daremos noticia en primer lugar del origen y fundación de la Fuente



FUENTE DE NEPTUNO.

de Neptuno inaugurada en el andén bajo de la Riba en 15 de abril de 1826, frente la calle de San Fernando, hoy de la Maquinista.

Su construcción vino a llenar una necesidad sentida cada día con más fuerza para el servicio de la aguada de las embarcaciones y de consiguiente, fué de suma importancia para la marina.

La fuente de Neptuno era toda de sillería, de planta cuadrada, menos por

el lado que miraba al mar, y la cerca una verja de hierro. Constaba de tres cuerpos, tenía el segundo, en la parte inferior, tres cabezas de Medusa en relieve en cada lado, obra de don Juan Crusellas, y las tres del que miraban al mar sostenían en la boca otros tantos grifos de bronce. El tercer cuerpo formaba como el asiento de un trono, apoyado en los ángulos sobre cuatro sirenas y mostraba en sus caras atributos que simbolizaban el comercio marítimo, bellos relieves debidos al escultor don Celedonio Guixart. Sobre este pedestal estaba sentada la estatua de Neptuno, de tamaño natural empuñando el tridente, esculpida en piedra del país por don Antonio Ferrán.

Era una figura no exenta de mérito que fué separada de su sitio hace pocos años para utilizar su base como sustentáculo de un puente tendido allí por la Sociedad de

construcción *La Maquinista Terrestre y Marítima*, al objeto de simplificar las operaciones de embarque de maquinaria y grandes calderas que ha venido construyendo para la marina de guerra, cuya base desapareció también al dar comienzo las obras para la construcción de los actuales tinglados.

Plaza de Toros

Fué construída en 1834 por cuenta de una empresa particular bajo la dirección de don José Fontseré y Doménech, arquitecto por la Real Academia de San Fernando, en un terreno que por hallarse comprendido en la zona de fortificación, fué indispensable sujetarse a las condiciones de subir la fábrica de mampostería solo hasta la altura de la grada cubierta, y de entramados de madera desde este punto hasta el remate de la cornisa. El circo, plaza o rondel, tiene 206 pies 6 pulgadas de diámetro; entre la barrera y contrabarrera mediá la distancia de 9 pies 5 pulgadas; la anchura del tendido es de 28 pies y 8 pulgadas; de 13 la de la grada cubierta y tiene 9 la del corredor colocado a su espalda; por manera que resulta un diámetro total de 330 pies, incluso la pared exterior.

En la parte oriental está empotrado en dicha pared el corral, desde donde se pasa al toril situado debajo de la grada cubierta y su corredor correspondiente.

El coste total de fábrica de este edificio fué el de 250.000 pesetas, tiene 13.000 localidades aunque sin embargo caben bien 14.000 personas.

Su forma exterior es un polígono de 40 lados de 25 pies 8 pulgadas de longitud y 45 de altura, es decir, 22 hasta la grada cubierta, 12 hasta el piso de los palcos, y 11 hasta el remate de la cornisa. Abrense en el edificio 24 puertas: La de arrastre, la de caballos y la principal. Otras 8 conducen a los tendidos, 4 a los corredores del primer piso, dos a los toriles y las siete restantes no comunican

con el interior del edificio y corresponden a otros tantos almacenes. Hay en la pared exterior 24 ventanas en el piso bajo, cuarenta en el dorso de la grada cubierta, y otras tantas al del corredor de los palcos.

La inauguración fué celebrada con seis corridas que tuvieron lugar el 26 de julio de 1834, el 27 y el 28 del propio mes; el 15, 17 y 18 de agosto, estoqueando 43 toros los espadas Juan Hidalgo y Manuel Romero (Carreto).

Estas funciones eran recibidas por el público con loca aceptación.

En el año 1835 inauguróse la temporada el 28 de mayo. El 25 de julio, celebridad de los días de la Reina Gobernadora, se dió la octava corrida y acudió a la Plaza un inmenso concurso que consideró de mala cualidad los bichos que se lidiaron, pertenecientes a la ganadería de Zalduendo de Caparroso, de Navarra. Los concurrentes dieron muestra de su descontento con la gritería y confusión propias de tales funciones y pasando pronto a vías de hechos, arrojaron al redondel los abanicos, tras de estos las sillas, los bancos, las columnas, las barandillas y hasta los maderos que sostenían los tendidos y gradas cubiertas. Por fin llenose el redondel de espectadores que cortaron la maroma de la contrabarrera, ataron con ella el último toro, llamado *Estudiante*, y salió el populacho de la plaza arrasando a la fiera, muerta a cuchilladas por el público.

A estas escenas se siguió el más terrible atentado popular, los más lamentables excesos de una sanguinaria persecución, de saqueo, y de incendio. El pueblo se arrojó sobre los conventos, degollando a los frailes que no pudieron escapar y la tea incendiaria destruyó los mas bellos y artísticos edificios ornamentos y tesoro de nuestra patria.

En 1879, por virtud de haberse concedido permiso para edificar a toda altura las casas de la Barceloneta, también la Plaza de Toros fué objeto de una gran reforma, sustituyendo todos los entramados de madera por ladrillo, conforme se halla en la actualidad.

La Maquinista Terrestre y Marítima

Estos grandes talleres de construcción se hallan emplazados desde el año 1856 en el extremo oriental de la calle de San Fernando, hoy de la Maquinista, comunicando con la playa sobre el vastísimo solar que ocuparon en otro tiempo los antiguos Baños de la Sra. Tona o de la Casa de Caridad. El plano general de estos talleres ofrece las principales secciones siguientes: Fundición de hierro y bronce y sus accesorios. Fraguas con martillos a vapor. Entre estos dos focos que producen la primera materia para el labrado están agrupadas en rico y variado surtido todas las máquinas-herramientas para ajustar las piezas y pulimentarlas y las auxiliares para el montaje y terminación en todos sus detallés. Calderería con desarrollo suficiente para ser aplicada no solo a la construcción de generadores de vapor si no que también a la de cascos para buques y a la de puentes metálicos, mercados y otras construcciones análogas. Esta parte del edificio fué construído de modo que constituye un cómodo y utilísimo varadero.

Encima del cuerpo bajo de la derecha, se levantan dos pisos. En el primero hay las oficinas de la dirección y las de contabilidad; en el segundo las de los ingenieros, personal de dibujantes y demás auxiliares. De aquí se pasa por medio de un puente al ala izquierda donde está la carpintería para modelos, montaje de cerrajería gruesa y ornamentación. Todos estos talleres y sus innumerables dependencias se enlazan debidamente entre sí, a fin de que los trabajos se ejecuten con un método capaz de satisfacer el orden mas exigente.

La fuerza productiva de sus numerosas y variadas máquinas-herramientas y aparatos de todas las secciones, son elementos suficientes para la construcción de cascos para buques, motores de tierra y de mar de las mayores potencias, locomotoras, puentes, tinglados, etc.

Entre las construcciones de todas clases que lleva verificadas esta Sociedad, anotaremos solo los siguientes datos que demuestran elocuentemente su grandísima importancia.

Instalación de generadores; representa una fuerza mayor de 45.000 caballos.

Motores de Vapor en número de cuatrocientos y pico que suman más de 25.000 caballos, y

Puentes metálicos en una longitud total superior de 6.000 metros.

Los talleres de la Maquinista Terrestre y Marítima tuvieron su origen en 1838. Instalose entonces en la Rambla del Centro en el mismo sitio que ocupa hoy la gran fonda de Oriente, por una Sociedad anónima con el nombre de «La Barcelonesa» una modesta fundición de hierro, mientras don Valentín Esparó organizaba otro taller de maquinaria en la calle de Tallers. A los tres años «La Barcelonesa» adquirió el ex-convento de San Agustín y convertida en Sociedad Comanditaria, bajo la razón social de Tous, Ascacíbar y Compañía, siguió trabajando con fortuna en su nuevo domicilio hasta que en 1856 comprendiendo las dos sociedades que convenía a sus intereses la fusión, constituyeron la sociedad anónima que actualmente funciona con el nombre de «La Maquinista Terrestre y Marítima» y emplazaron su grande establecimiento en esta barriada en el punto expresado, a orillas del mar.

Vigorizada desde entonces con la unión de sus poderosos elementos la Maquinista Terrestre y Marítima, ha seguido todos los adelantos técnicos sosteniendo un personal distinguido y hábil de ingenieros, que con la vista fija en la vertiginosa corriente de las invenciones y de los perfeccionamientos industriales, con ella marcha paralelamente y trasmite el movimiento de progreso a sus trabajos.

Su nombre figura en distinguido lugar del Catálogo de las glorias de la industria española. Proporciona a este barrio la honra de contarla en su recinto y a muchos de sus hijos el provecho de poder ganar el pan cotidiano para sus familias.

Fábrica de máquinas para coser y motores a gas de don Miguel Escuder

En el año 1872 sobre unos solares adyacentes a la calle de San Fernando, hoy Maquinista, donde estuvo situada la fundición *Doménech*, destruída por un incendio en 1.º de julio de 1867, fué edificada la fábrica cuyo nombre encabeza estas líneas.

Tenía una extensión de 150.000 palmos cuadrados, hornos de fundición, fráguas, talleres de montaje, de carpintería, cerrajería, pintura, etc., etc., y en ella no se limitaba la construcción de máquinas de coser y motores a gas, sinó que, aún cuando era ésta la principal industria de la casa, se construían también otras obras mecánicas.

Los talleres «Escuder» mantenían un personal de doscientos obreros, cifra elocuente para apreciar su importancia. Contaba con sucursales en numerosas plazas notables y era la firma de Escuder como mecánico y como comerciante, una de las mas lisonjeramente acogidas en todas las plazas y mercados.

Escuder era un portento de habilidad y un genio creador. Joven y con escasos recursos pecuniarios logró montar varios talleres, resistiendo la competencia del extranjero donde esta industria está desarrollada en tan grande escala que hay establecimientos cuyo capital excede de cuarenta millones de pesetas. Sólo por medio de una superior inteligencia, perseverancia en la virtud del trabajo, sus prodigios de energía, y un espíritu de empresa rayano en la temeridad, montó Escuder su fábrica. ¿Qué capital le prestaron? Ninguno. Todo lo existente en aquel vasto arsenal de herramientas y aparatos y máquinas le pertenecía.

Escuder gastó sumas fabulosas en pregonar sus productos y su plan le dió fortuna y celebridad.

De su superior ingenio podrá juzgarse con solo conocer o recordar algunos de sus mas originales medios de propaganda que causaban asombro general.

En las fiestas de Nuestra Señora de las Mercedes, año 1872, fabricó un enorme bombo con armaduras de acero montado sobre un carro especial, batido mecánicamente por dos grandes mazos. El estampido que producía semejaba, a cierta distancia, el disparo de piezas de artillería.

Otra vez, hizo una lotería de 100.000 billetes que se entregaban gratis, siendo los premios tres riquísimas máquinas de coser.

En septiembre de 1881 contribuyó a las fiestas de la ciudad, montando una cascada giratoria para exponer sus productos, sobre los terrenos ganados al mar contiguos a la plaza de San Sebastián, hoy de Antonio López, después de derruida la muralla. No se había visto tal vez en el mundo entero un anuncio tan grandioso y de tan alto coste. De construcción bella y esbelta, tenía en su interior un salón de treinta metros circunvalado de columnas con acceso subterráneo y en la cumbre estaba colocado un gran Neptuno rodeado de rocas y delfines, hierbas, ramajes y plantas acuáticas. Raudales de agua se desprendían desde una altura de diez metros, en mil cambiantes caprichosas con la transparencia de la vivísima luz eléctrica colocada entre el agua y el armazón de la cascada, sin que ningún detalle faltara para que el efecto fuera grandioso y propio de artificios de esta naturaleza.

Esta obra monumental fué la madre de las cascadas, cuyo coste ascendió a la fabulosa suma de setenta y siete mil quinientas pesetas.

Durante los días de Carnaval de 1876, recorrió la *rúa* con un monstruoso cañón de treinta centímetros que, cargado de aire comprimido, arrojaba a gran altura metralla de dulces, palomas, monigotes simbólicos y millares de productos de su fábrica.

La víspera de Reyes de 1877 organizó una vistosa cabalgata representando el viaje de los soberanos Magos al portal de Belén.

Por medio de este ingenio extraordinario de exhibición industrial y sus dispendiosos gastos de propaganda adquirió Escuder una notoriedad bien conquistada, porque sus máquinas han figurado dignamente en los mas notables concursos del trabajo, alcanzando grandes medallas en las Exposiciones Universales extranjeras de París y Filadelfia; medalla de oro y diploma de progreso y perfección en las nacionales de Valencia, Barcelona y Villanueva y Geltrú y medalla de primera clase en una de las celebradas en Madrid.

La biografía de don Miguel Escuder publicada en el Consultor del Rey D. Alfonso XII de la que hemos entresacado algunos de los precedentes conceptos, describe de galana pluma asombrosos detalles de actividad, inteligencia y conocimientos técnicos del que fué nuestro convecino, el ingenioso inventor, el mecánico notable, honra verdadera de la industria catalana.

Actualmente donde estaban instalados los talleres de Escuder, existe la fábrica de harinas «La Anita».

Fábrica de contadores para gas, de los señores "Hijos de Federico Ciervo"

Fundados estos talleres en 1865, ocupan un solar de más de 100.000 palmos cuadrados de superficie con edificios propios, limitados por las calles de Ginebra, Pinzón, prolongación de Balboa junto a la antigua Plaza de Toros y talleres Alexander.

Su programa constructivo o industrial comprende, además de contadores y material diverso y especializado para fábricas de gas y electricidad, los ramos de «Alumbrado», «Calefacción», «Hidráulica» y «Metalistería en general», en todas sus manifestaciones.



Sus trabajos se realizan *en serie*, por grandes cantidades, en sentido mayorista, surtiendo a las grandes Compañías, Estado y Municipios, y son solicitados por otros talleres, así nacionales como del extranjero, por su pulcritud y precisión.

Sus propietarios, don José y don Federico, ingenieros e hijos de esta barriada, en la que viven, son muy queridos y considerados en la misma, por sus altruistas modalidades y amor a todo progreso.

Talleres de Alexander hermanos, constructores de máquinas y calderas a vapor

Se crearon estos talleres en mil ochocientos cuarenta y nueve en la calle de Ginebra donde existen en la actualidad, y desde entonces no han dejado un solo día de perfeccionar sus especialidades, asimilándose todos los progresos del arte y de la ciencia mecánica. Ocupan hoy un espacio total de 6827 metros cuadrados sobre un solar de 8950 metros superficiales.

La primera especialidad emprendida por esta casa fué las máquinas y calderas a vapor, habiendo ensanchado el catálogo de sus productos a la construcción de bombas para la elevación de aguas para riego y abastecimientos de poblaciones, molinos harineros, transmisiones de movimientos, etc. El sistema de las máquinas construídas en esta casa es de expansión por medio de dos cilindros y condensación, o sea el sistema más económico de combustible conocido hasta el día, llevan la nueva válvula expansiva, privilegiada, movida automáticamente por el regulador, lo que dá a las máquinas una marcha uniforme e invariable, aún cuando se carguen o descarguen repentinamente los aparatos que las mueven, y produce una economía notable en el combustible, que no baja del 10 por 100 con relación al antiguo sistema de regulador a papillon.

Los señores Alexander hermanos han sido los primeros en construir los aparatos para la aplicación del sistema inodoro privilegiado perfeccionado para la extracción de las materias fecales, cubas, tubería y maquinaria habiendo dado este sistema excelentes resultados en todos los grandes centros.

Para la obtención de sus productos funcionan en la casa por término medio unos quinientos operarios, dirigidos por hábiles especialistas. Disponen de una fuerza motriz de cincuenta caballos y de otro motor de quince, instalado en el taller de calderería, útiles extraordinariamente complejos en la calderería, en los obradores de forjar, en la carpintería para modelos, en las secciones de tornos y montajes, etc., etc. Poseen dos calderas colosales de fusión pudiendo contener cada una hasta ocho toneladas de materias, dos hornos y otras innumerables máquinas y herramientas.

Este establecimiento se halla iluminado por electricidad y en el lado derecho del edificio se ven los talleres de construcción y montaje, los de calderería y fundición a la izquierda, y a la espalda los almacenes de productos acabados y depósitos para las primeras materias; todos los locales están unidos por una línea de rails sobre los cuales circulan unas vagonetas que conducen las piezas a los sitios oportunos para verificar las operaciones subsiguientes.

Los señores Alexander hermanos han obtenido las más altas recompensas en todas las exposiciones en que han hecho figurar sus productos.

Mercado de la Barceloneta

Su superficie mide 2500 metros cuadrados. El gratinglado de hierro que le cobija fué construído por los talleres de La Maquinista Terrestre y Marítima. Se inauguraron oficialmente las obras el veintiseis de septiembre de

mil ochocientos ochenta y tres y celebrese el término de su construcción el nueve de julio de mil ochocientos ochenta y cuatro, siendo Alcalde de Barcelona el Excelentísimo Sr. D. Juan Coll y Pujol, Teniente de Alcalde de la Barceloneta el Excmo. Sr. D. Manuel Porcar y Tió y Concejel Inspector del Mercado don Antonio Coll.

Durante el tiempo del montaje, las mesas de abastecimientos fueron trasladadas a la plaza de San Miguel.

Baños Orientales

Se hallan en el extremo sud de las calles de Alcanar y Giné y Partagas y tienen línea directa de tranvías desde la Ronda de San Antonio, Arenas y Plaza de Cataluña hasta la plazoleta del establecimiento.

Al penetrar en el patio las miradas apartándose de la galería de arcos de herradura que sirve de portada al salón de descanso de la sección de oleaje, se concentran en la fachada principal del edificio que para justificar el título de Baños Orientales fué revestida de azulejos arábigos en combinaciones del propio estilo. Como las casas moriscas no revela el exterior el lujo y las comodidades que dominan en el interior.

Su fábrica se compone de primero y segundo piso, y espaciosos sótanos: por la derecha se prolonga otra construcción de orden distinto, de bajos solamente, donde funciona la sección de duchas y la maquinaria de vapor que absorbe el agua del mar para su uso en las pilas, y contiene la piscina de natación para señoras. A la derecha una anchurosa puerta dá paso a un vestíbulo de los bajos del que parte la escalera de mármol que conduce al piso alto en el que se hallan los baños de 1.^a clase. Precede a la galería de éstos un elegante salón. Todo el pavimento de este piso está embaldosado con planchas de mármol de Carrara lo mismo que el de la planta baja y el de los gabinetes de ambos pisos, que son muy desahogados. Tienen cada uno,

además de la respectiva pila de mármol, retrete y tocador igualmente de mármol, con el espejo colocado de manera que las señoras puedan arreglarse el peinado sentadas en taburetes de rejilla.

Las pilas son cómodas y entre las espitas de que dispone el bañista, hay una de agua fría que la arroja en forma de regadera en el acto en que se toma el baño tibio, con lo cual se produce al sistema nervioso un efecto parecido a la impresión del oleaje. Las paredes de los gabinetes y las de todo el establecimiento están estucadas en blanco imitando el mármol de Paros. Las ventanas, además de persianas, tienen vidrieras con cristales de colores decorados vistosamente. Las maderas imitan el roble y en todos los detalles, en los cordones de las campanillas y en los de apoyo, se observa un gusto notable.

Completan el decorado artísticos candelabros eléctricos y en varios puntos macetas con arbustos.

Los baños de pila sirven también perfumados a voluntad del bañista. Las toallas son de las llamadas rusas y aun cuando no hay baños dobles, para comodidad de las familias algunos gabinetes están en comunicación entre sí.

En la playa se halla establecida la sección de oleaje y las piscinas que fueron inauguradas en la temporada de 1877 y recientemente una sección de casetas.

Además de los salones principales hay gabinetes reservados más o menos espaciosos para familias o individuos y en la toldilla de esta sección un delicioso mirador con vistas a la pintoresca costa de Levante, donde está situado el restaurant.

Los Baños Orientales ocupan un área de unos 2000 metros de superficie, fueron construídos por don Melchor Gasull, su dueño, e inaugurados en 8 de julio de 1872 y pasaron a la propiedad de don José Laribal por fallecimiento del anterior propietario, ocurrido en 4 de diciembre de 1893.

Al fallecer el señor Laribal, en enero de 1904, le sucedieron en la propiedad las hermanas doña Francisca y

doña Teresa Font y a los fallecimientos de éstas, ocurridos respectivamente en noviembre de 1915 y octubre de 1917, pasaron los expresados baños a ser propiedad de D. Eugenio Morant y de las hermanas Pont.

Baños del Astillero

Emplazados por los señores Vidal Farré y Compañía en el extremo de la calle Mayor, edificio número 148, tuvo lugar su inauguración en la temporada de 1856. Cuentan 63 departamentos para bañistas en esta forma: 47 sencillos, 15 con pilas dobles todas de mármol, y una en forma de piscina llamado baño de familia. En la estación calurosa se levanta en la playa el caserón para los de oleaje con departamentos independientes y cuartos reservados para uno y otro sexo.

Baños de San Miguel

Fueron construídos por cuenta de don José Gibernau y C.^a y están situados en la calle de San Miguel, núm 133. Constan de ochenta divisiones de las que sesenta y nueve tienen pila sencilla y once doble. Disponen de oleaje, cuya sección fué mejorada en 1872 ensanchándose considerablemente.

Habiéndose traspasado la propiedad de este establecimiento a la de don Juan Maristany y C.^a en 1894 sufrió una nueva e importante restauración.

Fuerte del Infante don Carlos

Se edificó a la salida de la Ciudadela por la Puerta del Socorro a la derecha, y recibió este nombre en honor del segundo vástago de Felipe V, que fué después el rey don Carlos III. Esta fortaleza tenía la forma circular y comunicaba con la demolida Ciudadela por un camino cu-

bierto. El objeto principal de su construcción fué incomunicar estas playas y su vecindario con la campiña y por esto se levantó a orillas del mar, de modo que las olas batían sus muros; pero habiéndose retirado las aguas considerablemente, se la dotó, en 1860, de una batería aneja para defender la entrada del puerto por la parte de levante.

Tenía el Baluarte de don Carlos categoría de comandancia militar de cuarta clase, o sea un gobernador del empleo de teniente del Estado Mayor de Plazas.

En consistorio de trece de diciembre de 1887 el Ayuntamiento acordó adquirir el fuerte y sus pertenencias por el precio de 500.000 pesetas pagaderas al ramo de guerra en veinticinco plazos, y dueña ya la ciudad de aquellos terrenos en 1888, fueron transformados en deliciosos jardines con un admirable muelle y embarcadero, y se destinaron a emplazamiento de las instalaciones marítimas cuando nuestro Universal Certamen, donde descollaban principalmente los pabellones de la Compañía Trasatlántica y el de las construcciones navales.

Batería de la Linterna

En el extremo de los Andenes, existió esta batería levantada en mil setecientos setenta y dos, la más avanzada de la ciudad hacia el mar. Tenía forma circular y un pequeño recinto. Su misión era oponerse a las escuadras enemigas que intentaran inquietar la plaza, dar abrigo a los buques que acaso vinieren huyendo de ellas y guardar la entrada del puerto. Prolongado éste, la batería de la linterna no llenaba ya su primitivo objeto y fué derribada a últimos del siglo pasado.

Batería de la escollera

Fortificación a flor de agua sita en el camino que dá ingreso al Muelle Nuevo.

La noticia oficial de la declaración de guerra con el imperio de Marruecos, el veintidos de octubre de mil ochocientos cincuenta y nueve, suceso que se estaba temiendo y la situación especial en que se encontraba el país, sirvió de impulso para que se activaran los aprestos militares, construyéndose esta batería.

El puerto

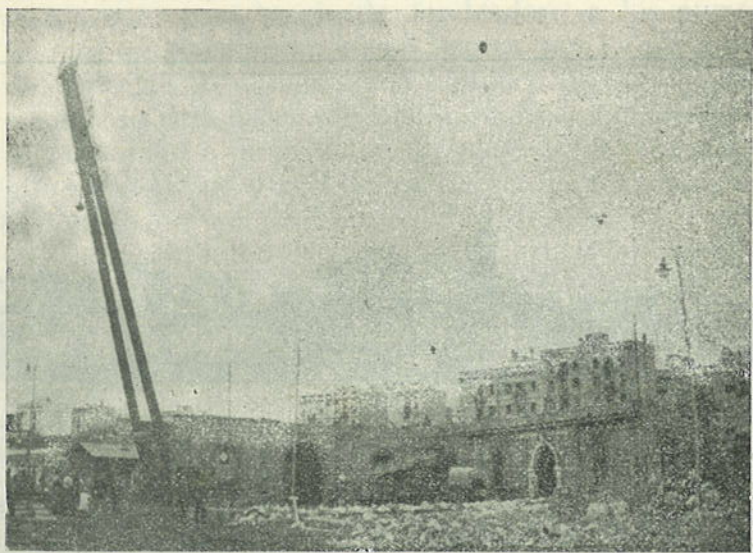
Una tradición muy común coloca el puerto, en la época romana, al Oeste de la falda del monte *Judaico* opuesta a la ciudad y confirma esta creencia la topografía de aquellas bajas llanuras, la existencia en ellas de grandes y sucesivos estanques que se extienden hacia el Sud-Oeste, su suelo húmedo y pantanoso, las acequias que lo cruzan, la superficialidad a que se encuentran las aguas, la situación de la ermita de Nuestra Señora del Puerto, cuya fábrica la devoción de la gente de mar sin duda habría ocasionado, y finalmente el muro peñosco del monte que describe del Sud a Poniente una curva asaz larga y profunda, abrigo natural contra los vientos de Levante, Sudeste y Mediodía.

Pomponio Mela haciendo desaguar el Llobregat en la playa de Barcelona entre Tolobis (Martorell) y Sùgur (San Boy) favorece la tradición.

Los arrastres de arenas, la superposición de tierras y el retroceso de las aguas, cegaron aquel espacio en una labor de numerosas centurias, y durante los siglos XII y XIII, el fondeadero estuvo reducido a una pequeña enseada a lo largo de una extensa playa bastante expuesta y mal preservada de contingencias, donde venían a echar sus anclas barcos de todas clases más temerosos aquí de los temporales que si fueran por ellos sorprendidos en plena navegación.

El poder marítimo de esta capital durante el reinado de la casa de Aragón, sus aprestos para las empresas navales, la afluencia de las escuadras reales, el estado floreciente

del comercio y su situación como Corte antigua de sus Reyes, hicieron sentir al Cuerpo Municipal los perjuicios que se irrogaban a la marina por la falta de un puerto seguro defendido de los vientos, donde las embarcaciones pudieran hallar asilo contra las tempestades y borrascas, y permanecer ancladas con más o menos comodidad, moviéndole a impetrar la aprobación real para emprender la fundación de una obra tan necesaria y el día 20 de septiembre de 1477 el Rey don Juan II, en presencia del Conceller 1.º Galcerán Dusay que hizo la primera amasada y de los demás Concelleres y numeroso pueblo, empujó la primera piedra que cayó en la fosa abierta sobre la playa, después de bendecida y sellada por el Obispo de Gerona con la señal de la Cruz, por cuya razón fué puesto a dicho muelle el nombre de *Moll de la Santa Creu*, origen del que hemos conocido por muelle viejo de la Barceloneta.



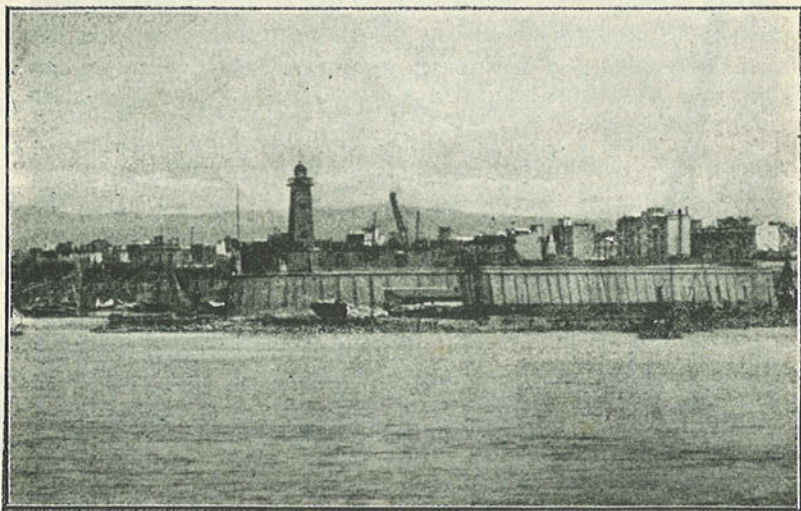
MACHINA

QUE ESTUVO INSTALADA HASTA RECIENTEMENTE EN EL ANDEN FRENTE LA CALLE DE JUICIO

Con lento desarrollo debieron verificarse los trabajos cuando en el año 1602 solo medía el muelle 600 pies de largo, alcanzando las inmediaciones del punto donde más tarde fué emplazada la demolida fuente de Neptuno. Hasta el año 1697 no alcanzó este dique el lugar que ocupaba la machina. Estableciose allí una batería, colocose una linterna y con esto se dieron por terminados los trabajos.

Combatido el puerto por recios temporales que de continuo lo destruían, hallábase en 1743 cegado por innumerables bancos de arena situados en todas direcciones, en términos que podía pasarse a pié desde el muelle a las rocas de la muralla de mar.

Esto no solo impedía la salida y entrada de las embarcaciones con grave menoscabo de los intereses comerciales, si que también cerrando la comunicación de aguas interiores y exteriores formaba un estanque corrompido que afectó la salud pública, por lo que hubo de practicarse un canal, tanto para renovar las aguas, como para dar entrada



CAPITANIA DEL PUERTO Y COMANDANCIA DE MARINA

y salida a los buques de poco calado; y deseando el Gobierno prevenir y remediar estos inconvenientes que anulaban tantos sacrificios consignó la suma anual de 45.000 reales para plantear e impulsar nuevas obras; efectuóse un concurso para una prolongación dirigida a contener las arenas de levante que eran las que poderosamente afluían hacia el interior y cediéronse a beneficio del rematante los cascos de algunos buques que habiendo quedado encerrados en la laguna se habían inutilizado, con objeto de que cargados de piedra fuesen sumergidos en lugar conveniente, sirviendo así de fácil base a la prolongación de dicho dique, hasta el sitio, que ocupaba la Capitanía del Puerto y Comandancia de Marina. Se dió fin a esta sección en 1762 con el morro que se interna en el mar, a cuyo extremo se había elevado una torre piramidal de sillería donde diez años más tarde, en 1772, fué colocada la antigua linterna.

El creciente desarrollo del comercio hizo que bien pronto este muelle de más de 800 metros de longitud fuese insuficiente para servir de fondeadero a los numerosos buques que concurrían a este Puerto, por lo que a últimos del siglo XVIII el ingeniero hidráulico D. Juan Smith, comisionado para hacer sobre el mismo nuevos estudios, elevó al Gobierno de S. M. un proyecto de prolongación de 500 varas al Sud y 200 de martillo al O. S. O., que si bien fué aprobado por Real Orden de 7 de noviembre de 1802 su realización hubo de aplazarse por causa de la guerra con Inglaterra y luego por la de la Independencia contra la invasión de los Franceses; así es que, en 1814, cuando estos evacuaron la Ciudad, se hallaba el Puerto impracticable obstruído por grandes bancos en encontradas direcciones.

Los decretos reales de 15 de enero y 8 de marzo de 1816 ordenaron el planteamiento del proyecto Smith y en 24 de septiembre del propio año colocose la primera piedra en presencia de la Junta protectora de las Obras del Puerto, del Capitán general don Francisco Javier Castaños,

del Ayuntamiento y demás entidades oficiales, siguiéndose los trabajos con tanta actividad que en 1822 se había ya construido una extensión de muelle de 500 varas de longitud, 40 de anchura y 9 de elevación sobre el nivel del mar, colocándose a su extremo un faro de luz fija que el vulgo apellidó linterna nueva.

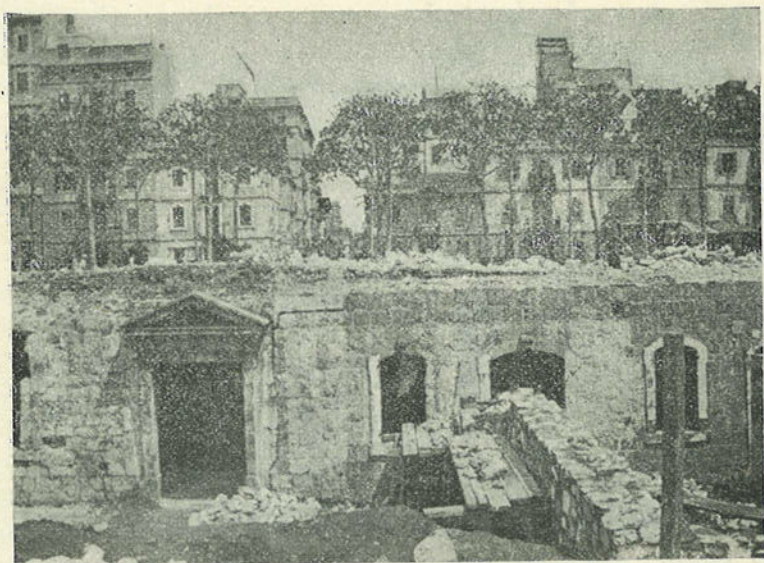
Medía el muelle de N. S., desde el punto de origen hasta la Capitanía, 699 metros: la Linterna antigua distaba del baluarte del Rey o sea en dirección de E. a O. 622 metros. Desde el ángulo que formaba el número de la linterna nueva, era su longitud de 466 metros y de este punto al límite Oriental de la base del Montjuich 1010 metros.

El muelle viejo constaba de dos andenes uno alto y otro bajo divididos por un muro de sostenimiento en el que se abrían las puertas de cuarenta y ocho almacenes y comunicábanse estos andenes por tres escaleras y cuatro rampas. Algunas lápidas situadas en los ejes de unión de esas escalas, conmemoraban las fechas de su construcción.

ESSENT CONCELLERS LOS MOLT ILL.^{RS} SE.^{RS} DON JOSEPH DE MARLES Y CASADEMVNT LO D.^R M.^R IOAN IOFREY LO D.^R M.^R LUIS ROGER CIVTEDÁ HONRAT D B. JOSEPH CABRERA M.^R HONOFRE ESTALELLA CIRVRGIA Y AMADOR SOLER ESCVDELLER TINGVE PRINCIPI LA PÑI OBRA DE AQVI AVANT ESSENT DE LA QVATBETA DEL MOLL JOSEPH DE NAVEI Y ERIL CIVTEDA HONRAT DE B.^A FRAN.^{CO} SENIVST Y PAGES DONZELI DON IOSEP DE BEV. Y LO D.^R M.^R BALTEZAR AGVSPI ANY 1679.

INSCRIPCIÓN DE UNA DE LAS LÁPIDAS

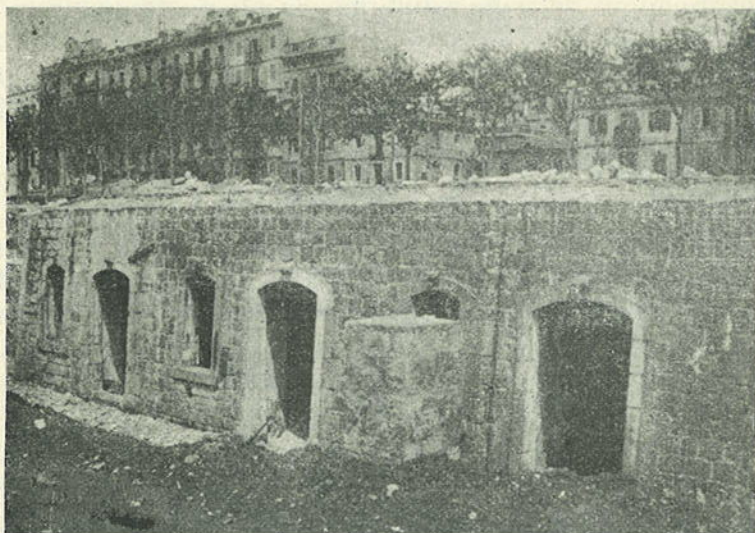
La *Machina* tenía por objeto principal colocar la arboladura en los buques cuando nuestros astilleros eran fuente de vida para la Barceloneta, pero desde la desaparición de las industrias navales de estas playas, aquella gran cabria perdió ya su objeto.



ALMACENES DEL ANDÉN BAJO AL EMPEZARSE SU DERRIBO EN 1902



ALMACENES DEL ANDÉN BAJO AL EMPEZARSE SU DERRIBO EN 1902



ALMACENES DEL ANDÉN BAJO AL EMPEZARSE SU DERRIBO EN 1902

A partir de dicha época, la Junta ocupose en dar al puerto un fondo cual convenía a las necesidades de la marina, y el 20 de abril de 1832 celebróse la entrada en la bahía de la fragata de guerra *Perla* de 40 cañones, primer buque de gran calado que había podido anclar en ella.

De nuevo tuvieron que suspenderse las obras en 1836 por haberse dispuesto que las sumas destinadas a sus atenciones fueran transferidas a los gastos motivados por la guerra civil; hasta que en 1842 se reemprendieron los trabajos, dando principio por las reparaciones del extremo meridional del muelle, que había sufrido considerables destrozos a causa de sucesivos temporales, y muy especialmente por los ocurridos en aquel año.

En 20 de junio de 1844, tuvo lugar un concurso para el apronto de escollera y efectuóse otro el día 24 de diciembre siguiente para la limpia, habiéndose adjudicado este servicio a una sociedad titulada *Empresa de la limpia del*

Puerto, que ejecutó la extracción de arenas y fangos por medio de una draga a vapor y la traslación a la distancia de una legua al S. en diez embarcaciones especiales llamadas ganguiles con dos estanques cada una conducidas por un buque remolcador.

En las construcciones llevadas a cabo desde el año 1844 al 1849 inclusives, se invirtieron 431.347 quintales 36 libras de piedra de las canteras de San Beltrán, y se extrajo del fondo un volúmen de 53.446.238 piés cúbicos de arena.

En el último de los citados años, construyose junto al cuartel de Atarazanas, debajo de la antigua muralla de mar, el embarcadero que recibió el nombre de Puerta de la Paz, y en 1857 se dió principio a la prolongación del dique del Este.

Por el mes de mayo de 1860, fué aprobado el notable proyecto de don José Rafo, Ingeniero Jefe de la provincia, procediéndose a su ejecución por contrata que rescindida cinco años después siguiéronse las obras por cuenta de la Junta.

Las Cortes decretaron en 1865 una nueva dilatación del dique del Este; esta línea de muelles había de cruzarse con la que del Oeste arranca de la playa de Montjuich, siguiendo la dirección del tercer puente o embarcadero del proyecto Smith, construido en San Beltrán en 1816, y dejar al puerto una boca de 280 metros.

Uno y otro dique terminaban con un morro circular con dos torres de cuarenta metros de diámetro, sobre los cuales quedaron montados en 10 de febrero de 1891 los nuevos aparatos dióptricos de sexto orden, destinados a demarcar la exacta situación de la entrada del puerto, de coloración verde y alcance luminoso de 5 a 8 millas la del farol emplazado en el morro del Este, y roja la del Oeste, servible en tiempo ordinario a distancia de 9 a 12 millas.

En 1868 recibió la Junta de Obras del Puerto su actual organización encargándose de la parte facultativa el Ingeniero Jefe de caminos, canales y puertos don Mauricio Ga-

rrau, al cual sucedió don Francisco Lagasca que a su vez fué reemplazado en 1887 por don Carlos Mondejar, a quien secundaba acertadamente como subdirector don Julio Valdés.

Estos distinguidos ingenieros aconsejados por la experiencia hicieron estudios detenidos y concretos, trazaron sucesivos anteproyectos de carácter esencialmente consultivo que sometían a la aprobación de la superioridad, resultando interesantes modificaciones parciales; solucionaron vastos, e importantísimos problemas relacionados con la ampliación y mejora del puerto, y persiguieron incesantemente todas aquellas condiciones de abrigo, capacidad, calado de aguas y seguro fondeadero que garantizara la facilidad y prontitud en las operaciones de carga y alijo desde sus muelles, dedicando sus atenciones preferentes al adelanto de los trabajos de perentoria urgencia y más general interés.

Una mitad apróximadamente de las embarcaciones que concurrían a nuestro puerto habían de fondear en andanas y verificar el tráfico de carga y descarga por medio de barcasas originándoseles de aquí importantes gravámenes y mayores contingencias de avería. Para salir de esta situación que con imperio reclamaba el aumento considerable en las líneas de muelles existentes, formulóse en 1871 el proyecto de ganar terrenos al mar por la parte de la muralla y la creación de nuevas dársenas con el desarrollo de atracaderos limitrofes, de vasto perímetro que abiertos al servicio de la marina y del comercio para el fondeo, el alijo, la carga y transportes de mercancías, ofrecieran en su totalidad, una longitud de 7528 metros.

He aquí la distribución, extensión y situación de estos muelles. En el Ante-puerto, el de Poniente, el de San Beltrán, el de Barcelona, el de la Capitanía, el de Cataluña y el de Levante.

En el Puerto, el de Atarazanas, el de la Muralla, el del Depósito, el Viejo, el Nuevo, el de la Capitanía, el de Bar-

celona, el de Pescadores, el de España, el de la Fortuna y el de la Esperanza.

Los viejos muelles de la Barceloneta, proyectados bajo un criterio limitado cual eran las exigencias de otras épocas, fundados sobre escollera a corta profundidad que imposibilitaba su empleo en absoluto para buques de gran calado, se sujetaron también a una reforma que determinó la Real Orden de fecha 23 de junio de 1891, aprobando la explanación de una nueva zona de servicio del muelle viejo, con la que desaparecían las antiguas construcciones de la Riba y dióse principio a las obras por administración en 1.º de agosto siguiente. Impulsadas con actividad al principio hubieron de conducirse más tarde de un modo embarazoso y lento, no solo por la necesidad de conllevar la construcción en armonía con la exigencia del tráfico en toda esta zona del puerto, sino por las dificultades que se suscitaron por la expropiación de los almacenes del viejo andén perteneciente a los herederos de D. Rafael Deas.

En el año 1887 emprendióse la fundación del Depósito Comercial entre el viejo muelle de Santa Cruz y el del Depósito. Este emplazamiento presentaba una línea oblicua con relación a la que ofrecen los edificios colindantes, que interceptaba la prolongación y desahogo de la plaza de Palacio, afectaba considerablemente al ornato, y oponía una dificultad al enlace natural de las vías de comunicación entre nuestro barrio y la urbe.

La Junta de propietarios de la Barceloneta hizo notar los inconvenientes de ese trazado y presentó un contra-proyecto, partiendo de la base de ganar al mar el espacio necesario para enclavar el edificio en línea recta de las casas de Xifre y de D. José Collaso, solución muy beneficiosa, tanto para los intereses urbanos como para el mejor servicio del puerto. En su consecuencia, practicáronse nuevos estudios y la reforma de aquel emplazamiento fué aprobada por Real Orden de 23 de junio de 1891, dándose principio a los trabajos de rectificación en 1893 con el levante,

transporte y nuevo asiento de los bloques que ya habían sido colocados.

En diciembre de 1890 quedó hecha la instalación en los muelles del Rebajo, en el de la Muralla, en el de Atarazanas y en el de San Beltrán, de cuatro puentes básculas, muy ingeniosas para el servicio del puerto; son del sistema *Chamberoy*, tienen ocho toneladas de potencia y poseen un aparato que imprime automáticamente todas las cifras sobre una etiqueta, indicando las pesadas *bruto* y *tara* superpuestas. A este mecanismo se le han adicionado, con carácter comprobatorio, otros dos que estampan ante el público en un disco exterior, las mismas pesadas, y escriben sobre una etiqueta el número de orden y la fecha, haciendo imposible la más leve discrepancia, con intención o sin ella, en el verdadero resultado de la operación.

Por Real Orden de 27 de enero de 1891, fué construída en el extremo del Muelle de Poniente una Caseta-estación para el servicio de la Sociedad Española de Salvamento de náufragos, y en 15 de noviembre de 1889 se autorizó la construcción de un varadero provisional para lanchas y gabarras que había sido aprobado por la superioridad en 12 de febrero de 1888.

El abastecimiento de aguas potables destinado a satisfacer los importantísimos servicios de la aguada de buques, surtido de los trabajadores, riegos, e incendios en toda la extensión de la zona marítima, fué aprobada en 7 de agosto de 1889.

Quedaron instalados por consecuencia de la Real Orden de 12 de septiembre de 1888 dos atracaderos de madera para los vapores omnibus en el muelle de Pescadores, dos en la escalera de la Sal, dos en la de la Princesa y dos en la de la Paz, y tienen también los pescadores en su fondeadero particular, varaderos perfectamente adecuados a las necesidades de su industria.

La Barceloneta en los grandes inventos

No quedó rezagada esta población en la vía de los adelantos que se dieron a conocer en Europa a la mitad del pasado siglo.

Además de las artes indígenas y del tráfico mercantil-marineró, ha contribuído la Barceloneta, con hacendoso empeño, al fomento de otros ramos industriales y a las operaciones que concurren a la producción e incremento de la riqueza del país. Anteriormente hemos tratado de describir someramente los más importantes edificios que las profesiones mecánicas han levantado en estos barrios, y prescindiendo ahora de algunas industrias, en que hemos marchado a la par con las ciudades más adelantadas, recordaremos aquellos grandes e imponderables inventos que registran las inmortales páginas de la historia, en cuya aplicación y desarrollo ha sido la Barceloneta la primera.

El 28 de octubre de 1848, cupo a esta ciudad en el seno de la Barceloneta, la gloria de inaugurar el primer ferrocarril de España. Quien recuerde las dificultades que ofrecía a la sazón la situación de Europa, reconocerá la resuelta firmeza con que se llevaron a feliz término trabajos tan importantes, sin que las circunstancias del momento infundieran el menor desaliento en los que se habían empeñado en dotar a su patria con el audaz y colosal invento de los tiempos modernos.

A las primeras horas de la mañana del expresado día, las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, corporaciones numerosas y un nutrido y distinguido público invitado, recorrían las dependencias de la estación que habíase levantado junto al paseo del Cementerio, notable particularmente por un esbelto y magnífico tinglado de hierro

cubierto de cristales y zinc, de cuatrocientos veinte pies de longitud por noventa de ancho. Para abrigo del viajero contra la intemperie de las lluvias de otoño e invierno, o contra los rayos del sol ardiente de verano; protegidos por esta airosa cubierta se hallaban los coches, vagones y trucks, destinados a las expediciones y demás material de explotación.

Un edificio contiguo contenía las varias oficinas, el café y restaurant, salas de espera confortantes con cómodos divanes para descanso de los viajeros, y habitaciones de empleados. Junto al edificio se veía el repuesto de las locomotoras, y entre uno y otro el depósito de agua para uso de las máquinas y limpieza de carruajes.

En los testeros de los dos lados del hermoso tinglado se leen, todavía hoy, las siguientes inscripciones: *Camino de hierro de Barcelona a Mataró. Primer ferrocarril inaugurado en España el 28 de octubre de 1848.*

La ceremonia de la inauguración tuvo lugar a las nueve en punto de la mañana con la mayor solemnidad. Anticipadamente tenía-se preparado un altar sobre el andén, inmediato al sitio donde se cobijaban las locomotoras y coches, y demás material que debía ser bendecido: la estación estaba bellísimamente engalanada con banderas y gallardetes; profusión de guirnaldas combinadas adornaban las locomotoras, tremolaba acariciado por una suave brisa el pendón español sobre una improvisada marquesina central, y un gentío inmenso se extendía por el camino del Cementerio hasta la puerta de don Carlos.

Los Excelentísimos e Ilustrísimos señores don Pedro Martínez de Sanmartín, Obispo de Barcelona y don Gil Esteve, de Puerto Rico, revestidos de pontifical pronunciaron los rezos prescritos para la bendición, asistidos del muy Ilustre señor don Juan de Palau, Vicario general, de don Jaime Cerdá, limosnero de S. E. y de los Reverendos don Francisco y don Mateo Bruguera, Párroco y Vicario, respectivamente de San Miguel del Puerto, y terminado el

ceremonial subieron los convidados a un tren que se tenía dispuesto, que se puso en marcha majestuosamente a los acordes de las músicas y entre las aclamaciones unánimes de los espectadores.

La expedición se detuvo en todos los pueblos de la línea para recibir a las autoridades, que iban engrosando el cortejo, y repitiéronse las ceremonias de la bendición en Masnou y Mataró. Desde la última de dichas estaciones dirigióse la comitiva procesionalmente, a la Iglesia Parroquial por las calles de San Antonio, Reina y Nueva. El clero salió a recibirla acompañándola dentro del templo, y el señor Obispo de Puerto Rico, con su gremial y acolitos, entonó el *Te Deum*, que prosiguió la música de capilla, y terminado, fueron obsequiados los convidados con un espléndido banquete que tuvo lugar en la estación y en el que reinó la mayor cordialidad y entusiasmo, por haber a Cataluña y a Barcelona la honra de abrir a la explotación, la primera vía ferrea de España.

El convoy partió de nuevo a las cinco y media y llegó a esta capital en treinta y cinco minutos. entre una continuada ovación de las poblaciones del tránsito.

Con la construcción de esta línea se daba al país un grande ejemplo que imitar; el instinto público hizo justicia al noble y patriótico arrojo de los constructores; la municipalidad mandó acuñar una medalla de bronce con el fin de transmitir a las futuras generaciones el suceso, y la prensa toda, llenando uno de sus más gratos deberes, tributó el más elocuente y sincero encomio a los que tan dignamente lo merecían por sus desvelos y constancia en dar a luz el primer ferrocarril de España que, encaminándose hacia la frontera de la vecina nación, decía al resto de Europa.

¡Allá vamos!

El día 28 de febrero de 1853 a las diez de la mañana, este mismo local de la Estación del Ferrocarril de Barcelona a Mataró, presentaba otro espectáculo, que por su simplicidad y sencillez distaba bastante de anunciar que una ocu-

rrerencia insólita, un suceso que henchía el sentimiento de la estimación propia de la barriada, se estaba celebrando en aquellos momentos.

Bajo aquel airoso tinglado habíase compuesto un provisional altar. El Reverendo Párroco de San Miguel del Puerto, don Francisco Bruguera, asistido de su hermano el coadjutor don Mateo, oraban fervorosamente. Frente al ara descansando sobre una giratoria de la vía, veíase una locomotora acabada de salir de las manos del obrero mecánico; no había recibido capa alguna de pintura, pero era bella, esbelta, de elegante construcción. Ataviábanla algunos grupos de trofeos industriales, y la bandera nacional con sus bellos colores ondeaba en medio de uno de esos trofeos, fijada en la parte anterior de la chimenea. Asistía a esta ceremonia el personal de la Compañía y algunos contados accionistas.

¿Era tal vez una hija de la nebulosa albión la que allí gallardeaba su gentileza haciéndose objeto de la curiosidad y complacencia de los concurrentes? No: era una arrogante catalana, airosa, seductora, llena de perfecciones. Sus piezas de hierro habían sido labradas en la Barceloneta, en la fundición de don Valentín Esparó y Tous, más tarde «La Maquinista Terrestre y Marítima», y su modelado y montaje hiciéronse en los talleres de la Compañía del Ferrocarril de Barcelona a Mataró. Era la primera locomotora construída en España. Desarrollaba una fuerza de ciento cincuenta caballos, y recibió en aquella solemnia del nombre de «La Primera Española».

Ya anteriormente, había podido vanagloriarse la Barceloneta con la inauguración, en sus aguas, del primer buque español movido a vapor: «El Delfín», que medía ciento cincuenta toneladas y contaba cincuenta caballos de fuerza, construído en el «Nuevo Vulcano» para «La Sociedad de Navegación e Industria».

El viaje de ensayo de este vapor se verificó el 28 de agosto de 1836, desde el Muelle Nuevo a Mataró y ofreció los más satisfactorios resultados.

Igualmente en el «Nuevo Vulcano», en el año 1838 establecióse por primera vez en España la construcción de máquinas de vapor. Fué la primera, una de cuatro caballos construida para mover la maquinaria de los talleres de aquel acreditado establecimiento.

Del seno de esta barriada se conoció por primera vez, en 1842, el alumbrado público por gas, para iluminar por este medio la ciudad y los edificios particulares.

El primer buque de vapor con casco de hierro totalmente completo, construido en nuestra nación, debióse a las iniciativas de «La Maquinista Terrestre y Marítima»; tenía 35 toneladas de cabida y fuerza de 30 caballos. Botado al agua en 18 de julio de 1857 verificóse la ceremonia de la bendición y recibió el nombre de «Montjuich».

Aquí igualmente, en la playa del Muelle Nuevo, en el punto donde arranca hoy el de Cataluña, el génio creador de Monturiol construyó el primer Ictínco; un Ictíneo con todas las condiciones de vida independiente que resistía submersiones hasta la profundidad de treinta metros, que producía el oxígeno necesario a la respiración de sus tripulantes, que estaba dotado de un motor submarino, que ofrecía el espectáculo nunca visto de cargar y disparar cañones debajo del agua, una de las más notables conquistas del ingenio humano: quiso Monturiol, cual Colón, dar a España un nuevo mundo, un mundo submarino, pero sus fuerzas hercúleas para producir un invento como el barco pez eran impotentes de por sí para crear los elementos que exigía la realización, en grande escala, de la navegación sub-acuática.

El Estado y el País, en vez de abrirle paso, de allanar el camino, de dispensarle la protección más señalada a que tienen derecho los genios creadores para que sus victorias engrandezcan el prestigio nacional, le tuvieron en el más lamentable aislamiento, y el Ictíneo en su abandono y pobreza murió embargado por la Hacienda, por no poder satisfacer la contribución que el fisco, en su in-

diferencia por las glorias nacionales, había aplicado a tal empresa.

Tales son algunas de las más salientes manifestaciones del saber humano que honran a la Barceloneta por la notable participación que en ellas ha tenido. Prólijos seríamos por demás si quisiéramos seguir la suma de todos los progresos, de todos los perfeccionamientos y de todas las especialidades conseguidas por «La Maquinista Terrestre y Marítima», los señores Ciervo, Alexander Hermanos, Escuder, el fecundo artifice y otros de nuestro barrio, que tienen adquirida universal reputación por los grandes beneficios que han aportado a la mecánica.

¡Loor a estos hacendosos ingenios!

Por ellos; por su superior inteligencia y extraordinarios esfuerzos, figura la Barceloneta en distinguido lugar del catálogo de los adelantos industriales.

Acontecimientos extraordinarios. — Visitas Reales. —

Carlos III

Muerto Fernando VI sin sucesión correspondía la corona que ciñera, a su hermano don Carlos, Rey de Nápoles y Sicilia que con datar su reinado de veinticinco años, pocos soberanos le igualaron en recoger constantes bendiciones de sus súbditos, porque merced a sus providencias todos los manantiales de la riqueza pública fluyeron y se dilataron, contribuyendo igualmente que a su bienestar, al desarrollo de su cultura pública.

Desde el momento que don Carlos tuvo noticia de la muerte de su hermano tomó el título de Rey de España con el nombre de Carlos III; confirmó el nombramiento de Regente a favor de Isabel de Farnesio y traspasando sus derechos a la corona de las Dos Sicilias en su primogénito don Fernando, embarcose en unión de la Reina D.^a María Amalia y de los Infantes sus hijos, con rumbo a este puerto,

en la capitana de una escuadra compuesta de diez y seis navíos de línea y algunas fragatas, al mando del Almirante *Marqués de la Victoria*.

Tras larga y embarazosa, travesía, se presentó la flota el 16 de octubre de 1759 a la vista de esta ciudad. Nadie como don Carlos llegó a un trono precedido de mas docta práctica y de más justa fama. Los catalanes comprendiendo que quien había hecho la grandeza y la felicidad de las Dos Sicilias podría hacer la dicha de España, olvidaron sus aficiones Austriacas y dispusieron a recibirle con verdadero entusiasmo.

Los prohombres de este barrio, celebraron por su parte una gran reunión en casa del herrero Juan Closas para tratar de los festejos con que deberían recibirse a SS. MM. y de acuerdo con el Excmo. Sr. Capitán General Marqués de la Mina y el Alcalde Mayor, encomendose la dirección artística del proyecto a don Pedro Cermeño, Coronel de Ingenieros, persona muy popular y querida de este vecindario por la parte que había tenido en la construcción de sus casas y del templo Parroquial.

En los pocos días de que pudo disponer, levantó el Coronel Cermeño un muelle de maderas destinado al desembarco de SS. MM. y Altezas, digno de la ceremonia y del objeto a que estaba destinado. Este muelle se levantó sobre la segunda rampa que comunicaba los dos andenes frente a la *llengua d'aygua*, un canal que hubo de practicarse porque innumerables bancos de arena interrumpían el puerto en todas direcciones. Apoyábanse sus cimientos en el fondo del mar, sobre la escollera, contra el muro del Andén bajo, que sostenían en el primer término sobre las aguas, un pabellón de aspecto suntuoso, en cuya portada flanqueaban cuatro columnas con collarines estriados, adornados de trofeos militares y navales entre grupos de banderas y estandartes coronados por los escudos de las armas reales, teniendo por remate central una preciosa estatua de Minerva con el globo terraqueo y el león español a sus pies.

Seguía en segundo término, una regia escalera dividida en tres tramos que conducía al terraplén superior del muelle, al nivel de las casas de la Barceloneta. Mullidas alfombras cubrían el suelo, colgaban de todos lados ricos tapices, las barandillas semejaban mármoles y jaspes con profusión de molduras policromadas, gruesos cables de sedería con tupidos flecos y franjas de oro servían de pasamanos, y, en los tres descansos en que se dividía la escalera, pedestales simétricos suspendían estatuas alegóricas. Después del primer tramo, dos Sirenas celebraban la llegada de los Reyes; más arriba veíase a la Fama sonando el clarín y a Eolo que desataba los vientos para que llevaran la nueva del fausto suceso a todos los confines de la tierra; y sobre los últimos zócalos, las estatuas de Tritón y Neptuno ofrecían a los Reyes racimos de corales y de perlas y otros productos del líquido elemento.

Detrás de esta bella construcción, se extendía un vasto cercado donde el Rey y la Real familia debía reunirse con su séquito y recibir a las Autoridades y personas de distinción.

La Barceloneta recién construída, lucía en sus casas el conjunto natural de sus atractivos; la armonía producida por la novedad: la igualdad, los colores, la proporción de sus partes, y solo como manifestación de regocijo, sus balcones aparecieron engalanados con banderas y gallardetes, que arrullaba el viento acompañando la festiva inquietud del alborozo; esto por lo que se refiere a nuestro barrio, porque en el interior, se notaba así mismo un movimiento desusado, se trabajaba en todas partes para recibir dignamente al monarca. En la puerta de mar y frente del Palacio, levantábanse arcos triunfales; de Madrid habían llegado, el día cuatro, el primer Ministro, la alta servidumbre de la Casa Real, y nutridas comisiones de la Nobleza, del Ejército, jefes y personajes de la mayor distinción.

El 16, a la presencia de las naves que ya habían sido avistadas el 15 por el vigia, el vecindario todo de Barcelo-

na dirigiose a este poblado de donde hubo de retirarse a las siete de la tarde por haberse acordado que hasta al siguiente día no tendría lugar el desembarco. A las primeras horas del 17, la multitud alborozada llenó otra vez la riba, las calles limítrofes y la carrera que debía seguir el cortejo. El Rey desembarcó a las once y cuarto en el pabellón del muelle provisional, siendo recibido bajo pálio por el cuerpo de la nobleza que le acompañó hasta la esplanada superior, donde de pié, teniendo a su lado a la Reina y a los Infantes, recibió la bienvenida que le dieron las Autoridades, los Altos Dignatarios y Juntas de recepción, contestó a los discursos oficiales y subiendo la familia Real a los carruajes que se tenían preparados, se puso en marcha entre los vitores de entusiasmo del pueblo, entre los acordes de la Marcha Real, el ruido de las salvas de artillería y el repique de las campanas de todas las torres de la Ciudad, seguida de una compacta multitud que confundía e interrumpía el cortejo.

Un detalle digno de singular recuerdo ocurrió en aquellos momentos. El Rey que no ignoraba las penalidades sufridas por los pobladores del nuevo barrio marítimo, a consecuencia de la guerra de sucesión, al pasar por *El Real* rompió el orden de la carrera mandando dirigir su carroza por la plaza de San Miguel y calle Mayor hasta el Rastro, para hacerse cargo de las construcciones de la Barceloneta, y sumamente complacido dirigió al Marqués de la Mina, que iba a su estribo derecho, los más laudables conceptos, haciendo justicia a sus sentimientos y alentándole a proseguir con mayor empeño en sus humanitarios y patrióticos designios.

La particularidad de aquel primer acto del Monarca, significación expresiva de su nobleza y generosidad, ganaron por completo a su causa el corazón de nuestros progenitores, que perseveraron en su gratitud y fueron siempre sus más leales y agradecidos vasallos.

Ninguna otra visita de Soberano ha revestido el fausto, ni alcanzado la resonancia de la que acabamos de describir,

y bajo este concepto, lejos de tratarlas con extensión, nos limitaremos a consignarlas como meras notas de registro.

El día 13 de julio de 1844, a las siete de la tarde, S. M. doña María Cristina de Borbón, Reina Gobernadora, acompañada de dos Gentiles Hombres de Cámara y de su Camarera Mayor, visitó este barrio y su Templo, e hizo entrega al Rdo. Ecónomo de una cantilad para limosnas.

El día 9 de julio de 1855 a las seis y media de la tarde, visitaron esta Parroquial Iglesia SS. MM. doña Isabel II, Reina de las Españas, S. A. R. la Serenísima Infanta doña María Luisa, y la Reina madre doña María Cristina. Acompañaban a SS. MM. y AA. la Excma. señora Condesa de Belascoain y otra Dama de honor, con dos Gentiles Hombres de Cámara.

En 30 de octubre de 1857, a las cinco de tarde SS. AA. los Serenísimos Sres. Duques de Montpensier con el alto personal de su servidumbre visitaron este barrio, oraron en el altar mayor de este templo parroquial, y se dirigieron luego a «La Maquinista Terrestre y Marítima» enterándose minuciosamente de los trabajos que se estaban verificando en grande escala en aquellos talleres, saliendo sumamente satisfechos de los adelantos observados.

El 21 de septiembre de 1860 arribó a este puerto S. M. la Reina doña Isabel II acompañada de su augusto esposo el Rey don Francisco de Asís, y de SS. AA. RR. el Príncipe de Asturias don Alfonso y la Serenísima Infanta doña Isabel.

Tanto a su entrada como durante el trayecto, la Familia Real fué calurosamente vitoreada llevando el carruaje cubierto de flores que les fueron arrojadas a su paso.

Entre las afectuosas muestras de acendrado cariño con que Barcelona mostró su patriotismo y adhesión a su Reina, llevose la palma una gran fiesta marítima que tuvo lugar en el puerto el día 4 de octubre, en celebridad de la inauguración de una de las secciones de las obras del puerto.

El 28 volvió la Augusta Señora a pisar este barrio con ocasión de asistir a una corrida de toros.

Barcelona, sin hacer alarde de rebuscadas demostraciones, supo merecer de S. M. la Reina señaladas pruebas de alta consideración y aprecio, entre ellas la de que la augusta dama distribuyera el día antes de su partida la suma de veinticinco mil duros, para obras de beneficencia.

El Rey don Amadeo I que había llegado a Barcelona el día 8 de septiembre de 1871, visitó la Barceloneta y los Talleres de construcción de «La Maquinista Terrestre y Marítima» el 16: en el trayecto fué saludado por el pueblo que llenaba las calles y por cuantas personas ocupaban los balcones que no cesaban de agitar sus pañuelos y vitorearle, y al recorrer las dependencias de aquel gran establecimiento dió pruebas de conocer profundamente cuanto se relaciona con la industria metalúrgica.

El 17 revistó la escuadra compuesta de las fragatas «Numancia» y «Villa de Madrid» y la goleta «Diana», y examinó las obras del Puerto colocando la primera piedra donde debía sentarse el morro y la torre del Oeste. Por la noche asistió a un baile que la oficialidad organizó en su obsequio a bordo de la fragata «Numancia».

En las tardes del 18 y 24 concurrió a las funciones que tuvieron lugar en nuestro circo taurino.

El día 2 de marzo de 1877, S. M. el Rey D. Alfonso XII que había llegado aquel mismo día a Barcelona, quiso hacer igualmente una visita a los Talleres de la «Maquinista Terrestre y Marítima» acompañado del Conde de Toreno, Ministro de Estado, y de otros personajes. S. M. examinó atentamente todos los adelantos de tan importante industria, dando muestras con sus acertadas preguntas y observaciones de tener conocimientos mecánicos. En los Talleres resonaban entusiastas vivas al Rey, y el Ministro acompañante dió un ¡Viva la Industria Catalana! que fué contestado por todas las personas que formaban el séquito del monarca. La Sección de fundidores le hizo una

particular dedicatoria improvisando una inscripción con caracteres de fuego que decía ¡Viva el Rey D. Alfonso XIII!

La Barceloneta se mostró siempre agradecida a tales tributos pagados por personas reales a la indiscutible importancia de un establecimiento enclavado en su seno, a la actividad e inteligencia de sus directores en pro de la producción nacional, y a la cultura de nuestra clase artesana, tan digna por su laboriosidad al aprecio de todas las clases sociales.

Visitas Episcopales a esta Iglesia Parroquial y a algunos institutos de enseñanza

El día 8 de noviembre de 1757 se recibió la visita de los Excmos. e Ilmos. Sres. Obispos de Barcelona, de Tortosa, de Gerona y de Vich.

En 11 y 12 de octubre de 1837 la del Excelentísimo e Ilmo. Sr. D. Pedro Martínez de San Martín, Obispo de Barcelona. Administró el Sacramento de la Confirmación.

El 7 de marzo de 1844 la de los Excmos. e Ilmos. señores Doctor Fray Rafael Velez, Arzobispo de Santiago, y don Pedro Martínez de San Martín, Obispo de Barcelona.

En 21 de julio de 1844 la del Excmo. e Ilmo. señor don Antonio Posadas, Patriarca de las Indias; detúvose ante el Panteón del Marqués de la Mina haciendo un soberbio panegírico de este insigne personaje.

En 30 de noviembre de 1848 la del Ilmo. y Rdm. señor don Gil Esteve, Obispo de Puerto-Rico. Administró el Sacramento de la Confirmación.

En 8 de diciembre de 1854 con ocasión de celebrarse en esta Iglesia la función de cumpleaños de la instalación del Santísimo Rosario, bajo el título de Nuestra Señora de Misericordia, en el ofertorio de la misa mayor ocupó la sagrada cátedra el Ilmo. Rdm. señor don Tadeo Amat, Obispo de Monterey (Californias), quien repitió su visita el 19 del expresado mes.

En 5 de febrero de 1858 la del Excmo. e Ilmo. señor don Antonio Palau y Termens, Obispo de Barcelona. Administró el Santo Sacramento de la Confirmación.

En 29 de junio de 1862 la del Excmo. e Ilmo. señor don Jerónimo Fernandez, Obispo de Palencia.

En 17 de agosto de 1863, en la tarde de este día, visitó esta Iglesia el Excmo. e Ilmo. Sr. Doctor Fray Joaquín Lluch y Garriga, Obispo de Canarias.

En 20 de junio de 1864 tuvo lugar la visita del Excmo. e Ilmo. señor don Pantaleón Montserrat y Navarro, Obispo de esta Diócesis.

En 8 de julio, y en 8, 9 y 11 de agosto de 1864 reproduce el mismo Prelado sus visitas y administra el Santo Sacramento de la Confirmación.

En 11 de noviembre de 1866 recibióse la del Excmo. y Rdm. señor don Pantaleón Montserrat, Obispo de Barcelona.

En 18 de junio de 1868 la repite el mismo Prelado.

En 23 de mayo de 1875 la del Excmo. e Ilmo. señor don Joaquín Lluch y Garriga. Impuso el Sacramento de la Confirmación.

En 24 de mayo de 1875 el mismo igualmente administró dicho Sacramento.

En 4 de febrero de 1879 la del Excmo. e Ilmo. señor don José María de Urquinaona y Bidot. Impuso el Sacramento de la Confirmación.

En 20 de febrero de 1883, el mismo.

En 3 de abril de 1884, el Excmo. e Ilmo. señor don Jaime Catalá y Albosa, administró el Sacramento de la Confirmación.

En 19 de junio de 1890 nueva visita del mismo Prelado y administración del propio Sacramento.

Embarque de los voluntarios catalanes para Africa

Otro espectáculo que tuvo toda la sublimidad y grandeza de una terrible situación, presencié la Barceloneta en 26 de enero de 1860.

Desde el comienzo de la guerra de Africa algunos entusiastas hijos de este Principado, pretendieron que se formase un cuerpo de voluntarios catalanes y accediose por fin a esta petición por Real Orden de 24 de diciembre de 1859.

Abierto el enganche y reunido el número que se deseaba, fueron organizados por el general en Jefe del Segundo Ejército y Distrito D. Domingo Dulce, en cuatro compañías compuestas cada una de un capitán, dos tenientes y un subteniente; un sargento primero, tres segundos, diez cabos, dos cornetas y cien voluntarios.

Uniformado y equipado el batallón, se señaló el día 26 de enero para su partida.

Cedamos la palabra al cronista:

«A las once se hallaban los voluntarios formados en la plaza de la torre de la Ciudadela junto con algunas compañías de tropa que debían embarcarse con ellos.

Era llegado el momento de emprender la marcha.

Fué un espectáculo imponente su partida. Al atravesar la última puerta de la Ciudadela de donde salieron en correcta formación, Barcelona entera agrupada en el espacio intermedio entre aquel baluarte y la machina, se arremolinaba para verles de cerca con su característico traje del país, para estrecharles la mano. Parecía aquella multitud un campo de espigas agitado por un recio vendabal. La madre buscaba a su hijo para abrazarle, quizás por última vez, la hermana buscaba a su hermano, la novia a su amante, lloraban unos, otros levantaban brazos y manos al cielo, voceaban algunos, los más lanzaban entusiastas vitores al viento...

En los momentos del embarque en el vapor transporte de la armada *San Francisco de Borja*, la Barceloneta presentaba un aspecto tan embelesador como imponente.

El Andén del puerto se hallaba coronado por multitud de espectadores, lo mismo que el muelle, los balcones y azoteas de las casas vecinas; de entre el gentío se levantaban algunos brazos vigorosos que empuñaban la bandera

española; de todos los labios salían gritos entusiastas y repetidos vitores; las damas agitaban sus pañuelos; muchos caballeros repartían cigarros a los voluntarios; las músicas militares llenaban el aire con sus marciales acentos; varios buques estaban empavesados, y mientras tanto, en el mar, los lanchones difícilmente podían abrirse paso por entre la multitud de faluas y botes que se les acercaban henchidos de gentes ansiosas de saludarles de nuevo, con las últimas enronquecidas voces de su creciente entusiasmo.

¡Oh! sí; el amor patrio estaba en aquel momento en todos los corazones, el entusiasmo en todos los semblantes.

Sería imposible contar todas las escenas que pasaron. A todo esto las cornetas no dejaban de tocar llamada y a medida que los voluntarios iban desprendiéndose de los brazos de queridos seres, se trasladaban a los grandes lanchones dispuestos al efecto.

Antes de bajar el primer escalón del desembarcadero volvíanse a la multitud y vitoreaban con todas sus fuerzas a Barcelona; después, colocados ya en los lanchones los vitores eran a la patria en general, a la Reina, a las autoridades, al ejército y a su jefe. Todos los vitores eran contestados con estrépito, tanto por la gente de mar como por la de tierra y todas las músicas y cornetas tocaban aun tiempo, aumentando la animación y el entusiasmo.

A las cuatro de la tarde, cuando ya el vapor *San Francisco de Borja* había levantado anclas y principiaba a trazar una ancha estela sobre las tranquilas



VICTORIANO SUGRAÑES

olas del puerto, se embarcó el último el comandante don Victoriano Sugrañes.

Sobre el banquillo de popa y sosteniéndose con el palo de la bandera que en la misma tenía el vapor, dió algunos gritos que fueron contestados con estrépito desde tierra y agitando a la par un sinnúmero de pañuelos, banderas y sombreros, desde las barquillas, el puerto y la muralla.

El último grito que dió fué en catalán.

«¡Adiós, Barcelona! — dijo — ¡Adeusiau, barcelonesos!»

Todos los espectadores contestaron a la una.

«¡Adiós! ¡Adeusiau!»

Treinta y tres entre hijos y vecinos de la Barceloneta formaban parte de aquella legión intrépida que iba a regar con su sangre el suelo ardiente de la Mauritania y a recoger como buenos la parte de botín que pudiere caberles en el reparto de lauros del ejército español.

Barcelona no dudaba de los gloriosos triunfos de sus hijos y sus esperanzas habían de quedar pronto colmadas.

Regreso de los voluntarios

Dignos émulos de los almogávares, los voluntarios catalanes rivalizaron con el ejército, en ardor, en serenidad, en rasgos inauditos de bravura y heroísmo, peleando, a vanguardia contra un enemigo numeroso, valiente y fanático, asaltando sus trincheras, sus parapetos, sus reductos; lanzándole siempre vencido y disperso, y obligándole a abandonar sus tiendas, sus camellos, sus cañones, sus pertrechos y sus banderas.

Aquel puñado de héroes desempeñó en las batallas de Tetuán y Wad-Ras, y en Sierra Bermeja, uno de los más gloriosos y principales papeles de la guerra contra Marruecos.

Ceñida su frente con los laureles de la victoria regresaban a este puerto con una parte de las tropas, el día 3 de Mayo de 1860.

Barcelona envanecida de aquellos hijos que tan radiante de honor habían elevado el pabellón español, los aguardaba para abrazarles con efusión y con respeto.

Veamos como don Victor Balaguer, el cronista de la ciudad; narra este acontecimiento grandioso.

«A las diez de la mañana, los andenes del muelle, todos los terrados de la Barceloneta, todos los balcones de frente la Riba, todos los puntos de donde se descubría el puerto, estaban atestados de espectadores de todas clases y condiciones, ávidos de ver y vitorear a nuestros valientes.

Era un magnífico espectáculo el que ofrecía por este lado la ciudad.

El primer vapor que fondeó fué el que traía los voluntarios catalanes; el segundo, llegado con algún retardo por efecto de una ligera avería en la máquina, conducía el batallón de Arapiles.

Estos vapores eran el *Ebro* y el *Duero*.

Al propio tiempo que los vapores, llegaban a la Barceloneta, la Diputación y el Ayuntamiento en carretelas descubiertas, los convidados y corporaciones, y los estudiantes de las facultades todas, llevando lujosos pendones, mientras que las comisiones y representantes de los cuatro distritos de la capital se quedaban en la Plaza de Palacio, junto a una pirámide de honor que había mandado levantar el Ayuntamiento.

Así que principió el desembarque, tuvieron lugar los primeros episodios de aquella jornada, que será para siempre memorable.

Una inmensa multitud que había invadido la Barceloneta y el puerto, saludaba, más bien que con gritos, con rugidos de alegría a los voluntarios y a los cazadores de Arapiles a medida que efectuaban su desembarco, aplaudiéndoles y vitoreándoles, arrojándoles multitud de flores y coronas.

Los botes que los conducían apenas podían atracar.

Contemplaba el público con interesante solicitud aquel grupo de valientes, en cuyo rostro y en cuyos des-

trozados uniformes se veían los estragos de la guerra y los rigores y privaciones sufridas en el suelo africano. Muchas personas derramaban lágrimas de ternura, entre tanto que otras buscaban con solícito afán entre las filas de los voluntarios a sus hijos, a sus hermanos o deudos.

Ya hemos dicho que no fueron gritos, si no alaridos de gozo los que acogieron a los valientes. Las lágrimas corrían por todos los rostros y el entusiasmo rebosaba en todos los corazones. La multitud abrazaba a los voluntarios y a los soldados, los besaba, los llevaba en brazos y poblaban los aires con nutridos vivas a los catalanes y a los cazadores de Arapiles.

Los cuerpos de la guarnición estaban formados en el andén y frente a la Machina.

Allí el Excmo. Sr. General, segundo cabo, a causa de hallarse ausente el capitán general don Domingo Dulce, revistó y arengó a las fuerzas expedicionarias, y después de haber desfilado éstas por delante de la guarnición, se situaron a retaguardia.

Los voluntarios que formaban a vanguardia de sus compañías iban todos ellos armados de espingardas; varios otros ostentaban con orgullo gumias y distintos trofeos cogidos a los marroquíes.

Delante de la primera calle de la Barceloneta había una elegantísima tienda, en la cual debía recibir a las tropas en nombre de la provincia, la Diputación. Allí estaban reunidas las principales corporaciones, la Audiencia, el Cuerpo Consular, la Universidad, el Consejo de provincia, el Ayuntamiento, el Ilmo. Sr. Obispo con una comisión del Cabildo.

A las doce y media, después del desfile de los cuerpos de la guarnición, fué cuando el batallón de Arapiles y los catalanes llegaron al punto donde les aguardaban las representaciones oficiales.

La multitud que se hallaba apiñada en las inmediaciones de la tienda, lo propio que en toda la carrera, hasta la Plaza de Palacio, no permitió que Arapiles y los voluntarios

puadiesen formar en masa como era el deseo de las autoridades.

Allí estaban los alumnos de la Universidad, de todos los institutos de enseñanza y de las escuelas públicas formando numerosas comitivas, todas con banderas, con palmas, con pendones, ostentando las armas de Cataluña con cintas tricolores o con ramos de laurel.

Los estudiantes cuidaban de dar tazas de caldo y copas de vino a los heridos que colocaron en hermoso carro triunfal, tirado por seis caballos ricamente enjaezados con lujosos penachos.

Siendo materialmente imposible que los cuerpos formaran en masa, adelantáronse los jefes de entrambos que iban a caballo, y el señor Gobernador interino, como presidente de la Diputación y en nombre de la provincia, felicitó a los valientes del ejército de Africa leyendo una alocución que aquella misma tarde se publicó en los periódicos y se fijó en los sitios de costumbre.

Acto continuo se puso en marcha la comitiva encaminándose, entre las oleadas promovidas por tantos millares de espectadores, a la Plaza de Palacio, en donde debía tener lugar la recepción del Ayuntamiento, y a donde los expedicionarios llegaron como pudieron al compás de la Marcha Real, del Himno de Riego y de otros himnos nacionales».

Hasta aquí la parte que en este espectáculo imponente y conmovedor correspondió a la Barceloneta. El resto de la carrera que siguieron los expedicionarios fué un continuado triunfo imposible de describir.

Barcelona celebró aquella llegada ébria de gozo, con la magestad y el fausto con que un gran pueblo solemniza un acontecimiento indeleble, imperecedero.

Llegada del general Prim en la revolución de septiembre

Consumado en el terreno de la fuerza el movimiento revolucionario iniciado en Cádiz, la fragata de guerra Za-

ragoza, tripulada por los marinos iniciadores de la revolución, y conduciendo a bordo al general don Juan Prim, se presentaba el día 3 de octubre de 1868, a las diez de la mañana a la vista del puerto, y este acontecimiento fué anunciado con salvas de la plaza.

A la misma hora salían de las Casas Consistoriales para ir a recibir a los recién llegados una comitiva, que, en carretelas descubiertas, guardaba el orden siguiente: Milicia veterana, Ayuntamiento, Diputación, Administración militar, Audiencia y Junta revolucionaria, cuya presidencia, junto con los señores Aymar y Tutau acompañaban al general Latorre.

Precedida de algunos municipales a caballo llegaron al muelle, que así como su andén, las calles inmediatas y todas las embarcaciones surtas en el puerto, estaban atestadas de miles y miles de personas, anhelosas de saludar a los bravos patriotas, huéspedes de la fragata.

La Junta provisional, embarcada en el vapor *León*, pasó a bordo del acorazado, y después de saludar a sus insignes pasajeros y tripulantes, hubo de conferenciar con el señor Conde de Reus, desembarcando todos a las tres y media en punto, con el auxilio de un falucho empavesado y al son del himno patriótico y de atronadoras, cuanto entusiastas aclamaciones.

Cubierta la superficie del puerto de centenares de barcas que seguían a los recién llegados, pusieron éstos, como hemos dicho, pié a tierra a la hora indicada.

En la escalera del andén fueron recibidos el marqués de los Castillejos y el señor Malcampo, entendido comandante de la fragata, por las comisiones todas, dirigiéndoles la palabra el Alcalde primero señor Maluquer, que en nombre



GENERAL. D. JUAN PRIM

de Barcelona saludó al hijo adoptivo de la misma, general del pueblo y del ejército, y en su persona a los bravos marinos que levantaron en Cádiz la enseña de la revolución.

Allí fué donde gran parte de la multitud, advirtiendo que Prim llevaba prendida de la gorra una corona real, como obedeciendo a una consigna, dió gritos de fuera coronas, pero el bravo soldado, con su imperturbable sangre fría, paseó su tranquila mirada por aquel mar de cabezas humanas, y haciendo oscilar la suya de derecha a izquierda en un signo negativo, contestó en aquel mudo lenguaje a la multitud, que la corona estaba en su lugar.

Después de breves frases que le dirigió el presidente de la Diputación don Víctor Balaguer en nombre de la provincia, subieron a los coches, y en el mismo orden, pero precedidos de la carretela descubierta, ocupada por el general Prim, Malcampo, el general Basols y el presidente de la Junta revolucionaria don Tomás Fábregas, emprendieron la marcha por el centro del paseo Nacional hacia las Casas Consistoriales, seguido de una inmensa y entusiasta muchedumbre que le aclamaba incesantemente, mientras el invicto general, de pié en el coche, contestaba conmovido al pueblo que le recibía con aquella indescriptible ovación.

Otra solemnidad tuvo lugar en esta barriada el día 21 de junio de 1871

El Ayuntamiento de esta ciudad, en Consistorio de 2 de mayo del propio año, había acordado perpetuar la memoria del bravo almirante don Casto Méndez Núñez, por sus victorias en la gloriosa campaña del Pacífico, ofreciendo colocar en la fragata *Numancia* una magnífica lámina de plata, conmemorando sus brillantes hechos de armas. Obtenida la competente autorización y hallándose aquella fragata anclada en estos muelles, más allá de la nueva linterna,

el Ayuntamiento señaló el referido día para verificar la ceremonia de la colocación.

Oportunamente, con toda ceremonia y etiqueta, salió de las Casas Consistoriales, precedido de la comitiva oficial y cerrando entre sus filas a cuatro matriculados hijos de esta barriada, veteranos de la guerra civil del Pacífico que lucían en sus pechos la medalla del glorioso combate del Callao, quienes llevaban en hombros la plancha conmemorativa, colocada sobre cuatro remos pintados de los colores nacionales y cubiertos de una gran bandera española.

La lámina medía cinco piés de largo por dos de alto, y descansaba sobre una base de ébano, cuyos bordes formaban el marco del cuadro, en el centro del cual leíase esta dedicatoria en letras de relieve:

A Méndez Núñez.

El Ayuntamiento de Barcelona

2 de mayo de 1871.

Adornos de relieve también se desarrollaban alrededor y coronas en los ángulos recordando gloriosos hechos de la guerra del Pacífico y patrióticas frases, que tanto como sus hechos harán inmortal la fama del ilustre marino.

Abtao febrero de 1866.

Callao mayo de 1866.

*Mi nación prefiere honra sin barcos
a barcos sin honra.*

*Si usted se interpone entre mis barcos y la ciudad,
mi deber es echar a usted a pique.*

Llegada al muelle la comitiva fué embarcada en ocho botes, y la lancha de vapor de la *Numancia* remolcó al pequeño convoy, marchando al son de la música Municipal que amenizaba el acto con aires nacionales.

Al pasar por frente de la escuadra, los tambores y cornetas de los buques batieron marcha.

El general de la escuadra don Jacobo Mac-Mahón vestido de gran uniforme, el brigadier comandante de la *Nu-mancia* don Manuel José Díaz de Herrera, el segundo comandante don Antonio Terri, la oficialidad del buque y toda la buena sociedad barcelonesa ocupaban el alcázar, el puente y los sitios más culminantes de la cubierta.

La tripulación presentaba las armas, la música tocaba la Marcha Real, la comitiva daba la vuelta a todo el buque como llevando en triunfo la plancha, mientras la tripulación le hacía los honores, marchando en columna de honor detrás de la comitiva.

Llegados al alcázar, frente a la puerta de la cámara del comandante se hizo alto. El secretario del Ayuntamiento leyó el acta, y se procedió a fijar la plancha a los gritos de ¡viva España! ¡viva el Rey! se izaba la bandera española en todos los toques de los buques de la escuadra, las baterías de *La Villa de Madrid* anunciaban tan fausto suceso a la ciudad con una salva de artillería, y la tripulación mandada por el segundo, señor Terri, desfiló por delante de la plancha, junto a la cual se hallaban las autoridades.

Terminada la ceremonia oficial fueron obsequiados con un *lunch* los concurrentes, se danzó sobre cubierta, correspondiendo los marinos dignamente al obsequio que les hacía la ciudad.

Las personas invitadas permanecieron en el buque, bailando unas y recorriendo otras las dependencias, quedando todas altamente complacidas de la galantería de nuestros marinos.

Las procesiones

Uno de los festejos de notoriedad, de mayor y mejor recuerdo para estos barrios, el más solemne indudablemente, el que con supremo regocijo tenía lugar todos los años, desde la fundación de este poblado hasta iniciarse su des-

venturada decadencia, fué la procesión del *Corpus Christi*, la procesión de la marina.

La primera fué la que se celebró con motivo de la traslación del Santísimo Sacramento, desde la iglesia de Santa María a la nuestra parroquial, el día 28 de septiembre de 1755, víspera de la fiesta de la Dedicación de San Miguel Arcángel, en cuyo acto fué bendecida esta nueva barriada. En los años sucesivos celebróse en la festividad del *Corpus*, y no tardó a alcanzar justificado renombre por su magnificencia y esplendor.

Concurrían el *Dragón* y la *Mulasa*, el águila y los gigantes y enanos, timbaleros y coplas de danzas, y seguían las cofradías y los gremios con sendos estandartes, ostentando cada individuo sus grandes abanicos de palma, guarnecidos de marroquín plateado. Precedían a las comunidades religiosas cuantos a bordo de los buques mercantes desempeñaban empleo superior y los industriales que directa o indirectamente de la marina vivían, vistiendo todos pantalón blanco, chaleco negro y corbata negra y marchaba en pos todo el cortejo oficial.

En los primeros días de la octava, las escuadras navales acudían a este puerto a echar sus anclas, para que con la asistencia en masa de sus oficiales luciendo sus uniformes de gran gala, confundidos con los no menos brillantes de la nobleza y de los jefes y oficialidades del ejército, Cuerpo consular y otras dignidades, resultara más espléndido el cortejo del Augusto Sacramento, que era llevado en hombros por cuatro clérigos sobre un rico tabernáculo guarnecido de guirnalda de claveles. Seis Regidores de la ciudad sostenían el palio, y cerraba la procesión el Excelentísimo señor Capitán general de este ejército y Principado, Señor de la Barceloneta, rodeado de la Junta de Obra y una numerosa escolta de infantería y caballería.

Barcelona entera acudía a presenciar esta solemnidad en la tarde del lunes de la octava, y la Puerta de Mar no cesaba de vomitar gente en cuyo semblante se daguerreo-

tipaba la satisfacción. En la Riba y demás calles de la carrera que adornadas de profusión de banderas ofrecían un pintoresco y característico golpe de vista, el gentío era inmenso; un oleaje de multitudes enardecidas de entusiasmo se agitaba por las bocacalles; las casas aparecían remozadas y sus habitantes ostentaban su desahogo, poniendo sus viviendas como canastillos de flores.

Al pasar la Custodia por la Riba el espectáculo era grandioso e imponente, porque tanto los buques de guerra como los mercantes surtos en el puerto saludaban sin cesar a Jesús Sacramentado con salvas de artillería y fusilería.

Después del regreso de la procesión al templo, tenía lugar la segunda parte de la fiesta; en las casas particulares se obsequiaba a los huéspedes, en los casinos y en los entoldados se bailaba hasta la madrugada, y disparábanse a veces vistosos ramilletes de fuegos artificiales.

El año 1855 se instituyó la fiesta de la Barceloneta para el día de la Dedicación de San Miguel Arcángel, y los grandes bailes y entoldados reserváronse para solemnizar esta festividad.

Hace algunos años que se ha reanudado la costumbre de hacer las procesiones en la infra-octava del *Corpus*; en la presente época, merced al celo de nuestro Rdo. Ecónomo Dr. don Onofre Biada, al interés de los señores Tenientes de Alcalde de esta localidad y a la cooperación de otras ilustres personalidades, vuelven a ser concurridas y brillantes, aunque distan mucho de ser lo que fueron en los pasados tiempos, porque no existen ya los elementos que las elevaron a merecido renombre, cuya fama se mantiene viva y perdurable en la memoria de los que tuvieron ocasión de presenciarlas.

Traída de las aguas de la empresa de F. L. Grapín y Compañía

El día 15 de febrero de 1872 tuvo lugar en estos barrios la solemne inauguración de las aguas potables que la

empresa F. L. Grapín y Compañía tenían alumbradas en su propiedad del Ensanche, próxima a los *Caputchins vells*, llamada fuente de la salud o pozo de Santa Eulalia, y que, por ser tan abundante el agua subterránea que por allí discurría, denominábale el vulgo, a principios del siglo pasado, en tiempo de la guerra de la independencia, *lo riu de sota*.

Las obras necesarias para el alumbramiento de las cuatrocientas cincuenta plumas de agua que había en dicho manantial, su elevación por medio de una poderosa máquina de vapor, y su conducción en tuberías de la empresa por el paseo de San Juan, calle frente de la Aduana, plaza de Palacio y calle Nacional, fueron proyectadas y ejecutadas bajo la entendida dirección del ingeniero don Conrado Rouviere.

Para dicho acto se habilitó en la plaza de San Miguel un tosco y sumamente sencillo surtidor rodeado de mastiles con gallardetes o flámulas de los colores nacionales, el cual, en el acto de aparecer en la plaza el Rdo. Cura Ecnómico, precedido de la Cruz procesional y clero para proceder a la bendición solemne en presencia de la comitiva oficial, compuesta de la dirección y socios de la empresa, de los señores concejales elegidos por esta demarcación, de la Junta directiva y una comisión de socios del Casino Artesano, hoy Marqués de la Mina, de los representantes de la prensa local y de un numeroso público, hizo saltar sus aguas por cinco caños distintos. Cuatro de éstos estaban colocados en el borde del surtidor y arrojaban agua a la pila sin elevarse, aunque con gran fuerza, y el quinto arrancando del centro se elevaba a la altura de unos diez metros aproximadamente, amenizando la ceremonia una bien dirigida orquesta, que tocó escogidas piezas.

Siendo en estos barrios extremada la escasez de tan indispensable elemento, puesto que en los veranos, la mayor parte del tiempo se carecía hasta de la cantidad precisa para llenar las más apremiantes necesidades de la vida,

no hay que decir la general satisfacción que experimentó el vecindario a la realización de tan importante mejora.

Terminado el acto inaugural, los convidados pasaron al espacioso salón del Casino Artesano, puesto por su Junta de gobierno a la disposición de la empresa de las aguas, en cuyos salones se les sirvió un succulento almuerzo, con el reconocido esmero con que sabía hacerlo la acreditada casa Justín.

Altamente satisfactorio fué este acontecimiento para la Barceloneta, que al enterarse de la importancia de las obras verificadas y de la bondad y mejores condiciones higiénicas de las aguas traídas, reconoció y elogió los resultados, y en la noche de aquel día, en los propios salones del Casino Artesano, elegantemente adornados y tapizados, tuvo lugar un lucido baile, al que concurrieron las familias más distinguidas de la población, sellando así la fiesta con que se celebró la traída de las aguas potables de la sociedad F. L. Grapín y Compañía.

En la celebración de las ferias y fiestas populares de Nuestra Señora de las Mercedes, establecidas por nuestro Ayuntamiento en 1871, y cuyas manifestaciones más grandiosas tuvieron lugar en el referido año de su fundación, en el de 1872 y en 1877, concurrió la Barceloneta al regocijo público con sus diversiones típicas, sus regatas, ejercicios de natación, cucañas marítimas, etc.; como séquito de solemnes funciones en la Iglesia, corridas de toros, alboradas, entoldados, fuegos de artificio y mongolfieres y otras fiestas populares de notoriedad manifiesta. Recordamos que en la noche del día 1.º de octubre de 1892, el puerto presentaba el aspecto más animado y fantástico que pueda imaginarse; los buques estaban iluminados; en algunos las luces seguían las líneas arquitectónicas del casco, de arboladura y velamen; millares de botes y algunos vaporcitos

con farolillos de colores surcaban las aguas; estos con músicas a bordo, conduciendo familias distinguidas y a las autoridades; un buen número de barcazas se habían convertido en jardines flotantes, llenos de raudales de luz; en los espigones del Este y del Oeste llamaban la atención largas hileras de flameros de brea, y desde los extremos de los muelles a la boca del puerto disparábanse a intervalos ramilletes de fuegos y bombas de iluminación.

La Barceloneta tomó parte activa en la Exposición Regional de 1871 y concurrió al Gran Certamen Universal de 1888, conquistando nuevas ejecutorias de su pericia e inteligencia en sus industrias navales y distinguiéndose en todas las solemnidades, mereciendo especial mención por su programa en las ferias y fiestas que se celebraron conmemorando el Cuarto Centenario del descubrimiento de América.

Otros hechos notables

En 9 de mayo de 1843, la Junta de Comercio cede a la parroquia de San Miguel del Puerto las dos pilas grandes de mármol para agua bendita, procedentes de la iglesia de Santa Catalina de PP. Dominicos de esta ciudad, las cuales fueron halladas entre los escombros de la derruida iglesia de San Sebastián.

En 23 de mayo de 1849, tiene lugar en este puerto, en los buques de guerra *Vulcano*, *Isabel II*, *Blasco de Garay*, *Villa de Bilbao* y *Lepanto*, el embarque de la división que al

mando del general Córdoba pasó a Roma a defender la integridad de los Estados pontificios regidos por el Papa Pío IX.

Los vecinos de la Barceloneta, rindiendo tributo de patriótico aprecio a la memoria de los valientes soldados y voluntarios que sacrificaron sus vidas por el honor de nuestra bandera en los campos africanos, dando nuevo esplendor y mayor fama a nuestras armas, dedicaron a su eterno descanso unas pomposas exequias que, en la mañana del 14 de febrero de 1860, se celebraron en la Iglesia parroquial de San Miguel del Mar.

En el año 1860, se estableció por una sociedad anónima, titulada *La Central Barcelonesa*, un servicio de ómnibus entre este barrio y la ciudad, que tenía su paradero en la plazoleta existente en la entrada del muelle nuevo.

Dos sucesos notables para la barriada acaecieron en 1863. Terminó en 15 de enero la prolongación del templo parroquial, cuyo ensanche había dado principio el día 29 de septiembre de 1860, y fué colocada en su torre una campana bendecida el 8 de julio, regalo del industrial don Francisco Lacambra, labrada en sus talleres. Tiene esta campana la siguiente inscripción: *Francisco Lacambra me hizo y regaló a la parroquia de San Miguel del Puerto cuando se concluyeron las obras de ensanche en 15 de enero de 1863, siendo cura párroco don Francisco Bruguera. Pusieronme por nombre Margarita.*

En 13 de marzo de 1867, quedaron colocados en la Capilla Sacramental del Templo dos cuadros de extraordinario mérito, debidos al pincel de *Lorenzale*.

Día 16 de diciembre de 1870, suntuosas honras fúnebres para el eterno descanso del alma del M. I. Monseñor don Francisco de Asis Bruguera y Lladó, Pbro. Protonotario Apostólico, Benemérito de la Santa Sede y primer cura párroco de San Miguel del Puerto. Celebró el oficio el decano de los párrocos de Barcelona, el Rdo. don Julián Maresma, Pbro., Rector de San Jaime.

Asistieron todos los párrocos y muchos eclesiásticos de Barcelona, así como personas muy distinguidas de la misma; se cantó la misa a grandes voces, que el maestro de la Capilla, Calvo Puig, algunos años atrás había compuesto para los funerales del Excmo. e Ilmo. señor don José Domingo Costa y Borrás, obispo de Barcelona y arzobispo que fué de Tarragona.

Al día siguiente, solemne funeral en sufragio de las almas de los venerables Muro, párroco de la Merced, sucesor de Bruguera, Torner y Girbau, vicarios de San Miguel, y de los sacerdotes auxiliares Faura Llac y Baró, que con el mayor celo y desinterés durante la fiebre amarilla que se cebó en este barrio en 1870, prestaron inapreciables servicios, hasta el punto de sacrificar su propia existencia, así como por las almas de don Magín Figuerola y don Joaquín Martí, obreros que eran de esta parroquial iglesia e individuos de la Junta de auxilios fallecidos igualmente en la misma epidemia, víctimas de su afán en llevar consuelos y limosnas a los domicilios de los menesterosos atacados de tan cruel enfermedad.

En 27 de noviembre de 1871, en conmemoración del aniversario de haberse cantado el *Te Deum* por la desaparición de la fiebre amarilla, se constituyó una comisión particular, compuesta de don Juan Surroca, don Antonio Coll, don Cayetano Depares, don Narciso Triter, don Juan Nadal, don Francisco Bonjoch y don Avelino Guitert, que por cuestación pública dispuso la celebración de unas solemnes honras fúnebres para el eterno descanso de las almas de los que fallecieron en la Barceloneta y fuera de ella, procedentes del mismo barrio, durante aquella terrible calamidad.

Estos funerales fueron solemnísimos, el templo estaba lleno de fieles. La oración fúnebre corrió a cargo del Reverendo don José Ildefonso Gatell, que con la eficacia persuasiva de su panología elegante, con las relevantes dotes de su oratoria elocuente, ya haciendo la apología de las víctimas, ya imponiendo silencio a la falsa filosofía iluminando los espíritus con la antorcha de la verdad, conmovió profundamente al auditorio, que lleno del más piadoso fervor, aplaudía desde el fondo de su alma la espontaneidad de las bellísimas concepciones de tan notable panegírico.

A 482 pesetas ascendió el importe de estas postreras honras, que se costearon con el producto de una suscripción pública, habiéndose distribuido en limosnas a los pobres vergonzantes un sobrante de 432 pesetas.

En 8 de abril de 1872, se constituye en este puerto una tripulación para salvamento de náufragos, que adiestróse inmediatamente en el gobierno del bote-salva-vidas.

En 27 de junio de 1872 tiene lugar la inauguración de la sección del tranvía de la Barceloneta desde el Llano de

la Boquería hasta el Astillero. Fué autorizada a fines de 1864 y después de vicisitudes varias, otorgóse en 1868 a D. Eduardo Viada Vilaseca y D. Alejo Soujol la concesión del trayecto, desde Atarazanas hasta el punto llamado *Casa del Malone* (Gracia), concesión que más tarde pasó a favor de D. Alejo Soujol, ampliada con la prolongación por una parte hasta el Astillero, y de la otra hasta la iglesia de San José de la villa de Gracia.

En 30 de junio de 1874 se cometió un crimen por un trabajador de la Maquinista Terrestre y Marítima. El autor, después de afilar una enorme lima, convirtiéndola en arma mortífera, se dirigió al sitio donde se hallaba el contraamaestre Sr. Genescá y le asestó dos puñaladas, una en la mandíbula que le hizo saltar varias muelas, y otra en el vientre que le atravesó el abdomen. El agresor fuese enseguida contra otra de las personas que había en el establecimiento, y en el patio le disparó un tiro con una pistola de dos cañones; no habiéndole alcanzado el proyectil se arrojó sobre él y le dió una cuchillada en la espalda. Al ruido acudieron varios trabajadores, y entonces el agresor trató de suicidarse disparándose el otro tiro que quedaba en la pistola; más no habiendo podido conseguir su intento, armado de la lima se abrió paso entre los que trataban de detenerle, saltando por la puerta del varadero a la playa sin que se consiguiese su detención.

El Sr. Genescá falleció de resultas de las heridas, y su entierro fué una manifestación general de protesta contra tan abominable crimen.

En 30 de octubre de 1879, a las doce del día ocurrió un hundimiento en un edificio en construcción, situado en

las inmediaciones de la puerta de D. Carlos, resultando heridos de bastante gravedad once operarios que en las obras estaban ocupados.

Vapores-ómnibus

Establecido este servicio en 1884 para facilitar las comunicaciones entre uno y otro lado del puerto, viene llevando una de las exigencias hasta aquella fecha desatendidas de la vida comercial que caracteriza a Barcelona, al propio tiempo que se convierte, durante la época de verano, en un elemento de recreo de que disponen sus habitantes.

Emplazados sus atracaderos en el muelle de la Barceloneta, en el muelle nuevo y en la Dársena de las Colonias, escalera de la Paz, los vapores-ómnibus acortan el espacio entre la ciudad y esta barriada, facilitando la concurrencia a los establecimientos balnearios.

En 1886, otra compañía estableció igual servicio, dando el nombre de Golondrinas a sus vaporcitos, pero entendiendo ambas compañías que una competencia había de serles ruinosa, determinaron fusionarse.

En 6 de octubre de 1886. Un fenómeno inusitado se observa este día en el puerto, consistente en que las aguas de la dársena interior se precipitaron con impetuosa corriente hacia el Sur, y siguieron después una dirección contraria con igual fuerza.

22 de noviembre de 1858 se concedió autorización al objeto de practicar los estudios necesarios para el establecimiento, en el Puerto, de dos diques de carena.

Fué construído en los talleres de *Alexander Hermanos* un buque a vapor denominado *Unión*, con destino al canal de la Albufera de Valencia.

En el citado día 22 de noviembre se hizo la prueba y la recepción.

6 de diciembre de 1858. La Junta de Beneficencia de la Iglesia parroquial de San Miguel establece las escuelas dominicales.

21 de marzo de 1859. Naufragó en el Puerto el laúd *Carmen* de la matrícula de Sollér, a consecuencia de un fuerte temporal, salvándose la tripulación.

10 de abril de 1859. Otro temporal hace zozobrar en el Puerto la fragata *Maria* de la matrícula de Palma, que se consiguió ponerla a flote el 19 del propio mes.

12 de junio de 1859. Se verifica con satisfactorios resultados la prueba de respiración dentro del *Ictineo*, barcopez, invención de D. Narciso Monturiol.

17 de agosto de 1859. Fallecimiento, en la calle de Santa Eulalia, núm. 28, de Antonia Plá Casals, a la edad de ciento cinco años, que conservaba todos sus sentidos y facultades físicas. Enebrando agujas de las más finas y hacien-

do puntas en almohadilla causaba la admiración de cuantos podían presenciar su labor.

21 de agosto de 1859. Pérdida del falucho *San Antonio*, por choque contra la escollera del muelle.

27 de agosto de 1859. Llega la Draga titulada *Barcelona*, para el tren de limpia del puerto.

24 de septiembre de 1859. Se verifica, en presencia de un inmenso gentío, un ensayo de inmersión del buque submarino *Ictíneo Monturiol*.

15 de enero de 1860. Tiene lugar la prueba del hermoso vapor *Cataluña*, construído en los talleres de los señores Alexander hermanos.

8 de mayo. Se probó con feliz éxito la nueva máquina del vapor *Catalán*, construída por un sistema perfeccionado en los talleres de los señores Alexander hermanos.

18 de julio. Nuevas pruebas del *Ictíneo* que fueron repetidas en 29 de septiembre en presencia del señor Presidente del Consejo de Ministros y de varios generales, ins-

pirando lisonjera confianza acerca de la utilidad de tan notable invento.

En noviembre de 1861 se llevó a efecto por orden de la autoridad militar, el derribo de algunos pisos terceros levantados en algunas casas de esta barriada.

1.º de julio de 1862. Fué bendecido y botado al agua el bergantín *Alfredo o Nuevo Currutaco*, construido en el pequeño Astillero de la batería, bajo la entendida dirección de don José Font Xivens.

29 de septiembre de 1862. Reventaron en el puerto las calderas del pequeño vapor *Montjuich*, ocasionando con el destrozo del buque, la muerte de cuatro tripulantes, dejando gravemente heridas a otras tantas personas.

24 de noviembre de 1862. Ocurre en el puerto un desastroso temporal que ocasiona el naufragio de varios buques y diferentes averías en otros, con pérdida de algunos marineros.

1.º de abril de 1863. Es bautizado y botado al agua el bergantín *Ricardo*, construido por el señor Fonts.

15 de noviembre de 1867. El uso de unas harinas con mezcla de arsénico, recogidas en un buque y empleadas en la confección de buñuelos, envenena a doce o más personas, de las cuales murieron cuatro.

19 del propio mes. Angel Grados, vecino de esta barriada, obtuvo de la Sociedad Económica de Amigos del País, el premio de 2.000 reales ofrecidos por la Diputación, para alentar en las clases obreras los hábitos de honradez y economía.

Julio de 1869. Del Astillero de la batería botose al agua con toda felicidad la fragata *India*, obra del hábil constructor don José Fonts. Era propiedad de don Joaquín Gurri y fué el último buque de gran porte construido en nuestros astilleros.

3 de octubre de 1869. Fué botado al agua con toda felicidad un vapor remolcador construido en los talleres de la Maquinista Terrestre y Marítima.

6 de diciembre de 1869. Fuerte temporal en estas playas que causó perjuicios considerables en el varadero de los talleres de la Maquinista Terrestre y Marítima, y en los gasómetros de la Catalana, de cuyos resultados a eso de las siete de la noche se extinguieron las luces de las calles de Escudillers, Nueva de San Francisco y otras inmediatas.

En 27 de noviembre de 1871, en conmemoración al aniversario de haberse cantado el Te-Deum de la fiebre amarilla, el Ayuntamiento mandó celebrar en San Miguel del Puerto un funeral en sufragio de los vecinos de la Barceloneta fallecidos durante el tifus icterodes.

En 14 de enero de 1872, la Sociedad Económica de Amigos del País, adjudica el premio de 500 pesetas establecido por doña Rosa Arañó, para premiar acciones virtuosas a María Navas, viuda de José Sarriera, de la Barceloneta, que desde la edad de doce años había procurado el sustento con el trabajo de tejedora a su anciana madre y más tarde a siete hijos que todos sabían leer y escribir y los preceptos morales y religiosos.

11 de Febrero de 1872. En la calle de la Concepción número 13, local cedido por don Primo Bosch y Labrús, abre sus clases la escuela católica de beneficencia de San Miguel del Puerto.

13 de octubre de 1872. La M. Iltre. Junta de Damas inauguró una escuela para niñas pobres en el callejón de la calle de la Alegría, junto al Vulcano.

8 de septiembre de 1875. Don Tomás Ribalta, dueño del gran establecimiento de baños de la mar vieja, titulado La Deliciosa, organizó una fiesta marítima, destinando su producto a beneficio de las víctimas del vapor Exprés,

presidiéndola el señor Comandante de Marina; hubo regatas y otras diversiones que llamaron con justicia la atención y dejaron altamente complacida a la concurrencia.

1.º de octubre de 1875. Se inauguró otra escuela católica vespertina para adultos, a cargo de la parroquia de San Miguel del Puerto.

El 28 de junio de 1876 se inauguró y bendijo solemnemente el Señor Obispo el Nuevo Mercado del Borne, con asistencia de todas las autoridades y numerosa concurrencia. El emplazamiento de esta obra notable realizada en los talleres de la Maquinista Terrestre y Marítima, débese en su estudio, dirección general y distribución, al maestro de obras don José Fontseré y Mestres, y la dirección de las obras de la parte de hierro al ingeniero industrial de la Maquinista Terrestre y Marítima don José María Cornet y Más. Se dió principio a la construcción el 13 de julio de 1874 y quedó terminada en 15 de noviembre de 1875.

En 13 de enero de 1878 un temporal destruyó un depósito de maderas, la piscina de los «Baños Orientales», y derribó una casa situada a la orilla del mar, sin causar ninguna desgracia personal.

En 16 de febrero de 1879 se adjudicó a la Maquinista Terrestre y Marítima por la cantidad de 850,493 pesetas 37 céntimos la construcción de la plaza Mercado de San Antonio.

21 de diciembre de 1881. Ocurrió en nuestro puerto un fuerte choque entre los vapores «Lulio» y «Niña», habiendo embarrancado este último, efecto de un viento huracanado que causó grandes averías en otros buques, en edificios y otras diversas construcciones.

29 de enero de 1882. Se consiguió poner a flote el vapor «Niña».

2 de febrero de 1882. Diluvió este día de tal manera, que sufrieron por ello grandes perjuicios varias casas de los extremos de nuestras calles, de modo que hubo precisión de desocupar algunas para evitar desgracias personales.

15 de mayo de 1882. Chocaron en nuestro puerto el vapor Castilla y la fragata Sagunto y ambos buques sufrieron desperfectos de consideración.

13 de junio de 1882. Durante este día se presentó en nuestras aguas tal abundancia de tiburones que entorpecieron la pesca, llevándose o desgarrando las redes a algunos pescadores poniéndolos en peligro.

3 de julio de 1882. Se inauguró en la playa de la mar vieja un establecimiento de baños denominado «Pompeya».

4 de mayo de 1884. Por causa de la niebla embarrancó en la playa de la mar vieja el vapor correo de Filipinas «Magallanes».

2 de junio de 1884. Reinó en esta capital un viento huracanado que causó muchos perjuicios en el arbolado, en los edificios y en las embarcaciones del puerto, habiéndose perdido una barca pescadora con cuatro tripulantes.

22 de junio de 1885. En la playa de la mar vieja se hicieron las pruebas de un nuevo aparato llamado «Mar-Motor Barrufet» destinado a aprovechar como fuerza motriz el agua del mar.

Día 24 de junio de 1887. Fué bendecido solemnemente el nuevo edificio construído en los huertos de Ginebra inmediatos a la Plaza de Toros con destino a salas de Asilo.

Día 13 de diciembre de 1887. El Ayuntamiento acuerda adquirir el fuerte de don Carlos y terrenos anejos por el precio de 500,000 pesetas pagaderas en veinticinco plazos.

20 de mayo de 1888. No se olvidará jamás el grandioso espectáculo que presentaba nuestro puerto a últimos de

la segunda quincena de este mes. Con motivo de la apertura de la Exposición Universal las armadas de todas las naciones, formando un conjunto de ochenta a cien buques, desplegadas sus señeras, empavesados de flámulas y gallardetes, erizados de monstruosos cañones, llevando a bordo cerca de 50,000 tripulantes, llenaron el puerto, el antepuerto y la rada, y los mayores colosos solemnizaron con salvas de artillería la gallarda manifestación de la paz y la grandeza del trabajo.

16 de marzo de 1891. Se hicieron las pruebas oficiales de la lancha cañonera *Cuervo*, construída en el Arsenal Civil.

1.º de abril de 1891. Se declaró un incendio en el vapor inglés *Waut Cuynant*, atracado al muelle de la muralla.

25 de octubre de 1891. Se desencadenó un fuertísimo temporal que fué causa de averías en varios buques anclados en el puerto.

18 de junio de 1892. Se verificaron en la playa de la mar vieja regatas internacionales y a vela, organizadas por el Real Yatch Club.

1.º de septiembre de 1892. Se botaron al agua las carabelas *Pinta* y *Niña*, encomendadas por el Gobierno de los Estados Unidos al constructor de esta barriada don Miguel Cardona, con motivo del Centenario del descubrimiento de América.

11 de marzo de 1895. El capitán del vapor inglés *Myfidd* proporciona a la autoridad de marina datos sobre el crucero de guerra *Reina Regente*.

26 de marzo. Se declaró un incendio a bordo del vapor *Cabo Quejo*, anclado en la primera andanada del Puerto.

14 de abril. Se dió una corrida de toros en nuestra plaza. El segundo bicho saltó al tendido y fué muerto allí por un guardia civil.

6 de noviembre de 1896. Se estrella contra las rocas del talud exterior del muelle de Barcelona, impelida por un viento huracanado del S., la corbeta *Stefano*, que recalaba del SE. procedente de San Antioco y Génova, consignada a los señores Canadell y Villavechia.

División de barrios antiguos y modernos

El Rey D. Carlos III, por Real Cédula dada en San Ildefonso a 13 de agosto de 1766 mandó dividir en cinco

cuarteles, y cada uno de éstos en ocho barrios, así esta capital como todas las de provincias donde hubiera Cancillerías y Audiencias. Cada cuartel se puso para su gobierno interior a cargo de un Alcalde del crimen de aquel tribunal, y cada barrio al de un Alcalde de barrio, dictándose instrucciones para esta institución con otra Real Cédula de la propia fecha, mandada observar por Real acuerdo del Principado en auto de 11 de septiembre del mismo año.

Cumplimentadas desde luego estas soberanas disposiciones, la Barceloneta quedó constituida en *dos barrios denominados 7.º y 8.º* del cuartel 1.º de esta ciudad, y este orden, subsistente durante ochenta y un años vino a desvanecer la costumbre de llamar a este arrabal *Barrio de la playa* con que había sido conocido desde su construcción.

He aquí sus demarcaciones:

Barrio 7.º

Tomaba como punto de partida la playa, adelantando hacia la calle del Cementerio, (ahora Alegría), seguía siempre la acera derecha de la del Baluarte y Santa Bárbara, Mayor, boquete de la plaza de San Miguel, calle Real, (ahora Nacional), paseo del Cementerio, doblaba hacia la playa envolviendo el fuerte de don Carlos en la línea del punto de partida.

Además de las calles intermedias contenía este barrio los Andenes, Muelle Nuevo, Oficinas de la Sanidad, Plaza de Toros, Gasómetros, Horno del vidrio, Huertos de Ginebra, Cementerio general y sus paseos hasta el borde exterior de sus cunetas laterales.

Barrio 8.º

Su divisoria, partiendo de la calle de la Proclamación esquina con la playa, seguía siempre por la izquierda las calles del Cementerio, (Alegría), Baluarte, Santa Bárbara, Mayor, boquete de ingreso a la Plaza de San Miguel, calle

Real, (Nacional), hasta su extremo Sud donde dobla por la playa a buscar el punto de partida.

En 1847, el Ayuntamiento, por razón de la estadística y para poner en consonancia las agrupaciones administrativas con la judicial y política, llevó a cabo una nueva división del casco y extra-muros, repartiendo su topografía urbana en cuatro distritos de diez barrios.

Los dos que se contaban en la Barceloneta, o sean el 7.º y el 8.º, fueron enumerados 1.º y 2.º con alguna alteración entre sí, y pasaron a engrosar el Distrito 1.º, sobre el número de los que ya tenía señalados y establecidos.

Su división era esta:

Barrio 1.º

Punto de partida: esquina de la calle de la Tormenta, con la de San Carlos, acera derecha, Muelle, Oficinas de Sanidad y Almacenes del Andén, calle Nacional desde la de San Carlos hacia la Puerta de mar siguiendo al Paseo del Cementerio, doblaba el Fuerte de don Carlos y retrocedía por la playa en dirección al sitio de partida.

Barrio 2.º

Su divisoria seguía por la acera derecha de la calle de la Tormenta hacia la mar vieja, Muelle Nuevo, calle Nacional y de San Carlos en busca del punto de partida, siempre a la derecha.

La confusión natural que introducía en la administración la duplicidad de un orden numérico en los barrios de un mismo Distrito, motivó que el Alcalde Corregidor don Ramón Figueras, dispusiese en 18 de febrero de 1857 que estos barrios 1.º y 2.º fueran en lo sucesivo denominados 11.º y 12.º del Distrito 1.º hasta que por la ley provisional puesta en vigor en octubre de 1868, se prodigó un cambio general en este régimen dividiéndose los cuatro distritos municipales en diez cuarteles. Correspondió a la Barcelo-

neta, sin alteración de lindes, formar el 9.º, aun que posteriormente fueron agregados a su territorio con la clasificación de barrios 13.º y 14.º, las construcciones que después del derribo de la Ciudadela se levantaron sobre los solares de sus glaciés de Levante.

Finalmente, en 30 de agosto de 1878 el Ayuntamiento aprobó, y declaró ejecutiva en treinta y uno de octubre del mismo año, la nueva división del término municipal vigente en la actualidad, llamándose por su virtud este recinto urbano Distrito de la Barceloneta, subdividido en cinco barrios demarcados y denominados de la siguiente manera:

Barrio 1.º — De San Miguel

Comprende, partiendo siempre a la derecha, desde la Plaza de Palacio, el Paseo de don Carlos, doblando por la prolongación del eje y calle de San Antonio hasta la de San Carlos, derecha de ésta hasta el Puerto y sigue por el andén bajo hasta la Plaza de Palacio, punto de partida.

Barrio 2.º — Del Gasómetro

Comprende, partiendo siempre a la derecha, desde la prolongación del eje de la calle de San Antonio, el Paseo de don Carlos y del Cementerio, el Cementerio, sigue por el Baluarte de don Carlos y por la orilla del mar hasta la calle de San Carlos, derecha de ésta, doblando por la de San Antonio, y sigue hasta el Paseo de don Carlos, punto de partida.

Barrio 3.º — De San Juan

Comprende, partiendo siempre a la derecha, entrando por la calle Nacional, la de San Carlos, doblando por la orilla del mar y por la calle de San Juan, sigue hasta el Puerto, coge la sección del Andén comprendido entre la calle de San Juan y San Carlos y enfila con esta calle, punto de partida.

Barrio 4.º — De la Concordia

Comprende, partiendo siempre a la derecha, entrando por la calle Nacional, la de San Juan doblando por la orilla del mar, y por la calle de la Concordia, sigue hasta el Puerto comprendiendo la sección del Andén entre la calle de la Concordia y San Juan, enfilando con esta calle, punto de partida.

Barrio 5.º — Del Varadero

Comprende, partiendo siempre a la derecha, desde la calle Nacional, la calle de la Concordia, sigue por la orilla del mar y por el paseo del Astillero, entra en el Muelle nuevo, coge el dique del Este, y por el Muelle nuevo y la Capitanía del Puerto, enfila con la calle de la Concordia, punto de partida,

Cuerpo Municipal de asistencia médica y Policía Sanitaria

Una barriada populosa, llave hasta hace poco de un concurrido Puerto, frecuentada por marinerías y gentes aventureras de todas las partes del Universo, agitada por el tráfico penoso de la carga y descarga, y un movimiento incesante de vehículos de todas clases, con establecimientos de comercio e industriales, ofrecía a cada instante grandes peligros en las vías, en las fábricas, en los muelles y en las casas públicas; y las desgracias inevitables causadas a consecuencia de estos azares, carecían, ordinariamente, del oportuno auxilio por no contar este Distrito con personal facultativo retribuido. En el mes de mayo de 1879, la municipalidad, tomando en cuenta el público clamoreo, subsanó este indisculpable descuido, encomendando este servicio al médico de esta barriada Doctor don Joaquín de Pozo, que debía acechar a todas horas la aparición de estas

contingencias y prestarles la asistencia de sus conocimientos quirúrgicos, y ya en lo sucesivo dedicó el Ayuntamiento un preferente interés a cuantas cuestiones se relacionaban más o menos directamente, con la asistencia médica. En 20 de enero de 1885, constituyó el Cuerpo Médico municipal y fué dotado este distrito de dos profesores, cuyos servicios, empero, estaban limitados a una guardia que prestaban desde las once de la mañana a la una de la tarde, y otra desde las seis a las siete de la tarde.

Después de algunos años de ensayos, la experiencia enseñó que la naturaleza de los servicios correspondientes a esta institución es tal, que de no verificarse de un modo constante de noche y de día, el sacrificio para su sostén resultaba ineficaz y el crédito de la misma ilusorio, y en su consecuencia organizó el Ayuntamiento un personal completo, quedando adscritos a este Dispensario, siete Médicos que prestan dos horas de guardia cada uno y turnan en la permanencia nocturna, con obligación de destinar por lo menos una hora diaria a la visita de enfermos pobres, y auxiliar y curar, según exija su estado, a los heridos o víctimas de cualquier accidente que les sean conducidos.

Igualmente corre a su cargo la visita domiciliaria gratuita, que puede obtenerse entregando a la Alcaldía un volante de pobreza firmado por el respectivo Alcalde de barrio, así como la vacunación y revacunación de cuantos se presenten a solicitarla.

Tocante a la policía sanitaria, desde el momento que la Alcaldía tiene noticia de que en una habitación existe un individuo sufriendo de enfermedad infectiva, se dispone la desinfección de la misma y los vecinos que se hallen en este caso y deseen utilizar los coches y demás material sanitario, propio del Ayuntamiento, o los servicios de la brigada de desinfección, podrán solicitarlo de la Alcaldía que comunicará al efecto las órdenes convenientes y facilitará gratis las sustancias desinfectantes si se tratase de familias pobres, sin exigir más requisitos previos que la presenta-

ción de documento suscrito por el facultativo de asistencia.

Dotación de aguas

Hasta el año 1829 el vecindario solo podía surtirse de tan indispensable elemento acudiendo a *Un pilón con dos grifos* que existía al lado acá de la puerta de mar; pero en el citado año construyose una fuente también de dos grifos en la calle de Pescadores, número 53, y en el siguiente año de 1830 otra en la calle del Baluarte, número 32.

La fuente de San Telmo, de bajo la Riba, solo podía ser utilizada para la provisión de las embarcaciones, y de consiguiente ningún alivio prestaba a las necesidades de la vecindad, que durante una larga época hubo de conformarse con las dos expresadas anteriormente por haber sido derribado en 1839 el pilón de la puerta del mar a causa del ensanche del camino del Cementerio.

En 1844, el Capitular don Buenaventura Vivas, obtuvo autorización del Municipio para fijar *Un caño* al pié del repartidor existente en la calle de Ginebra, y construir *Una fuente* en el centro de la Plaza de subsistencias. Esta, que tuvo la figura de un obelisco de reducidas proporciones y recibió del vulgo el apodo de *la font del panillo*, fué derribada en 1863 habiéndose conocido el caño del repartidor por *font de la betsegada*, porque manaba a borbotones, debido quizás a una corriente de aire que penetraba en sus cañerías.

Tienen su antigüedad en el año 1863 las de las calles de la Concepción, número 1; Santa Eulalia, número 20; Tormenta, número 24 (derribada en 1889) y la de la Plazoleta del Muelle Nuevo.

De 1872 datan las de la calle Nacional, número 62 y número 25 (ésta sustituida en 1892), y al interés del señor Brugada se debe la existencia, desde 1889, de una de las llamadas de jarrón con dos grifos, en la plazuela que pre-

cede a las calles de Barceló, Lepanto y Berenguer Mayol, al extremo de la de San Carlos.

Las gestiones practicadas por el entonces concejal don José Antonio Laporte, y la iniciativa propia del alcalde, Excmo. Sr. don Manuel Porcar y Tió, asimismo representante de esta barriada en el Municipio, dieron por resultado, en 1892, el emplazamiento de dos fuentes monumentales de cuatro grifos, con candelabros de remate, una de ellas en el cruce de las calles de Balboa y Pizarro, otra frente del solar número 24 de la calle Nacional, y una tercera de jarrón y dos caños continuos, frente al solar número 1 de la propia calle Nacional, cegándose en aquella ocasión la de la *betsegada*, por estar muy inmediata a la anterior.

Finalmente, a consecuencia de una disposición sanitaria, dictada con mejor buena fé que acierto, en agosto de 1893, de la que resultaron inutilizadas las aguas de un gran número de pozos, por una diluición de cierta cantidad de alquitrán de hulla, que deliberadamente mandó echar una comisión higiénica, el alcalde don Manuel Henrich decretó el aumento del número de fuentes de la Barceloneta con otras seis que fueron instaladas en el propio año, en los puntos siguientes:

Calle de Santa Clara, junto a la casa núm.	12
» » San Severo, » » » » »	2
» » Miguel Boera, » » » » »	1
» » San Rafael, » » » » »	40
» » San Olegario, » » » » »	63
» del Baluarte, » » » » »	120

En resumen: la Barceloneta cuenta 16 fuentes públicas con 26 grifos.

Según datos que hemos podido obtener el caudal de aguas potables que penetra en nuestra barriada, propias del Ayuntamiento y de Compañías particulares asciende a la cantidad de mil trescientos metros cúbicos diarios, que a poder ser repartidos equitativamente entre sus 17,056 habitantes de hecho, corresponderían a 76 litros por indivi-

duo. Esta cantidad es insuficiente para atender las necesidades del vecindario, y no alcanza siquiera a la mitad de la que reclaman los modernos higienistas para lograr el saneamiento de las poblaciones.

Higiene

Se observan en la Barceloneta una multitud de transgresiones higiénicas que constituyen un estado normal, y son un cuadro completo de causas perniciosas y otros tantos pábulos para el desarrollo de toda clase de enfermedades infectivas y epidémicas, que es necesario vigilar y combatir incesantemente.

Por ejemplo: En muchas habitaciones reducidas donde se albergan mayor número de seres humanos de los que permite su capacidad, no tienen sus moradores todo el aseo requerido para que el aire no esté maleado; en otras se hace imposible la vida física y moral, por la combustión de materias destinadas a la calefacción y al alumbrado, y la cria de aves y otros animales de corral y domésticos; y pozos existen que son campo vastísimo y abonado para propagar diversas enfermedades.

Sus calles no están tan limpias como sería de desear; en ellas a falta de barrido y riego se observan a todas horas montones de escombros y desechos de sustancias orgánicas; y numerosas letrinas envían a la atmósfera respirable nauseabundas emanaciones.

La facilidad con que los lavaderos públicos pueden transformarse en focos de infección determina la imperiosa necesidad de que en ellos se ejerza una constante vigilancia. El artículo 204 de las Ordenanzas Municipales dispone que en todo establecimiento de lavaderos se construirá uno con destino exclusivo al lavado de las ropas de enfermos de males contagiosos, separado convenientemente de los demás, grabándose en él una inscripción que manifieste dicho destino. Esta medida saludable resulta, empero, ine-

ficáz, por la oposición que hacen a ella las mujeres, procurando ocultar la existencia de enfermedades que puedan ser causa de contagio; y cuando acaece un fallecimiento en vivienda vecina al lavadero llevan las ropas a otro más distante, donde por ignorancia puedan ser admitidas sin precaución de ninguna especie.

Los establecimientos de vaquerías y cabrerías que debieran ser centros de comodidad y nutrición sana para estos animales, son lugares de molestia y focos de insalubridad; carecen de luz, de ventilación, de limpieza, de agua abundante y pura y cuasi en todos ellos se falta a la ley vigente de sanidad, y a lo preceptuado en las Ordenanzas Municipales.

Las casas de dormir son industrias que merecen suma atención por parte de la autoridad; allí se albergan mendigos y vagabundos de todas procedencias, sin ningunas precauciones; las viviendas, algunas de ellas verdaderas zahúrdas, carecen de cubicación, de agua viva, de luz y limpieza; y este espectáculo hace acudir a la mente la necesidad de resolver con seriedad la creación de Asilos nocturnos municipales, donde por módico precio, se albergue decorosa e higiénicamente a los que carecen de hogar; de lo contrario estas casas serán siempre focos infecciosos, de miseria y de depravación.

La industria consagrada a la compra y venta de ropas, trapos y toda clase de objetos viejos, debe estar sujeta a la inspección y desinfección mensual por el ramo de higiene y finalmente.

Los depósitos de aves y conejos, consentidos por las autoridades, carecen de condiciones higiénicas y en ellos se observa la anomalía de que mientras las Ordenanzas prohíben la existencia de dos gallinas o tres pares de palomos en las casas particulares, se consienten estos depósitos, donde se hacinan aves y otros animales en tanta cantidad como convenga al negociante.

De todo lo que llevamos dicho, se infiere, el número e índole de las causas que seguramente aumentan la morta-

lidad normal del Distrito y que pueden convertirse en motivos poderosos de difusión de un contagio epidémico, si por desgracia este fuese importado a la ciudad.

Censos de población

El primer encabezamiento o lista de población efectuado en la Barceloneta, tuvo lugar por orden del Excelentísimo Sr. Marques de la Mina en 1756, al terminarse la primera série de edificaciones levantadas bajo sus auspicios, y arrojó una existencia de hecho de 1.314 habitantes. Al resumen del censo promovido por el Conde de Aranda en 1768 contribuyó con 1.977 y al de Floridablanca en 1787 con 2.392. En otro recuento de los súbditos de la corona verificado en 1822 se sumaron 4.118 españoles.

El producto de las operaciones censales llevadas a cabo en 1860 elevaron esta cifra a 14.700 almas; el censo del 1.º de enero de 1878 a 17.065, y el de igual fecha del año 1888 a 17.017, resultando que en este último decenio disminuyó la población en 48 habitantes.

El censo de 31 de diciembre de 1897 arrojó la cifra de 18.387 habitantes. El aumento que resulta fué debido a la edificación de los terrenos del llamado ensanche de la Barceloneta.

El censo de 31 de diciembre de 1900, resultó de 19.129 habitantes y el 31 de diciembre de 1910, de 22.247 habitantes.

Desenvolvimiento de la educación

Difunden la educación común en la Barceloneta, las escuelas públicas sostenidas por la acción oficial, dependientes del Excmo. Ayuntamiento; las que fundaron y costean asociaciones amantes de la enseñanza; las de iniciativa individual de profesores particulares y finalmente el concurso de las láicas.

He aquí la proporción y los medios con que cada uno de esos factores concurre a la educación de la infancia, según los datos que hemos podido reunir privadamente, y que se refieren al actual año escolar.

La escuela de *San Juan Bautista*, sucursal de *Las Salas de Asilo para párvulos de Barcelona*, acoge de 450 a 600 párvulos de uno y otro sexo, a quienes se dá una sopa a las horas que acuerda la Junta según las estaciones.

La Junta de Damas, cuya misión benéfica respecto a la mujer data del año 1836 en la ciudad y en este barrio desde 1869, contribuye con una escuela concurrida por ciento cinco educandas; teniendo por objeto la educación e instrucción religiosa y moral completa de las niñas de familias menesterosas, sin admitir retribución de ninguna especie.

Los Hermanos de la Doctrina cristiana, dirigen un colegio que fundó en 19 de marzo de 1896, Doña Dorotea Chopitea, viuda de Serra, sobre unos terrenos inmediatos a la Plaza de Toros, hoy calle de Balboa, donde recibe la niñez una enseñanza que comprende las tres distintas clases de párvulos, elemental y superior.

En los cinco años transcurridos desde su instalación, la concurrencia de alumnos ha ido ascendiendo gradualmente hasta ofrecer un núcleo en párvulos, de 115 niños; 60 en instrucción elemental y 40 en la clase superior.

En la calle de la Concepción, número 13, piso 1.º funciona el *Instituto Catalán de Artasanos* donde se instruye, gratuitamente, a los hijos de familias proletarias. Durante sus veintitrés años de existencia han aprovechado los beneficios de la enseñanza 2.000 alumnos matriculados, y alcanzan ordinariamente sus registros la cifra de 125 niños de concurrencia diaria.

Una escuela elemental gratuita para niñas fué establecida en el año 1872 en la calle de la Concepción, núm. 13, piso 2.º, donde subsiste actualmente: en ella se admiten niñas desde cinco a doce años y su matrícula señala la asis-

tencia de 160 educandas, número máximo que puede contener el local.

La instrucción que se propaga por estas escuelas se atempera a los reglamentos y programas oficiales de primera enseñanza, y funcionan bajo los auspicios de la autoridad eclesiástica.

El Laicismo contribuye a la instrucción popular con una escuela para niñas instalada en el piso 1.º, casa n.º 65 de la calle de San Antonio, desde el mes de junio de 1893. En diciembre del propio año contaba cuarenta alumnas inscritas; al terminar el siguiente, esta cifra se había elevado a sesenta y nueve y hoy su resultado señala ochenta matriculadas de asistencia.

La edad de admisión es de cuatro a trece años.

Un colegio para niños titulado *El Fénix*, difunde asimismo la enseñanza libre, establecido en la calle de San Miguel, número 37, piso 1.º desde el año 1851; obtuvo en su origen un núcleo escolar de sesenta educandos, cuyas proporciones han quedado reducidas a veinticinco asistentes.

Aparte de las enumeradas escuelas sostenidas algunas por medio de subvenciones o donativos de entidades o personas que sienten instintiva predilección por la enseñanza popular, se hallan esparcidos por la barriada los siguientes colegios debidos a iniciativas individuales de profesores particulares.

Colegio de Nuestra Señora del Carmen, calle de San Miguel, número 43, piso 1.º

Colegio del Sagrado Corazón, San Miguel, 35, 2.º

Colegio de la Virgen de los Dolores, Baluarte, letra B. 1.º

Colegio de la Purísima Concepción, Santa Eulalia, 44, 1.º

Y otros tres sin advocación titular, establecidos respectivamente en la

Calle de Ginebra, número 47, 1.º

» Mayor, número 10, 2.º

» Alegría, número 21, 1.º

Para niños:

- Colegio Llorel*; calle de la Alegría, núm. 2, 1.º
» *Guitart*, calle de la Alegría, 29, 1.º
» *de San Fernando*, Baluarte, 44, 1.º
» *de San Miguel del Puerto*, Almacenes, 21, 1.º

En el presente año escolar estas instituciones de carácter privado, que cuentan en general, largos años de existencia, funcionan con un contingente de 630 educandos de ambos sexos, procedentes de un registro máximo de 662. Comparada esta cifra con la de los años anteriores se observa que no hay un movimiento sensible en la masa de sus alumnos; pues aun cuando algunas veces acrecen en determinadas escuelas, en otras disminuyen, hasta dejar equilibrada la totalidad de la concurrencia escolar.

Finalmente, las tres escuelas que dependen de la Municipalidad, para las distintas clases de párvulos y elementales para uno y otro sexo, cuentan con una existencia de 450 alumnos presentes, por 482 matriculados.

Resumiendo los productos con que cada uno de esos diversos factores ha contribuido a la obra más importante de la regeneración social, hallaremos que el esfuerzo de asociaciones o fundaciones privadas ha sostenido seis establecimientos de enseñanza, tres para niños y otros tantos para niñas, habiendo alcanzado un contingente inscrito de 1236 discípulos y una concurrencia media de 1055, dirigidos por diez y nueve maestros y pasantes del respectivo sexo, pertenecientes, en su mayoría, a órdenes religiosas. Los laicos concurren con dos escuelas dotadas de dos maestros con 121 educandos inscritos y 105 de presencia diaria; once colegios propios de individualidades con diploma titular o dedicados a dirigir la educación reúnen 630 alumnos procedentes de un registro que oscila a la altura de 662, y por último, las escuelas municipales suman un máximo constante de 482 alumnos inscritos, y un promedio de 450 de asistencia.

Tenemos, pues, que han difundido la enseñanza en estos barrios durante el último año escolar, veintidós es-

cuelas dirigidas por un personal docente de cuarenta y siete profesores, cuya matrícula ha sido de 2461 alumnos y la asistencia media diaria de 2240.

Por este resultado, con el auxilio del censo y de los resúmenes mensuales del empadronamiento general, obtendremos el justo medio de la cifra a que asciende el remanente de los niños que dejaron de frecuentar los institutos de educación.

La Barceloneta cuenta una residencia de hecho de 17.017 habitantes.

En 30 de junio último, la población de tres a catorce años de edad, podía estimarse en 2.081 niños y 1.908 niñas, o sea un total de 3.987 impúberes en aptitud de asistir a las escuelas. Sustrayendo de este producto el número que rinde la inscripción o sean 2.461 matriculados, tendremos que, en el próximo pasado año dejaron de inscribirse 1.526 niños, concurrencia equivalente a un treinta y ocho por ciento de los habitantes de condición escolar, destituidos de instrucción, contra un sesenta y uno por ciento que representa el número de los que concurrieron a obtener el pan intelectual.

No obstante; del exámen de datos minucioso acerca el movimiento de las escuelas, se nota que en sus bancos se sientan con frecuencia discípulos nuevos que adquieren en ellas algunas nociones y desaparecen luego para ser sucedidos por otros, siguiéndose una continua ondulación de alta y baja. Esto considerado, el rigor de aquella cifra queda reducida a más halagüeñas proporciones.

En cuanto a los elementos materiales de contitución, sin duda por efectos de circunstancias difíciles y precaria que atraviesa la benemérita clase, que sin la merecida recompensa, trabaja en la improba labor de la educación popular, escuelas hay muy distantes de responder a un progreso bien entendido; otras se apresuran a adoptar los adelantos que imponen las modernas exigencias, siguiendo las huellas de las que ofrecen un buen régimen escolar, y

particularmente las del Ayuntamiento funcionan con excelentes condiciones y un material pedagógico superior.

Finalmente, al comparar estos resultados de hoy con los de los últimos años se observan notabilísimos progresos (un 25 por ciento más de alumnos que en el último decenio); pero como esto no es bastante, como en esta materia hay que llegar al más alto grado, reduciendo a ínfima espresión la cifra de la ignorancia, es de creer que, coadyuvando en un común esfuerzo los que por su situación vienen señalados a formentar la enseñanza, robustecido con el de instintivas predilecciones, sus circunstancias seguirán mejorando en la medida de su creciente desarrollo y la marcha progresiva del elemento de mayor influencia moralizadora y más fecunda de la civilización de los pueblos, no quedará paralizada.

Ilustres Sres. Alcaldes Constitucionales, Tenientes de Alcaldes y Concejales-Capitulares que han tenido a su cargo esta demarcación desde el año 1836.

- Illtre. Sr. D. Severo Soler, en 1836 Concejal Capítular.
- » » » Jaime Calvell, en 1837 id. id.
 - » » » Jaime Pujals, en 1838 id. id.
 - » » » Severo Soler, en 1839 id. id.
 - » » » Jaime Calvell, en 1840 id. id.
 - » » » Jaime Calvell, en 1841 id. id.
 - » » » Hilarión Bordajé, en 1842 Alcalde 6.º Constitucional.
 - » » » Hilarión Bordajé, en 1843 id. id.
 - » » » Buenaventura Vives, en 1844 Concejal Capítular.
 - » » » Buenaventura Vives, en 1845 id. id.
 - » » » José Dulced, en 1846 id. id.
 - » » » » » 1847 id. id.
 - » » » » » 1848 id. id.

Iltre. Sr. D. José Dulced, en 1849 Concejal Capitalar.
 » » » Buenaventura Vives, en 1850 id. id.
 » » » » » » 1851 id. id.
 » » » » » » 1852 id. id.
 » » » » » » 1853 id. id.
 » » » Juan Calvell, en 1854 id. id.
 » » » José Boixés, en 1855 id. id.
 » » » Juan Vila Tomás, en 1856 Alcalde Constitucional.
 » » » Joaquín Gurri, en 1856 Concejal Capitalar.
 (En 3 de agosto).
 » » » Juan Calvell, en 1856 Alcalde Constitucional.
 » » » » » » 1857 Teniente de Alcalde.
 » » » » » » 1858 id. id.
 » » » » » » 1859 id. id.
 » » » » » » 1860 id. id.
 » » » Pedro Collaso y Gil, en 1861 id. id.
 » » » José Dulced, en 1861 Concejal Capitalar.
 » » » Federido Ricart, en 1862 Teniente de Alcalde.
 » » » Juan Calvell, en 1863 id. id.
 » » » » » » 1864 id. id.
 » » » José Reig, en 1865 id. id.
 » » » » » » 1866 id. id.
 » » » José Dulced, en 1867 id. id.
 » » » Leoncio Torres Bretón, en 1867 id. id.
 » » » Timoteo Capella, en 1868 id. id.
 » » » Antonio Castell de Pons, en 1869 Alcalde
 Constitucional (en 30 de septiembre).
 » » » Pablo Ramis Bosch, en 1869 Alcalde Popular
 (en 29 de junio).
 » » » Ignacio Espinet, en 1869 Alcalde Popular (de
 21 de junio a 26 de septiembre).
 » » » Antonio Paretó, en 1869 Alcalde Popular (de
 26 de septiembre de 1869 a 3 de febrero
 de 1870).
 » » » Juan Parahí, en 1870 Alcalde en Comisión (en
 febrero).

Iltr. Sr. D. Eduardo Reig, en 1870 Alcalde Constitucional
(en junio).

- » » » Eduardo Reig, 1871 id. id.
- » » » Ceferino Llongueras, en 1871 id. id. (en Agosto).
- » » » » » » 1872 id. id.
- » » » Francisco Maresch, en 1872 id. id.
- » » » » » » 1873 id. id.
- » » » Marcelino Miguel, 1873 id. id. (en 11 de febrero).
- » » » » » » en 1874 id. id.
- » » » Juan Roca, en 1874 id. id. (en 24 de agosto).
- » » » Pedro Trilla, en 1874 id. id. (en 6 de enero).
- » » » Salvador Vidal, en 1875 id. id. (del 5 de enero).
- » » » Antonio de Barnola, en 1876 id. id.
- » » » » » » 1877 id. id.
- » » » Juan Los Santos, en 1878 id. id.
- » » » José Denis, en 1879 id. id. Ultimo Alcalde del
Cuartel 9.º y 1.º Teniente de Alcalde del
Distrito de la Barceloneta por la nueva divi-
sión de 1.º de julio.
- » » » José Denis, en 1880 Teniente de Alcalde
(permuta en 3 de mayo).
- » » » José Batllori, en 1880 id. id.
- » » » José Juan Cabot, en 1881 id. id. en 14 de
marzo (en 2 de julio reelegido).
- » » » José Antonés, en 1881 Teniente de Alcalde
(en 27 de agosto).
- » » » Juan Surroca, en 1882 id. id. (en 5 de abril).
- » » » José Juan Cabot, en 1883 Teniente de Alcalde
(en 1.º de julio).

Excmo. Sr. D. Manuel Porcar y Tió, en 1884 id. id. (en
15 de febrero).

» » » Manuel Porcar y Tió en 1885 id. id.

Iltr. Sr. D. Juan de la Cruz Monfredi, en 1885 id. id. (en
23 de julio).

» » » Ramón Casadesús, 1885 id. id. (en 2 de agosto)

» » » Gabriel Bañolas, en 1886 id. id. (en 7 de enero).

Excmo. Sr. D. Matías Muntadas, en 1887 id. id. (en 1.º de julio).

Iltre. Sr. D. Ramón Ambrós, en 1887 id. id. (en 18 de julio).

Excmo. Sr. D. Matías Muntadas, en 1887 id. id. (en 1.º de septiembre).

Iltre. Sr. D. Ramón Ambrós, en 1887 id. id.

» » » Tomás Lloret, en 1888 id. id. (del 10 al 29 de marzo interino).

Excmo. Sr. D. Matías Muntadas, en 1889 id. id.

Iltre. Sr. D. Camilo Catalán, en 1890 id. id. (del 1.º de enero a 17 de julio).

» » » Tomás Lloret, en 1890 id. id. (de 17 de julio a 30 de julio).

Excmo. Sr. D. Manuel Porcar y Tió, en 1890 id. id. (de 30 de julio).

Iltre. Sr. D. Joaquín de Molins, en 1891 id. id. (de 1.º de julio).

» » » José Montero, en 1891 id. id. (del 7 de agosto).

Excmo. Sr. D. Manuel Porcar y Tió, en 1891 id. id. (del 8 de octubre).

Iltre. Sr. D. Federico Schwartz, en 1892 id. id. (del 6 de agosto a 3 de octubre interino).

» » » Federico Schwartz, en 1893 id. id.

» » » Antonio Coll, en 1893 id. id. (en 17 de febrero).

» » » Magín Fita, en 1893 id. id. (en 17 de mayo).

» » » Juan Amat, en 1894 id. id. (en 1.º de enero).

» » » Juan Comas de Argemir, en 1895 id. id. (en 9 de abril).

» » » Arturo Gallard, en 1897 id. id. (en 27 de abril).

» » » Conrado Monner, en 1897 id. id. accidental (en 2 de junio).

» » » Arturo Gallard, en 1897 id. id. (en 23 de junio).

» » » Baldomero Bonet, en 1897 id. id. accidental (en 15 de julio).

» » » Arturo Gallard, en 1897 id. id. (en 30 de septiembre).

- Iltr. Sr. D. Juan Farré, en 1898 id. id. accidental (en 11 de agosto).
- » » » Arturo Gallard, en 1898 id. id. (en 7 de octubre).
- » » » Baldomero Bonet, en 1899 id. id. accidental (en 11 de abril).
- » » » Arturo Gallard, en 1899 id. id. (en 25 de abril).
- » » » Baldomero Bonet, en 1899 id. id. accidental (en 16 de julio).
- » » » Antonio Ruíz de Alá, en 1899 id. id. accidental (en 23 de agosto).
- » » » Camilo Catalán Vadrines, en 1899 id. id. (en 6 de octubre).
- » » » Fernando Ventura, en 1900 id. id. accidental (en 23 de mayo).
- » » » Camilo Catalán, en 1900 id. id. (en 28 de mayo).
- » » » Antonio Ruíz de Alá, en 1900 id. id. accidental (en 10 de julio).
- » » » Juan Farré, en 1900 id. id. accidental (en 18 de octubre).
- » » » Camilo Catalán, en 1900 id. id. (en 24 de octubre).
- » » » Antonio Ruíz de Alá, en 1900 id. id. accidental (en 15 de noviembre).
- » » » Camilo Catalán, en 1900 id. id. (en 19 de noviembre).
- » » » Pedro Fargas, en 1901 id. id. accidental (en 25 de febrero).
- » » » Camilo Catalán, en 1901 id. id. (en 5 de marzo).
- » » » Fernando Ventura Sugrañes, en 1901 id. id. (en 9 de abril).
- » » » José Miró, en 1901 id. id. accidental (en 22 de mayo).
- » » » Fernando Ventura, en 1901 id. id. (en 1.º de junio).

- Iltre. Sr. D. José Miró, en 1901 id. id. accidental (en 16 de agosto).
- » » » Fernando Ventura, en 1901 id. id. (en 20 de agosto).
- » » » Ramón Vilá Rasqui, en 1902 id. id. (en 2 de enero).
- » » » José M.^a Mas Cuadros, en 1902 id. id. (en 10 de enero).
- » » » Pedro Badía Manén, en 1904 id. id. (en 1.^o de enero).
- » » » Ramón Palau Morros, en 1904 id. id. accidental (en 13 de septiembre).
- » » » Feliciano Serra, en 1904 id. id. accidental (en 16 de septiembre).
- » » » Pedro Badía, en 1904 id. id. (en 21 de septiembre).
- » » » Jose Borrell y Sol, en 1905 id. id. accidental (en 6 de noviembre).
- » » » Pedro Badía, en 1905 id. id. (en 30 de noviembre).
- » » » Francisco Magriñá Cañellas, en 1906 id. id. (en 1.^o de enero).
- » » » Celestino Teixidor, en 1908 id. id. accidental (en 18 de noviembre).
- » » » Juan Batlle Horta, en 1909 id. id. accidental (en 13 febrero).
- » » » José Sagarra, en 1909 id. id. (en 1.^o de julio).
- » » » Ricardo Jansens Masip, en 1909 id. id. accidental (en 14 septiembre).
- » » » José Sagarra, en 1909 id. id. (en 14 octubre).
- » » » Nicolás Juncosa Sabater, en 1910 id. id. (en 1.^o de enero).
- » » » Emilio Ricart Buxadera, en 1912 id. id. (en 1.^o enero).
- » » » José Grañé Artigas, en 1914 id. id. (en 1.^o de enero).

Illtre. Sr. D. Mariaro Martí Ventosa, en 1916 id. id. (en 1.º de enero).

» » » Martín Matons Bofill, en 1920 id. id. (en 1.º de abril).

Las calles de la Barceloneta

El rasgo dominante que caracterizó a la generación fundadora fué una piedad sentimental, expansiva, sencillamente expresada con demostraciones francas, espontáneas y legales.

Educada cuidadosamente en la moral católica, impresionaban sus dogmas y su culto, y por esto al dar nombre a sus calles, quiso sostener y alimentar el fervor popular, prestando homenaje perenne de reverencia y acatamiento a los santos de su especial devoción, o titulares de sus agrupaciones corporativas, transmitiendo a la posteridad el distintivo de su fisonomía religiosa.

Modificados estos sentimientos por las circunstancias de los tiempos, las generaciones sucesivas al nominar sus nuevas vías en 1814, en 1830, en 1846 y en 1895, fijaron sus miradas sobre esplendentes períodos de la Historia y rindieron tributo al glorioso recuerdo de sucesos memorables, o a las relevantes cualidades de célebres navegantes, de caudillos heroicos, de insignes patricios, que llevando a cabo famosas y trascendentales empresas ejercieron influencia extraordinaria en los destinos de la Nación española.

Muy estendido se halla el conocimiento de sus grandes virtudes y de sus eminentes servicios, pero no tanto en este barrio, que no creemos oportuno trazar los rasgos más salientes de esas ilustres figuras deseosos de que en la Barceloneta a la cual solo pueden interesar ese conjunto de datos que publicamos, nadie ignore quienes fueron esos esclarecidos varones, cuyos nombres se pronuncian tantas veces al día ignorando muchos toda la estima, toda la consideración y aplauso que su celebridad merece.

Atlántida. (Antes San Antonio). — Gran isla del Océano que según Platón se hallaba situada frente al estrecho de Gades y en el espacio de una noche un terremoto la destruyó y desapareció sumergiéndose en el mar.

Muchos aceptando esta tradición han creado hipótesis de todas especies sobre esta Atlántida. Descuella entre esta clase de trabajos el sublime poema titulado «La Atlántida», inspiración del esclarecido vate catalán don Jacinto Verdaguer.

Balboa. Vazco Nuñez de: — Célebre navegante, nacido en 1475. Se distinguió en las primeras guerras con los indios; descubrió el mar del Sur en 1513; dió el nombre de San Miguel, al golfo donde desembarcó, y tomó posesión de él con toda solemnidad en representación de la corona de Castilla; pero acusado a su vuelta, del delito de traición por el gobernador de Santa María Pedrarias, fué sentenciado a muerte y decapitado en 1517.

Barceló Antonio, — Célebre marino: nació en Palma de Mallorca en 1718. Empezó su carrera armando por su cuenta un jabeque y persiguiendo a los piratas argelinos. En 1762 Carlos III, le confió el mando de los jabeques reales, con los que asistió en 1782 al sitio de Gibraltar, donde estableció baterías flotantes que incendiaron los ingleses a bala rasa. En 1783 mandó la expedición contra Argel. En sus primeras expediciones apresó este célebre marino 19 buques e hizo 1.600 prisioneros.

Berenguer Mallol. — Marino catalán; nombre unido a los brillantes y gloriosos hechos de armas de la antigua marina catalana era contemporáneo de Roger de Lauria y de Pedro el Grande. Almirante de Barcelona, aprestó su armada para defenderla contra los franceses que pretendían invadir nuestro territorio y les ganó un combate naval de los más gloriosos en los pastos de la historia.

Cermeño. (Antes Norte). — Don Juan Martín Cermeño, Comandante general de ingenieros, que levantó los

planos de la Barceloneta y dirigió su construcción auxiliado por don Francisco Paredes, como segundo Jefe.

Escuder. (Antes Santa Bárbara).—Don Miguel Escuder. Industrial experto que tuvo sus talleres de máquinas para coser y motores a gas, en la calle de la Maquinista.

Guitert. (Antes San Raimundo).—Don Avelino Guitert de Cubas, Secretario que fué de la Tenencia de Alcaldía de la Barceloneta durante cuarenta y cinco años y autor de este libro.

Grau y Torras. (Antes Santa Madrona).—Don Francisco Grau y Torras: cuando más difícil se hacía en este barrio hallar locales cómodos para instalar escuelas, el citado señor poseído de un rasgo generoso hizo donación al Ayuntamiento de las tres casas señaladas con los números 25, 27 y 29 por la calle de Grau y Torras, antes Santa Madrona y 24, 26 y 28 por la de San Raimundo, hoy de Guitert, para instalar en ellas las escuelas municipales, que continúan en la actualidad.

Hernán Cortés.—Conquistador de Méjico; nació en Medellín en 1485. Empezó su carrera en Italia a las órdenes del Gran Capitán; en 1504 salió para Santo Domingo cuyo Gobernador le dió algunas comisiones lucrativas; acompañó a Diego Velázquez a Cuba en 1511, y en 1519 emprendió su expedición contra el reino de Méjico con diez buques y unos centenares de hombres. Causó una gran derrota a los indios en Tabasco; les volvió a vencer en Tlascala y Cholula; retuvo prisionero a Motezuma y a Guatimozu; tomó a Méjico en 1521 y volvió a la península donde fué nombrado Capitán General de Nueva España y Marqués del Valle. Murió en 1547 pobre y en desgracia. Se ha tachado a Cortés de excesivo cruel con los indios, pero es preciso tener en cuenta que emprendió la conquista de un vastísimo reino con 600 hombres y que después del heroico partido de quemar las naves para cortar a los suyos

todo género de retirada, no había más que triunfar por cualquier medio o perecer en la demanda.

Churruca. Cosme Damián. — Célebre general de marina, muerto gloriosamente en el combate de Trafalgar en 1805. Se distinguió como marino práctico y como escritor. Una de sus obras *La instrucción sobre puntería para los bajeles del Rey* sigue siendo muy elogiada por nacionales y extranjeros.

Lepanto. — Por la siempre memorable batalla naval dada el 7 de octubre de 1571 en el célebre golfo de Lepanto, cuyo recuerdo vivirá eterno e imperecedero en el libro de nuestras grandes glorias. Mándaba nuestra armada el Príncipe Don Juan de Austria. Cuéntase que Selins II perdió en ella 210 galeras y 32.000 hombres.

En esta batalla perdió un brazo el nunca bastante bien ponderado Príncipe de los ingenios, D. Miguel de Cervantes Saavedra.

Miguel Boera. — Combatió heroicamente en las conquistas de Trípoli, Oran y Bujia, y Carlos V le nombró general de las Galeras españolas.

Sus restos yacen depositados en la Iglesia de Sta. Ana.

Marqués de la Mina. — En memoria del fundador de este barrio.

Meer. (Antes Sta. Eulalia). — Capitan General, Barón de Meer, que concedió diferentes solares para edificar, demostrando gran interés por este barrio y autorizó levantar un segundo piso sobre las casas de la Barceloneta.

Monjo. (Antes S. Pedro). — Don Juan Monjo Pons, marino ilustre y maestro de conocimientos navales. Fué un verdadero constructor de buques y tiene publicado un tratado de construcción, titulado «*Curso metódico de arquitectura naval*» que a pesar de no contener la construcción metálica es consultado continuamente por los actuales constructores.

Durante bastante tiempo en la Barceloneta cuando salía un constructor naval aprovechado se decía *joh... es dexeble d'en Monjo!*...

Pizarro; Francisco.— Conquistador del Perú, nació en Trujillo en 1475. Acompañó a Balboa a America el año 1513. Hizo luego por su cuenta una expedición que al pronto no tuvo éxito, pero que después de tres años dió por resultado el descubrimiento del Perú, del cual fué nombrado Vi-Rey. Se le debe la conquista de este vasto territorio, y la fundación de la ciudad de Lima. Obscureció sus glorias con la arbitrariedad de su gobierno, y causaron su pérdida la avaricia y los deseos insaciables de sus subalternos. Atacado un día en su palacio por los conjurados murió asesinado en 1541.

Paredes; Francisco.— Teniente Coronel de Ingenieros que levantó los planos de la Barceloneta y dirigió su construcción, como segundo Jefe.

Rector Bruguera. (Antes S. Andrés).— Don Francisco de A. Bruguera y Lladó, virtuoso Párroco de S. Miguel, fallecido en 2 de octubre de 1870 atacado de fiebre amarilla, enfermedad que contrajo auxiliando a los enfermos de aquella terrible enfermedad.

Las siguientes calles deben sus nombres a motivos fortuitos o circunstancias de localidad.

Alegría.— Antes se llamó del Cementerio, por tener el parroquial al pié de las tapias de la Iglesia. Cuando por haberse inaugurado el hoy llamado del Este, en 1819, dejaron de hacerse enterramientos en aquel lugar el vecindario complacido dió a esta calle el nombre de la Alegría en contraposición de Cementerio y así la costumbre motivó la adopción oficial de semejante denominación.

Almacenes.—Por haber existido en esta calle unos depósitos de Hacienda.

Baluarte.—A la fundación de este barrio se construyó en la playa de la mar vieja una batería que interceptaba esta calle por la parte de levante. Fué destruída en 1814 al evacuar los franceses esta ciudad.

Conrería. (Antes Alvarez).—Por haberse asilado en la Conrería de Montalegre la población de la Barceloneta, cuando la epidemia de fiebre amarilla de 1870.

Concordia.—Por la de los dos ejércitos que puso fin a la primera guerra civil.

Ginebra.—Antiguo camino que conducía a un núcleo de barracas llamado Ginebra esparcidas al rededor del fuerte de D. Carlos, se conoció antiguamente por calle dels Horts.

Habana.—Por las relaciones e intereses que muchos marinos de altura de este barrio, tenían con la capital de la gran Antilla.

Lavaderos.—Sobre unos solares de esta calle existía el llamado *Safreix del Rey*.

Mayor.—Por ser la principal y la más prolongada.

Marineros.—En esta calle fué conocida hasta el año 1820 una alberguería para marinos forasteros en expectación de embarque.

Maestranza. (Antes Merced).—Por el gran conjunto de carpinteros, calafates, herreros y demás operarios dedicados a la construcción de buques.

Nacional.—Antes Real, como homenaje tributado al Rey por la aprobación de los proyectos del Marqués de la Mina, referentes a la construcción de este barrio. Nacional en 1845 después del restablecimiento constitucional.

Pescadores.—Porque resultaron ocupadas sus viviendas por familias dedicadas a la pesca.

Plaza de la fuente.—Se la llamó Mayor a su origen por presentar una más vasta superficie que la de S. Miguel, pero habiendo sido ocupadas sus casas por toneleros que hacían de la plaza obrador de sus industrias, el vulgo le aplicó el nombre de plaza *dels boters*, como volvió a cambiárselo con motivo de la instalación de una fuente en forma de pirámide que se levantó en su centro.

Proclamación.—Por los grandes festejos que tuvieron lugar en 1833 por la jura de la Princesa Real D.^a María Isabel Luisa como heredera del Trono a falta de varón.

Sal.—Por los molinos y depósitos de Sal en un vasto almacén del Rey, allí existentes hasta nuestros días.

Vicaría.—Por su proximidad a la Vicaría.

Vinaróz. (Antes S. Olegario).—Por tener su residencia en este barrio muchas familias naturales de Vinaróz.

Villajoyosa. (Antes S. Severo).—Por tener su residencia en este barrio muchas familias de Villajoyosa.

Declinación y ruina

La pujanza de la riqueza indígena de la Barceloneta, el abundante y variado arsenal marítimo que constituían los grandes establecimientos de construcción de cascos, de arboladuras, de remos, de ferreterías, de jarcias y demás materiales para el armamento y aparejo naval, subsistieron hasta fin del segundo tercio del pasado siglo. Si acontecimientos extraordinarios perturbaban el orden y concierto de las utilidades industriales y de los lucrativos beneficios, pasadas esas calamidades ya fuesen físicas o políticas, volvía el trabajo a adquirir su desarrollo normal, manando de nuevo sus fuentes de producción momentáneamente apagadas. Desdichadamente a partir de aquella época sobrevinieron adversos y repetidos sucesos de variada índole, la fortuna volvió desleal las espaldas a esta barriada, e hizo

inútiles los esfuerzos de sus hijos para hacerla recobrar su pasado vigor. Los tiempos prósperos y florecientes hundieron en las profundidades de la Historia.

Y han transcurrido años de progresiva decadencia, y el puerto, en otro tiempo emblema de prosperidad y ventura no abriga ya aquellas multitudes de buques de alto tonelaje, que anclados en nutridas andanas hasta rozar sus cascos y entretejer sus vergas, semejava un impenetrable bosque constituyendo un manantial fecundo de riqueza y bienestar. El exíguo número de vapores de esta matrícula se hallan gravemente amenazados en su existencia por pabellones extraños que se enseñorean de la mayor parte del poco tráfico que resta, y ellos gozan del total transporte de los carbones británicos, de los algodones turcos, del bacalao escandinavo, de los granos del mar Negro y de las maderas del Báltico; y como signo funesto, como fallo inapelable que parece condenarnos a un porvenir sin esperanza, la capacidad de este puerto acaba de ser reducida por ambos lados y por muelles interiores, dejándolo circunscrito a angostos límites. Agonizantes se hallan tantas artes de la maestranza, y los florecientes astilleros, hoy mudos y desiertos, condenados a perpétua tranquilidad, no interrumpen el tranquilo rumor del oleaje con el animado martillo del trabajo; en las desnudas y solitarias playas donde tuvieron asiento, ningún vestigio revela su pasada existencia. No se amontonan en las calles acopios de artefactos de las industrias para la marina, ni sirven ya de taller, ni en la bahía se ven embarcaciones tumbadas a la banda, y si de vez en cuando se efectúa alguna carena, la penuria de la navegación es tanta, que por economía redúcense las operaciones, se simplifican trabajos en perjuicio de la solidez y de la duración de la obra y se prescinde por lo general de dar fuego para secar el plan del buque, antes de proceder a un nuevo forro.

De aquellos menestrales de ribera que anuando las aptitudes de sus oficios fabricaban las naves armándolas con todos los útiles necesarios para la navegación, quedan

exíguos restos. Lucharon estas comunidades obreras largo tiempo con el infortunio, arrastrando una vida de privaciones y tormentos en busca del pan cotidiano para sus familias, en trabajos eventuales y penosos de faenas múltiples y responsabilidades graves; algunos dejaron para siempre el cielo cuya luz abrió sus ojos y emigraron a extraños países buscando en una planicie solitaria sobre la vía de un tren, o en la construcción de una carretera, bajo un sol implacable o entre el frío y la lluvia, el alimento que la patria les negara, mientras otros más infelices aun, exhalaban la amargura en la soledad del hogar, enervados, ocultando la afrentosa pasividad de la impotencia y sucumbían víctimas del hambre, pasando por el tránsito de una interminable agonía.

Las clases acomodadas contagiadas del desmayo general abandonaron sus residencias para morar en la ciudad, y sus casitas de plácido aspecto en otro tiempo, que anunciaban por todos sus objetos el aseo y el bienestar, han cambiado su fisonomía, se han transformado en el súpico y repugnante albergue de habitantes extraños, compuesto híbrido de razas contrapuestas que han venido a reemplazar a los indígenas. Ya no es este aquel pueblo rico de savia nutritiva; sumido en el sueño de una vida letal, parece haberse extinguido en su pecho todo sentimiento de virilidad: Su principal y cuasi único elemento de subsistencia es la carga y descarga de las embarcaciones, la última y postrer llamarada de los recursos de una vida dura y trabajosa, que brilla en su nublado cielo. ¿Acaso esas gruas mecánicas, esos carriles en los muelles, esos proyectos de recoger las mercancías en vagones al pie de esas máquinas, no están diciendo con dolorosa elocuencia que no está, por desventura, lejana la hora en que esas industrias sufran igual y desdichada suerte que las navales de construcción?

Ya no resplandece en estos habitantes aquella cultura ruda, pero franca y fraternal, no brilla la sinceridad en su antes expresiva mirada; nada en su aspecto acusa aquella

satisfacción interior que fué el signo característico de la generación de los fundadores. El genio nativo de sus mismos descendientes ha degenerado indudablemente, tal vez por el entronque, por el contacto con otras razas que los han hecho accesibles a los ejemplos nocivos, o por las influencias de estos tormentosos tiempos: les dividen las opiniones y nada hacen porque las diferencias y opiniones se anulen; cada uno se da por satisfecho de que no puede hacerse lo que él quiere con tal de que no se haga lo que desean los demás; el espíritu de la juventud se ha adherido bastante bien a una moral sin trabas, y las miserias inherentes al organismo humano, haciéndoles mirar con desden los principios que habían regulado las acciones generosas, hizo nacer en ellos todo un séquito de pasiones que les causan amargo sinsabor. Desencadenados los fraternales lazos que los habían unido se menosprecia y censuran entre si, la convicción se ajusta de ordinario a la conveniencia, se despiertan recíprocamente desconfianzas, de modo que quien con sencillez busca a sus amigos no sabe quienes son.

Así, por desventura, tan hondamente perturbados y tristemente divididos, viviendo entre recelos y sospechas que los estenúan y aislan individualmente, nada de provecho logran concertar en pró del interes común.

Borradas quedan las huellas que siguieron los ediles del pasado, *Calvell*, *Depares*, *Nadal*, *Vivas*, *Dulcet* y otros hombres de carácter entero, de nunca desmentida probidad que ganaron por completo el amor del pueblo; porque al pueblo dedicaban, en el consistorio y fuera de él sus actividades y energías; ya no resuenan con gran benevolencia en oídos extraños los nombres de aquellos a quien este barrio eleva hoy el honor de la edilidad, cuyos actos pocas veces motivan el testimonio de su gratitud, y en su amargo desengaño, sonríe la Barceloneta, acaso, cuando ve aproximarse el término del mandato de sus delegados; gira luego en su optimismo los ansiosos ojos en los nuevamente elegidos, y sosteniendo esa reiterada porfía con anhelo invenci-

ble y generoso, no alcanza el logro de sus combatidas esperanzas.

Sin amigos, sin protectores, sumida en el más glacial desinterés como si se juzgara inútil tu existencia, perdido el rango conquistado con valeroso empeño por tus ilustres progenitores, triste y lúgubre se dibuja tú porvenir.

¡Qué contraste con tu pasado bienestar!

¡Ah! Yo os evoco sombras venerandas de los *Geroni Vivas, Julia, Palet, Bernis, Calvell, Badó, Curet, Carbonell, Lacambra, Carabana, Miculau, Geli, Sisteré, Dulcet, Nadal, Calopa, Deri, Tanu*, vosotros todos, espíritus de tantos maestros en las industrias de ribera, de tantos prohombres de la marina que con el auxilio de vuestra celosa inteligencia, conquistastéis un prestigio superior de respeto y admiración, y promovisteis el desenvolvimiento de tantas fuentes de riqueza que crearon a los habitantes de este barrio una posición envidiable: los que en pos de las huellas de los fundadores conduciastéis al trabajo a vuestros gremios, que hallasteis solución a intrincados problemas, que destruistéis cuantos obstáculos se oponían al desarrollo del trabajo, que elevastéis esta barriada al apogeo de su prosperidad: ¡Alzaos y venid en torno nuestro!

¡Mirad!

Aquellas fuentes de riqueza que parecían inagotables se han secado. Todas las expresivas manifestaciones de vigorosa vitalidad y de pasmosa firmedumbre, quedan desvanecidas, como las preciosas esencias que nada dejan cuando han saturado el aire del último de sus aromas:

¡Apenas hay ejemplo de tan rápida decadencia!

La Barceloneta come hoy el pan del pobre, viste los harapos del mendigo, su miseria se extiende adquiriendo el triste desarrollo de las grandes epidemias; y humillada y abatida, su fama descansa en la singularidad de sus tristes desventuras.

¡Sueño fugaz fué en verdad el encumbramiento a que elevastéis a esta raza generosa!

¿Dudais, o es el estupor doloroso del asombro lo que contrae vuestro semblante?

Vuestra duda nada tendría de sobrenatural. ¿Como no desconocer hoy la Barceloneta transformada por tan gravísimas mudanzas?

El aspecto de la gran ruína de vuestros descendientes míseros, llena el alma de profunda melancolía.

¿Hasta cuando ha de durar tanto infortunio?

¿Nunca serán oídos los clamores de esta afligida muchedumbre torpemente desheredada?

¡Vosotros, sombras augustas, a quienes nuestros mayores honraron como a sus jefes, seguían como a sus guías, bendecían como a sus bienhechores, y amaban entrañablemente como padres; rasgad si podéis el porvenir de este pueblo sobre cuya frente pesa la mano de un fatal destino, para que adoptemos con energía los medios de su regeneración, o huyamos como de un lugar maldito, condenado por la implacable fatalidad a una muerte próxima e inevitable!

¿Qué causas, qué influencias han motivado tan radical transformación en la suerte de la Barceloneta?

Numerosas y variadas fueron. Estudiaremos, siquiera sea brevemente, las que más han contribuído a su anondamiento.

La aplicación del vapor a los caminos de hierro, esa invencion tan sumamente útil como civilizadora, produjo una revolución en el Comercio y en la Industria, y desde que fué conocida se impuso como una necesidad imprescindible e imperiosa, a la cual no era dable resistir.

La celeridad y baratura en los transportes vinieron a llenarla los Ferrocarriles de tal manera, que el ánimo se sorprende, como que su relación con las vías ordinarias apenas puede fijarse.

Las vías férreas han aproximado las distancias de los pueblos, han convertido en puertos marítimos a los centros productores más interiores, y la navegación, savia de vida de la Barceloneta, perdió desde luego gran parte de su im-

portancia en las comunicaciones y transporte de cabotaje.

Repetidos adelantos se iniciaron sucesivamente en el comercio, cuyos efectos habían de ser deplorables para nosotros, en época más o menos lejana.

La solución del problema de los viajes trasatlánticos con la aplicación del vapor como fuerza motriz, las ventajas del hierro, y ultimamente del acero para las ingeniosas construcciones de los cascos, ofreciendo mayores garantías de solidez y conservación, vinieron a comprometer la suerte y el porvenir de la Barceloneta, abriendo profunda herida en sus industrias.

Grandes y maravillosas son esas invenciones que han producido esos barcos de metal, poderosos, elegantes y ligeros, pero este desdichado país que vive incesantemente en la agitación política, en las revoluciones y en las guerras interiores, destruyendo sus energías y desviando sus fuerzas del trabajo, se halla siempre lastimosamente desprevenido para las grandes empresas.

Las casas navieras preparáronse a costa de grandes sacrificios para disfrutar de las superiores ventajas que ofrecía a la navegación el cambio de sistema, y como no hallaron aquí iniciativas, ni vieron protección para los industriales, ni se utilizaron a tiempo los inagotables tesoros de carbón y hierro que duermen en el regazo de nuestras montañas, hubieron de ceder al imperio de las construcciones a otros estados más ricos, que pronto emprendieron, en el desarrollo de la metalúrgica, un vuelo rápido y prodigioso.

Sucesivamente fueron abandonándose buques de madera por groseros e impotentes; dejaron de ponerse desde entonces quillas en estos astilleros, y mermó considerablemente el trabajo en la Barceloneta.

Los barcos de vapor motivaron el desmérito y contribuyeron a la desaparición de las verdaderas marinerías, no solo en el sentido de reducción del número de los que ci-

fran su existencia en las faenas del mar, sino bajo el punto de vista de la aptitud, de los conocimientos marinos y de aquel valor sereno que solo se adquiere en las luchas rudas con los desencadenados elementos, maniobrando con intrepidez para vencerlos.

Con las naves de cordaje y velamen las tripulaciones conducían los bajeles por los mares; hoy los barcos llevan a las tripulaciones.

La obra atrevida y gigantesca de Lesseps encaminada a romper el Istmo de Suez a fin de poner en comunicación las aguas del Mediterráneo con las del mar Rojo, habían de reducir inmensamente las distancias y acortar en proporciones enormes la duración de los viajes, reportando inmensas ventajas, no solo en el pueblo en que se realizaba sí que también a las naciones marítimas de ambos mundos.

Al celebrarse las fiestas de su inauguración que en riqueza y esplendor dejaron atrás cuantos en tales conceptos había visto la historia en el transcurso de los siglos, los periódicos del Universo consagraron sus páginas a tan importante asunto, y la opinión general hallóse cautivada, lo mismo en el continente antiguo que en America.

La Barceloneta que en su amor innato al progreso ha contribuído siempre con todas sus fuerzas a los grandes adelantos, e innovaciones que la civilización produce y el genio emprendedor acometió reconociendo la importancia inmensa de los descubrimientos, honra de nuestro siglo, en aquella época, sin prevenciones egoistas, con abnegación sin límites, tomó parte en el entusiasmo público, celebró y aplaudió sin reserva la inteligencia y los esfuerzos de su antiguo convecino del hombre extraordinario que había realizado aquella obra de titanes, sin que se le ocultase que la abertura del canal, precipitaría la transformación de las embarcaciones de vela en transporte de vapor, para trasladarse con todas las ventajas desde el Mediterráneo al mar Rojo y al Océano Indico, y de los puertos del Asia Meridional a los de Europa.

Ya en lo sucesivo no habría que doblar el remoto Cabo de Buena Esperanza para sostener estas continuas comunicaciones, se reduciría el número de barcos a fondear en nuestro muelle, se abaratarían los fletes, y las reparaciones y su importancia con las artes de cordelería, tejido de lanas y cotonías, el de construcción de velas, el servicio de aprovisionamientos, la concurrencia de navegantes, todo esos elementos de enriquecimiento quedarían reducidos en la Barceloneta a una pálida sombra del pasado.

Abocados de esta suerte para una pendiente de alarmante decadencia, la abolición de las matrículas de mar, vinieron a causar a esta barriada otra nueva y profunda herida.

Entre los matriculados y el Estado existía un pacto bilateral. Aquellos se imponían la obligación de prestar una campaña de cuatro años como tripulantes en los buques de la Armada, y cuantas fueran necesarias por turno en caso de guerra, sujetos a comparecer en toda ocasión que fuesen llamados; y esté se comprometía a reservarles a su licenciamiento o antes de la incorporación a tripulaciones de buques, la navegación; el tráfico de los puertos, y la pesca. Con la ley del 22 de marzo de 1873, declarando abolidas las matrículas y libre el ejercicio de las industrias marítimas, el Estado rompió este pacto que debía ser más sagrado en él que en aquellos que se habían sujetado voluntariamente a su servicio, puesto que tenía el derecho y la fuerza para obligarles al sacrificio de su juventud y su vida, consumando de una plumada una notoria injusticia, que vino además a destruir por completo los planteles de marinería tan inteligentes para el buen manejo de los buques, como necesarios al comercio marítimo en general.

Los matriculados que cumplieron religiosamente lo pactado prestando sus campañas, se hallaron luego con que la Nación rehusaba corresponderles por su parte a lo pactado, labrando de este modo su infortunio y su ruína.

Cualquiera pudo desde entonces dedicarse a las ocupaciones de la carga y descarga de los buques en los mue-

lles, e irupciones numerosas de todos los países y de todas las razas vinieron a poblar la Barceloneta cercenando, en la Riba, el pan que el matriculado había adquirido legítimamente por medio de cuantiosos sacrificios y penalidades en climas inhospitalarios, en estaciones o destacamentos navales de remotas y desiertas islas de Oceanía, o en el Africa, y en las campañas de Santo Domingo, de Marruecos, de Méjico y del Pacífico.

Desde aquella fecha se han venido mezclando con este pueblo trabajador y laborioso, y en él han preponderado, multitudes abigarradas, heterogéneas e indolentes de limitada inteligencia refractarias a la higiene, y a los principios de cultura y civilización, desgraciando esta localidad por variados conceptos, y alterando totalmente su fisonomía característica y peculiar del pueblo de la costa.

Estas modernas invasiones causan hoy un espectáculo penoso. En general no se ven ya aquellas mujeres pulcras y hacendosas, de la Barceloneta, las más de las casas, antes blancas y remozadas, parecen pocílgas, donde no se cubre la mesa con blanco mantel o limpia servilleta, ni se duerme en cama con sábanas de colada y abrigo decente, sino sobre montones de paja, entre girones y harapos, llenos de profunda miseria que repugna a la mirada.

El número de infelices que acosados por la mayor estrechez acuden de regiones distantes en busca de trabajo, aumenta cada día agravando la situación local, y sin embargo no pueden satisfacer su anhelo cuantos se presentan. En ellos se halla vinculada la asistencia médica del Ayuntamiento; es inconcebible el número de ventas al fiado en las tiendas de artículos de consumo; la mayor parte se ven reducidos a no poder pagar lo que piden; en las cajas de préstamos los empeños por cantidades insignificantes son fabulosos, la caridad es mucha, pero la necesidad es mayor, y agotados los fondos de las Juntas benéficas, no son pocos los que se han de mendigar el alimento, mientras sus hijos pululan por los muelles, desaseados, descalzos, y andrajo-

sos, con todos los vicios inherentes al abandono, tomando cuanto les viene a mano para satisfacer la más imperiosa necesidad de la vida: el hambre.

Pero si tan desdichadas consecuencias trajo a este pueblo la abolición de las matrículas de mar, mayores y más sensibles causas de empobrecimiento general se ingirieron de la abolición del derecho diferencial de bandera y de nuestros imprevisores tratados de comercio, concertados sin tenerse en cuenta la desventajosa situación mercantil de este país, ni los principios de una justa reciprocidad.

Con ellos se privó a los buques mercantes españoles de poder introducir de nuestros depósitos a los Estados de Europa productos de América y Asia, sin recargo por razón de la procedencia indirecta, y en cambio aquí debemos aceptar de aquellas naciones los mismos artículos sin recargo alguno. Ya no van nuestros barcos a los puntos productores. Los buques extranjeros acuden a ellos y llevan las mercancías a sus grandes depósitos, desde donde los distribuyen a nuestro país, porque la marina extranjera, más protegida, trabaja con primas a la navegación y otras ventajas irresistibles de concurrencia, mientras que para la marina española todo son trabas, gabelas y reglamentaciones, que la hacen la bandera más cara del mundo.

En esta situación no pudo competir, no pudo sostener la lucha a que se la sometió y hubo de registrar cada día nuevas ruínas, porque la igualdad de procedencia quiso decir derecho diferencial protector para pabellones extranjeros, los cuales han ido apoderándose de nuestro tráfico tomando un desarrollo en grande escala, los depósitos de Francia e Inglaterra, a medida que la bandera nacional desaparecía, dejando pudrir sus barcos o vendiéndolos a cualquier precio.

A estas circunstancias confluentes todas a la disminución de los trabajos, a este conjunto de hechos afflictivos, verdaderamente implacables, hubo que añadir por desgracia otros de carácter local.

Las Sociedades de huelga y resistencia creadas en este puerto, sin detenerse en más cálculos que aquellos que les sugirió la fantasía, tomando de la libertad poco sano criterio, apartaron sus prácticas del orden que nivela la moral en armonía con los progresos de la clase, establecieron trabas y utópicas prescripciones por su mano de obra, y el comercio marítimo llegó a considerarse tan perjudicado que hubo de darse el caso de que algunos capitanes vendieran sus barcos estando en carena, antes que transigir a exigencias que estimaban desmedidas e injustas.

Actos de esta naturaleza fueron considerados, por ciertos elementos, como testimonio de superioridad, con lo cual precipitaron a la maestranza por la pendiente del error, y mirando solo a la ganancia del momento, bajo el amparo de una situación anormal, desconocieron que su proceder en vez de conducirles a condiciones de fijeza y bienestar, solo les labraba el descrédito para lo futuro.

Emprendida esta perniciosa senda se fué a parar al desacuerdo completo entre el capital y la mano de obra, y se perdieron en esta localidad bastantes reparaciones, de que se aprovecharon otras playas del litoral y también los puertos extranjeros, haciendo sufrir lastimosamente a los obreros de la marina las consecuencias de tan lamentables desaciertos.

En 1875 tocó la Barceloneta el eslabón postrero de su largo martirologío.

El derribo de la muralla del mar fué para la ciudad una mejora importantísima en higiene, en desahogo y embellecimiento.

A consecuencia de este suceso se ganaron a las aguas del puerto terrenos en considerable extensión, sobre los cuales fueron levantadas las dársenas de las Colonias y de S. Beltrán, así como los muelles de S. Ramón y Barcelona. Por estos espaciosos y cómodos desembarcaderos, tienen lugar los alijos más importantes de los cargamentos, el servicio de provisiones y el desembarque de las marinerías,

que hoy gastan y consumen en la ciudad, lo que ayer gastaban y consumían en la Barceloneta.

El catorce de Marzo de mil ochocientos setenta y siete llegó aquí la Real Orden autorizando al comercio para utilizar estos muelles y recibiendo con ella nuestro barrio el golpe de gracia que le desposeyó del último mendrugo de pan para su alimento.

Los acontecimientos someramente apuntados agotaron uno tras otro todos los manantiales de trabajo de la Barceloneta. Eslabonados entre sí nuestras industrias alcanzaba a todas el golpe que una de ellas recibía, y ninguna pudo conservar el patrimonio de sus mayores; todas han sucumbido: la vida está hoy limitada actualmente a un lánguido movimiento mercantil marineró y a una precaria situación industrial, acentuándose un estado afflictivo y ruinoso que hace asomar el horrible espectro de la miseria con todas sus consecuencias para esta población antes tan próspera y abundante, y deja entrever un horizonte industrial aún más obscuro, incierto y pavoroso para el porvenir.

He aquí como cayó la Barceloneta desde el alto pedestal de su pujanza.

Su mal no fué congénito, sino adquirido; sucumbió, no porque le faltara aptitud industrial, ni espíritu de empresa, ni porque sus obreros no fuesen inteligentes, hábiles y honrados; fué arrollada por los grandes luchadores del progreso científico al llevar la acción a la esfera práctica, lucha noble, lucha de inteligencia y laboriosidad que determina un progreso real y efectivo en la marcha humana al desenvolverse en sus admirables y útiles aplicaciones industriales, pero lucha al fin que si produce glorias y riquezas para los más laboriosos, a veces para los más afortunados, destruye, aniquila o mata a regiones menos favorecidas por la suerte. Si las revoluciones económicas trascendentales y profundas, que convirtieron la riqueza de este barrio en general desventura, hubiesen preocupado cual debieran por su grave importancia a nuestros procuradores; si hu-

biésemos estado bajo el amparo inteligente y patriótico de gobiernos previsores y autoridades paternales perfectamente identificados en su misión de supremos moderadores de todos los intereses contradictorios, y que cual centinelas expertos vigilaran constantemente para precaver la dislocación de intereses creados al imponerse un nuevo adelanto industrial o científico y facilitaran por todos los medios racionales las debidas compensaciones, favoreciendo la creación de nuevos gérmenes de vitalidad, la Barceloneta que siempre recibió con júbilo generoso las nuevas de todo progreso, no hubiera quedado cándidamente burlada.

He aquí la legitimidad de los títulos de esta barriada, cuyos sacrificios por el adelanto del siglo son tan perfectos, y cuya protección debería ser preferente, espontánea, oficiosa; por esto pide con justicia que se tome en cuenta su situación y se eleven en su zona los trabajos y el movimiento industrial y mercantil al nivel de sus necesidades; que se ladeen para ello los obstáculos opuestos a obtener tales beneficios; que dejen de ser estériles sus gestiones; que se adopten, en fin, resueltamente y con energía medios de salvarla de su ruina.

Este resultado podría perseguirse con eficacia, si intimáramos nuestro trato apretando el nudo de nuestra simpatía, buscando y aquilatando el valor de las personas capaces de la abnegación indispensable para trabajar donde quiera que fuese necesario, en las esferas oficiales, en las urnas, en la prensa, en el seno de las sociedades, en todas las manifestaciones de nuestra vida social, promoviendo incesantemente la unión de todos los elementos, despertando un bien entendido espíritu de asociación, buscando en la solidaridad de los intereses los fecundos resultados que, sólo por la agrupación de las fuerzas dispersas puede alcanzarse.

En el interior de la ciudad, y particularmente para los barrios céntricos y para los del Ensanche, se monopoliza la administración, el favoritismo y todos los medios, para el

logro de innovaciones ventajosas, mientras que en la Barceloneta dista mucho de emplearse en servicios esencialmente imprescindibles, el importe proporcional de nuestros tributos y arbitrios,

Con un poco de interés de nuestra parte, los señores diputados y concejales que obtienen nuestros sufragios reconocerían indudablemente que, a la vez que diputados de la Nación, de la Provincia, o individuos de la municipalidad, sin perjuicio de la defensa de los derechos generales, son diputados y concejales por la Barceloneta, y les incumbe ante todo la defensa de los intereses y derechos de esta localidad arruinada que lucha para reconstituirse. Ellos podrían ser los porta-estandartes de nuestro patriótico arranque, con lo cual realizarían un deber nobilísimo de altísima trascendencia. Hemos sacrificado todo cuanto poseíamos para la marcha de los adelantos, y no es equitativo ni justo que no se tome a empeño el rehabilitarnos y se nos tenga relegados a situación tan angustiosa.

Una detenida observancia, estimulada por la apremiante necesidad y aquilatada bajo un criterio racional, podría ir señalando a nuestros mandatarios los proyectos, argumentos, negocios, todos los asuntos que nos fueran de reconocida vitalidad o pudieran ofrecer ventajas más o menos importantes para esta barriada, a fin de que ellos, en sus respectivas esferas de acción, negociaran los medios conducentes y expeditos para el logro más inmediato de los beneficios vislumbrados.

¡Qué tema tan fecundo tendrían en la actualidad, abogando para la pronta terminación e inversión acertada de las obras que la Junta del puerto tiene emprendidas, destinadas a mejorar el malestar de este barrio, sentando tal vez los cimientos de una riqueza para lo futuro!

Con su apoyo activo y resuelto podrían resolverse los expedientes entretenidos en altas esferas, y se hallaría una solución que zanjara las dificultades nacidas del expediente de los almacenes del Bajo Andén pendientes desde 1878,

con lo que se traducirían en hechos los principios, dándose gran impulso a los muelles de la Riba y del Depósito que nos prometen atraer el movimiento al lado de acá; se daría término al depósito comercial y se imprimiría mayor actividad a los muelles de fábrica para el emplazamiento de la dársena y careneros destinados al servicio de los diques que esperan ansiosas la marina y sus industrias. Otra ventaja que podrían recabar en favor de esta barriada, sería la reducción del impuesto de puertos que se satisface en esta ciudad, que por muy excesivo, da lugar a que se alejen del nuestro numerosos buques.

Con el desenvolvimiento de estos trabajos, y cuantos contiene el vasto proyecto del puerto que acelerarían el renacimiento de nuestros oficios de construcción naval, daríase ocupación a tantos braceros venidos a nuestro barrio de todas las comarcas de España; y si no fuese bastante, ahí están suspendidas las obras de los edificios militares, los cuarteles de Alfonso XII y María Cristina, los del Bruch y Gerona, y en lenta construcción la cárcel modelo y el palacio de Justicia.

Todos y cada uno de los habitantes de la Barceloneta deberían contribuir a una labor semejante de concentración y de atracción de personas valiosas, para recobrar gran parte de su perdido movimiento de tráfico, y poder esperar días bonancibles de prosperidad.

Sacudamos nuestro marasmo.

Busquemos en el pasado de este pueblo el vaticinio de su porvenir. Escritas quedan las cualidades que distinguieron a sus fundadores: Voluntad enérgica, cohesión indestructible, actividad incansable, espíritu emprendedor, perseverancia a toda prueba. Si adquiriéramos estas virtudes, podríamos ofrecer a propios y extraños el magnífico ejemplo de lo que pueden los que luchan por la grandeza de sus futuros destinos.

Si no es así, si por criminal apatía o por mezquinas diferencias, siguiéramos desunidos arrastrando esa lángui-

da existencia, en lugar de las bendiciones de nuestros hijos, habríamos merecido el anatema de las generaciones del porvenir.

Con estos párrafos cerramos los incompletos trabajos conque hemos pretendido popularizar en esta población, sucintas nociones de su origen y desenvolvimiento, dando a conocer a sus hijos los heroicos hechos de sus ascendientes, su virtud y patriotismo, sus vicisitudes, sus amargos conflictos, sus triunfos, las causas que les proporcionaron un envidiable bienestar y las que los precipitaron a un abismo de infortunios.

En sencillo lenguaje, sin pomposas descripciones, siquiera sea en pálido bosquejo, pero con certeza y fidelidad tal como nos ha sido facil reunirlos, hemos agrupado un conjunto numeroso, sino completo, de descripciones de acontecimientos singulares y memorables, de episodios, situaciones, personajes, circunstancias y curiosos pormenores, notas de tiempos remotos cuya memoria se había perdido o vagaba indecisa, registrando cuanto haya ocupado la atención y excitado la curiosidad pública, cuanto merecía, en fin, ser recordado por su notoriedad o importancia, o cuyo interés no haya desaparecido.

Constituye pues, este modesto trabajo, una imperfecta reseña, y por lo tanto no podemos asumir responsabilidades por las omisiones que se observen.

Esto no obstante, declaramos que hemos puesto todo nuestro interés en presentar la Barceloneta tal como ha sido y como es, valiéndonos de la experiencia, de documentos fehacientes, ayudando nuestra investigación las reminiscencias y recuerdos que conservamos desde la niñez con un poco de esfuerzo reconstitutivo, y los ecos de la tradición comprobada de labios de ancianos, cuyos padres y abuelos les había referido sucesos y pormenores notables, pudiendo así obtener forma y color para exponer una síntesis histórica bastante extensa de la Barceloneta.

Quizás la reproducción de noticias que el lector co-

nociera de antemano, le habrán causado fatiga; pero no hemos podido prescindir de reseñar acontecimientos y personas que imprimen sello en hechos y costumbres de la localidad. Muchos son los vacíos y defectos que contiene.

Solo movidos por un legítimo amor a la Barceloneta emprendimos y perseveramos hasta el fin, esta tarea confiando más en la benevolencia del público que en su escaso mérito. Por esto creemos que nuestros lectores, benignos para con nosotros, habrán suplido con suficiencia los lunares que contiene, por lo cual les enviamos nuestra gratitud y reconocimiento.

AVELINO GUITERT DE CUBAS

Copia de la partida de defunción del Excmo. Sr. Marqués de la Mina

D. José Rodón y Costa, Presbítero. Beneficiado de la Rda. e Insigne Comunidad de Santa María del Mar de esta Ciudad y Archivero de la misma.

Certifico: Que en uno de los libros de «Funeraria» perteneciente al año 1767, archivado de en este de mi cargo se hallan las relaciones siguientes:

«Diumenge als 25 de Janer de 1767 a Una hora y Vint minuts de la matinada passà a major vida lo Excm. Sr. D. Jaume Miquel de Guzman, Dávalos, Espinola, Palavecino, Ramírez de Haro, Santillan, Ponce de León, y Messía, Marqués de la Mina, Duque de la Palata, Conde Pezuela de las Torres, Príncipe de Massa, Marqués de Cabrega, Barón de Mossota, Senyor de Santaren, Grande de España de primera classe, Gentil Hombre de Cámara con Exercicio, Cavallero del Insigne Orden del Toyson de Oro, y de los de Santi Espíritus, San Genaro, i Calatrava, Administrador en el de Montesa, de las Encomiendas de Silla y Venasal, Capitán General de los Ejercitos de S. M. Director General del Cuerpo de Dragones, Gobernador, y Capitan General del Ejercito y Principado de Catalunya y Presidente de la Real Audiencia; habent rebut tots los Sagraments de la Eucharistia y Extremaunció, lo Cadaver del qual, lo Dijous die 29 de dit Mes de Janer, fons associat á la Iglesia de San Miquel del Port, construhida, á impulsos de sa Devoció en la nova Població de Barceloneta, en la Marina, Sufraganea de la present Iglesia Parroquial de Sta. María del Mar, ab Sepultura General de Beneficiats, ab Assistencia de tota la Capella de Cant de dita Iglesia, ahont se li doná Eglesiastica Sepultura.»

«Lo dijous die 29 del corrent Mes de Janer á las 9 horas del Matí se formaren los cinch Batallóns de Guardias Walonas en lo Plá de Palacio, ab doble fondo per poderhi estar tots, y desdel Portal de Mar fins á la Iglesia de S. Miquel del Port, estavan formats los Regiments de Naps, y Africa, ab assistencia de tots los Capitans y Coronels, fent la Espontonada quant passava lo Cadaver del Exm. Sr. Marqués, y a las 10 horas isqué la Nostra Comunitat de la pñt. Iglá. encaminantse per la Expaseria, y al arribar a la Porta del Palacio, se feu una absolta, ab Musica, com es costum, estant dins lo Portal lo Ataut, ab lo Cadaver, compost de Vayeta negra, ab Quatre Armas del Marqués unas en quiscuna part del Ataut, circuint a dalt del ataut un vellut negra ondejat,

guarnit de galons, y borlas de or, sobre estaba lo Cadavér del difunt Marqués, vestit ab los Abits de Calatrava, y Santi Spiritus y St. Genaro ab lo Manto Ducal cayent lo rossech per detras lo Ataut, y en lo pit estavan las veneras, en la ma dreta portava la Espasa desenveynada, y en la ma esquerra lo Bastó de General; feta la Absolta se encaminá la Professó en drechura a la Iglesia de Sant Miquel del Port en la que assistian los Religiosos Dominicos, de St. Francesch, Agustinos Calçats, Carmelitas Calçats, Monichs, Caputxins, Servitas, La Rnt. Comunitat de St. Miquel —Parroquia de dins la Ciutat, y la Rnt. Comunitat de la pñt. Iгла.»

Concuerdan con sus originales. Y para que conste libro el presente que firmo y sello con el de esta Comunidad en Barcelona a los diez y ocho de Diciembre de mil novecientos seis, a instancia de D. Enrique Guitert y Fontseré.

José Rodón y Costa, Pbro.

Archivero.

TESTAMENTO

del Excmo. Sr. Marqués de la Mina.

Despacho del Tribunal Real de la Auditoria de guerra de la Ciudad de Barcelona y Principado de Cataluña, a favor del Rdo. Vicario Cura de S. Miguel del Puerto, por la testamentaria del Exmo. Sr. Marqués de la Mina, relativo a la administración de las tres casas sitas en la calle Mayor de la Barceloneta dejadas a favor de la referida Iglesia.

En la Ciudad de Barcelona a treinta de Enero de mil setecientos sesenta y ocho. Por cuanto el Exmo. Sr. D. Jaime Miguel de Guzman Dávalos; Marqués de la Mina, Gobernador y Capitan General que fué de esté Ejército y Principado habiendo mandado construir, con arreglo a instrucciones de la Corte y en virtud de ordenes Reales, la nueva Población de Barceloneta bajo el titulo y protección de S. Miguel dicho del Puerto, cuyo terreno concedió Su Magestad por via de recompensa a los vecinos de esta Capital que habian perdido el suyo, en la demolición del Barrio, que antiguamente se conocia bajo la denominación de la *Ribera*, y es en el día Esplanada o Glasis de la Ciudadela, hizo levantar por su cuenta en terreno sobrante ocho casas que desde luego destinó S. E. para el culto y adelantamiento de la referida Iglesia de S. Miguel del Puerto, según claramente lo manifiestan las clausulas que en disposición testamentaria; comprendida en ella la Carta Adición que está al foleo 16 de la Pieza

primera de los Autos concernientes al inventario de sus bienes, que es la siguiente.

Clausula Testamentaria. De las casas de S. Miguel en la Barceloneta se han de pagar de su alquiler *diez y ocho libras* de esta moneda todos los años para un relojero que cuide y tenga corriente el reloj; y el resto de su alquiler se empleara en la *fiesta de S. Miguel de Mayo* en su mismo templo de la Barceloneta, y en la del *Corpus* dispuesto y administrado por el que allí fuere Economo. Las otras tres casas de Barceloneta ultimamente fabricadas que no tienen a su puerta rótulo, que los apropie a S. Miguel se han de emplear, y algunas otras, que pienso aumentar si vivo y puedo, en *dotar Huérfanas de Barceloneta de cincuenta libras* a cada una producidas de los alquileres, y se han de pagar el día de S. Miguel de Mayo por su elección en cuanto viva y después del que fuese Marqués de la Mina. Habiendose formalizado Pieza separada sobre este punto que es la del número 12 empezada a veinte de Febrero de mil setecientos setenta y siete por denuncia hecha de las referidas Casas por D. Joaquin Bernad, junto con la cantidad de mil novecientas noventa y dos libras un sueldo y nueve dineros, que tenia destinadas su E. para obras, fiestas de S. Miguel y otras cosas concernientes a su Iglesia, y de una certificación de crédito contra la Real Hacienda cedida por su dueño el Mariscal de Campo D. Miguel de Irumberri y Balansa a favor de la misma Iglesia; con fecha del once del corriente el Sr. D. Miguel de Galves Gallardo del Consejo de S. M. su Alcalde de Hijos-dalgo de la Real Cancilleria de Valladolid, y Auditor General de Guerra de este Ejército y Principado, en vista de la instancia, que hizo el apoderado del Exmo. Sr. Duque de Albuquerque actual Marqués de la Mina y legítimo sucesor del nombrado Exmo. Sr. Marqués difunto, de la disposición testamentaria de S. E. y de la renuncia hecha por la Sra. Marquesa su viuda de la herencia usufructuaria en Valencia a *diez y nueve* de Mayo del año proximo pasado, dijo que debía adjudicar y adjudicó la propiedad de las *ocho casas* arriba contenidas a la referida Iglesia de S. Miguel del Puerto, con la administración y destino, que previenen las clausulas de la citada Carta de Adición al testamento que esta al folio 16 de la pieza primera, con reserva del Patronato a favor del actual Marqués de la Mina, y de los que le sucedan legítimamente, para lo que interpuso su autoridad y Decreto judicial y mandó, que precedida la aceptación y correspondiente obligación por la parte del actual sucesor, y del Economo, se procediese a los actos de posesión y se librasen los testimonios, que les conviniesen y pidiesen. Cuya providencia se hizo saber a los actuales Economo de S. Miguel, y sucesor en el Marquesado de la Mina que la aceptaron cada uno por la parte que les respecta, y se obligaron al cumplimiento de la disposición del dicho Exmo. Sr. Marqués de la Mina sobre este

punto. Y habiendose considerado preciso para extender esta escritura de fundación del Patronato y agregación de las referidas Ocho Casas a la Iglesia de S. Miguel del Puerto, hacer justa medición y deslinde de ellas, se procedió por medio de Peritos al que sigue.—**Casas en 1.º lugar.** Primeramente una casa de número treinta sita en la Calle Mayor, en cuyo frontispicio hay una tarjeta pintada y grabada con unas balanzas, y una espada y un rotulo, que dice *de San Miguel del Puerto*, con tres puertas, que salen la una por parte de Mediodía a la dicha Calle, por parte de Cierzo a la de S. Telmo, por parte de poniente a la de San Carlos, y por parte de levante confina con una Casa de número 31, también destinada a S. Miguel por el Exmo. Sr. Marqués de la Mina. Otra de n.º 31 con dos puertas una a Mediodía que sale a la misma Calle Mayor, y otra por la de Cierzo por la Calle de San Telmo, y por parte de Poniente y levante confina con las Casas también destinadas para S. Miguel, la una ya dicha n.º 30, y la otra n.º 32 —Otra inmediata en la misma Calle Mayor, con dos puertas, una a Mediodía, que sale a la misma Calle, y otra por la de Cierzo a la de San Telmo, y por parte de poniente confina con la otra casa de S. Miguel, n.º 31, y por la de levante con otra propia de Doña Elena Serrat, viuda de D. Felipeneri Pujals.—**Casas en 2.º lugar.**—Otra casa sita en la Calle del Lavadero, con tres puertas que salen, una por la parte del Mediodía a la referida Calle del Lavadero, otra por la de Levante, a la de S. Fernando, y otra por la de Cierzo a la de S. Ramón, y por parte de Poniente confina con otra casa fabricada tambien por disposición del mismo Sr. Marqués de la Mina. Otra casa sita en la misma Calle, con dos puertas, que salen, una por la parte de Mediodía a la espresada Calle del Lavadero, y otra por la de Cierzo a la de S. Antonio, y por parte de Levante confina con la casa próximamente referida, y por parte de poniente con otra también fabricada por disposición del espresado Sr. Marqués de la Mina. Otra sita en la misma calle del Lavadero, con dos puertas que salen, una por la parte del Mediodía a la referida calle de Lavadero, y otra por la de Cierzo a la de San Antonio, y por parte de Levante, confina con la casa últimamente descrita, y por parte de Poniente, con otra casa propia de D. José Alier, maestro albañil. —Otra en la misma calle del Lavadero, con dos puertas, que salen una por parte de Mediodía a la espresada calle del Lavadero, y otra por la de Cierzo a la de San Antonio, y por parte de Levante y la de Poniente, confina con otras dos casas propias de Andrés Bosch, maestro albañil.—Otra en la calle de Sevilla, que tiene dos puertas, una por parte de Mediodía en la dicha calle, y otra por la parte de Cierzo, en la calle del Baluarte, y por parte de Levante confina con otra casa propia, en parte de Pedro Vidal, Marinero, y en parte de José Basols, Pescador; y a Poniente con otra casa propia del Patrón Felipe

Juliá. Todas las cuales ocho casas tienen cuarenta palmos en cuadro cada una según consta de la diligencia de medición y deslinde, ejecutada para la formación de la presente escritura.—En cuya consecuencia el enunciado Exmo. Sr. D. Miguel Joseph María de la Cueva, Velasco, Enriquez, Guzman y Espinola Duque de Albuquerque, Marqués de la Mina y de Cuellar, Conde de Ledesma; y de Huelma, y de Pezuelo de las Torres, etc. Gentil-hombre de Cámara de S. M., con ejercicio y Coronel del Regimiento de Dragones de Lusitania en calidad de heredero y universal sucesor al título; Grandeza y Mayorazgo del Exmo. Sr. Marqués de la Mina, difunto, en virtud de la disposición testamentaria de este último y demás títulos expresados en el preludio de esta escritura queriendo poner en ejecución lo prevenido por dicho señor Exmo. con la más escrupulosa exactitud, singularmente aquellas cosas que respectan al mayor culto y gloria de Dios, y ajustándose a la providencia del Sr. Auditor General de Guerra, dada en once del corriente. Dijo que como mas haya lugar en dicho erigía y fundaba como por tenor del presente erigió y fundó en la Iglesia de S. Miguel del Puerto de Barceloneta. Primeramente una fiesta, que se ha de hacer en ella todos los años perpetuamente el *día ocho de Mayo*, en que se celebra la *Aparición de San Miguel Arcangel*. Otro sí.—Una fiesta, que tambien se ha de celebrar anualmente en dicha Iglesia el día de la festividad del Corpus. Otro sí.—Corresponsión de diez y ocho libras moneda Barcelonesa, qué se han de destinar en cada año para un relojero, que cuide y tenga corriente el reloj de dicha Iglesia. Otro sí.—Y finalmente una *Causa Pía para dotar Huérfanas de la misma Población de Barceloneta*, en la cantidad de cincuenta libras Barcelonesas a cada una. Y siguiendo el tenor de la Cláusula testamentaria, que se lee en la Carta Adición al testamento de S. E. y queda arriba inserta, nombró en Administradór de las Fundaciones espresadas en primero, segundo y tercero lugar al Economo, que hoy es, y será en adelante de la referida Iglesia y se reserva el Patronato que tiene aceptado en sí, y para sus sucesores Marqueses de la Mina conforme a las cláusulas citadas del testamento de la Obra Pía, fundada para dotación de Huérfanas, explicada en cuarto lugar. Y por cuanto, toda pía fundación exige una dotación congrua y competente para poder ejecutarse lo que por ella se ordena. Por tanto el referido Sr. Excmo. cedió, traspasó, y consignó a Dios Nuestro Señor y a la Iglesia de San Miguel del Puerto, y en nombre de ella, y de dichas Pías Fundaciones a su Economo actual, y a los que le sucedan en este encargo, presente a esta escritura, las ocho casas arriba expresadas con el deslinde y confrontaciones allí contenidas, y con todos sus derechos, y pertenencias universales, esto es, la de los números 1. 2. 3. explicadas en primer lugar, en cuyos frontispicios está grabado el Escudo de San Miguel,

y se leen rotulos, que las apropian a este Santo, para que se destine el producto de sus alquileres para la manutención del Reloj hasta en la cantidad de diez y ocho libras Barcelonesas, como está dicho y para cumplimiento de las Fundaciones de las dos Fiestas en los días del Corpus y de la Aparición de S. Miguel. Y las de los números 1. 2. 3. 4 y 5 expresadas en segundo lugar, para que el producto de sus alquileres se aplique a la Pía Fundación de dotación de Huérfanas últimamente erigida. La cual cesión y traspaso hizo S. E. con las condiciones siguientes.

1.—Primeramente que la Administración de las tres referidas Casas, cuyo destino es el de las Fundaciones de las dos Fiestas en los días del Corpus y de S. Miguel, y la corresponsión de las diez y ocho libras al Relojero, quedara al *cargo del Economo que hoy es y en adelante fuese de la referida Iglesia;* y la Administración y cobranza del producto de las otras cinco que deben aplicarse a la dotación de Huerfanas, deberá quedar a la persona que el Excelentísimo Sr. Patronato diputase para este efecto.

2.—Que el expresado Economo, y sus sucesores, y la persona, o personas diputadas por S. E. para la referida Administración deberán dar cuenta a S. E. cada año del producto, y legítima inversión, para que por ningún pretexto ni descuido deje de darse el mas exacto cumplimiento a la voluntad del testador.

3.—Que al Economo por el trabajo y cuidado que ha de tener en su Administración se le ha de considerar el cinco por ciento de lo que liquidamente resultase producido, y haber recaudado en cada un año por el alquiler de las habitaciones, que comprenden las referidas tres Casas.

4.—Que por cuanto el Maestro Relojero Antonio Bou ha cuidado por espacio de ocho años de tener corriente el Reloj de la referida Iglesia de S. Miguel, se le deberán satisfacer ciento cuarenta y cuatro libras Barcelonesas al respecto de diez y ocho libras de la misma moneda que ha acreditado en cada uno de los ocho años, y se le continuará en lo sucesivo mientras cumpla con el encargo.

5.—Que el producto de las cinco Casas sujetas a la dotación de Huérfanas, deducidos anteriormente los gastos de Administración y separado de lo sobranse un fondo correspondiente para los reparos, y obras, que podran ofrecerse en ellas, se ha de invertir en dotación de *huérfanas de honesta vida naturales de la misma Población de Barceloneta* al respecto de cincuenta libras Barcelonesas a cada una para cuyo efecto la persona diputada para esta Administración deberá hacer y remitir las propuestas a S. E. que eligirá las doncellas en quienes hubieren de recaer los nombramientos, lo que se ejecutará de conformidad, que el día de la fiesta de la Aparición de S. Miguel puedan

publicarse las Huérfanas dotadas, *cuyo número deberá ser correspondiente al total del producto*, hechas las bajas y retención arriba esplicadas.

6.—Que en ningún modo puedan confundirse las rentas de estas dos Administraciones, que el referido Exmo. Sr. Patronato quiere se mantengan siempre con la separación, con que las destinó, y aplicó el Exmo. Sr. testador.

7.—Finalmente que deba ser aceptada la referida Fundación por el expresado Economo en nombre de tal, y el de sus sucesores en este encargo.

Con cuyas condiciones, y no sin ellas hizo S. E. en la calidad referida esta cesión, y traspasó a favor del citado Economo, y de sus sucesores en nombre de dichas Pías Fundaciones, como mas en derecho proceda, con todas las clausulas de estracción de dominio, promesa de entregar la posesión de ellas, cesión de derechos, y acciones, constitución de Procurador, como en cosa propia, clauula de intima y demas necesarias.

Y prometió haberlo por firme, y validero, y no contravenir a ello por motivo alguno con cargo y obligación de todos sus bienes, y derechos muebles y sitios, presentes y venideros, con todas las renunciaciones necesarias. Y el Rdo. Antonio Solér Pbro. y el actual Economo de la referida Iglesia de San Miguel del Puerto presente a esta Escritura, aprobado, rectificando, y confirmando cuanto en ella se contiene con los pactos, y condiciones referidas, a que consiente por sí, y sus sucesores en este encargo, ratificó la aceptación, que tiene hecha en trece del mes próximo pasado; y en su consecuencia prometió haberse bien, y fielmente en la administración de las tres casas que se le ha cometido, y que cumplirá, y observará todo lo demás que en razón de lo estipulado en la presente escritura venga a su cargo, sin dilación, y excusa alguna, con los acostumbrados salarios de Procurador, y con restitución, y enmienda de daños y costas estipuladas como es de estilo. Y para su cumplimiento obligó todos los bienes, derechos y emulumentos de la referida Iglesia, muebles, y sitios, presentes y venideros, y no los propios, por tratar de cosa ajena, con todas remuneraciones necesarias, y las debidas y universales clausulas. En cuyo testimonio así lo otorgaron, firmaron y juraron en la forma que se requiere, siendo testigos D. Alonso Díaz Mauro, Capitán de Dragones de Lusitania y D. Joseph Dominguez de Soria=El Duque de Albuquerque Marqués de la Mina=Antonio Soler y Josep Folch Pbro. Economo de la Iglesia de S. Miguel del Puerto.=Antonio Mariano=Joseph Sala=esta copia, que contiene siete hojas utiles, la primera en papel del R. S. Sello primero y las demás en el común, conuearda con la Escritura de Fundación, original, que para en el Registro común de esta Auditoria General de Guerra del Ejercito y Principado de Cataluña, respectivo al corriente año, a que me remito. Y para que se le de entera fé, y credito, la signo y firmo en Barcelona a diez de Febrero de mil setecientos setenta y ocho. En testimonio † de verdad=Mariano Joseph Sala.

DEFUNCIÓN

del Excmo. Sr. Marqués de la Mina.

En el archivo de la Insigne Comunidad de Presbíteros de la Iglesia Parroquial de Sta. María del Mar de esta Ciudad, obra un escrito, relativo a la defunción del Excmo. Sr. Marqués de la Mina, que copiado literalmente dice así:

«El día quince de Enero del año mil setecientos sesenta y siete. Hallandose su Excmo. atacado de pecho, pidió los Santos Sacramentos, que recibió con mucha devoción a las nueve de la noche del referido día, con el mayor silencio, para evitar la etiqueta y consiguientes visitas que pudiesen afectar a S. E. no pudiendo recibirlas por causa de la enfermedad. La Rda. Comunidad y Obreros quedaron, dentro de la Iglesia, con hachas en las manos y a puertas cerradas acompañaron a S. D. M. que subió por la escalera de la tribuna. Asistían a S. E. el Rdo. Dr. D. Juan Gallisá y el Rdo. Sr. Pinell Sacerdote de la Misión. Igualmente se hallaban presentes el Dr. Esteve y D. Pablo Rabassa Medico y Boticario de S. E. en la noche del día diez y nueve el Rdo. Vicario Perpétuo le administró la Santa Unción y en seguida hizo entrega en debida forma de dos pliegos, el uno por la Excmo. Sra. Marquesa su esposa, y el otro era su testamento. En estos últimos días, recibió de Visita y en el despacho...

Falleció: a la una y veinte minutos de la madrugada del día veinte y cinco de Enero del año mil setecientos sesenta y siete, a la edad de setenta y siete años y diez días.

El cañon de los fuertes, anunció a la ciudad tan sentida muerte la que recordó sucesivamente cada media hora. Inmediatamente fué vestido de Habito de Capuchino y permaneció de esta forma veinte y cuatro horas, pasadas las cuales fué embalsamado y Vestido de gran uniforme de Capitán General con los mantos e insignias de las Reales ordenes de Sancti Spiritus, San Genaro y Montesa.

El Salón de Palacio estaba cubierto de negro, se levantó en medio un Tumulo sobre cuatro gradas, en el que se puso de cuerpo presente el cadáver de S. E. y tres mesas de Altar con todo lo necesario para la celebración del Santo Sacrificio.

Así en el Tumulo como en las paredes se veían pendientes varios Escudos de Armas de S. E.

El Rdo. Dr. D. Silvestre Vives Beneficiado de esta Iglesia de Santa María del Mar, entonces Procurador de Funeraria, dirigió todo lo perteneciente a las honras funebres de S. E. por encargo de la Excm. Sra. Marquesa.

Tres días estuvo de cuerpo presente, celebrandose Misas muy de mañana hasta medio día y por la tarde los responsos de las Comunidades Religiosas y la de la Parroquia con toda la Musica de su Capilla doce Sacerdotes de la Rda. Comunidad de Sta. María, relevandose cuatro veces al día asistieron de noche y de día rezando salmos y otras Preces en rededor del Féretro del difunto Marqués. En el primer día celebraron Misas las Rdas. Comunidades de Franciscanos, Servitas y Capuchinos. En el segundo, las de P. P. Mercenarios, Agustinos Calzados y Descalzos. En el tercero, P. P. Carmelitas, Trinitarios Calzados y los Minimos. Y finalmente se distribuyeron diez mil Misas.

Exequias. A las diez de la mañana del día veinte y nueve, salió la Reverenda Comunidad de Santa María, pasando por la calle de la Espasería al Palacio a donde estaba el Cadáver de S. E. y se ordenó el acompañamiento del modo siguiente: Doce Andadores, montados a caballo enlutados, vestidos de negro, publicando uno tras otro la muerte del Excmo. Sr. Marqués de la Mina, estos eran de diversas Congregaciones, y Cofradías de que era Hermano el esclarecido difunto. Seguían cuatro Soldados espada en mano, también a caballo. En seguida venían setenta Doncellas de la Casa de Misericordia vestidas de Bayeta negra con un canastillo, *Cova* en la cabeza. Inmediatamente el pendón de la Cofradía de Jesús Nazareno acompañado de varios Caballeros y Militares con hacha. A este seguían tres cruces, de la Parroquia la de San Miguel Arcangel de la Ciudad, y la de los P. P. Capuchinos. Algunos Capellanes residentes de la Parroquia de San Miguel Arcangel precedían a los Religiosos que seguían después de estos. Los P. P. Agustinos descalzos, los Capuchinos, y Servitas con las cuatro órdenes Mendicantes y la Reverenda Comunidad de Presbíteros de Sta. María a la derecha y la de San Miguel a la izquierda toda la Capilla de Música de la Parroquia y el Gremial. Venía enseguida la Nobleza, el estado mayor Militar, y los Ministros con hacha en número de ciento setenta y siete. El Cadáver de S. E. estaba sobre un elevado ataúd hecho al efecto; sostenían las glases del féretro Tenientes Generales y Caballeros de diferentes Ordenes. Circuían al Cadáver los Pajes de Cámara de S. E. con hacha, y diferentes criados mayores del difunto sosteniendo el manto que pendía del cadáver. Presidía el entierro el Excmo. Señor Gobernador de la Ciudad. Cerraba la procesión la Guardia Real Walona que era la que estaba de servicio en Palacio. Quince cañonazos que se dispararon fué la señal de salir el Cadáver de S. E. las puertas del Palacio. La tropa de

la guarnición de la Plaza formó todo el curso, hasta las puertas de la Iglesia de S. Miguel del Puerto, haciendo los honores de ordenanza.

Templo de S. Miguel. La nave de la Iglesia estaba toda cubierta de negras bayetas que colgaban desde el cordón de la cornisa y corriendo por ambos lados hasta el Altar mayor, igualmente estaban las cuatro Columnas del Centro. Pendían a trechos los Escudos de Armas de S. E. y varias poesías alusivas a los relevantes méritos y hechos distinguidos del Excmo. difunto.

Descripción del Tumulo. En el centro de la Iglesia se levantó un Tumulo de Arquitectura de perspectiva compuesto Ochavado, de veinte y seis pies de diámetro y cincuenta y seis de alto.

Consistía en un Pedestal adornado de trofeos Militares. Sobre de los ángulos se levantaban ocho Columnas con sus Capiteles de jaspe para sostener la Cornisa hermoçada de varios jaspes y relieves con las Armas de S. E. Sobre la Cornisa descansaban cuatro grandes Cartelas, que componían un segundo estado adornado de cuatro tarjetas en que estaban pintados cuatro Héroes insignes que refiere la Escritura, de los cuales había copiado S. E. las principales virtudes.

En la de enfrente estaba representado David triunfante del Gigante Goliath, con este lema: *In bello, David.*

A un lado Salomón, con el lema: *In pace, Salomón.*

Al otro lado José, Virrey de Egipto por su providencia, con este lema. *In providentia, Joseph.*

Y en el dorso Moyses con la vara y tablas de la ley, con el lema: *In legis observantia, Moyses.*

Remataba una grada y sobre la cúspide de un Ave Fenix abrasada de llamas, con este lema. *Sic immortalis.*

Todo el Cenotafio parecía de mármol con varios adornos de agujas para la distribución de trescientas luces, y pyras de fuego ardiendo.

En el centro de la Columnata sobre una grada estaba colocado el Féretro.

Se celebró la Misa de Entierro con todo el aparato correspondiente y acompañamiento de toda la Capilla de Música de la Parroquia. Dijo la Oración Fúnebre el Rmo. P. Roque Antonio Gila de la Compañía de Jesús, Predicador, en aquel año, de la Cuaresma de la Rl. Audiencia de Barña., el que en dos de Abril del propio año estaba ya desterrado con los demás hermanos Jesuitas en Córcega. Concluida la Oración cantó la misma Música un fúnebre y patético Responso.

Por la tarde de este día y los dos siguientes vino la Rda. Comunidad a cantar con la misma solemnidad, y Música los Resposos de Costumbre, la Iglesia estaba iluminada como por la mañana.

En los días inmediatos se repitió la misma función con el mismo aparato que el día Anterior, ofreciéndose por las mañanas sin discontinuación muchísimos sacrificios en sufragio del alma del Excmo. difunto.

Concluidas las Exequias, se colocó el Cadáver en un nincho abierto en la pared de detras del Altar mayor, interin se estaba construyendo el Panteón de mármol que debía colocarse....

Traslación. En el día veinte de Mayo de mil setecientos sesenta y ocho, por disposición del Excmo. Sr. Duque de Albuquerque Marqués de la Mina sobrino y sucesor del Excmo. Sr. difunto, se trasladó, con toda la pompa y solemnidad correspondiente los mortales restos del Excmo. Señor Marqués de la Mina, al Panteón que le dedicara su Excmo. Sucesor.

A este efecto se celebró un Aniversario general con Música y asistencia de toda la Nobleza y brazo Militar, convidados por el Excmo. Sr. Duque de Albuquerque, para acompañar con sufragios a aquel grande Héroe que poco antes había sido respetado y obedecido en todo.

Cuyus anima requiescat in pace.

Epitafio que se lee en el Panteón:

D. O. M.

Hic Gusmanorum jacet epitome
Exmus Domus marchio de la Mina
Dux, Princeps, summus imperator, Praces
In acie feelmen, A in anla Flamen
Obút, heul homo at non abút heros,
Cui inscriptio; virtus omrus.

Die XXV Jannarii

Anno MDCCLXVII

R. I. P.

Preferre Patriam liberis Parentem decet»

EPITOME

de la vida y hechos del Excmo. Sr. Marqués
de la Mina escrito por él mismo

Empecé mi carrera militar el año 1705. A sus fines, no teniendo 16 años de edad fuí Capitán de Caballos 4, en el Regimiento de Pozoblanco, Coronel y Brigadier del de Dragones de Lucitania 24. Y después en los Grados

Mayores de Mariscal de Campo y Teniente General, enmendó la Piedad del Rey este atraso elevándome en poco tiempo al de Capitán General, cuando ocupé la Saboya, y obligué al Rey de Cerdeña a repasar los Alpes; y antes, volviendo al año 1736, de la Guerra de Italia, y de las Conquistas, que adquirieron la Monarquía de las dos Sicilias, para el Señor Infante D. Carlos Rey de ellas (a que asistí como Teniente General Subalterno del Glorioso Duque de Montemar,) me constituyó S. M. su Embajador extraordinario, y Plenipotenciario cerca del Cristiánísimo, donde residí cuatro años, y en ellos firmé la Paz de Viena, a que adirió el Rey, y tuve la dicha de resistir un Tratado de Comercio perjudicial a los intereses de S. M. de ajustar las Bodas del Infante Don Felipe, y ejecutarla con la hija mayor del Cristiánísimo, de concertar la de la Infanta D.^a María Teresa con el Delfín, aunque diferida por las edades de los contrayentes al tiempo oportuno, de poner al Rey de Francia el Toison de Oro, y que S. M. se lo pusiese a Delfín, lo que fué pensamiento mío, y proposición a la Corte, sin orden ni prevención antecedente, reparando, que todos los Príncipes de España traían la Orden de Santi Espiritus, sin que los de Francia tomasen el Toisón, que es tanto más antiguo, y le han admitido con aprecio los Emperadores, y las más Testas Coronadas, y de Príncipes de Europa, y aun los mismos de la Francia en los Siglos, que la situación de los confines, y discordancia de intereses, nos constituía enemigos irreconciliables, y por fin me parece, que hasta restituirme a España no me quedó que hacer en Servicio del Rey, y del Estado en los cuatro años de mi manción.

En ellos satisfecho S. M. de mi celo, me honró con el Toisón y a su Real ejemplo (al tiempo de la Boda del Infante Don Felipe) el Cristianísimo con el Santi Espiritu, y casi al mismo plazo, el Monarca de las Sicilias con el San Genaro nombrandome uno de los cincuenta de su primera fundación; como lo dispensó S. M. a los mas que de Tenientes Generales habíamos servido en la guerra de su Establecimiento en Nápoles. Así mismo me hallé con breve intermisión adornado de las primeras Ordenes de Europa, y confundido con la piedad de los Soberanos, que se dignaron revestirmelas, y ojalá hubiese sabido elevar la reflexión de mi humilde reconocimiento, a la primera causa movil de las segundas, que daba latidos a mi ingratitud reconociéndola con beneficios.

Vuelto a España me continuó el Rey sus gratitudes, nombrándome Director General de sus Dragones, y cuando me ocupaba de su revista recibí orden para pasar a encargarme del Ejército, que con el infante Don Felipe debía entrar en Saboya, cuyo destino, a mi arribo a Barcelona hallé revocado, y

en mi lugar al Conde de Glimes, que era Jefe de Cataluña, y se me mandó quedar en el Principado, y Presidente de su Audiencia interino.

A pocos meses se me nombró segunda vez General del Ejército, y partí el año 1742 a mudar el Conde de Glimes, que se retiró a España, y con fuerzas inferiores, arrojé y perseguí las Sardas hasta obligarlas, y a su Soberano, que les daba conducta, a pasar los Alpes, y abandonar la Sawia, de que mantuvimos la posesión y el usufructo desde el de 1742 hasta el 1749 que a la Paz se restituyó por artículo, y por equivalente del Establecimiento en Parma y Guartala del Señor Infante Don Felipe.

En el 1743 medió un Tratado de Paz con el Rey de Cerdeña, que no se me comunicó, y por esta esperanza se me dejó lo mejor del año campado con un Ejército lucido en Montmellán de Sawia, hasta el mes de Setiembre, que desengañada del ajuste la Corte, se me mandó entrar en Piamonte por el Col del Añel del Delfinado, sin Cañón, sin Víveres, y adelantada la Estación, porque nada se había prevenido lisonjeados con la Paz.

Clamé, representé, y dije, que importaba conservar el Ejército para usar de él con mejores medidas el año siguiente, y no arrojarle a los Alpes en aquel tiempo sin objeto, que mereciese el riesgo a que le aventuraban.

Nada bastó para mudar lo resuelto, a que concurrió la Francia con catorce batallones, (pero no con el dictámen) y con doce cañones de campaña.

Era ya primeros de Octubre, cuando entramos en Piamonte, arrastrados de la obediencia, con cabal conocimiento de sacrificio, hallamos en las alturas de la otra parte del Achenal fortificado el Rey de Cerdeña, que nos contuvo, y nos redimió de mucha parte, pues si nos deja introducir más, no repasa un hombre los Alpes, y toma prisionero al Infante.

Este dichoso acaso, y el grito de los franceses a su Corte, previendo, que nos perdiáramos por instantes, movió la de Madrid a desistir del empeño, y se me mandó retirar del Piamonte, pero esto fué ya en 10 de Octubre, y repassando los Alpes el día 12 nos acometió una nevada con tal viento y hielo, que borró los caminos, dificultó la subida, y por milagro llegamos a las faldas opuestas, terreno ya de Francia, dejándonos no poca gente yerta.

En fin se libtó el Infante, y el Ejército y creo que es incidente en que más han servido al Rey mis providencias para que fuese menos el daño, a que me obligó la Corte desatendiendo mi dictámen, y por haberme cautelado lo que se trataba, que según entendí no fué conforme a las órdenes del Rey, desaprobando el silencio que se observó conmigo.

Aliado despues con los franceses el año siguiente de 1744, atacamos el campo de trincheras de Villafranca, que constaba de 14 batallones de que tomaron las tropas del Rey cinco, y el Jefe de todo aquel Cuerpo, que era

el marqués de Susa, de que resultó embarcarse los que quedaron, y ocupar el Condado de Niza, en nombre del Rey, con un campo retrincherado en que había 120 cañones, muchos de bronce.

Pasamos el Piamonte tarde adelantada la estación, porque resistieron los franceses entrar en Italia por el Genovesado, a unirnos con el ejército del Rey, que a la orden del conde de Gages, estaba en la Rumania, y teniendo ya mi vanguardia en el final, habiendo desalojado, sin esperarme en Onella, los Piamonteses, que se retiraron de Villafranca, me obligaron a volver los franceses porque no quisieron seguir.

Con este retardo, y la marcha desde Niza por el Delfinado, era el mes de Julio cuando entramos por el Valle de Stur en el Piamonte, sin víveres por la dificultad y la distancia de los comboyes, sin municiones ni artillería, por que se trataba en las Cortes la providencia, donde eran fáciles y abundantes las promesas; pero en el Ejército tardíos y escasos los efectos.

Sin embargo por el de una bomba o una bala roja que encendió unas obras de fagina en la plaza de Demon, se confundió su guarnición, se arrojó por las murallas y se entregó a merced sin poderlo evitar el Gobernador.

Superando este grave embarazo, entramos en los llanos de Piamonte, habiendo ya con el Principe de Conti (que mandaba los franceses) convenido por papel firmado de ambos, (que aún conservo) que iríamos a atacar el Rey de Cerdeña para desacerle si nos esperaba, o precisarle a pasar el Po, y que nos dejase libertad en el sitio de Cuneo, a que siempre inclinaron los franceses.

Marchamos, Llegamos a Caraglio, menos de tres leguas del Rey de Cerdeña, que en busca de la otra parte del rio, o barranco Grana (que no era del menos estorbo) se mantenía perplejo, porque nos acercamos antes que discurría, respecto a que en el incendio de Demon aceleró nuestros movimientos, y cuando el día siguiente prevenido el ataque quise marchar, se negó el Principe de Conti apretando dificultades, que no había por disfrazar la grave enfermedad del Rey de Francia, que sobre el sitio de Philisbours le puso en los umbrales de la muerte.

Yo, que ignoraba el Arcanó, y obraba sobre lo estipulado, estreche las reconvenções hasta empeñar toda la caballería del Rey en seguimiento de los enemigos, que sin mas que nuestra vecindad, habían marchado validos de la noche con precipitación, de que algunas partidas tomaron cargas de equipaje pero no moviéndose por esta resolución el Principe de Conti, me vi precisado a retirarme, no sin riesgo de ser cargado, si la caballería del Rey no bastase por si sola para hacerse respetar.

No es extraño que en aquel critico periodo se negasen los franceses a dar una batalla; pero yo no me quejaba del hecho, sino de la cautela, y este triste

acaso nos estorbó la operación, dejó entero al Rey de Cerdeña, (que sin duda le hubieramos derrotado) y puesto en salvo, sin pasar el Po, abrigó la defensa de Cuneo, hasta recibir socorros de Alemanes.

Mejoró el Rey de Francia por dicha de la Cristiandad, y emprendimos el sitio de Cuneo por septiembre con las erradas medidas que ya he referido, esto es adelantada la estación, que sin mas que sus lluvias constituía insuperable la empresa, sin bastante artillería, sin municiones, sin viveres, con difícil comunicación al país amigo, con un Ejército enemigo inmediato, (que cada día se aumentaba) y con una plaza formidable por objeto.

Jamás fué mi opinión el sitio en aquellas circunstancias, (aunque en otras le había asentido) pero obraba sin libertad, y aun me falta, para explicar las causales.

Sin tener mucho que sufrir, porque la auxiliaba la estación, y nuestro ataque era tibio, se defendió la plaza lo bastante, para que reforzado su dueño con tropas Alemanas, que le destacó de la Rumania el Príncipe de Lokovitz Jefe Imperial, resolvióse venir a buscarnos, y el que pocos días antes pudimos destruir con superioridad, tenía ya vanidades de agresor.

Resolvimos esperarle de la otra parte del río Stur, en el Campo del Olmo, a que dió nombre un Convento de Agustinos Calzados, que allí se sitúa, y le fortificamos para cubrir nuestra derecha, y dejamos un grueso Cuerpo, que guardase las trincheras y el Parque de Cuneo, amenazados de la guarnición de la Plaza.

Vino bizarro y en buena disposición el Rey de Cerdeña a forzar nuestro Cuerpo, y con erradas noticias, o mal concepto, lo emprendió por el Olmo, que era la menos accesible, donde estaban los Españoles, que le recibieron, rechazaron el primer impulso, y consecuentes los demás del día, sin perder terreno hasta que desengañado el Rey de Cerdeña, y sacrificando la cabeza del Ejército, desistió con la noche, cediendonos el campo, sus despojos, y parte de su artillería.

Los franceses nos ayudaron como buenos compañeros, conteniendo los enemigos, que tenían enfrente, para que no reforzasen su izquierda, empeñada en el ataque de la derecha Española.

Fué muy costoso el día al Rey de Cerdeña, y no fué descuido, porque usamos mal, o poco de nuestra caballería, en que excedíamos mucho.

Yo quise destacar la del Rey, que constaba de cuatro mil caballos de excelente calidad, a buscar los enemigos por su retaguardia, que jamás se apartó del calor de su infantería, pero el Príncipe de Conti lo resistió diciendo que enflaquecía la línea, y que el principal objeto era rechazar los enemigos y mantener nuestro terreno, sin aventurar con la división el suceso, y aunque

no pensaba mal en el principio del combate, ya en la hora que yo lo propuse, habíamos rechazado dos veces los enemigos: era su fuego menos seguido, se conocia su desaliento, veíamos los Oficiales que no podían con la voz ni con el castigo animar los soldados y todas las señales nos convidaba a aprovechar la ocasión.

La perdimos, porque es un monstruo desarreglado cualquier cuerpo de dos cabezas y si hubieramos sido todos españoles o todos franceses, liberta el Rey de Cerdeña su persona con muchos sustos y de su ejército pocas reliquias.

Así lo conoció y lo dijo despues S. M. que entiende la guerra y sabe el Oficio General, y lo acredita despues la precaución de traer cantidad de caballos de frisa con que cubrió su linea, que parece extraño, viniendo a buscarnos, pero le obligó el numero de nuestra caballeria, superior de un tercio a la suya.

Retirado el Rey de Cerdeña socorrió a la Plaza por la otra parte del rio Sefames, que por necesidad debió de hacer para distraer también su mal suceso y aquella comunicación jamás podíamos cortarla sino dividiendo el Ejército con un rio caudaloso en medio, que los mas dias con las lluvias no era transitable, con que era temeridad, a menos de suponernos con duplicadas fuerzas, para contener divididos las de los enemigos unidas lo cual no era.

Volvimos al sitio, y continuando riguroso el Otoño y por instantes mas urgentes la falta de todo, pues llevamos en cuatro dias tres de pan y uno socorro doble en dinero, alimentada la tropa de castañas en que abunda aquel pais. Llamó a Consejo el Infante; y unanimes los Generales franceses con su Jefe el Príncipe de Conti, y los españoles conmigo convenimos y determinamos que se levantase el sitio para redimir los Ejércitos; y así se efectuó sin perder un hombre, ni el menor efecto del Parque o equipajes, porque no hicieron los enemigos lo que podian o debian en los estrechos desfiladeros de los Alpes, que nos hubiera costado mucha sangre antes de conseguir el terreno de Francia.

Así acabó aquella campaña que fué del año 1744, y retirandose a Cuarteles de invierno el ejército del Rey al Ducado de Saboya y condado de Niza, que se conquistaron, como ya he dicho, por las sabias ordenes del Infante D. Felipe, (hoy Duque de Parma) y la dicha de mi conducta en acertar a obedecerlas. Me mandó S. M. pasar a España y en Zaragoza recibí orden para ir al mando de Galicia, sin entrar en la Corte.

Esta sensible prevención, que privandome la dicha de ponerme a los pies del Rey, no pudo leer el honor sin sonrojo, pues me manifestaba su desagrado y me heria en el público, cuando me retiraba de las operaciones que he referido, que aunque se quisiesen negar a mi inteligencia, no podian dejar de atribuirse a mi fortuna: me lastimó el animo, perjudicando mi salud, que ya traían

ofendida las fatigas de la guerra, y me quito la libertad de transferirme al remoto pais de Galicia donde sin duda me hubieran arrastrado los sacrificios de mi sumisión con preferencia de todas las otras consideraciones. Y habiendo representado alli al Rey se dignó de atenderlo y permitirme que cuidase de mi restablecimiento en el retiro de Benasal (Lugar del Reino de Valencia) de la Orden de Montesa que elegi por ser Administrador de aquella Encomienda; donde mandó S. M. que continuase la dirección del Cuerpo de Dragones y se me asistiese con mis sueldos, y en aquel tranquilo descanso me dedique a desear las glorias de mi Dueño, las ventajas de mi Nación y la enmienda de mis ultimas horas que discurri (con gusto) fuesen en aquel destino.

Este fué mi primer periodo de mi mando de las armas, que ignoro porque se me quitó, y como ni entonces ni después se me traia declarado el motivo, ni arguido defecto, y tengo la interior satisfacción de que no incurri en el, temo que la envidia, mi enemiga, vició los informes y puso sus eficacias en que no se me oyese y por esto se me privó sin duda entrar en la Corte, conociendo, que si el Rey (amante de la verdad) me oia quedaría satisfecho.

Vivia yo pues en mi gustosa soledad cuando el dia 9 de Junio 1746, entre las dos y las tres de la tarde murió el Señor Don Felipe V, el Animoso de gloriosa memoria, perdiendo España uno de sus mas valerosos Monarcas y el orbe Cristiano uno de sus más celosos protectores; le arrebató accidente tan violento, que casi no permitió una respiracion entre su insulto y su fatal estrago, pasando de viviente á cadaver, atribuida esta desgracia al pesar que le motivó la batalla ó el ataque malogrado de Placencia en Italia, porque amaba sus vasallos y era celoso de la gloria de sus armas, y la noticia de que uno y otro habia padecido labró en su piedad y en su espiritu con tanta eficacia que superó las valentias de su corazón.

Sucedió en la vasta Monarquía el Sr. D. Fernando el deseado, (sexto del nonbre en los anales) que hoy impera y dominará siglos si por dicha nuestra se mide la duración por el fervor de los votos.

Acordóse S. M. de mí, y pasé al campo desde mi retiro al Soberano impulso de su memoria; I esta es la segunda vez que mandé las armas en el modo siguiente.

Recibí un expreso de Madrid en que de orden del Rey me remitia el Marqués de la Ensenada, (Secretario de Guerra entonces) relaciones de la batalla de Placencia y de la critica situación, en que los ejercitos Español y francés quedaban reducidos en número y en un encierro de donde no podian salir y pensaban por la dificultad del pasar el Po, en atravesar el Milanés y por el Valle de Olost y el pequeño San Bernardo entrar en Saboya: sobre todo lo que se me mandaba explicar mi sentir.

Confieso que me confundió la especie sin saber como desempeñar la Real confianza y proponer el acierto, porque no conocía el país ni la fuerza de los enemigos ni su situación, pero estando impuesto de lo que eran las entradas del valle de Aost, con la Sawia (porque siendo frontera del terreno que ocupé en mi primer campaña la había examinado) discurrí desde luego, que el pensamiento era temerario dictado por el despecho imposible de practicarse, pues ni el Milanés se podía forzar, ni las montañas del valle de Aost y el pequeño San Bernardo eran excesibles sin más defensa que sus naturales; ni las Plazas ni los rios que se encuentran podían desviarse todas, y en fin me figuré que ni el Infante solo llegaría a Sawia con poca oposición que los enemigos hiciesen; y así lo manifesté quedándome la inquietud de ponderar el daño sin proponer el remedio, por no alcanzarle mi discurso a tanta distancia en país extranjero de mi noticia y saber las fuerzas enemigas los pasos que tenían tomados.

En la misma perplejidad se hallaba la Corte y entendida de mi respuesta me mandó el Rey partir a encargarme del ejército ganando los instantes.

Ejecutélo con la ciega puntualidad que debía, pero con mucha batalla interior, porque ignoraba el camino y el modo de llegar a Placencia, de donde ni un correo se despachaba y solo algún paisano muy pagado y muy experto, pasaba a Génova por sendas y montes algún billete escondido con noticias de aquel miserable Ejército y yo iba resuelto a valerme del mismo arbitrio, e introducirme, pero me redimió de este riesgo la grande operación nunca bastantemente alabada, que ejecutaron los dos Ejércitos combinados desde su carcel de Placencia, engañando los enemigos con ataques fingidos y marchas forzadas para llegar al Po, construir puentes y pasarle con tan justas medidas y precisión de horas, que cuando acababan el tránsito, llegaban los alemanes por el frente y los sardos por la espalda a ser testigos de su descuido y sin poder ser ya opositores de la maniobra.

De esta admirable operación tan digna de elogio, como de acreditar a su autor, pretenden serlo los franceses y no lo consienten los españoles, ni hay quien pueda juzgarlos menos discursivos para encontrar con lo mejor y en este problema me parece lo más razonable decidir qué sería de unos y otros, pues juzgando el resto en ella, es natural que la confiriesen y la calculasen muchas veces el Conde de Gages, Jefe del Rey del de Francia, el Mariscal de Maillebois, pues aunque no reinaba mucha armonía en los dos, eran hombres que sabían conciliarse para el servicio de sus Príncipes.

No faltó quien arguyese en este caso alguna tibieza estudiada en los enemigos, quizá tratada en la Corte de Turin, pero como no toca a mi intento esta digresión, la concluyo repitiendo mucha envidia del suceso fuera de quien

fuere y aunque quiera atribuir misterio concertado, pues redimió los Ejércitos y Real persona del Infante saliendo de un encierro en que se consideraban perdidos sin remedio.

Ya pasado el Po, y vencido aquel primer imposible, tuvieron las tropas del Rey una función sobre el barranco Tidone muy bizarra, pero muy sangrienta, que empezó por un destacamento mandado de D. Francisco Pinatelly, (aquel digno Teniente General que murió después embajador en Francia) y se empeñó mucha parte del Ejército. sin poderla detener por una orden mal obedecida, que ocupando con los equipajes el camino, embarazó los cuerpos la marcha, de modo, que solo padecieron los que hacían vanguardia y los que llamados del fuego, pudieron por más vecinos superar los estorbos y llegar con tropelia y sin formación.

Es de mi intento recordar este incidente por la consecuencia de haber hallado el Ejército en Boguera, donde le incorporé mal tratado, disminuido y perseguido de los enemigos y desconfiado de los aliados, porque en la mencionada función del Tidone, no parece que fué su auxilio con la eficacia que su bizarría y como ya mediaban antecedentes de poca unión, se abultó el caso y no me inculcó en el exámen.

En este sistema poco apetecible, tomé aquel mando en Boguera, que me le entregó el Conde de Gages, una marcha corta de Tortona sin haber llegado más adelante, sin haber llegado en Lombardia y sin saber de los sucesos anteriores del Milanés, del Placentino, del Parmesano y de aquellas dos campañas de Italia. (que fueron tan alternadas de incidentes) más de lo que contaban las gacetas públicas que llegaban a mi retiro de Benasal.

Dos días después de mi arribo, vinieron los enemigos a buscarnos sobre Tortona, de donde nos retiramos, y así continuó nuestra marcha, cargadas siempre las retaguardias con más o menos calor, según el terreno; yo confuso sin saber el país; cortas mis fuerzas y sóspchoso de mis compañeros, que en las alturas de la Boqueta del Genovesado, en que los enemigos nos estrexaron más y fué un día muy ardiente: me dejaron ver con demasiadas señas que no querían contraer empeños y mis órdenes eran para lo mismo, aunque muy reservadas, con que todo mi cuidado era conservar las reliquias honradas que del Ejército quedaban y llegar al Condado de Niza que ocupamos para hacer pié y detener a los enemigos, lo cual no fué posible, ni yo me dediqué mucho a su logro enterado ya del sistema de los aliados que no discordaba del mío (aunque no lo explicaba) de pasar el Varo y entrar en la Provensa en terreno de Francia, como lo conseguimos, y yo desempeñar el especial encargo que llevaba de salvar el Ejército sin exponer un granadero.

Ya en Francia, me mandó el Rey llevar el Ejército a Sawia, pero la solici-

tud del Cristianísimo se mudó la orden, y quedé en Languedoc y Provença en auxilio de aquel país amenazado de enemigos, que con efecto lo invadieron inmediatamente.

Trajerón los franceses tropas de Flandes al aposito y retiraron de su mando al Mariscal de Maillebois, mudado por el de Belleide, hombre prudente, político, dulce y muy razonable, con quien pasé la mejor correspondencia y a nuestro ejemplo toda la oficialidad, y los Ejércitos de modo que no parecían dos Naciones.

A estos antecedentes conformaron todas las consecuencias, pues obligamos a sus enemigos a pasar el Varo y no dirán los franceses que fueron perezosos los españoles, pues dediqué mis cuidados a que jamás llegasen tarde ni perdiesen la vanguardia.

El año siguiente, reparadas y reclutadas las tropas en cuarteles de invierno en Languedoc y Provença (en que nos dió la Francia cubierto, forrages y utensilios, se puso en campaña el Ejército combinado, ocupamos de nuevo el Condado de Niza y Villafranca, socorrimos el castillo de Veintemiglia del Genovesado que guarnicieron franceses y estrechaban con porfiado sitio los Piamonteses mandados por el general Leumtrum y así acabó el año, en cuyo invierno pasé a Madrid a concertar el proyecto de la campaña y colmó el Rey sus dignaciones en mi persona declarándome Grande de primera clase por Juro de heredad.

Volví pues a Mompeller, y cuando nos preparamos con fuerzas muy superiores a objetos grandes, se hizo la paz.

Para aclarar algunos artículos de ella y decir varias dudas que quedaban problemáticas en Aquisgran, donde se ajustó, fué estipulado; que se juntasen en Niza los Generales beligerantes y allí concurrirnos como Plenipotenciarios, por el Emperador el Conde Brovom; por el Rey, yo; por el Cristianísimo el Mariscal de Belleisle; por Cerdeña, el Marqués Breño y por Modena, Génova y el Estado de Milán, sus respectivos Ministros o Agentes.

Tuve mucho que contender para que el Infante, que se estableció por la paz, duque de Parma y Placencia, se le aumentasen los Lagares de Berzola y salimeta y para que se restituyese al Rey el numeroso tren de artillería que había quedado en Placencia, cuyos dos puntos aunque tocados en Aquisgran, fué tan por la superficie, que lo resistían mucho los enemigos, y aun las órdenes que yo recibía de la Corte, por D. Joseph de Carvajal, (Ministro de Estado entonces) me advertían que no insistiese con eficacia porque era la razón muy dudosa, pero conseguí uno y otro, ayudando mucho al logro el Mariscal de Belleisle, a quien no debo negar esta obligación.

Se disolvió el congreso de Niza y volví a España con el resto del Ejército

de que ya la mayor parte había pasado los Pirineos, y así acabó la segunda época de mi mando sin que una ni otra pasasen de los llanos de Piamonte sobre Cuneo y de Boguera en el Tortones, ni fueron de mi cargo ni de conducta los sucesos de la Romanía y de Lombardía, donde jamás se me mandó penetrar. En el tiempo de mi embajada en Francia y después en el mando de los ejércitos, fui cinco veces Plenipotenciario del Rey, con poderes muy amplios y muy envanecidos para mi persona, aun en las cláusulas reservadas, pues depositaron a mi determinación toda la confianza; la primera para ser embajador; la segunda para las bodas del Infante y la Infanta de Francia; la tercera para convenir en el modo y las ceremonias con que las casas reales de España y Francia han de revestir y jurar las Ordenes del Toison de oro y Santi Espiritus, con igual recíproca de que firmé un papel con el Ministro de estado Amelot, que aprobados por el Rey y el Cristianísimo le firmamos y se observa hoy; la cuarta para ajustar un tratado con los generales y la quinta por el exámen y la conclusión de paz de Aquisgran en Niza.

Acabado después el congreso de Niza, quedé en Cataluña con su mando interino y al tránsito por Barcelona de la Sra. Infanta D.^a María Antonia, a ser en Turin duquesa de Sawia, me incluyó el Rey, en la creación, que hizo con este plausible motivo de jentiles hombres de su Cámara, con ejercicio, y muerto después en Madrid el año de 1754 el Conde de Glimes cargado de distinguidos servicios, hombre de bondad y virtud, que era Jefe propietario de Cataluña, me concedió el Rey inmediatamente su resulta, no dejando ya que aspirar a mis anelos aunque fuesen desmesuradas mis ambiciones.

Preciso me ha parecido manifestar el Epitome, o resumen de mi vida, que pudiera adornar de acciones particulares, no infelices ni desairadas, si fuese mi fin envanecer mi memoria, pero no ha sido precaver en algo la malicia, que ahora me respeta, porque animo, y se enconará cuando hable con mis cenizas, cuyo último plazo me llama ya por momento en sesenta y cinco años de edad, (de servicios los cincuenta) y preveo por otros desengaños, que la emulación altera los hechos en el todo, sin contentarle con solo desfigurar la verdad.

No recae mi narrativa sobre los hechos de la guerra sin antecedente de que la Religión me obliga a la defensa por mi honor, con la sincera exposición de los sucesos de mi mando, pues he llegado a entender, que algún animo extranjero, por ignorar tal vez la verdad, o porque soy español, supone cómplice mi conducta de las desgracias de Italia; pero lo ejecuta con torpe pluma, que se condena con sus mismos cálculos, pues yo no mandaba en el tiempo de que trata, ni llegué jamás al país de que escribe. Cegándole quizás la Providencia para que ni aun mintiendo pueda manchar mi nombre, en medio de las

advenidades de la guerra, no lastiman al que las padece, ni graduará el lector imparcial, y discreto de pocos dignos generales al Conde de Gages, y al Mariscal de Maillebois, porque mandaban él las acciones que el ánimo me atribuye.

Acabó esta digresión con la advertencia o el informe siguiente:

Llegué yo a Boguera el 13 de Agosto de 1746, y hallé dada la orden para retirarse a Tortona los Ejércitos, resuelto así por el Conde de Gages y el Mariscal de Maillebois, con prudente dictámen, sin elección, porque les seguían los enemigos muy superiores, como se infiere de que cuatro días antes, el 10 estando divididos en el Po, en medio el Rey de Cerdeña de una parte, el General Botta con los alemanes a la opuesta orilla, atacó solo la vanguardia española en el Tidone, y después de sangriento y tenido combate, que quedó indeciso, conservaron el campo los enemigos y marcharon los españoles a Boguera, donde ya estaban los franceses, y allí tomé yo el mando.

Pasó el Po el Rey de Cerdeña y unido al general Botta, vinieron a buscarnos a Tortona el día 18, cuatro días después de lo referido y nos retiramos no solo de acuerdo del Mariscal de Maillebois, y mio, pero sin dejarme duda, ni que discurrir en lo contrario, pues al primer aviso de discurrirse la vanguardia de los Austrisardo, se movieron los franceses; que acampaban sobre la avenida y el camino de Novi, y pasando la Escrivia, (torrente entonces seco,) no me quedó más acción que seguirlos, y no sin inquietud, estrechaba ya mi retaguardia de los avanzados enemigos.

En la práctica de esta resolución no podía ofrecerse problema, pues si pocos días antes si en el Tidoné, cedimos el terreno, estando los enemigos separados con el Po, en medio, como podíamos esperarlos sobre Tortona, trayendo ya unidos duplicadas fuerzas.

Después en la Boqueta atacado con numeroso Cuerpo el de los españoles, que ocupaba aquel puerto, no puede conseguir, que el Mariscal de Maillebois destacase un hombre para socorrerles, y me costó mucha sangre conservar el terreno todo el día, y reforzarle hasta que ayudado de la noche se retiró sin riesgo de ser atropellado el Teniente general Marqués de Valdecañas, que le conducía, y todo el día le había mandado, acreditando la inteligencia, el tesón, y el espíritu, que en todas ocasiones manifestaba.

Ya en el llano de Génova, perdida la Boqueta, tratamos de defender la Ciudad por no abandonar la república en que los mismos naturales vacilaban porque no querían auxiliarles, y no huéspedes, y a poco exámen tocamos la insuperable dificultad de encerrar en su recinto dos Ejércitos, con número de caballería, ni situarnos en un campo retrincherado, (a que convidan con ventaja los montes) por falta de víveres para lo uno y para lo otro. Dueños de la mar los ingleses, y de la tierra los Austriacos, sin comunicación con

Francia, interpuesta la ribera de Génova, cuyos estrechos desfiladores, era muy fácil a los enemigos ocupar, estando tan superiores, y dejarnos cortados.

Por estas consideraciones continuamos la marcha, y con poca demora en el Condado de Niza, pasamos el Varo, y entramos en Provenza, satisfechos recíprocamente de haber salvado las reliquias de aquellas destrozadas tropas que eran las órdenes que teníamos a que igualmente nos obliga nuestra inferioridad.

Esta es fiel narrativa de aquellos incidentes, en que yo no tuve más que hacer, que seguir el sistema en que me entregó el mando el Conde de Gages, muy glorioso por la bizarría de mi conducta, pero muy destruido por los sucesos de Parma, Plasencia, y el Tidoné; por la poca armonía entre él y el Mariscal de Maillebois, por los grandes aumentos que habían recibido los enemigos que nos venían persiguiendo desde Milan, y por los arcanos de las Cortes, que no me tocan, y refiero todo lo expresado, entendido, que se ha escrito de otro modo, y es justo no dejar engañados los que lean con afesansa de la verdad.

A mi arribo a Barcelona, fenecida la guerra con el Congreso de Niza referido hallé cegado su puerto por un banco de arena que habían formado los temporales de levante en modo tal, que no entraban embarcaciones, estaba perdido el comercio, minorados los derechos reales, y lo que era peor amenazada en una infección la Ciudad, en todo lo que mira el muelle, porque las aguas detenidas, que quedaron de la parte interior del banco contra la muralla, se habían corrompido, no tenían salida, y exhalaban un hedor fastidioso y unos vapores malignos. Se dedicó desde luego mi eficacia fuese mi propia contra la universal expectación, al remedio de este grave mal; y quiso la suerte, que lo consiguiese, construyendo puente, por donde pasaban desde el pié de la playa al banco cantidad de aremillas, que extraían la arena por tierra al mismo tiempo que por mar con pontones, y pingües se ejecutaba igual faena con tarea incesante.

De esto resultó, que minorado el banco, quitandole por partes más de veinte palmos de arena, que tenía el alto, le faltó fuerza para resistir al mar, que pudo irle llamando a tierra, con el continuo batir de las olas, y en pocos meses se quitó del todo, se aumentó el fondo, y volvió el puerto a mejor estado, que le habían conocido en muchos años, entrando en él hasta doscientas embarcaciones, y una Urca holandera de cuarenta cañones con catorce mil cuarteras de cebada, que cada una es más un cuarto, que la fanega castellana, de que se tomó testimonio y remití a la Corte.

Ya corriente el puerto, que se miró como imposible, y lo hubiera sido si tardaba un año mas la providencia, pues por horas crecía el que fué banco

o promontoria de arenas endurecidas y se libró la Ciudad del riesgo, volvió a su curso el comercio, se aumentaron los reales derechos de un tercio, y aun de las arenas sacó fruto el Rey, pues dispuso el Jefe de Ingenieros D. Juan Martín Zermelo, que se condujesen a la plaza y Ciudadela para formar con ellas la esplanada que estaba destruida.

Teniendo ya puerto, se mejoraron sus obras adelantando el muelle, la mar a fuera, para precaver en lo venidero semejantes contingencias, se le formó un anden bajo con almacenes, capilla, cuerpo de guardia, cuarto de sanidad y de ingenieros con igualdad que lo hermosea, facilita el tráfico y las provisiones de la Ciudad, que vienen de toda la costa.

Estaba poblada la parte superior del muelle en un grande espacio, que medía desde la esplanada al mar de unas barracas pequeñas, desiguales oscuras, que eran en el nombre, o el pretexto habitaciones de pescadores y de jentes de mar; pero en el hecho abrigo de todas las maldades, donde se escondía la mujer torpe, el foragido, el contrabandista, y todo delincuente, sin que pudiese la justicia descubrirlos, ni prenderlos, porque era un laberinto sin salida, y unas cabernas que solo entendían sus depravados moradores.

Para que se infiera el concepto, con que se miraban aquellas espeluncas basta decir que se dividían entre barrios, y que los dos mayores se llamaban uno Ginebra, y otro de la mala pasa.

Conforme a su situación era su manejo, sus costumbres, y su destino luego, que a la hora regular se cerraba la plaza, quedaban estas miserables gentes de la parte de fuera entregadas a su libertad y abandono, sin humano recurso, y al que le daba un accidente moría sin auxilio espiritual porque no había iglesia, y sin socorro temporal, porque no había médico ni botica, siendo difícil abrir la puerta y si el mal era efectivo, aunque se intentase tardaba mucho el efecto y se veía varias veces que acababan sin remedio y sin consuelo.

Impuesto en esta sin razón, me dediqué desde luego al exterminio, y y aunque nada negaba la justicia del pensamiento todos se oponían a la obra porque la inveterada costumbre, hacía menos malquistos los abusos, y porque era preciso destruir aquellas barracas, que algunas eran menos malas, y de gente, que tenían valedores, y se habían construido las mas, sobornando los informes, para los permisos y obras sin ellos por tolerancia descuidado.

Se tropezaba también con oposición de jurisdicciones, por la privativa de los Ministros de Marina, y porque había barracas, en que se eregían derechos reales dependientes de la hacienda.

Para combinar estas repugnancias, conferí con D. José de Contamina Intendente de Cataluña conocido por su integridad y amor al servicio, a quien debe aprobación mis dictámenes y favor mi persona.

Le hallé propenso a todo, y revolviendo papeles en la secretaría de la Capitanía general, se descubrieron órdenes antiguas de tiempo del Marqués de Castel Rodrigo, Príncipe de San Gregorio, en que el Rey mandaba, que se forme en la marina un barrio nuevo, señalando en el terreno a la gente del mar a quien se habían derribado las casas dentro de la Ciudad, para construir la Ciudadela en barrio de la Ribera.

Con estos apoyos ayudado de la viveza del Jefe de Ingenieros D. Juan Martín Zerméño que me formó planos resolví la difícil máquina de arruinar las zahurdas y eregir un pueblo hermoso, en todo igual, con calles tiradas a cordón, y casas de unas medidas, de una elevación de un mismo frente y exterior pintura.

Atendiendo a las reglas de forticación que se habían inobservado en muchas de aquellas barracas, y aun otros edificios más robustos, construyéndolas inmediatas a las murallas, mandé se arruinasen las primeras, y se empezaron las nuevas, a distancia de quinientas varas, y enfiladas las calles para precaver lo venidero, aunque en todos casos es remoto, porque está el Muelle tan cubierto de fuegos, que jamás puede ser invadido, y solo por mar pudieran arrojarle bombas, a gran distancia, y con mucho riesgo de quien lo intentase.

Debe constar el referido barrio de quince calles de ocho varas de ancho y nueve de traviesa o comunicación, que es lo que llena su espacio, dejando sesenta al frente hasta el pretil del Andén superior, extendiéndose la espalda hasta la Acequia, que corre delante del Fuerte de D. Carlos, y de las mencionadas calles, que tendrá cada una de largo cuarenta y dos barracas de diez varas en cuadro: hay siete muy adelantadas y las primeras casi concluidas.

En el centro de las primeras calles se dejó una plaza, (o replazuela), y ella reedifica un templo dedicado a San Miguel que será ayuda de la parroquia de Santa María del Mar, con dos Capellanes o temesites de Cura, que administrarán los Sacramentos; y se halla en estado cuando esto se escribe (que es en Mayo de 1755) de colocar el Sacramento por San Miguel de Septiembre.

Había médico, botica, escuela, tiendas, y el rápido progreso de sus principios (que ha sido en menos de dos años) promete mayores aumentos, asegurando que aquellas gentes vivan como racionales y mueran como cristianos, aunque no bastan estas ventajas en los dos fueros Divino, y humano para que se rindan las oposiciones, ponderando gastos, y vertiendo especies malignas, que ladran sin morder, porque no causan mi determinación.

Al mismo tiempo, que todo lo referido me aplique a hermostrar y componer las entradas, y la circunferencia de Barcelona que era lo peor, y lo más descuidado de todo su contorno a muchas leguas de distancia, no pudiendo

en los pantanos y quiebras, que formaban las primeras aguas de otoño salir el mejor tiro de mulas ni transitar las gentes sin dificultad, para la provisión y el comercio.

A este fin formé caminos cimentados de piedra, y murallas, se les pusieron árboles y son hoy paseos hermosos y avenidas rectas, lo que antes eran barrancos, peligros y fealdad.

Para sufragar a lo costoso de estas obras, sin el menor fondo, clamé a la Corte, y se me dieron en dos libranzas ochocientos doblones sencillos.

Este corto socorro para gasto de millares, pudo retraer mi pensamiento, pero me pareció cobardía injusta y en la idea de que no se consigue lo que se emprende, y que infinitas ocasiones porque no se emprenden no se consiguen, pedí al intendente, al Cuerpo militar, a la nobleza, a los gremios de alquiladores, y a los ascendistas del Rey que me ayudasen con sus tiros, y sus carros, y dando yo el primer ejemplo, concurrieron todos, y se empezó a bajar piedra del Monte de Motjuich.

Arbitrio grande fué éste, pero muy inferior al objeto, porque faltaba para jornaleros y materiales, y apliqué a lo primero los gitanos, que se habían preso en toda Cataluña y estaban depositados en la Ciudad de Barcelona, y para lo segundo y demás gastos precisos mandé recoger los despachos de armas, dados por mis antecesores a las gentes del país, en que tuve dos fines, uno político y gubernativo, que era saber su número y calidad de personas en quien estaban distribuidas, de que con el transcurso de tiempo, la guerra, y la variedad de Jefes no se hallaba en la Secretaría registro, ni aun noticia, y el segundo imponer algún gravamen pecuniario, al que quisiera que se le expidiese otro despacho, que me sirviera para mis caminos, lo cual me parece no era nunca visto, aunque dando distintas aplicaciones, según tengo entendido, pero no lo aseguro.

Ejecutando esto y reconocidas todas las armas, al que quiso continuar en el uso de la escopeta, se le dió una licencia a costa de quince libras catalanas, que son muy poco más de dos doblones de oro, y los que despues han solicitado el mismo permiso, sin que antes lo hubiesen tenido de mis antecesores han pagado el doble.

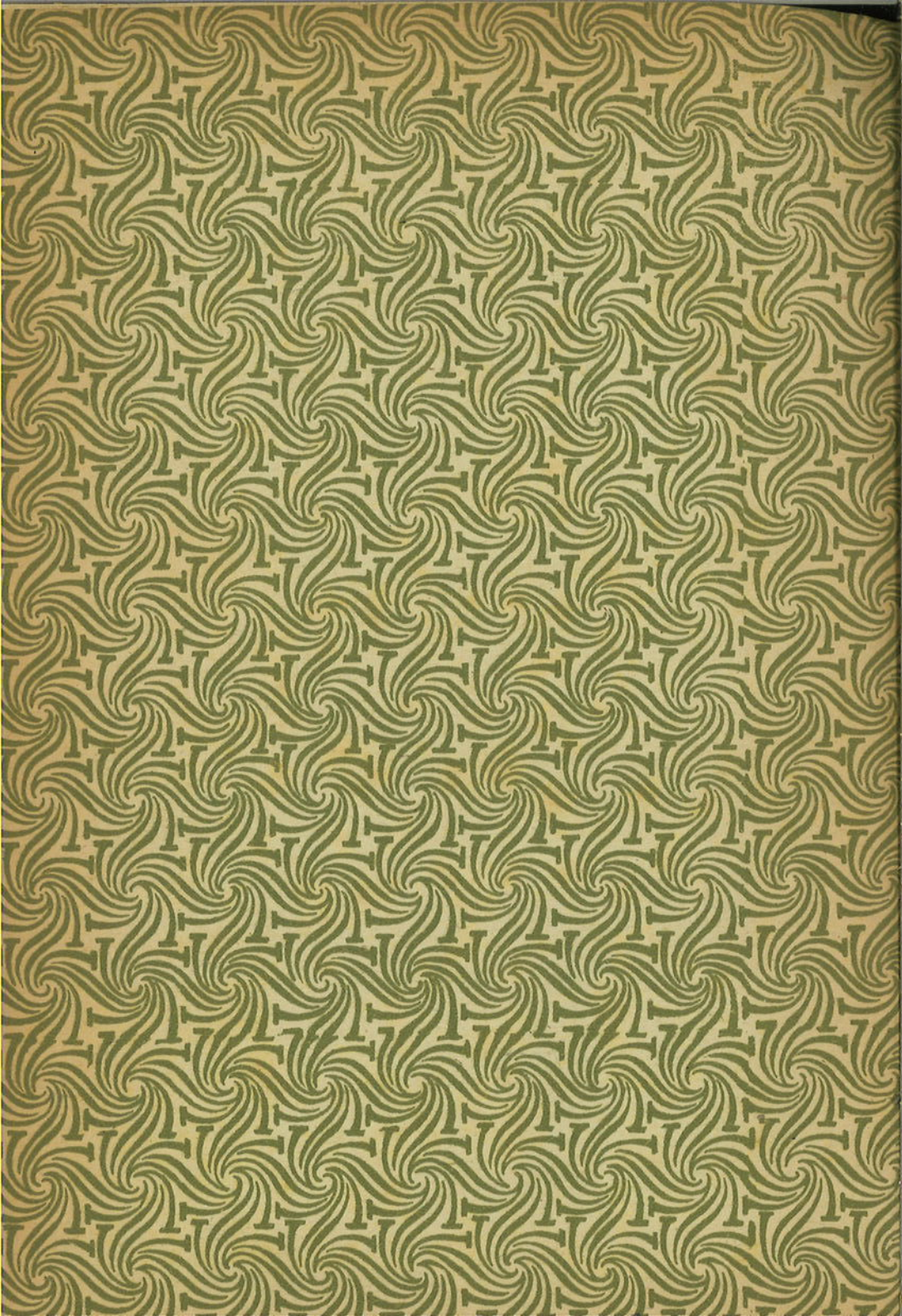
Para evitar abusos no concedí a nadie licencia de armas, sin que hiciese constar su proceder, y en el mismo despacho se expresaba la persona abonada o distinguida, que se interesó en el asunto, constituyendole fiador.

Adviértese que esta vez universal de licencia de armas, se entiende solo para la escopeta, pues pistolas a nadie se conceden ni al primer caballero catalán, y la espada a muy pocos, que no sean nobles, y con muchas pruebas de fidelidad, y limpieza, y es muy raro el que por mi se ha concedido.

Para percibir estos intereses, distribuirlos y llevar cuenta puntual de entradas y salidas, nombré al Comisario de barrios D. Pedro Bertran, asientista de Reales Obras, el cual por semanas o meses, según los casos, paga lo que gasta por cuenta que forma un sobrestante, visadas por los ingenieros encargados de estas obras; y en mi secretaría se firmó un libro donde está sentado las licencias de armas, que se revalidaron, las que yo he concedido, los sugetos a quienes se dieron, los que abonaron, y el interés que han producido, que combinados estos asientos con los pagos del Depositario D. Pedro Bertran, constará siempre su valor y su distribución, hasta la menor partida; y se sabe por el mencionado libro, qué armas hay concedidas en todo el Principado, y las personas que las tienen.

En cuya narrativa he sido prolijo, porque jamás se interprete el asunto, de que puedo sin honrarlo de la modestia, declarar que excediendo al producto el destino, no me ha salido de valde el empeño.

MIGUEL DE GUZMAN, MARQUÉS DE LA MINA



mmb BIBLIOTECA



* 0 0 0 1 6 2 5 6 *

COM 5/5-7 80

Museo Marítimo

BIBLIOTECA

N.º del inventario 2692

Reg. 3129

9(46.71841)

Gui

